

LOS
destellos
Saturinialia DE

YOHANA RECIO

LOS DESTELLOS DE SATURNALIA

YOHANA RECIO

Los destellos de Saturnalia

Primera edición: diciembre de 2019

Yohana Recio

Diseño de cubierta: Jonístar S.C.

Prólogo de Nuria Parra

©Yohana Recio

Todos los derechos reservados

yohanarecio@hotmail.com

@YohanaRecio

Dedicado a Ana Sola y Adrián Martín, entre otras personas que aparecieron un día en el tren y decidieron bajarse.

PRÓLOGO

Lo único que recuerdo es una escena en la nieve

En su poema, *Inventario de lugares propicios al amor*, el poeta Ángel González nos dice que «El invierno elimina muchos sitios: / quicios de puertas orientadas al norte, / orillas de los ríos, / bancos públicos. / Los contrafuertes exteriores / de las viejas iglesias / dejan a veces huecos / utilizables aunque caiga nieve. / Pero desengañémonos: las bajas / temperaturas y los vientos húmedos / lo dificultan todo».

Yo no sé si Helena leyó alguna vez a Ángel González, pero es más que probable que estuviera de acuerdo con él. Porque Helena vive en un invierno perpetuo, y sabe que el invierno es un lugar terrible para amar. También sabe que si hay un invierno peor que el real, ese es, sin duda, el invierno del alma. Ese invierno no está hecho de hielo, sino de miedo, y el miedo, como el frío, también paraliza y congela todo.

Si imaginamos la vida de Helena antes del inicio de esta novela, en una escena preliminar de los destellos, la encontraremos mirando por la ventana de su ático, aterida, a pesar de la manta que la cubre —pensando que tiene que poner calefacción allí— observando cómo cae la nieve sobre un bosque sombrío. Su vida era un lienzo en blanco que, poco a poco, fue volviéndose negro. Quizá piense en el amor, pero sus trazos están llenos de soledad. Se acercará más a la ventana y verá un destello, escuchará un crujido, y tras él un goteo lento y continuo que todavía no puede notar, y se preguntará qué es aquello que brilla tanto en el cielo negro. No hallará respuesta, y su mirada volverá al oscuro bosque, y su corazón a dormir entre la nieve... Y ella aún no lo sabe, pero el amor, como la nieve, solo permanece puro cuando se mira desde una ventana.

Los destellos de Saturnalia es una novela cálida (a pesar del invierno) llena de humor, con leves toques de exagerado dramatismo, con personajes muy reales, llenos de dudas, con los que es fácil identificarse; y con una protagonista un tanto perdida y cambiante, que tan pronto parece *El Grinch*, como, minutos después, se nos presenta como la mismísima hada de los bosques navideños, para, un puñado de párrafos más tarde, volver a su apatía inicial. Cada uno de los personajes tiene su encanto, y es fácil empatizar con ellos y sus particulares situaciones personales, aunque a veces tengan comportamientos incomprensibles. Hay algunos que miran el amor desde una ventana, los hay que pasan de puntillas por la nieve tratando de no estropear nada, los hay que pasean una y otra vez sobre los mismos errores hasta hundirse en el barro, los hay que pasean sin soltarse la mano a pesar del temporal, los que; por el mismo temporal, se sueltan un momento y luego no logran encontrarse, los que no tienen más remedio que soltarse porque una grieta irreparable se abre entre ellos, y los que tienen que ser rescatados o se rescatan mutuamente de sus tormentas personales.

El amor es como una casa inhabitada que se llena de pronto de ruidos, de puertas abiertas, de ventanas que dejan pasar la luz. Tal vez no sea más que un destello que no nos permite ver, cuya intermitencia nos confunde, pero si no nos dejamos cegar, ¿qué otra cosa podemos hacer? Como dijo González: «Queda quizá el recurso de andar solo, / de vaciar el alma de ternura / y llenarla de hastío e indiferencia, / en este tiempo hostil, propicio al odio».

Te invito a dejarte llevar por los destellos de Saturnalia, tal vez descubras algo nuevo, sientas tú también un crujido y la escarcha de tu invierno perpetuo empiece a resquebrajarse poco a poco. A lo mejor pierdes el miedo y dejas que tu atribulado corazón se derrita en un pecho ajeno. Y quizá puedas sumergirte en el fantástico universo de esta autora, a la que admiro por su capacidad creativa y su incansable entusiasmo. Quedarás atrapado en un universo lleno de posibilidades, cuyas dimensiones son insondables. O tal vez no suceda nada, tal vez la excesiva claridad te resulte molesta y no te deje ver, y entonces, lo único que recordarás será una escena en la nieve.

Nuria Parra

CAPÍTULO 1

Viernes 19, 08:00 p. m.

—Helena, ahí afuera tenemos un nuevo paciente, y esta vez te toca a ti. Tiene pinta de... ya sabes.

Claudia se llevó el dedo a la frente y comenzó a hacer círculos.

¡Uf! Otro enfermo mental. Bonita forma de empezar el fin de semana.

—Dile que pase —contestó Helena suspirando.

Era viernes, las ocho de la tarde y aún no había terminado de trabajar...

—Siéntense, por favor. Soy la doctora Helena de Angulo.

Siguió el protocolo de siempre. Estrechar la mano, tomar asiento y empezar.

—¿Ha acudido a un psiquiatra previamente? —preguntó al que parecía más cuerdo.

—Sí, de hecho el psiquiatra es el que nos ha mandado aquí —dijo el acompañante, facilitándole el historial.

Helena lo abrió y lo ojeó. «Esquizofrenia paranoide».

—Alejandro Rivas... —murmuró—. Bien, Alejandro, ¿qué tal te encuentras?

—¡Chss! El enchufe me está hablando...

«Genial, este estaba muy loco».

—¿Ah, sí? ¿Y qué le dice? —preguntó Helena, fingiendo sorpresa.

Le guiñó un ojo a su acompañante, que se había puesto blanco.

—Está calculando... ¡Está calculando!

—¿Ha sido matemático?

—Sí, hasta hace poco que le dio el primer brote. ¿Cómo lo sabe?

—Es normal que los esquizofrénicos deliren con los temas que han tratado en su vida.

«Seguían siendo las ocho de la tarde del viernes y ahora tenía enchufes que hablaban. ¡Genial!».

—¿Cuándo ha tomado la última dosis de medicación?

—Pues lo último fueron cinco gotas de haloperidol y el alprazolam, a las tres de la tarde —respondió el acompañante, tendiéndole la hoja de las recetas.

—¿Ya mismo le toca de nuevo, no? —dijo Helena un tanto preocupada, observando la evidente fase aguda de su paciente.

—Le tocaba hace media hora, pero estábamos ya aquí y no he podido dársela...

—¿Cómo? —dijo Helena escandalizada—. No puede olvidarse de darle la medicación, es sumamente importante. Por su propio bien, y por el bien de todos.

«¡Mierda! ¿Habré sido grosera?», pensó.

—¿Es usted el que se hace cargo de él?

—Sí, soy su hermano mayor. Nuestros padres están demasiado mayores para llevar una carga tan grande. Yo lo llevo bien.

Un atisbo de tristeza cruzó el rostro de Helena. Era ella la que siempre se quejaba de que llevaba una vida asquerosamente aburrida cuando la mitad de sus pacientes llevaban vidas ajetreadas y emocionantes, aunque fuera en el mal sentido. Helena se consideraba afortunada. Sin problemas. Por eso estaba sola.

—¿Estáis conspirando contra mí, verdad? —preguntó de pronto Alejandro, mirando a su hermano y a Helena alternativamente con una mirada asesina.

—No, Álex, lo que pasa es que no sabemos qué regalarte por Navidad —dijo su hermano con

una sonrisa fingida y triste.

Helena también sonrió forzosamente. Alejandro los miró una vez más, con desconfianza, pero finalmente se agazapó en su sillón y dijo:

—Ya sabes que no me gustan las figuritas de *Star Trek*, prefiero las de *Star Wars*.

—Nos llevamos bien... —dijo su hermano resoplando.

—Pero usted no tiene vida social, con su hermano en casa —intuyó Helena.

—A mi mujer y a mí no nos importa, no tenemos hijos y no solemos salir, preferimos quedarnos en casa.

—¡Tu mujer es una zorra! ¡Te engaña! ¡Yo lo vi! ¡No te soporta! ¡No te quiere! —le gritó Alejandro violentamente.

«Este tipo está peor de lo que aparenta», se dijo Helena tras ver la situación.

Normalmente no aceptaría un caso de tal envergadura, con lo tranquila y sosegada que era su vida de soltera empedernida en una gran casa a las afueras de la ciudad, pero ver la conducta de aquel hombre tan valiente, acogiendo a su hermano esquizofrénico en casa y aceptando todas las consecuencias, le levantó los ánimos.

—¿Quiere que le dé cita para la semana que viene, Alejandro? —le preguntó Helena con tacto.

—¡Claro! —dijo Alejandro sin pudor—. ¿Lo ves? ¡Esta señorita es simpática, no como la víbora de tu mujer, que intenta matarme cuando duermo!

Helena abrió su carpeta de nuevos casos y apuntó: Alejandro Rivas, y justo debajo y en mayúsculas: ESQUIZOFRÉNICO PARANOIDE. No le gustaba trabajar centrándose en el trastorno, pero claro, en esta ocasión estábamos hablando de un caso de extrema gravedad.

—Pues listo, señor —dijo Helena, levantándose de su silla e hinchando los agujeros de la nariz, como siempre hacía cuando aceptaba un gran reto—. Le espero la semana que viene, Alejandro.

Le estrechó de nuevo la mano a Alejandro, y después a su hermano, al que apartó para susurrarle:

—Y es mejor, por el bien de todos, que la próxima vez venga medicado, así me facilitaría las cosas. Fuera mi secretaria les dará la cita. ¡Hasta pronto!

Cuando cerraron la puerta, Helena se dejó caer en el sillón. Estaba agotada, y lo peor de todo era que le parecía que no había hecho nada en todo el día. Había estado reposando su culo, que pedía a gritos un buen paseo estival, en el cómodo sillón de diseño mientras hablaba con una adolescente rebelde, un padre estresado, una mujer recién divorciada, un bipolar en fase depresiva y una señora mayor que quería rehacer su vida después de la muerte de su marido.

—¡Hey! ¡Ya es fin de semana! —Abril abrió la puerta de su despacho y se quitó su bata blanca, haciéndola volar por los aires—. ¡Vamos Helena, muéstrate ante mí!

—¡Arrrg! —gritó Helena, deshaciéndose también de su bata.

—¿Sabes de qué me he dado cuenta? —preguntó Abril abriendo mucho los ojos—. ¡De que nosotras estamos peor que esta gente! ¿O no?

—Cariño, vaya novedad tan aplastante —le contestó Helena, ya de mejor humor.

Abril era su socia, compañera de trabajo, mano derecha y mejor amiga. Desde el primer curso en la Facultad de Psicología, ambas habían decidido que montarían un gabinete de psicología clínica, y por fin, dos años atrás, habían podido realizar su sueño.

Todavía recordaba a aquellas dos intrépidas jovencitas, llenas de sueños e ilusiones, recorriendo juntas el camino del conocimiento. La mitad de los amigos de la universidad se pierden, pero aquellos que deciden seguir viéndose a pesar de los diferentes estilos de vida, esos; duran para siempre. Y era una de esas cosas que el padre de Abril se empeñaba en recordar a su

hija cada dos por tres: «Cuida a tus amigos y ellos te cuidarán a ti», dijo una de las últimas veces que lo habían visitado.

El problema es que ya no eran jovencitas. Ya eran jóvenes con vidas diferentes, con problemas diferentes, pero con el mismo trabajo y una amistad dispuesta a sobrepasar largas tormentas. Abril llevaba una vida perfecta a los ojos de Helena. En el segundo año de universidad había conocido al hombre de su vida: Edgar, quien seguía siendo su novio en la actualidad.

Llevaban viviendo juntos unos cuantos años, pero aún no se habían casado, y de hijos; ni hablar. «La simbiosis perfecta», pensaba Helena. Abril había tenido la suerte de conocer a la persona idónea en el momento perfecto. Ambos habían aprendido el uno del otro, se amaban, se respetaban y se apoyaban. En resumen, ambos caminaban por el mismo sendero entre la multitud de posibles caminos a escoger en la vida... ¿Se podía pedir más?

—¿Qué piensas hacer esta noche? —le preguntó Abril mientras salían del oscuro despacho.

—Jayin decía que iba a venir a cenar —respondió Helena con una sonrisa. Jayin sí que era su alma gemela, era prácticamente igual que ella y, además, tenían intereses comunes: los hombres. Jayin Paranjoy era un chico indio bastante peculiar. Lo había conocido unos años atrás en un aburrido curso de pintura artística que impartía el ayuntamiento de Villanueva de la Rosa. Bastaron pocas palabras para que comenzaran una bonita amistad. Él también estaba soltero, pero su vida social era bastante más enriquecedora que la de Helena, por no hablar de los rollitos que se llevaba a casa cada dos por tres; él sí que sabía. Hombres guapos y sin compromiso se le acercaban como si fuera un imán, una lástima que ninguno de ellos le llenara realmente.

—¡Ah! Pensaba invitarte a cenar con Edgar y conmigo —dijo Abril un tanto decepcionada—. ¡Ya, ya sé que no te gusta cenar de farol! —añadió rápidamente al ver la expresión de desdén que se había formado en la cara de Helena—. Pero es que en realidad, aunque pasemos todo el día juntas, no podemos hablar con todo el trabajo que tenemos últimamente...

Abril tenía razón. Hacía por lo menos un mes que no se sentaban a tomar un buen café en un bar y a reírse de las caras que ponían los camareros cuando aparecía cualquier chica guapa. Pero odiaba salir sola con una pareja, ejercía el horrible oficio del farol desde 1990 y se sentía igual de incómoda que el primer día.

—Tienes razón... pero ya mismo es tu cumpleaños, ¿no? —añadió Helena, para huir de la falta de consideración que había tenido con su colega. Últimamente todo era trabajo, trabajo, y más trabajo.

—Sí, es mañana —dijo dulcemente, agachando sus grandes ojos llenos de culpabilidad.

—¿¡Qué!? —contestó Helena patidifusa. Ahora sí que se sentía mal—. Perdona Abril, no sé cómo se me ha olvidado —dijo dándole un abrazo confortador.

—No tiene importancia, no pienso celebrarlo. Pero sabía que no te acordarías... —contestó con una tierna sonrisa—. Sinceramente, Helena, esta soledad en la que te has metido tú sola te está matando. ¡Esta mierda de mundo te está matando, tía!

Abril volvía a tener razón, para variar. Desde el verano pasado solo había salido a tomar algo tres veces contadas, y en una semana ya sería Navidad. Helena se alarmó al pensarlo, ¿por qué pasaba tan rápido el tiempo? ¿Por qué tenía que correr tanto?

—Mira, mañana vamos a salir —dijo Helena decidida, y a la vez asustada de pensar que había estado tanto tiempo encerrada en su burbuja de soledad—. Y vamos a hacer que no olvides tu cumpleaños. ¡Que cumplas 29! Eso no se me ha olvidado, ¿eh?

Abril la miró indecisa, pero finalmente asintió.

—Si por ser mi cumpleaños vas a salir, ¡saldremos! —dijo con una gran sonrisa—. ¿A dónde

vamos, tía? ¿Reservo mesa en el *Palace*? Edgar dice que está hasta el gorro de comer *ramen* todos los días.

—¡Guay! Y después podemos ir a tomar algo al *Clan*, le diré a Claudia que nos reserve la mesa de al lado del escenario —dijo Helena corriendo hacia el recibidor donde su secretaria ya estaba recogiendo.

—¡Clau! Dime que la mesa junto al escenario no está reservada para mañana... —imploró.

—¡Y si está reservada, se *desreserva* para ti! —contestó con un tono jovial.

Claudia era su secretaria. La había escogido entre un gran número de chicas aptas para el puesto. Sin duda, ella era la mejor. Llevaba poco tiempo en la ciudad cuando la contrató. Resultaba que hasta ese momento había estado trabajando junto a su mujer, Ángela, en el negocio que acababan de abrir con mucho esfuerzo; la Bolera Clan: que se había convertido en uno de los mejores negocios de la ciudad. Era bolera, salón de juegos, tenía una sala VIP con discoteca, un escenario donde a veces actuaban grupos de renombre y un estupendo karaoke como el de las películas americanas. Pronto Claudia se dio cuenta de que podía dedicarse a más cosas aparte de llevar la contabilidad de su negocio y buscó suerte con algo ligero, un gabinete psicológico.

—¡Toma ya! —gritó Helena.

Una de las cosas que más le gustaba era hacer el ganso en el gran escenario con alguna canción conocida de la movida ochentera, pero no un sábado cuando estaba todo aquello lleno, claro. Tragó saliva. «Te lo tienes merecido por rancia», se dijo a sí misma.

—¿No queréis mejor la zona VIP? —preguntó Claudia—. Creo que aún no está pillada.

Sonó el teléfono de la consulta.

—No, no. De eso ni hablarr, que esta yegua de aquí necesita que el mundo conozca su maravillosa voz, a ver si un buen mozo ibérico se prrrenda de ella. ¡Aaarg! —dijo Abril engordando la voz y poniendo acento ruso, como siempre hacían cuando les entraba la vena cachonda.

—Es Carolina Benavente, dice que quiere hablar con las dos —informó Claudia poniendo el manos libres—. Helena, me vas a tener que disculpar, es que Ángela me está esperando para cenar y me tiene hasta el moño con eso de que llego tarde. Nos vemos mañana entonces. ¡Adiós!

Y sin esperar respuesta, salió rápidamente por la puerta principal. Claudia tenía que tomarse las cosas con más calma. Ya hablaría con ella.

—¿Esa no es tu paciente que lleva sin venir un mes? —susurró Helena, sentándose en la mesa del recibidor.

—Sí, es que hace lo que le da la gana... —Abril la miró con la típica cara de «¿Y qué quieres? ¡Es una límite!», y le gritó al teléfono—: ¡Tú, escapista! ¡La semana que viene es Navidad y ya están todas las horas cogidas!

—¡Eh! Que os estoy escuchando —dijo la dulce voz de Carolina desde el auricular—. ¡Es que estoy mucho mejor ahora, no me ha hecho falta ir!

Abril miró a Helena poniendo los ojos en blanco, dándole a entender que pronto la tendrían acudiendo a consulta otra vez. Carolina era una máquina de atraer problemas.

—¡Oye, escuchadme! No tengo mucho tiempo —les dijo Carolina tratando de hacer notar su voz por encima del ruido de fondo—. Mañana sobre las doce y media doy un concierto con mi grupo en el *Freedoom*. ¿Sabéis dónde está, no?

—Sí, ¿pero a las doce y media en punto o en realidad será a las tres? —cuestionó Helena.

—No, no, a las doce y media seguro. Aunque en el cartel ponga a las diez. ¿Vais a venir entonces? —preguntó la esperanzada voz de Carolina al otro lado de la línea.

—¡Pues claro, mujer! Espero que lo hagas bien que con el frío que hace ya, no me apetece

esperar cola en la puerta —comentó Abril mirando ávidamente el auricular.

Helena la miró suplicándole prudencia y, tras unas palabras más, colgaron.

—¿Un grupo? De *metal*, supongo... —intuyó Helena.

—No lo sé —contestó Abril levantándose y poniéndose su abrigo—. No me comentó nada de un grupo la última vez que vino. Será otra movida en la que se ha metido por accidente, como siempre.

—Bueno, no le des vueltas, ya hablarás con ella cuando venga la próxima vez. ¿Quién sabe? A lo mejor es algo productivo para ella.

Abril la miró con reproche y abrió la puerta de la casa de Helena. Hacía una noche tremendamente fría.

—Parece que va a nevar, está algo nublado —observó Abril cubriéndose con la bufanda.

—Cuando estábamos en la universidad, era en estas noches cuando te solías escapar con Edgar —recordó Helena, con una nostálgica sonrisa—. Me decías que si llamaba tu madre, no lo cogiera.

—Créeme, me lo hubiera ahorrado si hubiera sabido que tendría que verle todos los días. Yo ronco, ¡pero él ronca más! Creo que es un mecanismo de defensa, lo ha desarrollado en estos siete años —concluyó Abril, riéndose—. Bueno, ya mañana te llamaré para quedar por la noche, me voy. Dale besos a Jayin de mi parte. Os quiero.

Se abrazaron, y la gran puerta de madera volvió a cerrarse una vez más, dejando a Helena sola de nuevo. Era una casa enorme. Había pertenecido a sus abuelos hasta hacía tres años cuando, en un último suspiro, su abuelo había abandonado este mundo. Entonces Helena vio la oportunidad perfecta para huir de su acogedor lecho familiar e independizarse al fin.

Se dirigió hacia la cocina y sacó una gran cazuela, la llenó de agua y la puso al fuego. Había ahorrado desde los trece años para tener una casa grande y al fin pudo cumplir su sueño, o al menos de momento. Realmente la casa era de sus padres, se podría decir que se la habían prestado para que pudiera establecer allí su consulta hasta que encontrara algo mejor. Pero Helena había ido más allá y había reformado toda la casa. Había arreglado la chimenea del salón, había puesto cortinas nuevas en todas las habitaciones, había transformado el despacho de su abuelo en una bonita biblioteca; la cocina la había echado entera abajo y la había recubierto de madera. Tenía una preciosa habitación enorme con unas vistas fabulosas al bosque de al lado, había puesto camas en las habitaciones de invitados, tenía cochera y una estupenda piscina en el colosal jardín, sin mencionar, por supuesto, que había pasado tardes en IKEA con Jayin comprando cuadros, floreros y demás cachivaches para darle su toque personal. Había fabricado la casa de sus sueños.

Metió el paquete entero de espagueti en el agua hirviendo, sabía de más que Jayin le regañaría por poner tanta comida, pero le gustaba verlo reñir. Más a menudo de lo que ella quisiera, su madre la llamaba y le preguntaba por su vida. No terminaba de hacerse a la idea de que viviera sola en una casa tan grande. Lo que la madre de Helena no sabía era que ella disfrutaba tremendamente con su melancólica soledad mientras se dedicaba a arreglar las cabezas de las personas, cuando la primera cabeza que necesitaba arreglo era la suya. «Soy feliz así». «Sola no tengo problemas». «Ahora tranquila y en el futuro viviré más». Esas eran las típicas frases que se repetía cada mañana para justificar su aislamiento. No le entusiasmaban los niños, y el hecho de dedicarse de lleno a su trabajo no mejoraba las cosas. Si algún día necesitaba algo de cariño, adoptaría un perro.

Puso los dos platos de espagueti en la mesa de la cocina y la salsera al lado. Justo cuando iba a coger el teléfono para llamar a Jayin, sonó el timbre de la puerta. Siempre llegaba en el momento justo.

—¡Joder, qué frío! —Jayin había atravesado el umbral de la gran puerta corriendo—. Perdón por llegar tarde, es que ha habido lío en el trabajo, una señora quería que siguiera el masaje en su casa, ¿qué te parece?

Le sonrió y le cogió el abrigo para colgarlo en el perchero. Cada día estaba más musculado, más petado, más cuadrado o, como diría Abril; más bueno.

—¡He traído pollo agridulce! —dijo entrando en la cocina—. ¿Qué? No me mires así, sabía que ibas a hacer espagueti, es para acompañar.

Era indio, sí. Hacía veinte años que estaba en España y era un gran profesional de la fisiología. Trabajaba como masajista, en una popular clínica en el centro comercial. Ganaba bastante dinero y la mitad lo invertía en seguir formándose en su carrera profesional. Jayin era un gran ejemplo de esfuerzo y superación. Helena lo admiraba profundamente.

—¿Sabes que mañana es el cumpleaños de Abril? —preguntó Helena enrollando sus espagueti con el tenedor.

—¡Anda! ¡Pero qué buenos amigos somos! —se quejó Jayin y dejó el pollo agridulce sobre la mesa.

—Mañana me acerco un momento por el centro comercial y le compramos un buen regalo.

—A partir de las siete estoy libre.

—Pues tenemos que darnos prisa porque quiere invitarnos a cenar, y luego una paciente nuestra da un concierto y vamos a ir a verla.

—¡Venga ya! ¿Vas a salir? —El pollo envuelto en salsa naranja se quedó a medio camino entre el plato y su boca.

—¡Sí, ya lo sé! —respondió Helena cansinamente—. No me doy cuenta de cómo pasa el tiempo, ¿vale?

—Eso es porque no sales de tu bonita casa de estilo renacentista —dijo Jayin con su leve acento hindú—. Esta casa es para tener un montón de niños, cuatro perros, dos coches de alta gama...

—Pareces mi madre.

—¿Tu madre te incita a que te compres coches de alta gama?

—No, mi madre me da la vara para que encuentre un hombre y me case.

—Helena... —Jayin se preparó para decir algo importante.

—Ni se te ocurra soltarme un proverbio en indio —lo amenazó Helena.

Ya conocía esa pose.

—Muy bien, pues te lo diré en español —le espetó Jayin—. ¡Necesitas que te empotren! ¡Que te den un buen meneo! ¡Que te arrastren del pelo desnuda por mitad del salón!

—¡No! No es eso, no necesito un hombre para subsistir —dijo Helena, levantándose de la mesa con su plato vacío—. Lo que pasa es que salgo poco y necesito más diversión.

—¡Y eso también! —gritó Jayin siguiéndola—. Pero a mí no me engañas... ¿qué tienes, miedo? ¿Te da miedo escoger a la persona equivocada?

—No tengo miedo, ¿vale? —Helena comenzó a sentirse incómoda—. Es simplemente que creo que no estoy preparada para cambiar mi vida.

—¿Cambiar tu vida? ¡Ni que te fueras a Guantánamo, Helena!. No hay árbol que el viento no haya sacudido —concluyó Jayin, complaciente.

Ya le había colado un proverbio de los suyos gratuitamente.

—Estoy muy harta de tus refranes exóticos, ¿sabes?

—Cortesía de mi abuela, gracias —respondió Jayin con una gran sonrisa—. ¡Venga ya! Si en el fondo te gustan...

—Toma, para que te calles —le dijo Helena tendiéndole una copa de vino a su amigo.

—¿De verdad no quieres saber lo que significa? —preguntó Jayin, ofendido.

—Si me lo dices en tu lengua natal...

—¡Vamos, no seas cascarrabias! —le reprochó Jayin, dándole un sorbo a su copa—. Todo el mundo se equivoca, todos somos árboles, todos hemos sido azotados por el viento. ¡Y seguimos vivos! Si te equivocas, puedes volver a empezar. La vida es larga y dura para vivirla sola, Helena.

—¡Habló el soltero de oro! —espetó Helena con una mirada asesina.

Odiaba cuando sus amigos se ponían pesados con el tema de su soltería. ¡Era feliz siendo soltera! ¿Estaba loca si lo que buscaba era tranquilidad?

—Oye, mira, desisto. Hemos tenido esta conversación muchas veces —dijo Jayin, rindiéndose—. Y sé que no vas a ceder. Pero quiero que sepas que si tú no quieres encontrar al amor de tu vida, él te encontrará a ti. ¡Y cuando menos te lo esperes y menos quieras!

—¿Es eso un hechizo vudú raro de tu país?

—No.

—Pues entonces ven al ático, ¡tengo algo que enseñarte! —dijo sonriente Helena, comenzando a subir las largas escaleras de mármol con forma de abanico.

Tenía muchas ganas de enseñarle a Jayin su nueva obra. Por fin la había terminado, y él era la única persona a la que le enseñaba sus cuadros. Ese era el pequeño secreto de Helena: le encantaba pintar en sus ratos libres. Las largas y aburridas tardes solitarias las pasaba en el estudio de su ático, pintando sus emociones sobre grandes lienzos, plasmando ilusiones, controversias, creando luces y sombras, repartiendo colores y claroscuros aquí y allá, y creando vida sobre un fondo inanimado. Lo que Helena no sabía es que era realmente buena, era tan buena pintora como terapeuta. Jayin no paraba de insistirle en que se alzara como artista, tenía decenas de obras abandonadas y perdidas en el fondo de aquella habitación.

Abrió la puerta.

—¿Has puesto calefacción aquí dentro? —preguntó Jayin al entrar en el pequeño estudio.

—No tenía más remedio, paso la mitad de mi tiempo aquí —reconoció Helena encendiendo la luz.

Era un sitio pequeño. Varios lienzos pintados con diferentes colores y texturas colgaban de las paredes y del techo, algunos descubiertos y otros tapados con pesadas telas para que el sol no estropeará su contenido. Grandes ventanales del techo al suelo cubrían las paredes ofreciendo una estupenda vista al bosque trasero a la casa, que ahora estaba oscuro.

—¡Vaya! —exclamó Jayin—. ¡Eres increíble!

Ya había visto el cuadro que estaba justo al fondo de la sala. Representaba un atardecer oscuro y sombrío detrás del bosque, era justo el paisaje que se veía a través de la ventana. Simple y llanamente un atardecer.

—Ya sé que no es una pedazo de vista, pero tenía ganas de pintarla, al fin y al cabo es lo que veo todos los días —confesó Helena.

—¡Pero qué dices! ¡Joder, está genial! —saltó Jayin—. Los colores, las sombras... ¡Está todo compasado!

—¿Te gusta, entonces? —le preguntó Helena—. ¿Qué dirías que transmite?

—Es... melancolía, nostalgia, tristeza...

—¡Eh! ¡Para, para!

—¿No es eso lo que querías transmitir?

—¡Pues no! Es un cuadro romántico.

—¡No me jorobes, Helena! Es la cosa más triste que he visto.

—Pero... ¿no es eso lo que hacen las parejas? Ver la puesta de sol...

—¡Claro! En el siglo XVIII.

Helena se sentó, abatida, en su viejo diván.

—¡Oh, vamos Helena! Es triste, pero es un cuadro precioso. Me atrevería a decir que el mejor que has pintado hasta ahora.

Helena dejó la copa de vino en el suelo y levantó la vista. Sabía que Jayin lo decía de verdad. Él también dejó su copa en el suelo y la abrazó. El abrazo justo, en el momento justo.

—Tienes que comer más, cada día estás más delgado —le dijo Helena, evitando aquel encontronazo de sentimientos.

¿En serio había confundido su idea del romanticismo con la tristeza?

—Ahora eres tú la que se parece a mi madre.

—Pero si tu madre no te ve, está en la India, ¿no?

—Ya, pero me lo nota en la voz...

—¡Oh, Dios! No quiero saber esa tradición vuestra.

—Ya has tenido bastante con mi abuela, ¿no?

—Sí. Y por cierto, pareces un negro así con la luz tenue y la chaqueta blanca de Adidas.

Jayin cogió el cojín y le arreó con todas sus fuerzas a Helena.

—¡Esto es la guerra!

Corrieron por la pequeña sala, tiraron el vino que Helena reservaba para esas ocasiones y rieron como dos críos hasta que se les acabaron las fuerzas.

CAPÍTULO 2

Viernes 19, 08:00 p. m.

—Eh, Tomás, buen fin de semana. ¡Que te diviertas!

—¡Hasta el lunes!

¿Que se divierta? ¿Hola? ¡Llevaba más de 24 horas sin dormir! Se iba a tirar el fin de semana en la cama.

Acababa de salir del hospital, ¡por fin! Después de un largo día de trabajo se iba a ir a casa a descansar. Tan solo le quedaba una cosa que hacer antes de pillar su cama. Sonó el teléfono.

—¿Sí? —contestó Tomás mientras arrancaba el coche.

—¡Eh, campeón! ¿Has terminado de currar ya? —La voz entusiasta de Lucas le llegó desde el otro lado.

—Sí, por fin...

—Pues habíamos pensado Diego y yo en salir un rato esta noche.

—¡Qué va, tío, ni hablar! —respondió rápidamente Tomás. Llevaba un día trabajando y ahora lo único que le apetecía era dormir—. ¿No habíamos quedado mañana?

—Ya. Pero nosotros somos científicos sin vida social y necesitamos salir más que tú.

—Pues salid sin mí y divertíos, ya mañana nos veremos. Además, hoy viene mi hermano de Madrid.

—¿Tu hermano? ¡Pues que se venga mañana también! A ver si él liga más que nosotros...

—Seguro —respondió Tomás con un suspiro—. Oye, te tengo que dejar que ya me están esperando para cenar.

Y colgó.

Lucas y Diego eran amigos de Tomás desde el instituto. Salía con ellos siempre que podía, pero últimamente no tenía tiempo ni de respirar. En las fechas próximas a la Navidad el hospital siempre se llenaba de gente moribunda, ya lo había comprobado el año anterior cuando comenzó sus prácticas como residente en Villanueva de la Rosa, su ciudad natal.

Se había venido de Madrid y había alquilado un piso cerca del hospital para no molestar a sus padres con sus intermitentes salidas y entradas. Un médico de residencia en medicina interna tenía horarios muy dispares, noches enteras de guardia y demás asuntos que no casaban demasiado con la rutina familiar de sus padres.

Odiaba el tráfico a esas horas de la noche, y más un viernes. Casi todos los viernes cenaba con sus padres, pero ese día, Patricio, su hermano menor, venía de visita. Patricio también vivía en Madrid y cursaba el último año en la Real Escuela Superior de Arte Dramático como intérprete musical. Tomás quería mucho a su hermano, pero él no parecía encontrarse cómodo en su ambiente familiar. La verdad es que Tomás le había puesto el listón muy alto.

Siempre había sido el más brillante en sus años de instituto, había seguido estudiando en la Complutense de Madrid la carrera de medicina y ahora estaba haciendo sus prácticas para poder trabajar en la ciudad en la que nació. Sin embargo, la vida de Patricio no había sido tan brillante. Nunca había destacado en el instituto y llegó a dejar los estudios en la ESO.

Se puso a trabajar ganando algo de dinero que gastaba en videojuegos y en salir. Cuando se cansó de trabajar, fue directo a sacarse el título elemental. Lo aprobó y continuó trabajando. Decía que no era apto para estudiar, a pesar de que le gustaban infinitas ciencias. Cierta día, cansado de aburrirse, se apuntó a una compañía de teatro local. Aquello lo cautivó. Flipó tanto que

despegó, se fue a Madrid y vio cumplido su sueño de colaborar en grandes obras con papeles pequeños. Cada día estaba más solicitado, no le faltaba trabajo. Al fin había igualado el éxito de su hermano mayor, pero aun así pasaba el menor tiempo posible en casa, y Tomás le echaba mucho de menos.

Aparcó en el garaje del lujoso apartamento de sus padres en el casco antiguo y subió hasta el piso arrastrando los pies, barajando la posibilidad de dormir esa noche en la cama de su adolescencia. Estaba demasiado cansado para volver a su piso.

Tocó la puerta. Oyó pasos acelerados y, cinco segundos después, su madre lo miraba sonriente.

—¡Mi guapetón! —dijo pellizcándole el moflete.

—Hola, mamá... —contestó suspirando Tomás—. ¿Ha llegado ya Patricio?

—¡Claro, chaval!

Su hermano, más esbelto y con mejor aspecto, le dio un gran abrazo.

—¡Te veo bien, Patri! —dijo Tomás, escapando de las garras de su hermano.

Siempre apretaba demasiado fuerte.

—Ya sabes que no me gusta que me llames así, bastante tengo con el nombre tan bonito que me pusieron papi y mami —respondió Patricio con retintín, mostrando una sonrisa extremadamente forzada.

—No olvides que se ensañaron conmigo antes. Tengo nombre de viejo de pueblo. ¿Te quedas toda la Navidad o qué?

—Toda la Navidad —contestó su hermano, suspirando—. Me sentía un poco culpable quedándome allí las fiestas.

—Haces bien —dijo Tomás dándole una palmadita de apoyo en su enorme brazo.

Tomás era un hombre alto, pero aun así llegaba solo al hombro de su hermano. Patricio era un tío grande, había salido más a su padre.

—A la cena le falta un poquitín... —interrumpió su madre con voz cantarina.

Tomás llevaba tiempo pensando que se estaba tomando algún tipo de medicamento. Desde que empezó a ser menopáusica estaba en pleno auge, su felicidad era inmensa. Nunca su madre se había mostrado tan cariñosa.

—Papá está en el salón, ve a saludarlo.

Y sin más dilación, se fue a la cocina cerrando la puerta tras de sí. Tomás y Patricio se miraron extrañados, pero obedecieron.

—Don Andrés, ¿cómo está usted?

Tomás siempre se había llevado genial con su padre a pesar de que este era bastante estricto. No es que le hiciera la pelota, simplemente se quería llevar bien con él, cosa que Patricio no compartía.

—Pues nada, hijo. Aquí con reuma —respondió su padre, incorporándose del sillón de orejas para abrazar a su Tomás.

—Bueno, yo voy a deshacer la maleta —informó Patricio, desapareciendo de la estancia.

Normalmente no se quitaba de en medio tan rápido.

—¡No tardes, ya casi está la cena! —gritó Andrés a la esquina por donde había desaparecido su hijo menor.

Tomás se sentó en el sofá de al lado, junto a la chimenea. Estaba blandito y desprendía un calor muy acogedor. De repente, recordó lo cansado que estaba, pero se obligó a aguantar hasta que hubiera cenado con su hermano.

—Oye, ¿por qué mamá se ha encerrado en la cocina? ¿Está metiéndonos cristalitos en la comida? —preguntó Tomás, desvelándose.

Su padre sonrió.

—Tu hermano no es el único que ha venido de visita.

—¿A qué te refieres?

Tomás estaba atónito y se le pasaron cantidad de familiares por la cabeza, intentando desvelar la identidad del que se escondía tras la puerta de la cocina junto a su madre, pero no se le ocurría nadie.

—¿A qué me voy a referir? A que hay otra persona que ha venido a vernos. Y no es de la familia, ¿eh? —contestó Andrés, pacientemente, mientras abría el periódico y escondía su regordeta cabeza pelona tras él.

—Papá... —dijo con desdén Tomás, apartando el periódico suavemente para que no se enfadara.

—¡Eh! ¡Asómate a la cocina y la verás! A fin de cuentas, ha venido a verte solo a ti.

Las sospechas de Tomás quedaron confirmadas. ¿Pero a qué había vuelto ella? ¿Tendría el valor suficiente para asomarse a la cocina? ¿Y por qué no iba a tener valor? ¿Acaso no era su mejor amiga?

«Eh, tranquilo, tío... contrólate», se dijo. Estaba empezando a ponerse nervioso.

—Voy a ayudar a Patricio a deshacer la maleta —anunció Tomás de pronto.

Se levantó y se dirigió a toda velocidad hacia la habitación de su hermano. Pegó en la puerta tres veces ansiosamente.

—¿Qué te pasa? —Patricio se apartó para que pasara.

—¡Tío! ¿Tú sabías que estaba aquí Cloe? —dijo Tomás nervioso, paseando de un lado a otro de la habitación sin parar de pasarse la mano por el pelo.

—Sí —afirmó Patricio tranquilamente, sacando sus mallas de baile rosas.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —preguntó Tomás, histérico y extrañado al observar cómo su hermano doblaba las mallas con sumo cuidado.

Patricio soltó un bufido de resignación.

—¿Acaso el saberlo antes o después va a impedir que te la termines zumbando?

—¿Cómo? ¡Yo no voy a acostarme con ella! —dijo Tomás, exhausto.

No tenía fuerzas para enfadarse y se derrumbó en la cama.

Cloe. Cloe Vélasco. Había sido su vecina hasta hacía unos años. Cuando todos se fueron a la universidad, pasaron de verse todos los días a verse cada fin de semana, de cada fin de semana a verse cada mes, y de verse cada mes a verse solo en las fechas importantes como Navidad o algún que otro cumpleaños. La universidad y el trabajo habían roto la relación que tenía con su mejor amiga.

Pero, a pesar de todo, de vez en cuando se llamaban para ver cómo les iba. Cloe había estudiado diseño de interiores y ahora trabajaba con una famosa empresa madrileña diseñando salones y baños para los magnates más ricos de la zona. Ganaba muchísimo dinero.

Ella siempre había sido su mayor consejera, pero nunca había pertenecido a su grupo de amigos. Cloe iba a un colegio privado y Tomás nunca se la había presentado a sus amigos, por aquel entonces solía pensar que la quería solo para él. Tomás sacudió la cabeza ante aquel pensamiento tan posesivo, típico de la inexperiencia y del miedo. Tenía que reconocerlo; Cloe había sido su tesoro especial, aunque jamás llegó a ser algo más que una amiga. Recordaba que, cuando eran todavía unos niños, hacían juntos los deberes en la casa de ella, y después se contaban todo lo que habían hecho ese día.

Era cierto que se habían acostado alguna que otra vez, pero nada más allá de la amistad. De hecho, a Tomás le costaba trabajo admitir que Cloe había sido su primera pareja sexual. Por

entonces, creía que la mayoría de los amigos que terminaban acostándose juntos veían cómo su amistad se debilitaba, pero en el caso de Tomás y Cloe no había resultado así. Es más, se había creado un vínculo muy especial entre el cariño y la amistad. A pesar de ello, ver a Cloe ahora, después de tanto tiempo, le provocaba un estado nervioso de aúpa. Lo que le preocupaba era cómo reaccionaría al verla. Normalmente siempre que se veían se terminaban acostando, tal como había puntualizado su hermano, pero Tomás no quería seguir haciéndolo, quería encontrar una pareja estable, quería otro tipo de cariño... Otro tipo de amor.

—¿Te vas a quedar aquí toda la noche? —preguntó Patricio abriendo la puerta de su cuarto—. Porque si te vas a quedar, me quedo contigo. —Patricio odiaba las cenas en familia.

Tomás se levantó lentamente de la cama, estaba mareado.

—No, vamos a cenar...

—¡Mierda! No me importa cenar una noche con papá y mamá, pero la zorra de nuestra vecina me pone enfermo —susurró Patricio por el pasillo.

Tomás soltó un suspiro entre la risa y la desesperación. A Patricio no le había gustado nunca Cloe, solía decir despectivamente que tenía a Tomás agarrado por los huevos.

Cuando llegaron al salón, Andrés ya estaba en la mesa y la puerta de la cocina abierta. Patricio miró a su hermano con cierta diversión en sus ojos. En el fondo le encantaba toda esa situación. Sin embargo, a Tomás le estaba poniendo más nervioso de lo que a él le gustaría, no quería acostarse con ella, pero no estaba seguro de que esa decisión se mantuviera después de verla. Era todo una farsa, una sugestión. Relacionaba a Cloe con el sexo y no podía evitar ponerse a mil cuando la veía.

«Esta es la noche perfecta... estoy demasiado cansado para hacer nada», pensó. Y con paso altivo y ligero se dirigió hacia la cocina.

Tomás entró en la cocina como si no supiera nada de lo que se estaba cocinando allí dentro. Y nunca mejor dicho. Cloe y su madre estaban entretenidas con un gran asado.

—Pues Tomás todavía no tiene novia, ¿qué te parece? Con lo guapo que está ahora... —Su madre conversaba alegremente mientras añadía perejil a la carne.

—¡Tomás!

Con su bonita y larga cabellera castaña, Cloe se volvió a mirarlo, olvidando completamente a su madre. Estaba tan guapa como siempre.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó alzando las cejas y dejando su preocupación atrás.

Abrazó a su amiga.

—¡He venido a veros! —contestó Cloe separándose de Tomás y tocándose el pelo coquetamente.

Tomás tragó saliva.

—¿A que es estupendo? —dijo su madre con exagerado entusiasmo.

Estaba claro que la madre de Tomás quería que su hijo acabara de una forma u otra con su vecina de toda la vida.

—Bueno, ¿cenamos? —sugirió Tomás para salir del paso.

La mesa era una tumba. Nadie hablaba. Patricio comía todo lo deprisa que podía para escapar pronto de aquella cena. Su padre miraba el partido de fútbol mientras comía con avidez el asado, y su madre miraba intermitentemente a Tomás y a Cloe. Cloe, por el contrario, permanecía con la vista clavada en su plato, mirando de reojo a Tomás y sonriendo de vez en cuando. Tomás, harto de la situación, decidió romper el silencio:

—¿Y tus padres? —le preguntó a Cloe.

—En Inglaterra —respondió como si ya supiera que le iban a hacer esa demanda de

información—. Se han ido de vacaciones.

—La semana pasada, sí —completó su madre.

Tomás alzó las cejas. Siempre era el último en enterarse de las cosas.

—¿Y por qué no te has ido tú con ellos? —le espetó Patricio.

Tomás le atizó una patada por debajo de la mesa.

—Tengo mucho trabajo y tan solo me han dado unos días de vacaciones. La ciudad me agobia —dijo Cloe con naturalidad.

—Tengo entendido que vives en Gran Vía, ¿no? —preguntó el padre de Tomás.

Cloe asintió enérgicamente.

—Pues Tomás también tiene un piso muy acogedor cerca del hospital, está haciendo allí su residencia —puntualizó su madre.

—¿En serio? Creía que estabas en Madrid haciendo la residencia, ¿cómo es que te has venido para acá? —preguntó ella con curiosidad.

—La ciudad me agobia... —respondió Tomás con sorna.

—¿Y el postre, mamá? —preguntó Patricio .

Quería largarse de allí ya.

—Oh, cariño, no tengas prisa, para una vez que te vemos —le reprochó su madre con ternura retirándole el plato, que había quedado reluciente.

—Es que estoy muy cansado. El tren es un coñazo —contestó Patricio con cara angelical.

—Yo también estoy reventado —dijo Tomás poniendo sus manos detrás de la cabeza—. Llevo un día sin dormir.

Si no lo decía, reventaba. Esperaba que Cloe hubiera cogido la indirecta.

—Bueno, está bien. Trae el postre, Lidia —dijo su padre quitándose la servilleta también—. Al fin y al cabo, tenemos toda la Navidad para vernos y charlar.

—¡Es cierto! Cloe se quedará hasta Reyes —informó su madre levantándose y sonriéndole con dulzura a la chica.

—¿¡Qué!?! —gritaron Tomás y Patricio a la vez.

—¡Has dicho que te habían dado unos días! —protestó Patricio.

—Y son unos días, Patri... —contestó Cloe con una sonrisa falsa.

Ella odiaba a Patricio tanto como él a ella, y ambos se dirigían camufladas miradas de odio, mientras Tomás la admiraba mordiendo el labio inferior. No aguantaría sin acostarse con ella, lo sabía.

—¿Quién quiere *mousse* de chocolate? —gritó alegremente Lidia.

Sus dos hijos resoplaron.

Dos copas de *mousse* más tarde, Tomás estaba en la habitación de su hermano, quejándose.

—¿No te la quieres tirar, verdad? —preguntó Patricio al salir de la ducha—. ¿Ya te has dado cuenta de lo guarra que es?

—¡No la llares así! —exclamó Tomás—. Ella es libre de hacer... lo que le dé la gana.

—¿Querías decir follar, verdad? —inquirió Patricio—. Tomás, a mí también me gusta y no me tiro a todo lo que se menea a diez kilómetros a la redonda.

—Ya. Ya lo sé... —Tomás, rendido. Se tumbó de nuevo en la cama y se puso las manos sobre la cara.

Se debatía entre la lógica y la pasión. Sabía que Cloe estaba en el salón haciendo tiempo, hablando con la cotorra insufrible de su madre.

—Oye, chaval —dijo Patricio sentándose junto a su hermano—, tíratela la última vez y búscate una novia pronto. Mamá tiene razón, el trabajo te sienta bien, estás muy bueno ahora.

—¿Desde cuándo te depilas el pecho? —preguntó Tomás mirando el torso reluciente de su hermano.

—Es que me lo exigen en la nueva obra que estamos preparando. Tengo una escena un poco picante, no quiero parecer *Mr. Bear*.

Pero Tomás ya no lo escuchaba, se había levantado de la cama y había abierto la puerta del cuarto.

—¡Eh, diviértete, semental! Disfruta de la última noche con ella.

Y Tomás se protegió con la puerta para detener un cojín que iba directo a su cara.

—Buenas noches, hermanito.

—¿Con quién hablas? —La voz de Cloe salió desde el final del pasillo—. No estabas en tu cuarto...

—No, no estaba —afirmó Tomás con la boca seca.

Ya había ido a buscarlo. Genial.

—¿Quieres venir a mi piso? Allí podremos charlar, no hay nadie —le susurró despacio.

No podía decirle que no a aquellos ojos dorados. Así que, todo lo sigilosamente que pudieron, esquivaron a los papás que, cogidos de la mano, daban cabezadas frente al televisor. Salieron al pasillo del bloque.

—Te he echado de menos... —le dijo Cloe, dándole un suave beso en la mejilla a la vez que abría la puerta de su antigua casa.

Ya está. Ya daba igual lo que dijera y lo que hiciera.

—¿Quieres *whisky*? —Ofreció ella.

—¿No me digas que todavía bebes para ponerte a tono? —preguntó él, acomodándose en el sofá.

Cloe le dio la copa.

—Contigo no me hace falta ponerme a tono... —dijo, tras dar un largo sorbo mientras le acariciaba el pelo rubio.

Tomás suspiró y acercó su mano.

¡Mierda! ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía ser tan directa? ¡Ni siquiera le había preguntado si salía con alguien!

—¿Entonces por qué sigues bebiendo? —le preguntó, mirándola a los ojos, que brillaban en la luz tenue mientras su mano bajaba.

—Porque me duele un poco la cabeza y... —Con un rápido movimiento se quitó la camisa—, quiero aprovechar la noche entera.

Y con todo el dolor de su corazón, Tomás se dio por vencido una vez más.

CAPÍTULO 3

Sábado 21, 12:30 a. m.

—¿Queda mucho para llegar al interior del puto local?

Abril estaba desquiciada. Estaban a dos grados bajo cero esperando en la puerta del *Fredoom*. El grupo ya había empezado a tocar y, encima, habían venido corriendo dos manzanas con el estómago lleno para llegar a tiempo al concierto.

—Cinco minutos más y me vuelvo a la Bolera.

Ángela, la mujer de Claudia, había accedido a acompañarlos al concierto tras una extensa perorata de su esposa. Por lo visto, Ángela solo se dedicaba a su negocio y necesitaba un soplo de aire fresco tan urgentemente como Helena. Además, le chiflaba la música *heavy*. Por eso, Claudia había decidido quedarse esa noche a cargo de la Bolera Clan.

—Y yo me iré contigo —dijo Abril, desesperada.

Edgar puso los ojos en blanco.

—¿No puedes tranquilizarte? ¡Es tu cumpleaños! —protestó enfadado.

—Me tranquilizaré cuando abran la jodida puerta.

—¡Bueno, basta ya! —sentenció Helena.

No había hablado hasta ese momento, pues estaba afónica. Había cumplido su merecido castigo por no haber salido en todos esos meses y había estado toda la noche cantando en el karaoke de la Bolera Clan, con el local lleno hasta los topes. No había muerto en el intento, eso estaba bien. Eso sí, había pasado muchísima vergüenza, y eso ya no estaba tan bien. Había cantado varios *hits* de los ochenta, entre ellos al menos cinco veces *Upside Down*, de Diana Ross. A Abril le encantaba esa canción, y las cinco veces se la había dedicado.

—¡Eh mirad! ¡Ya nos toca!

Jayin tenía razón. ¡La cola se movía!

—Como encima el concierto sea una mierda... vamos...

Abril estaba que echaba chispas. Helena había aprendido a no hablarle cuando estaba así. Tenían que esperar a que se le pasara. Edgar, sutilmente, le pasó una mano por la cintura mientras avanzaban en la cola. Así le demostraba su apoyo en silencio, y Abril dejaba de soltar maldiciones. No dejaba de flipar con la complicidad que tenían. Los admiraba.

El ambiente dentro del *Fredoom* estaba cargadísimo, y eso que el concierto acababa de empezar. La música sobrepasaba con creces los decibelios establecidos y el cerebro se le empezó a embotar a Helena, que estaba ya algo cansada.

La gente se agolpaba alrededor del escenario y se pegaban entre ellos como en cualquier concierto de *rock*. Estaba todo infestado de *rockeros* de la vieja escuela, metaleros y frikis. Helena se pegó a Jayin, que se dirigió hasta la barra.

—¿Qué te pido? —preguntó.

—Un *cosmopolitan*... —pidió Helena vocalizando exageradamente. Era inútil gritar—. Y una botella de agua —dijo llevándose la mano a la garganta.

Jayin la miró divertido y Helena se sentó en un sillín.

Allí estaba Carolina, pegando berridos en un escenario demasiado pequeño para un equipo instrumental tan grande. Su melena rubia y rizada iba de un lado a otro y se le pegaba al sudoroso rostro. La pintura negra de los ojos se le corría y le daba un aspecto muy espeluznante. Su bonita y melodiosa voz apenas resaltaba entre la marabunta de notas que los músicos tocaban con

insistencia, intentando que su instrumento resaltara por encima de los demás.

La canción terminó y los gritos de los aficionados llenaron el garito. Por el fondo, Helena vio cómo Abril aplaudía imbatible pidiendo más. Edgar, a su lado, alzaba el puño y animaba a la banda alzando los cuernos del *metal*.

—¡Los *Good Violence* os saludan, hijos de la noche! —gritó Carolina a través del micro poniendo voz gutural.

Más gritos. Y, a continuación, otro tema aún más duro que el anterior. Helena cogió ansiosa su *cosmopolitan* y le dio un gran sorbo, tenía mucha sed.

—¿Y la botella de agua? —gesticuló Helena.

Jayin puso cara de circunstancias, dando a entender que se le había olvidado. Helena se encogió de hombros y se acabó la copa. Se giró hacia la barra, llamó al camarero, señaló su copa vacía y este se apresuró a rellenársela.

* * *

Mientras tanto, dos calles más arriba, en la Bolera Clan, Patricio se debatía con su hermano.

—¡No te vayas, tío! —le suplicaba Tomás a Patricio.

—¡No pienso discutir más con esa víbora! —espetó Patricio, señalando la puerta del baño por la que se había perdido Cloe.

—¡Oye, podemos ir al *Freedoom*! —sugirió Lucas de repente.

Patricio torció el gesto.

—¿Y qué se supone que hay allí? —preguntó, expectante ante la idea de salir de aquella sala VIP en la que había perdido ya la tercera pelea verbal con Cloe.

—¡Oh, no! Más frikis, no. Ya tenemos suficiente con nosotros —dijo Diego, desesperado.

—¡Toca una amiga mía en un grupo de *metal*! ¡A ti te mola el *metal*! ¡A mí me mola el *metal*! ¿Qué problema hay? —exclamó Lucas, dando un pequeño salto en el sofá de la emoción.

—A Cloe le mola el *metal*... —dijo Patricio suspirando.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes? —dijo Lucas, sin dar crédito y aumentando su interés por la chica.

—Es lo que siempre ponen ella y Tomás cuando... ¡Ah! ¿Qué haces?

Patricio aulló de dolor, Tomás le había dado un pisotón para que no siguiera. Nunca les había contado a sus mejores amigos que Cloe existía, hasta esa misma noche. La noche anterior, después de acabar explotado por sus instintos carnales una vez más, había llegado más que nunca a la conclusión de que aquella situación tenía que acabar antes de que se viera atado para siempre a Cloe. Así que su maléfico plan había sido presentársela a sus amigos, con la esperanza de que las inexpertas artes de ligoteo de Lucas llamaran la atención de su vecina.

—¿Cuando qué? —quiso saber Diego—. No me digas que te la has tirado.

Lucas abrió mucho los ojos y bebió un largo sorbo de ron.

—¿Y qué tal? ¿Estáis saliendo? No, ¿no? —Una sombra de culpa recorrió el atractivo rostro de Lucas—. Le llevo tirando los trastos toda la noche, si me lo hubieras dicho antes...

Tomás se mordió el labio, por mucho que quisiese, no se había preparado aquella situación.

—¡Venga ya! ¿Estos dos no saben que te la tiras cuando te apetece? —Patricio no daba crédito.

—¿Cómo? —dijo Diego.

—¿De qué estáis hablando, *Calimero*?

Cloe acababa de llegar del baño y se había sentado junto a Diego, que se había puesto blanco.

—Nada, de una vecina... —empezó a decir Diego.

—Siempre le dije que ese peinado a lo Justin Bieber no le quedaba bien —comentó Lucas.

Aunque Lucas presumiera de ser una persona irresistible, la realidad era bastante diferente.

—Pues el tuyo no es que sea muy diferente... —apuntó Cloe con un gesto de desaprobación.

En realidad, tenía razón. Diego y Lucas llevaban prácticamente el mismo peinado tazón, pero Lucas lo peinaba hacia un lado para darle un toque más *cool*. Parecía que había salido de un huracán. A él le encantaba, decía que así llamaba más la atención.

—¡Bah! Si en el fondo te gusta...

Lucas puso cara de seductor nato.

—Esta noche se lo va a tirar a él. Lo sabes, ¿no? —le susurró Patricio a su hermano.

—Sí, algo así me he imaginado... —contestó Tomás sonriéndole—. ¿No te ibas?

—¿Y perderme esto? ¡Já! ¡Oye, gente! ¿Vamos a estar toda la noche aquí o nos vamos al *Freedoom* ese?

* * *

—Creo que he bebido un poco más de lo que a mí me hubiera gustado... ¡Eh, tú, indio! ¿Me estás escuchando?

Helena estaba un poco contenta. Llevaba tanto tiempo sin beber que ahora había perdido la costumbre, aunque mirándolo por el lado bueno, se lo estaba pasando mejor que nunca.

—¿No crees que estás un poco borracha? —le preguntó Jayin, alzando la voz por encima de la música.

—¿Borracha? No, no, no...

Helena buscó a Abril entre la multitud y, después de una decena de empujones, la encontró cerca del escenario pegando saltos al ritmo de la batería. Helena le dio dos toques en el hombro para llamar su atención.

— ¡Helena! ¿Dónde estabais?

— ¡Whoooooouu! ¡Rock and roll!

Helena se quitó su sombrero rojo y se lo dio a Jayin. Se unió a Abril en su baile metalero, que consistía en unas sacudidas de cuello y movimientos de *guitar air*. Abril miró a Jayin. Este se encogió de hombros y se unió también al baile.

Los *Good Violence* tocaron dos temas más, a cual más bestia, y dieron paso al descanso.

—Oye, vamos a saludar a Carolina —dijo Helena cuando vio a los músicos bajar para tomarse algo.

—¿Te sientes bien? ¿Estás mareada? —le preguntó Ángela, que había vuelto de llamar a su mujer.

—No, estoy bien.

—Yo te noto un poco borracha...

—¿Dónde está mi gorro? —preguntó Helena sin prestar atención. Jayin se lo encasquetó en la cabeza—. Gracias cariño —dijo volviéndose hacia Abril y Ángela—. No. No estoy borracha. ¡Me encuentro genial!

— ¿Te suele llamar «cariño» muy a menudo? —le preguntó Ángela a Jayin.

—Bueno, de vez en cuando.

—¿Tú eres gay, no?

—¡Claro! —contestó Jayin, ofendido.

—Perdona si te lo pregunto así —comenzó amablemente Ángela—, pero es que Claudia y yo

hemos hecho una apuesta.

—¿Qué clase de apuesta?

—Apostamos si estabais liados o no.

—¿Quiénes? ¿Helena y yo? ¡No! ¡Para nada! ¡Solo somos amigos!

—Pues te informo de que he perdido la apuesta —dijo Ángela riendo.

Jayin se quedó pensativo y finalmente preguntó:

—¿De veras parecemos pareja Helena y yo?

—Jayin —comenzó Ángela—, desde que tengo uso de razón nunca me he equivocado al decir «ese es gay». Nosotros tenemos un radar especial para diferenciarnos entre nosotras, tú ya me entiendes —concluyó, guiñándole un ojo.

Y se fue, dejando a Jayin solo y confundido entre toda la marea del *metal*.

—¡Hey, Carolina! —la llamó Abril, acercándose a la barra.

—¡Mis dos psicólogas favoritas! —gritó Carolina, abrazando a las dos a la vez.

—¡No tienes otras! —le espetó Abril—. ¿O estás viendo a otros especialistas a nuestras espaldas?

—¡Jamás! ¡Creo que por fin me he encontrado a mí misma!

Y antes de que pudieran preguntar por qué se había encontrado y cómo, se acercó el bajista que había estado tocando con ella, que tenía el pelo muy negro y muy largo, y le plantó un beso de película delante de sus dos pasmadas terapeutas.

Cuando el chaval terminó, se fue sin más, y Carolina esbozó una enorme y complaciente sonrisa.

—¡Es mi nuevo novio! —anunció, mirándolas expectante.

Pero había un problema. Helena estaba embobada con un chico rubio que acababa de entrar por la puerta. Y Abril, que era quien la trataba, puso cara de pocos amigos.

—¿Qué? —le recriminó Carolina—. ¡Me dijiste que empezara desde cero!

—Este no es el tipo de chico que habíamos negociado, Carolina.

—¡Vamos! ¡Ni siquiera lo conoces! —le reprochó—. ¡Te prometo que iré a la consulta en cuanto pueda y te cuento todo lo que me ha pasado!

—¿Qué diablos! Está bien —concluyó Abril sonriendo y abrazando a Carolina de nuevo.

—Por cierto, tengo tu regalo... —le dijo ilusionada—. No tenía mucho dinero. Es un pequeño detalle, espero que te guste. Te lo daré después.

—¡No me tenías que comprar nada!

—No, ya lo verás —contestó Carolina con una sonrisa picarona—. ¡Hey! ¿Lucas? ¿Qué haces tú aquí?

* * *

Bajo los tímidos copos de nieve, que caían perezosamente sobre la oscura carretera, se encontraban Cloe, Tomás, Lucas, Diego y Patricio rumbo al *Freedoom*. A tan solo una calle del local, ya se escuchaban las guitarras aullar.

—¡Eh, Tomy!

Lucas se las arregló para apartarse un poco de los demás y alcanzar a Tomás que, cabizbajo, caminaba solo. Diego lo siguió.

—¿Estás saliendo con ella o no? —preguntó el último con curiosidad.

—Yo pienso que no. Si no, nos lo hubiera dicho —intuyó Lucas—. ¿Solo te acuestas con ella, verdad?

—¡Parad! No es nada de eso —dijo Tomás algo mosqueado consigo mismo—. Es una larga historia...

—Pero entonces, ¿qué hago? ¡La tengo superencima! —comentó Lucas realmente preocupado.

Tomás lo miró de reojo con una media sonrisa. El concepto «superencima» de su amigo estaba bastante deformado. Cloe se lo estaba pasando genial con todos ellos y, probablemente, si Lucas se lo curraba un poco más, este tendría suerte aquella noche.

—Tú haz tu trabajo —le aconsejó Tomás a su amigo—. No es mi novia, así que podéis follar esta noche mismo si os apetece.

—¡Hala, venga! ¡Tú también estás bien de la cabeza! ¿Cómo quieres que me acueste con ella? ¡Si la he conocido hoy mismo! —Lucas dudó por un momento, esperanzado—. ¿Crees que querrá acostarse conmigo?

Lucas soltaba chispas por los ojos, muy emocionado. Tomás sabía que jamás le había salido un plan tan redondo.

—Ella no se anda por las ramas —se sinceró—. Solo te advierto una cosa: ¡no te enamores de ella!

—¿Pero qué nos estás ocultando? —explotó Diego—. Sé que nos ocultas algo. Y es algo muy fuerte, te lo noto en los ojos.

—¡Oye, *Anacleto*! ¡Que el criminólogo soy yo! —protestó Lucas—. ¡A ver, tú, campeón! ¡Mírame!

Se puso enfrente de Tomás y lo miró intensamente a los ojos.

—¡Bueno, ya vale! —se impuso Tomás de nuevo—. Esta noche no os contaré nada. Sí, Diego, no me mires así...

Diego había abierto la boca para protestar, pero se calló.

—Esta noche solo quiero pasármelo bien con vosotros, llevo días trabajando sin parar y dándole vueltas a la cabeza. Solo quiero disfrutar.

—¿Mañana quedamos en el piso y nos lo cuentas a Diego y a mí?

—Está bien —accedió Tomás, dócil—, pero ya os digo que no os va a gustar...

Un poco más atrás se mantenía otra pequeña batalla campal.

—¡Oye, imbécil! —dijo de repente Cloe, abrochándose los grandes botones de su abrigo de piel.

—Dime, petarda —contestó, sin alterarse, Patricio.

—¿Tu hermano no le había hablado de mí a sus amigos antes? —preguntó astutamente.

—Pues ya ves que no... no hay que ser muy listo para darse cuenta.

—Desde luego... —dijo Cloe, y se quedó pensativa unos instantes—. ¿Por qué crees que no lo ha hecho?

—¡Y yo que sé! —le espetó Patricio sin mirarla—. No le gustará cómo se lo haces...

—Ya te gustaría a ti que te lo hiciera, ¡grandullón!

Cloe le dio una palmada en el trasero. Sabía que eso lo irritaría, se iría y la dejaría pensar. ¿Por qué Tomás la había ocultado de esa forma durante todos esos años?

—¡Serás...! —Patricio resopló y cerró los ojos conteniéndose—. ¡Que sepas, guapita de cara, que en la vida me acostaría contigo! ¡No soy ni tan débil ni tan estúpido como mi hermano!

Y sin más, se adelantó, dejándola sola. Cloe soltó un bufido.

—Ni débil ni estúpido son adjetivos correctos para definir lo que a ti te pasa, Patri... —susurró Cloe, una vez que se hubo ido.

—¡No me vuelvas a dejar solo con tu *follamiga*! ¡Es como un grano en el culo! —Patricio se había unido al grupo de Diego, Lucas y Tomás.

—¿La has dejado sola? —Lucas estaba expectante y miró a Tomás, que le sonrió.

—¡Corre! Y ya sabes lo que te he dicho.

A pesar de las circunstancias, Tomás se estaba divirtiendo de lo lindo con la situación. Todos eran demasiado predecibles, y pensar que durante tantos años había temido que pasara lo que estaba pasando aquella noche... Al final, lo terrible e insoportable solo existe en la imaginación de uno.

—Sí, anda y ve. Está fritísima por pillar, ¡y eso que comió ayer! —comentó Patricio mientras miraba la escena con asco.

—¿Te la tiraste ayer mismo? —preguntó Diego.

—¡Diego! ¡Ni mi madre me acosa tanto como tú!

—Caballeros, si me disculpan, hay una dama que me está esperando. —Y con un último retoque de pelo, volvió hacia atrás para quedarse a solas con ella.

—¡Me han dicho que se ha perdido una estrella por aquí! —le susurró Lucas a Cloe, suavemente.

—Tío, esa frase tiene más años que tú —dijo Cloe riéndose—. ¿De dónde la has sacado? ¿Del cancionero popular?

—No importa, ¡tengo más!

—Oye, ¿no tienes frío? —preguntó Cloe, mirando con desaprobación la camiseta de manga larga y cuello alto de *Pac-Man* que llevaba.

—Es mi camiseta favorita —informó Lucas, torciendo el gesto.

—¡Oh, por Dios! ¿No sabes ni pillar una indirecta? —Cloe sacó las manos de sus bolsillos con violencia y agarró del cuello a Lucas, lo atrajo hacia ella y lo besó apasionadamente.

Más abajo, en la puerta del *Freedoom*.

—¡Oh, mira! —dijo Patricio señalando a la pareja que, efusivamente y sin pudor, se besaba un poco más arriba detrás de una farola ya cubierta por una fina capa de nieve—. Ya ha comenzado la dama negra a tejer su telaraña...

—¿Tan mala es? —preguntó inocentemente Diego.

—No, no es mala. Simplemente hace lo que quiere cuando quiere —dijo Tomás con una sonrisa. No le había dolido ni siquiera un poquito.

—¡Y una porra! Esa es más fresca que una mañana de invierno. ¡Deshazte de ella de una vez y búscate algo mejor! —Y sin más dilación, Patricio se metió dentro del *Freedoom* sin esperar a nadie.

—Tengo tanta curiosidad por saber lo que ha pasado, que creo que voy a emborracharme mucho ahora para despertarme mañana directamente en ese momento en el que nos lo cuentas todo, hermano —le comentó Diego a Tomás.

Ambos se miraron, cómplices.

A unos metros de allí, el ambiente empezaba a hervir bajo la farola.

—Estarás de acuerdo en que te diga —intentaba decir Lucas entre los besos de Cloe —, que no ha sido... una buena forma de entrarme...

—¿Vives con tus padres? —preguntó, de repente, Cloe.

—¡No! —contestó Lucas, ofendido—. Oye, nena, tengo piso propio, ¿vale? Soy criminólogo.

—¿Lo compartes?

—Sí, con Diego —dijo sin más, y volvió a besarla.

—¡Mierda! —maldijo Cloe, apartándole—. Bueno, si no queda otra, iremos a mi casa. No me gusta hacer un desfile de hombres por allí.

—¿De verdad quieres hacerlo esta noche? ¡Apenas nos conocemos!

—Pues para eso están las noches, ¿no? Para conocer a gente. —Cloe intentaba no perder la paciencia.

—¡Anda! Vámonos que nos están esperando, ya te daré lo tuyo más tarde —dijo Lucas, dándole un suave beso en la mejilla y cogiéndola del brazo. Cloe lo miró, divertida, ante su disimulada inexperiencia.

—A ver cómo se porta el cuerpo de policía de esta ciudad...

Lucas, que no cabía en sí de júbilo, se adelantó y entró al local con Tomás. Diego y Cloe se quedaron atrás.

—Oye, tío... Tu piba está pirada. Me ha cogido de repente y...

—Lucas, no le gustas. Solo quiere acostarse contigo.

Tomás le fue sincero. Pensó que tenía que advertirlo todas las veces que hiciera falta antes de que fuera demasiado tarde.

—Yo creo que lo que le ha gustado ha sido mi camiseta del *Pac-Man*, es infalible... —contestó sin escuchar a su amigo—. ¡Eh! Pero mira a quién tenemos aquí, ¡es Carolina!

* * *

Lucas y Carolina se abrazaron y se dieron dos besos.

—¿Cómo sabías que tocaba hoy? —le preguntó Carolina, sorprendida.

—Hace unos días pasé por la puerta y vi tu cara en el cartel, ¡como ya no te acuerdas de nadie! He venido por mi cuenta —le dijo Lucas poniendo cara de afligido.

—¡No digas tonterías! ¡Con lo que te quiero yo!

Carolina le dio otro abrazo.

—Sí, sí, mucho amor, pero no me avisaste...

Abril soltó un sonoro «ejem», e interrumpió la escena.

—¡Ah, Lucas! Déjame que te presente. Estas son Abril y Helena, mis psicólogas —introdujo Carolina, entusiasmada.

Lucas se acercó y besó a las dos chicas.

—Conque psicólogas, ¿eh?

—¡Las mejores! —dijo Carolina con cara de orgullo.

—¿Y ese quién es? —preguntó Helena de repente.

Todos se quedaron mirándola. Abril le pegó un pequeño pisotón riéndose y Carolina abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Ese es mi colega Tomás —dijo Lucas un tanto impresionado—. ¡Ven aquí! ¡Tomás!

Era el rubio en el que Helena se había fijado desde la barra. Él se dio la vuelta. Su pelo rizado ondeó en el aire y, acto seguido, sonrió. Se acercó lentamente al ritmo de la música *house*, mientras esquivaba con elegancia a la turba de metaleros que se arremolinaban de nuevo en torno al escenario. Su mirada verde y brillante se cruzó con la de Helena apenas un segundo, y esta notó cómo se ponía colorada.

—Carolina, ¡cuánto tiempo! ¿Qué tal tu lesión de la rodilla? —preguntó Tomás cuando se acercó. Le dio dos besos.

—¡Oh! Muy bien, gracias, doctor —contestó ella con una sonrisa tonta.

—¡Carol! ¡Nos toca subir ya! —dijo su novio pasando por su lado, bajo en mano.

—Bueno, chicos, os dejo. Estate pendiente de la actuación, Abril —dijo Carolina, guiñándole un ojo.

—Estas son Abril y Helena —dijo Lucas una vez que Carolina se hubo ido.

—Hola —saludó Tomás dándole dos besos a cada una.

—¡Y yo soy Diego! ¡Soy ingeniero industrial y gano casi 3000 pavos todos los meses! ¿A que soy un buen partido?

Diego apareció con su segundo vodka limón, poniéndose en evidencia. Lucas se empezó a reír y Tomás soltó un largo suspiro.

—¿Es que no puedo salir con vosotros? ¿Dónde está mi hermano?

—Hace un momento estaba en el baño, decía que no se encontraba muy bien —informó Diego, borrando su sonrisa.

—Voy a buscarlo, ¡vente conmigo, ingeniero industrial

Tomás cogió a su amigo del hombro y lo arrastró con él.

—Ha sido un placer, chicas —concluyó dándole la mano a una sonriente Abril y a una sorprendida Helena, que no parpadeaba desde que Tomás había aparecido en su campo visual.

—Adiós... —susurró Helena, observando cómo se alejaba Tomás entre la multitud.

La banda comenzó a tocar, y de nuevo el garito se volvió poco apto para mantener conversaciones.

—¡Hola de nuevo, metaleros de Villanueva de la Rosa! —gritó Carolina por el micro.

La marea *heavy* estalló en *vivas*.

—¡Hoy es el cumpleaños de una amiga muy especial! —comenzó Carolina.

Abril se agarró muy fuerte al brazo de Helena.

—Por eso, me gustaría dedicarle esta canción. ¡Abril, va por ti!

Y la banda comenzó a tocar una lenta balada. A Abril se le llenaron los ojos de lágrimas y fue disparada hacia la primera línea del escenario.

—¡Nos vemos, Lucas! —dijo Helena despidiéndose y acompañando a su amiga.

—¡Qué pedazo de regalo! —gritó Jayin cuando Helena llegó hasta el escenario.

—¿Me acompaña en este baile, estimado señor con aire oriental? —preguntó Helena, tendiéndole la mano a su amigo.

—Cómo no, estimada y remilgada señorita —respondió Jayin, sintiéndose algo más animado.

—¡Oye! —se quejó Helena.

Helena reía. El desmadre *heavy* se había calmado y algunas parejas bailaban. Era una melodía lúgubre y muy armoniosa.

—Te quiero —le decía Edgar a Abril al oído.

Helena lo oyó y sonrió dulcemente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Helena, mirando a Jayin.

—Me pasa que estás borracha. Nunca te había visto borracha.

—No estoy borracha, solo un poco mareada —mintió Helena, apoyándose en el musculado pecho de su amigo.

Mareada o no, tenía un sueño increíble.

—No te preocupes. Cuando termine la canción nos vamos a casa.

La melodía terminó tan bonita como había empezado. La propia Carolina la había compuesto especialmente para Abril. Esta la subió al escenario y la abrazó al son

de los animados aplausos del público. Y sin más dilación, los *Good Violence* arremetieron con el último y escandaloso tema de la noche.

—¡No quiero volver a casa ya! —repetía Helena mientras Jayin la llevaba a la barra.

—¡Quédate aquí! —le advirtió Jayin, sentándola en un sillín de la barra—. ¡Y no te muevas! Voy a buscar a Ángela y te llevamos a casa.

—¡Pero si son las dos todavía! —se quejó Helena.

—Eso era antes. ¡Ahora son las cinco! —contestó Jayin sin alterarse—. No te muevas, vengo enseguida.

Helena suspiró y se apoyó contra la barra. Estaba muy mareada, todo le daba vueltas. A lo mejor sí que estaba borracha.

—Hola, otra vez.

Escuchó que alguien le hablaba y miró. Era Tomás, el rubio de antes. El fantástico rubio de antes.

—Ho-hola —tartamudeó Helena un poco confundida y avergonzada—. Tú eras... ¡Teo!, ¿o cómo te llamabas?

Tomás se rio.

—No. Yo soy Tomás, y tú eras Helena, ¿no es así?

—Sí... O eso creo. Creo que estoy un poco borracha —contestó riéndose.

Tomás tomó un sorbo de su copa y se volvió para mirarla bien. Sus sospechas se confirmaron: era la misma chica que esa noche había estado cantando en el karaoke de la Bolera Clan. Ya se había fijado en ella antes, le había llamado mucho la atención. Y ahora, verla reír con su melena castaña rizada cayéndole sensualmente sobre el rostro y un toque de rubor en sus mejillas, había hecho saltar una chispa en su interior.

—Oye, por cierto, cantas muy bien. —La alabó Tomás, sonriendo en el momento justo.

—¡Oh, mierda! —Helena no podía parar de reír—. ¿Tú estabas en la Bolera Clan esta noche?

—Sí, en la sala VIP. He oído todo tu repertorio.

La sala VIP estaba situada para que los espectadores tuvieran las mejores vistas del escenario. De esa forma, si venía algún cantante o grupo famoso, podían disfrutar de una maravillosa experiencia.

—¡Oh, Dios! ¡Qué vergüenza! —exclamó Helena, riéndose todavía y apoyándose sin querer en él.

—No, vergüenza ninguna, ¡cantas genial! —repitió Tomás, mirándola profundamente a sus ojos castaños oscuros. Al apoyarse ella en su hombro, él cogió su brazo para evitar que se cayera. Helena se quedó quieta y paró de reír.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —preguntó, volviéndose a reír compulsivamente.

Tomás se quedó tan pasmado que no tuvo más remedio que reírse con ella.

—Bueno, se puede decir así... —le dijo cuando pararon de partirse—. Espero que no te moleste.

Se miraron durante un par de segundos, antes de que Jayin, un tanto agobiado, hiciera acto de presencia. Le puso el abrigo encima a Helena y le dio su bolso.

—Nos vamos.

—¿Y Abril? ¡Quiero despedirme de ella!

—¡Ostras, es verdad! ¡Pero en cuanto la encuentre nos vamos! Ángela ya ha ido a por el coche. —Y, sin más, volvió a desaparecer.

—¿Es ese tu novio? —preguntó Tomás viendo cómo se alejaba Jayin entre la multitud.

—¡No! Es solo mi amigo. Tienes vía libre —le dijo Helena, bajando el tono y rebuscando en su bolso a la vez que se volvía a reír.

La parte sobria de su cerebro le estaba mandando fuertes señales de alerta que se perdían entre los litros de alcohol. ¿En serio había dicho «tienes vía libre»? ¡No! ¡No podía ser verdad!

—Bueno, ¿y qué tengo que hacer? —preguntó Tomás con media sonrisa, dejando su copa y poniéndose frente a ella por primera vez.

—Toma.

Helena sacó una pequeña tarjetita del interior de su bolso.

—Ahí está mi número de teléfono y mi dirección.

—¿Psicología clínica? —Leyó Tomás—. Vaya, qué interesante. ¡Yo soy médico!

—¡Hala! Medicina y psicología juntas. ¡La mezcla definitiva! Podemos mantener charlas sociobiológicas e intracorporales. —Helena reparó en su desastre y, aún riendo, dijo—: Creo que debería irme a casa.

Parecía que la parte sobria de su cerebro, la que le estaba mandando señales de alerta fuertemente, estaba empezando a ganar la partida.

—Pues a mí me encantaría tener esas charlas contigo —comentó Tomás, riendo suavemente.

—Puedes llamarme cuando quieras, es una pena que me tenga que ir y que esté tan borracha...

—Helena, vamos ya, están todos esperándonos en la puerta.

Jayin, que había vuelto a aparecer, la cogió del brazo y tiró de ella.

—¿Quieres esperarte a que me despida? —le espetó Helena acaloradamente—. Ha sido un placer, Tomás. Espero verte pronto.

—Igualmente. Estoy seguro.

Tomás le dio dos besos en las mejillas.

—¿Quién es ese? —le preguntó Jayin cuando se alejaron un poco.

—Ese es mi nuevo doctor —dijo volviéndose para mirarle una última vez.

Tomás le dijo adiós con su tarjeta aún en la mano y, al guiñarle un ojo, Helena supo que volvería a verle.

CAPÍTULO 4

—No me lo puedo creer. ¡No-me-lo-puedo-creer!

Diego se paseaba de un lado a otro del salón sin dar crédito. Esta vez Tomás sí que estaba preparado para sus reacciones, había estado ensayando su discurso toda la mañana.

—Diego, ¿quieres tranquilizarte? —Lucas estaba bebiéndose un café con su bata de cohetitos espaciales puesta. Parecía muy cansado—. No me esperaba menos de *Tomy*, esa mujer es... ¡lo más! —Y se llevó las manos a la cara, estaba alucinado—. ¡Tú sí que sabes, tío!

—¡Pues a mí no me parece bien!

Diego al fin dejó de pasearse y se sentó.

—¿Por qué nos has ocultado a tu vecina? ¿Cuánto? ¿Diez años?

¡La pregunta! La difícil pregunta. Tomás cogió aire.

—Puede ser que no me apeteciera compartirla...

—¡Yo hubiera hecho lo mismo, campeón! —exclamó Lucas, dándole una sonora palmada en la espalda—. Es como una jodida mina de oro. Sexo del bueno...

Diego asesinó con la mirada a su compañero de piso.

—Además de que me parece muy turbio esconder a una persona solo porque no te apeteciese compartirla... de lo que hablaremos en otro momento, espero, ¿por qué ahora? ¿Qué ha cambiado en tu vida? —Diego no se rendía.

—Creo que ya tengo una edad... —se sinceró Tomás—. No quiero repetir esta historia una y otra vez. Ella no está dispuesta a comprometerse. Nunca lo ha estado —Tomás miró a sus amigos. Ambos estaban muy pendientes de él—. Creo que al fin he podido aceptarlo y ahora estoy preparado para conocer a otras personas, dejarla libre y liberarme yo también.

—¡De puta madre, tío! ¡Me la quedo yo! —Lucas se frotó las manos.

Ambos lo ignoraron.

—Bueno, eso me parece mucho mejor —contestó Diego, cediendo—. Si quieres mi opinión, a mí no me gustó mucho. No me parece mala chica, quizás un poco creída, aunque se lo puede permitir, sabe mucho de arte... —Diego se aclaró la garganta—. Me alegro de tu decisión, Tomás.

Él le sonrió y se le formó un nudo en la garganta. Aunque lo había dejado intuir de alguna forma a través de su discurso, Tomás se negaba a declarar que la verdadera razón por la que había escondido a su mejor amiga del resto de su grupo era porque había estado siempre profundamente enamorado de ella, y aquello había sido tremendamente egoísta. Se había portado como un cobarde. Miró a los ojos a Diego, que parecía leerle el pensamiento y le dio dos palmadas en la espalda a modo de aprobación. Al fin era capaz de pensarlo con claridad. Cuando era mucho más joven, inexperto y atolondrado había sido incapaz de comunicarse con ella y tener la famosa charla en la que él se declaraba y ella... Ella lo rechazaba. O al menos eso es lo que el miedo y las inseguridades le mostraban en su mente una y otra vez. Así que permaneció callado hasta el presente. Un presente en el que sus sentimientos ya se había enfriado. Los años de residencia le habían dado un golpe de realidad; él no merecía eso. Tenía que lanzarse, comunicarse. Las relaciones funcionaban de una manera muy diferente a como él se las había planteado hasta el momento.

—Bueno, ¿y tú qué? —le preguntó a Lucas conforme llegaba con otro litro de café.

Lucas no contestó. Se quedó mirando su café con un extraño brillo en los ojos. Dirigió su mirada a Tomás y suspiró de júbilo.

—Lleva así desde que se levantó hace una hora —informó Diego con gesto distraído, cambiando los canales de la televisión—. Ha llegado a las nueve de la mañana. Dijo algo así como «Tío, tío, tío, ¡no he dormido nada!», se metió en su cuarto y aquí está... ido.

—Si tú hubieras pasado la noche que yo he pasado, también estarías «ido» —le dijo Lucas, poniendo énfasis en la última palabra y dibujando comillas en el aire—. ¿A que sí, Tomás?

Tomás sacudió la cabeza sin prestarle mucha atención.

—¡Já! —exclamó Lucas antes de quemarse con el café.

—Lucas, no la llames más.

—¿Cómo?

Lucas miró a su amigo sin dar crédito.

—Que no la llames más. Cloe no está preparada para eso que tú estás buscando.

—¿Perdona? ¿No eres tú quien ha estado con ella diez años? —preguntó Lucas, mosqueado.

—¡Yo no he salido con ella nunca! —se excusó—. Solamente nos hemos acostado de vez en cuando, tampoco han sido tantas veces.

Y era verdad. Solo mantuvieron relaciones con más regularidad en la franja de los veinte años, y él ya tenía veintiocho. Había llovido mucho desde aquello.

—¿Entonces qué hago? Yo no me he enamorado de ella, pero...

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió Tomás—. Es una mujer de mundo. Le gusta probar todo. Ella no está dispuesta a compartir su vida con otra persona, al menos de momento. No te digo que algún día quiera crear una familia... pero ahora es libre.

—Pues me hubiera gustado intentarlo al menos... —admitió Lucas, algo más cabizbajo.

—Lo siento, hermano —dijo Tomás.

Se levantó y miró por la ventana del salón. Sus sentimientos hacia Cloe habían mermado cuando conoció a su primera novia en tercero de carrera. La cosa con ella tampoco había terminado bien, pero por lo menos la experiencia le había ayudado a darse cuenta de que el amor no era ni de lejos como lo pintan. Poco a poco se fue distanciando de Cloe hasta quedar solo en fechas extremadamente importantes. Y aun así, le daba apuro verla, se sentía vulnerable, y a Tomás no le gustaba sentirse así. A nadie le gustaba sentirse así.

Le sonó el móvil. Era Cloe.

«Mierda, justo ahora». Le dio a la tecla de silenciar y volvió al sofá con sus amigos.

—¿Quién era? —preguntó Lucas.

—Nadie —mintió, clavando su mirada en un punto fijo. Se sentía fatal.

—¡Ya lo sé! —gritó Lucas mientras empujaba la mesita del café, tirándolo todo.

— ¡Joder, tío, eres un cáncer! —protestó Diego.

Estaba hasta el gorro de su compañero de piso. Se agachó y empezó a recoger.

—¿El qué sabes? —preguntó Tomás con curiosidad.

—Ya sé qué es lo que te pasa...

Lucas continuó usando ese tono misterioso y observándolo arduamente a través de sus gafas, que solo se ponía para estar en casa. Estaba miope de tanto jugar al LOL.

—¿Y qué es lo que me pasa, *Sherlock*?

—Es esa psicóloga...

Tomás se echó a reír. Sí, era esa psicóloga.

—Es la chica del gorro rojo.

—Sí, ya sé a quién te refieres —afirmó aún con la sonrisa en los labios.

Había pensado en Helena todo el domingo y todo el lunes... Pero ni siquiera se atrevía a llamarla. Temía que no se acordara de él.

—¿Te mola la chica del gorro rojo! —gritó Lucas.

—Sí, sí, sí. Me mola la chica del gorro rojo. Y ahora, ¿puedes hacerme el favor de dejar de gritar?

—Tomás, soy un hombre feliz —canturreó poniendo sus brazos tras la cabeza y adoptando una postura relajada.

—¡Eh! Yo me acuerdo de esa chica —dijo de repente Diego, que ya había terminado de recoger el estropicio.

—Muy guapa —le informó Lucas.

—Su amiga tiene novio —dijo Diego un poco triste.

—¿Quién? ¿Abril? ¿Cómo lo sabes? —le preguntó Tomás.

—Bueno, después intenté acercarme a ella. Ya sabéis, iba un poco borracho y... le dije algo fuera de contexto, ni si quiera recuerdo lo que era...

Diego estaba tremendamente avergonzado.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Lucas realmente interesado—. Abril también estaba muy buena.

—¿Literalmente? —preguntó Diego respirando entrecortado—. Me dijo: «¡Quita, coño!». ¡Como si fuera una mierda! ¿Os lo podéis creer?

Tomás y Lucas se desternillaron de risa. Diego, además de hipersensible, era muy tímido normalmente con las chicas que le gustaban, excepto cuando bebía. En esos momentos, Diego sacaba todo lo que en su estado normal no podía decir y lo escupía, estallando. Además, tenía muy mala suerte escogiendo. Normalmente todas las que le gustaban estaban ya pilladas.

—¡Eh! A mí no me hace ni puta gracia —se quejó.

—Tío, lo tuyo es un caso sin solución —le dijo Lucas dándole unas palmaditas en el hombro.

El móvil de Tomás volvió a sonar.

—¿Quién te llama tanto? —preguntó Lucas, alterado.

—¿Quieres dejar de beber café? ¡Estás insoportable!

Diego no lo aguantó más. Se levantó y se encerró en su habitación. A esas alturas, Tomás ya estaba en la cocina y había descolgado el teléfono.

—¿Diga?

—¡Oye! ¿Dónde estás? ¡Llevo intentando localizarte toda la tarde!

Cloe estaba de los nervios, pero a Tomás no le importó.

—Estoy en casa de Lucas y Diego. ¿Qué querías?

—¿Qué quería? —Oyó como la respiración de Cloe disminuía, estaba tranquilizándose—. Es más bien lo que quiero, Tomás. Quiero hablar contigo.

A Tomás se le cayó el alma a los pies, lo último que quería era hablar con ella.

—¿No puedes esperar? Estoy con mis amigos y...

—¡No puedo esperar, Tomás! ¡Estas cosas hay que hablarlas lo antes posible! Te espero en media hora —Y sin ni siquiera despedirse, colgó.

Tomás suspiró. Sabía que su amiga llevaba razón. Era el momento de decirle a Cloe que aquello se había terminado. Se empezó a poner algo nervioso.

—Bueno tío, me voy. —Tomás salió de la cocina y se puso su chaqueta.

—¿Ya? Pero si acabas de llegar. —Lucas se levantó del sofá y fue hacia él—. Además, aún no te he contado las cosas con detalles. Tú ya me entiendes —dijo dándole un pequeño codazo en las costillas.

—No creo que vaya a sorprenderme mucho lo que me cuentes...

En cuanto lo dijo, le sonó un poco cruel, pero a Lucas no pareció importarle.

—Es cierto —dijo algo ofuscado—. Bueno, ya nos veremos, entonces.

—Sí. Y descansa... Lo necesitas.

Tomás abrió la puerta del piso, pero Lucas lo detuvo.

—¡Eh! ¡Espera! ¿Qué vas a hacer con la psicóloga guapa?

Otra ola de tristeza recorrió el rostro ya castigado de Tomás.

—No creo que la llame. No se acordará de mí.

—¿Pero qué dices, loco de la vida? —Lucas estaba pasmado—. ¿No querías encontrar a alguien para redirigir tu vida, ser adultos y ese discurso maduro que te gastas ahora?

—Sí, pero es que no sé...

—Como no la llares, olvídate de que existo. —Y sin más, cerró la puerta.

Tomás se dirigió hacia el coche. Aquel era uno de esos días en los que es mejor no salir de casa para no joder aún más tu suerte. Arrancó y se puso en marcha hacia el casco antiguo.

El camino estaba despejado y la carretera cubierta por una fina capa de nieve. Por un instante, Helena volvió a sus pensamientos con su cálida sonrisa, pero rápidamente desechó la imagen de su cabeza. Ya se ocuparía del asunto más tarde.

«Ojalá resbale el coche», pensaba Tomás. Quería hablar con Cloe, pero el mero hecho de pensar que lo iba a hacer, le ponía la piel de gallina. Para él, romper esa relación era como poner fin a una etapa de su vida.

Aparcó en el primer sitio que encontró libre y sin ni siquiera ponerse la chaqueta, se bajó del coche, enfrentándose a su destino.

—¡Así me gusta! —dijo Cloe nada más abrir la puerta. Tenía puesta una bata tan fina que la imaginación volaba nada más verla—. Después de todo, parece que te preocupas por mí —concluyó, algo más tranquila.

Tomás entró arrastrando los pies, se dejó caer en el sofá y cerró los ojos.

—¿Qué te pasa?

Cloe ya estaba junto a él, consolándolo. Siempre igual. Tomás se apartó.

—¿Por qué querías verme? —la apremió sin mirarla.

—Con esa actitud no llegas a ninguna parte —contestó Cloe cruzándose de brazos.

—¡Está bien! No tengo un buen día —se sinceró Tomás—. Ahora, por favor, ¿me puedes decir para qué me querías?

Cloe no parecía del todo satisfecha, pero aun así continuó.

—Nunca les habías hablado a tus amigos de mí —lo miró a los ojos—. ¿Por qué, Tomás? —Tenía los ojos brillantes—. Yo creía...

—Anda, ven aquí. —Tomás la atrajo hacia él y la abrazó.

Al fin y al cabo, seguía siendo su amigo y estaba dispuesto a reconocer su error. Además, mentirle era absurdo. Ella era más lista que Diego y Lucas juntos.

—Creía que éramos amigos. —Consiguió acabar Cloe, alzando su cabeza y mirando a Tomás con los ojos llenos de lágrimas—. No he podido dejar de pensar, de darle vueltas... ¿Qué he hecho mal? Con todo lo que hemos compartido...

—No has hecho mal nada. —Tomás le besó la frente.

—¡Pues entonces, explícamelo! —gritó de repente.

Se separó de él y huyó hacia el otro lado de la habitación. Tomás barajó la posibilidad entonces de huir de allí, pero no lo hizo. Tenía que decirle a Cloe la verdad. Se levantó y fue hacia donde estaba ella.

—Tenía miedo de perderte —dijo Tomás al fin.

No había sido muy claro, pero por lo menos ya había soltado algo. Cloe bufó.

—¿Me he separado alguna vez de tu lado? ¡Dime!

—No, Cloe. Es que yo no sentía lo mismo que tú...

Definitivamente, nunca se está preparado para eso. Quizás era mejor así. Si iba a romper con aquello, tenía que decírselo.

—Yo llegué a quererte mucho. —Tomó aire—. Pero me di cuenta tarde de que no estabas dispuesta a mantener la exclusividad entre nosotros —concluyó Tomás con una sonrisa llena de tristeza.

Algo muy pesado y oscuro flotó libre y raudo en un cielo despejado, alejándose de él para siempre. Tomás suspiró y miró hacia un punto en el techo, despidiéndose de su secreto en silencio. Cloe se quedó callada un buen rato mientras las lágrimas corrían silenciosamente por su bello rostro. Estaba preciosa también cuando lloraba.

—Debí darme cuenta —admitió al fin—. Estaba tan ciega por aquel entonces... Lamento mucho todo el daño que te he causado.

—Ya está todo pasado —dijo Tomás, relajándose de nuevo en el sofá—. Creo que ahora estoy preparado para aceptar que alguien nuevo entre en mi vida y no sé, equivocarme, aprender, poder comunicarme... Ya no tengo tanto miedo —confesó—. Además, pronto entraré en los treinta, y las súplicas de mi madre serán infinitas.

Cloe ya había dejado de llorar y dejó escapar una carcajada. Se destapó un hombro y se acurrucó junto a Tomás. Este suspiró, todavía le quedaba una cosa por decirle.

—Cloe, no quiero seguir haciendo esto. —La apartó suavemente.

— ¡Vamos! El sexo no tiene nada que ver —le reprochó.

—Para ti no. Pero quizá a la chica con la que salga sí le importe... —bromeó intentando quitarle tensión al asunto.

—Qué estrechas son las mujeres de hoy en día —dijo con el destello de rebeldía ardiendo en sus ojos y una sonrisa de aceptación en sus labios.

—¿Amigos sin derecho a roce, entonces? —propuso Tomás, tendiéndole la mano.

—Amigos sin sexo... —aceptó Cloe, dándole un gran abrazo a su amigo.

Tomás salió de la casa de Cloe lleno de júbilo. Se sentía tan libre y tan aliviado que, cuando estaba metiendo la llave en la cerradura de la casa de sus padres, se detuvo.

«Helena», pensó.

Buscó apresuradamente en los bolsillos de su chaqueta hasta encontrar una pequeña tarjetita roja. Vaciló un momento, y salió escopetado escaleras abajo.

No vivía tan lejos. Tan solo a tres manzanas del casco antiguo, en la zona noreste de la ciudad. Tomás no había paseado demasiado por allí, pero sabía que aquella zona era propiedad privada. Cuando llegó, aparcó frente a una gran casa; la única casa que ocupaba aquella calle. Apagó el motor y volvió a mirar la tarjeta, inseguro.

—La Villa de Oro... —susurró para sí mismo.

Miró la fachada y las grandes letras doradas del portón le dieron la pista definitiva. Sí, era esa su casa. No había otra.

Se bajó del coche un poco asustado. La casa era enorme. Tenía, al menos, tres plantas visibles y un jardín colosal.

—No puede ser aquí —se dijo Tomás, engañándose.

Llegó justo frente a la gran verja negra y vislumbró un cartel entre la creciente oscuridad.

Gabinete psicológico Puerta&DeAngulo

Dra. Abril Puerta

Dra. Helena de Angulo

—Helena —susurró triunfante.

Y antes de que pudiera arrepentirse, llamó al telefonillo.

CAPÍTULO 5

—Así que ya sabes, Dolores —le decía Helena a su última paciente del día—. ¡No te lo pienses y apúntate a ese curso de yoga! Ya me contarás los resultados —añadió guiñándole un ojo.

—Gracias Helena, necesitaba que alguien me lo dijera. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor está allí mi nueva pareja! —comentó con una risita de quinceañera.

—¡Claro, Dolores! ¡Date tu tiempo!

Helena le tendió la mano, como siempre hacía, para ayudarla a levantarse, y Dolores hizo algo inédito.

—Felices fiestas, hija. —Le dio un fuerte abrazo—. Ojalá esta Navidad se cumplan tus sueños.

Helena se quedó tan anonadada que no pudo contestar. Vio cómo Dolores desaparecía por la puerta del despacho y a lo lejos oyó a Claudia decir alegremente: «¿Qué tal ha salido, Dolores? ¿Le doy cita para después de Nochebuena?».

«Todos mis sueños realidad...», pensó Helena. «Pero, ¿cuáles son mis sueños?».

Cerró la puerta y cayó rendida en su sillón de diseño. Al fin vacaciones. Bueno, si se le podían llamar vacaciones. Debido a la escasa vida social de Helena, había decidido no cerrar la consulta en las pascuas, y seguiría trabajando entre Nochebuena, Nochevieja y Noche de Reyes.

Abril, por otro lado, ya había cogido vacaciones, no sin antes reprocharle mil veces a Helena su falta de luces:

—¡Estás loca! ¿Cómo se te ocurre pasar consulta en las pascuas? ¡No has tenido vacaciones en todo el año!

—¿Y qué quieres que haga? —le había contestado Helena algo resentida—. ¿Me compro un árbol de Navidad brillante y me siento a verlo durante quince días?

—¡No, joder! —Abril echaba chispas—. ¡Sal y conoce gente!

Conocer gente. La verdad era que Helena ya había conocido a suficiente gente el día de su cumpleaños, si por gente entendemos a Tomás.

De su primer cajón, Helena sacó una pastilla para los dolores leves de cabeza y se la tomó con un poco de agua. Aún le dolía desde el sábado anterior, pero lo peor es que se acordaba de todo. Había ligado con alguien, un chico llamado Tomás, que a la luz del *Freedoom* y con dos copas de más le había parecido muy guapo... Y le había dado su tarjeta. Cada vez que pensaba que ese chico podría localizarla, le entraba dolor de barriga. ¿Cómo había podido ser tan... ? ¿Irresponsable?

No les había dicho nada a Abril y a Jayin, podía hacerse una idea de la zapatista que liarían. A lo mejor para Tomás no había sido importante. De hecho, no la había llamado al domingo siguiente, cosa que agradeció debido a su fuerte jaqueca.

«No va a llamarte...», se repetía una y otra vez. «Ibas borracha... Seguramente le darías hasta repelús». Ante ese pensamiento, Helena rio para sus adentros. Se echó sobre su mesa del despacho y apretó los dedos contra las sienes.

El dolor se iba, se iba, se iba...

Sonó el teléfono del despacho. El dolor volvió. Helena, irritada, cogió el teléfono.

—¿Qué? —le espetó a la pobre Claudia.

—Helena, tengo aquí a un nuevo paciente. Dice que es urgente.

Helena suspiró. Al fin y al cabo, ese era su trabajo.

—Está bien, dile que pase —dijo recuperando la compostura—. Y tú ya puedes irte, Claudia.

Yo lo despacharé.

—Gracias —contestó Claudia—. ¡Ángela y yo aún no hemos hecho las compras de Navidad!
Y colgó.

Golpearon la puerta dos veces. Helena se levantó y abrió. Por el umbral apareció un chico ataviado con unas gafas de sol y un pañuelo islámico hasta la nariz.

—Hola, buenas tardes. —Helena le tendió la mano—. Pase y tome asiento.

—Hola, buenas.

«Genial, otro excéntrico», pensó Helena, desesperada. Últimamente tenía a gente más grave que nunca.

—Yo soy la doctora Helena de Angulo. —Se presentó—. ¿Y usted es...?

—Patricio —respondió despojándose de sus gafas y su pañuelo—. Patricio Expósito.

—Muy bien, Patricio. ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—¿Has acudido ya a algún especialista antes?

—No. Es la primera vez que vengo al psicólogo.

Helena alzó la vista por encima de la ficha de su nuevo paciente y tragó saliva. Normalmente sus pacientes ya venían recomendados de otros especialistas, y nada más verlos, Helena se hacía una idea de sus problemas. Pero Patricio, tras quitarse todos esos complementos que traía, parecía un chico guapo, perfectamente normal y sano. Incluso le resultaba hasta un poco familiar.

—Bien, Patricio... —Helena se aclaró la voz y, dejándose de formalidades, cerró la ficha—. ¿Qué te trae hasta aquí?

Patricio se revolvió en su silla y carraspeó. Empezó a sudar y a mirar a todos los lados del habitáculo.

—Soy gay —dijo al fin.

—¡Ah! —exclamó Helena algo confundida.

—Bueno, es que... no lo sé —aclaró, un poco más tranquilo.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Has estado con algún hombre?

—Bueno, verás, es que no es fácil...

Helena empatizó con su malestar y decidió aventurarse hacia donde creía que podría estar el origen de su sintomatología nerviosa, que obviamente no era dada por su orientación sexual, sino por su entorno.

—¿Tus padres lo saben?

—¡No! ¡No, por Dios! —gritó escandalizado—. Ellos no pueden enterarse.

—¿Por qué? —Helena volvió a abrir su ficha y empezó a escribir.

—Porque ellos no lo entenderían. Son más tradicionales.

—¿Eres hijo único, Patricio?

—No. Tengo un hermano —contestó—. Él es el mayor y no es gay.

Helena se rio.

—No lo decía por eso —dijo sonriéndole.

Patricio pareció relajarse un poco al ver la sonrisa de su terapeuta.

—Verás, Patricio. Lo primero que necesito es que te calmes. Ser homosexual, *a priori*, no parece que sea el fin del mundo. ¿Estás de acuerdo?

—No, ya. Pero me jode ser distinto, no sé si me explico.

—La orientación sexual no es algo que podamos escoger —le informó Helena. Al fin y al cabo, Patricio era muy joven—. Y ahora dime, ¿por qué dudas de tu orientación sexual? Antes me dijiste que no sabías si lo eras realmente.

—Ya... —dijo jugueteando con su pañuelo—. Verás, yo siempre he sido la oveja negra, ¿vale? Mi hermano siempre ha sido el mejor en todo. Es médico, es guapo, es adorable... Y todo ese rollo fabuloso que se trae. Que en verdad, me da igual, yo paso, ¿no? Porque... —titubeó—. A ver, yo quiero mucho a mi hermano, no tengo nada en su contra. Pero... mis padres siempre se han portado mejor con él, eso se nota, ¿sabes? Y si se enterasen de que yo soy gay, pienso que no querrían volver a verme.

—Comprendo —comentó Helena, escuchando atentamente—. Aquí no están tus padres y puedes expresarte todo lo que quieras. Todo esto es confidencial. Estas cuatro paredes son seguras.

—Lo sé, pero... usted es la primera persona con la que hablo de esto, y me da mucho pudor.

Helena sintió un arrebato de ternura.

—Llámame Helena —le dijo con una sonrisa—. Bien, Patricio, ¿cuándo te diste cuenta de que eras gay?

—Pues verás. Tuve una novia a los dieciséis, perdí con ella la virginidad y después... lo dejamos —relató—. Así que decidí olvidarme de las chicas un tiempo y volver a mis estudios. Me saqué el graduado escolar y, unos años después, ingresé en la RESAD de Madrid. Ya sabes, la escuela de actores, putas y maricones...

—¡Vaya, qué interesante! —exclamó Helena anotando ciertos datos.

—¿Verdad? —afirmó Patricio con un brillo en los ojos—. Bueno, no me ando por las ramas. Resulta que allí se me volvieron a despertar los deseos de compartir mi éxito con alguien. Por fin estaba solo, viviendo mi vida y era el momento de encontrar a alguien... Así que, simplemente, me puse a buscar. Abrí la mirilla. —Cogió aire—. Pero resultó que no me gustaba ninguna chica, ninguna de mis compañeras, ninguna amiga de mis compañeras ni tampoco ninguna prima de las amigas de mis compañeras. Un día, en un ensayo para una obra, quedé a solas con un amigo para perfeccionar una coreografía. Yo sabía que ese chico era gay y yo aún no me lo había planteado en serio... —Patricio se quedó callado.

—Sigue —lo animó Helena.

Esta había dejado de copiar y estaba escuchando con atención. Era como una de esas historias de Jayin y sus noches interminables.

—Bueno, pues... me besó —dijo muy bajito—. Y yo sentí algo, ¿vale? Se me despertaron sentimientos, o lo que sea.

—¿Y aún dudas de tu sexualidad? —lo interrumpió Helena sonriéndole, a la par que observaba el brillo que desprendían sus ojos al recordarlo.

—Es que... no estoy seguro de si quiero ser así o no. No quiero más problemas —confesó angustiado.

—A ver, Patricio —comenzó Helena—, hay muchas formas de vivir con esto. Lo que está claro es que no puedes cambiar lo que eres... ¿Tú querrías cambiarte?

—No. En realidad, no —reconoció.

—Pues entonces todo depende del punto de vista con el que lo mires. Si quieres seguir angustiado por tu condición sexual, adelante, entonces será un problema —explicó Helena—. Aunque, por otro lado, quizá estés subestimando a tus padres. Por lo que me cuentas, parece que nunca has tenido una relación estrecha con ellos. Sea como sea, es tu vida, Patricio —le dijo con todo el tacto que pudo—. El que se lo digas a tus padres o no, no va cambiar nada, porque eres tú el que eres homosexual, eres tú el que se va casar con un hombre y eres tú el que elige contarlo o no.

Patricio se quedó callado unos instantes y, finalmente, dijo:

—Pues es verdad.

—Y ese chico con el que te besaste... ¿estás saliendo con él? —preguntó Helena con ese punto de curiosidad que caracteriza a su profesión.

—¡Oh! ¡Qué va! —contestó riéndose—. ¡Es un golfo! Solo se lio conmigo porque le apetecía. Ambos se rieron.

—¿Y no estás interesado en nadie ahora? ¿No te apetece buscar a alguien para compartir tu éxito, como has dicho antes?

Una ráfaga de expresiones entre el miedo y la timidez pasaron por el rostro de Patricio.

—No sé, supongo que sí —dijo al fin, con una sonrisa inocente—. Pero no quiero decírselo a mis padres, al menos de momento.

—Patricio, a tus padres solo cuando estés preparado —le recordó Helena—. Después de todo, es tu vida, no la suya —repitió.

—Pues sí —dijo envarándose.

—¡Así que sal y busca un hombre guapo y rubio como tú! —le dijo Helena con brío.

—¡Claro! —dijo Patricio mucho más animado—. Al fin y al cabo, mis padres nunca confiaron en mí demasiado.

—Has hablado de tus padres —dijo Helena despacio—, pero ¿y tu hermano? ¿Sospecha algo?

—¡No, no! ¡Para nada! —repitió otra vez poniéndose algo nervioso—. Solamente lo saben por allí por la Escuela... ¡Y mucho es!

—Bien, Patricio. Tenemos que ir aceptando lo que eres —sugirió Helena—. Y como con tu hermano te llevas bien... —Patricio asintió enérgicamente con la cabeza—. Pues podemos empezar por contárselo a él. Siempre es bueno tener apoyo para empezar a «salir del armario». ¿Qué opinas? Además, así toda esa vergüenza que estás exteriorizando podrá convertirse en algo de calma. Pasar a ser vergüenza sana, a aceptarte como eres...

—Es cierto... —dijo pensativo—. Bueno, en realidad contárselo a mi hermano es secundario. Ahora me gustaría más conocer gente, experimentar...

—¡Así se habla! —exclamó Helena, levantándose y cerrando la historia de Patricio.

—¿Puedo venir a verte otra vez para contarte cómo me va? —preguntó Patricio saliendo por la puerta del despacho.

—¡Eso ni lo dudes!

Patricio sonrió aliviado.

—Te puedo dar cita para después de Nochebuena, y si te apetece darte algunas herramientas para manejar eso de la vergüenza que te he comentado.

—¡Estupendo! Solo voy a estar aquí las fiestas, luego me vuelvo a Madrid.

—Pues mejor, ¿no? —le dijo Helena abriendo la puerta de su casa.

—¡Ya ves! —contestó entusiasmado—. Bueno, tú te pones en contacto conmigo para decirme la cita, ¿no? Le dejé antes mi número a tu secretaria.

—¡Sí! No te preocupes, tú disfruta.

—Muchas gracias, Helena. —Se inclinó y le dio un abrazo—. ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad... —Lo felicitó Helena, cerrando la puerta.

Rápidamente, apuntó el nombre de Patricio en un papel y lo dejó en la mesa de Claudia para que ella le buscara hora al día siguiente. Aún con dolor de cabeza, Helena se quitó la bata y se puso su pijama como cualquier otra tarde. Entró en el salón y se dispuso a ver la tele en su sofá de cuero color crema.

Había un programa absurdo de *zapping*, de esos que ponen en las fechas de fiesta, aunque todavía faltaban dos días para Nochebuena. La pastilla ya le había hecho efecto y su dolor de cabeza remitió. Poco a poco se le fueron cerrando los ojos, hasta quedarse frita en su sofá.

Cuando no llevaba ni cinco minutos dormida, sonó el teléfono y la asustó. Buscó el mando de la televisión, le quitó voz y vio quien llamaba.

«Mamá... ¡Oh no!».

Helena se preparó para lo peor. Estaba esperando esa llamada.

—¡Hola, mamá! —dijo fingiendo entusiasmo.

—¡Hola, cariño! ¿Estabas trabajando? —preguntó su madre.

—No, terminé hace un rato. Estaba viendo la tele, mamá.

—¿Cómo estás?

Pregunta obligatoria de madre preocupada.

—Me duele un poco la cabeza... — le confesó Helena, con la esperanza de que no se enrollara mucho.

—¿Te has tomado ya algo?

—Sí, mamá —respondió con tono cansino—. ¿Me llamas para Nochebuena, verdad? A ver, ¿qué tengo que comprar este año? —dijo sacando una pequeña libreta de la mesita.

—¿Has adornado ya tu casa? —preguntó su madre haciendo caso omiso a la pregunta de su hija.

—Mamá, si no celebro aquí la Navidad, ¿para qué quiero comprar todo ese atajo de trastos que no me van a servir?

—¡Nicolás, no tiene la casa adornada! —chilló su madre, histérica.

—¡No importa! Si vamos un rato antes podré decorarla yo mismo.

Escuchó cómo su padre, entusiasmado y despreocupado, proponía el alocado plan.

—¿Cómo vas a decorar una casa tan grandísima en una tarde? ¡Estás chocho ya!

Su madre, para variar, ya estaba pegando voces. Helena cerró los ojos y, entonces, reaccionó. Había algo que no encajaba.

—¡Un momento!, ¿mamá...? —preguntó Helena temiéndose lo peor—. ¿A qué viene eso de decorar mi casa? ¿No pensaréis celebrar la Nochebuena... aquí?

A Helena le costó trabajo pronunciar la última palabra. Tragó saliva y se preparó para escuchar la respuesta.

—Pues lo cierto es que sí, hija. Tu casa es más grande y allí estaremos mejor todos.

La seguridad aplastante de su madre hizo que Helena se quedara paralizada por unos segundos. Sabía que no tenía mucho que hacer.

—¿¡Pero por qué no consultas conmigo las cosas!?! —bramó—. ¿Y si yo no quiero, qué? —la desafió.

Su madre tardó unos segundos en contestar.

—No cabemos en nuestra casa, Helena. No te pongas caprichosa, hija.

—¡Pero si somos Rodrigo, papá, tú y yo! —continuó Helena, desquiciada. No se iba a rendir tan fácilmente.

Todas las Nochebuenas eran igual de aburridas e insufribles. Desde que se había marchado su hermana, hacía ya tres años, las Nochebuenas las celebraban Rodrigo, su hormonado hermano adolescente, ella, y sus padres comiendo polvorones hasta las doce la noche. ¡Fiesta máxima! ¡Vámonos!

—¡No, no! —dijo su madre algo alterada—. ¡No me has dejado que te explique! Este año cenamos con otra familia.

¿¡Qué!?! ¿Que iba a meter a gente desconocida a comer en su casa? ¡Ni hablar!

—¡Mamá, no pienso meter aquí a gente que no conozco!

—¡Pero si estás pasando consulta todos los días con esa gente loca!

—¡Eso es diferente!

—¡Un día te llevarás un susto con alguno de esos enfermos tuyos!

Helena tomó aire. Su madre tenía la hipótesis de que algún día uno de sus pacientes, a los que ella llamaba «locos», vendría con un hacha a cortarla en pedazos cuando estuviera durmiendo.

—Mamá, sabes que tengo alarmas por toda la casa.

Y era verdad. Helena se había ocupado de ponerlas por todos los rincones del gran caserón. Ella conocía los riesgos de vivir allí, ya no era una cría.

—Si por lo menos tuvieras un hombre que te protegiera... —le dejó caer su madre por enésima vez.

—¡Mamá! ¡No vayas por ahí! —le advirtió Helena.

Ella solía ser paciente, pero no tanto. Estaba harta de que su madre, día sí y día también, le insinuara que se buscara pareja.

—Bueno, que da igual. Que celebremos Nochebuena en tu casa, niña. ¿Qué más te da? Solo serán unas horas y después nos iremos todos —contestó Estela frenéticamente.

—¿Les has dicho a los otros señores ya que sí? —preguntó Helena, rendida.

—¡Pues claro, Helena! ¿Cómo iba yo a saber que sería tan difícil convencerte?

—Es que resulta que, como las miles de veces anteriores a esta, ¡se te ha olvidado contar conmigo!

—¡No digas tonterías, hija! Siempre cuento contigo. Que tu madre te quiere mucho.

Sonó el telefonillo de la puerta.

—Mamá, están llamando a la puerta, tengo que dejarte.

—¿A estas horas? —Estela se escandalizó—. ¿Has quedado con algún chico?

Helena abrió la puerta de la verja principal sin mirar quién era. Seguramente sería Jayin. No se habían visto desde el sábado.

—No, mamá. Te dejo.

Y sin más, colgó. Ya estaba bien por hoy.

Abrió el portón de madera de la casa y le dio un escalofrío. Una fina capa de nieve cubría el extenso jardín y ella solo llevaba puesto el pijama.

—Pasa. Está la puerta abierta —le gritó Helena a la oscuridad, esperando a que Jayin apareciera quejándose del frío, como siempre hacía.

Como no aparecía nadie, se encogió de hombros y fue a por una bata. Cogió lo primero que encontró en el pequeño vestidor que había junto al recibidor. Aunque tenía la puerta abierta, oyó que tocaban al timbre.

—Jayin, te he dicho que pases...

La frase se le perdió en el aire junto a su cordura. No podía ser. Tomás, el chico «que no la iba a llamar», estaba plantado en la puerta de su casa.

«Tierra trágame», pensó Helena. La situación era alarmante. Ella plantada en el umbral de su colosal casa con una bata de piolín de cuando aún jugaba con muñecas. Y Tomás, por su lado, sin chaqueta y medio tiritando de frío y de nervios en una entrada cubierta de resbaladiza nieve.

—Hola... —dijo Tomás, azorado.

Al fin estaba frente a ella. Su corazón dio un triple salto mortal y, a pesar del frío que le congelaba las articulaciones y del pensamiento fugaz de que quizás aquello era algo invasivo y que no era para nada buena idea, se atrevió a adelantarse un paso.

—Hola —respondió, mirándolo pasmada.

No habían sido ni las luces del *Freedoom*, ni las dos copas de más... Tomás era realmente atractivo.

—Perdona, veo que no te acuerdas de mí, será mejor que me marche.

Tomás se quedó plantado en el sitio unos instantes, asimilando el *shock*. ¿Cómo podía haber

tenido esperanzas? Se dio la vuelta y comenzó su camino de vuelta por el jardín.

—No. Espera, Tomás... —se apresuró Helena, avergonzada.

Tomás se paró en seco y se dio la vuelta.

—¿Me recuerdas? —preguntó con un brillo especial en sus ojos verdes.

—¡Claro! No iba tan ciega —reconoció Helena, divertida. Aunque en el fondo estaba deseando huir de esa situación tan incómoda—. Perdón si te causé alguna molestia...

—No, no. Para nada, al revés. Disculpa por presentarme así, debería haberte avisado, ha sido una mala idea. Es que me diste tu tarjeta y he sido muy impulsivo... —dijo Tomás de nuevo, enseñándosela y sonriéndole.

Estaba muy graciosa con el pijama y el pelo alborotado. Volvió a pisar el vestíbulo, ahora más cerca de ella.

—Sí —consiguió balbucear ella con la boca seca.

—Y me preguntaba... —continuó Tomás antes de que perdiera el poco valor que le quedaba—. Si te gustaría cenar conmigo mañana por la noche.

Helena estaba tan sorprendida que se le escapó una risa tonta. La jodida risa nerviosa.

—Si no tienes ya ningún compromiso, claro. Comprendo que esta sea una fecha complicada, pasado mañana es Nochebuena. —Ya estaba empezando a ponerse nerviosísimo—. No me importaría esperar hasta después de las fiestas, si lo prefieres así —dijo al fin.

Aunque se arrepintió de haberlo dicho. Rezó para que lo obviara.

Helena se mordió el labio. Quería una cita a como diera lugar. No tuvo más remedio.

—No, mañana no tengo nada que hacer —contestó con un nudo de nervios en la garganta.

Notaba cómo se ponía roja.

—Entonces reservaré mesa en el *Palace*.

—¡Oh, bien! Me gusta el *Palace*. Aunque será muy complicado coger mesa en una fecha tan señalada —puntualizó.

—No te creas. Al dueño lo salvé el año pasado de morir ahogado en su propio restaurante, nos dará mesa seguro —dijo él, sonriendo cálidamente.

El frío lo estaba matando, pero por dentro, sentía un calor especial. No le importaría pasar horas ahí, admirándola.

«Nos dará mesa seguro». A Helena le escandalizó la idea de estar unida a otro ser humano en una misma frase, y más a un chico que había conocido hacía dos días, y encima borracha.

—Está bien, pues —consiguió articular.

Tomás dirigió su mirada hacia el interior de la vivienda mientras temblaba levemente de frío. Helena se dio cuenta y se sintió fatal. Justo cuando iba a invitarle a pasar, Tomás habló:

—Tenía miedo de que no te acordaras de mí —confesó sonriendo—. ¿Te parece bien que te recoja sobre las ocho y media?

—Vale. Suelo cenar pronto. Genial.

—Yo también.

Entonces, se quedó mirando a esos ojos marrones oscuros, profundos, intentando ver en su interior...

—Perdona que no te haya invitado a entrar, es que no... —se excusó Helena, poniéndose aún más colorada.

—No te preocupes. Bastante tengo con que hayas accedido a cenar conmigo —aseguró él, riéndose.

Helena también lo hizo. Había tanta tensión en el ambiente que se podía cortar con un cuchillo y congelar las sobras.

—Bueno, mañana pasaré sobre las ocho y media a recogerte, entonces.

Cuando Tomás fue a despedirse con dos besos, ella, por acto reflejo, se apartó, dejándolo confundido y paralizado. Helena corrigió su error rápidamente, besando el frío de sus mejillas.

—¡Abrígate! —le sugirió Helena cerrando la puerta.

—¡Hasta mañana!

A pesar del frío, Tomás no podía dejar de sonreír de la emoción.

CAPÍTULO 6

Helena estaba frente al espejo. Aún faltaba media hora para que Tomás viniera, pero ella ya estaba lista desde las seis de la tarde. Hacía mucho tiempo que no estaba tan nerviosa. En cuanto Tomás se hubo marchado la noche anterior, Helena llamó a Jayin y a Abril en una llamada múltiple.

—¿Qué te vas a poner? —le preguntaba Abril entusiasmada—. ¡Es superguapo, tía!

—Además debe de estar muy interesado en ti... ¡para ir a tu casa y todo! —Jayin estaba muy sorprendido.

Helena no se atrevió a confesarles que ella no estaba ilusionada con la cita. Odiaba esos momentos previos en los que no sabes qué hacer para matar el tiempo y te preguntas cómo será, qué intenciones tendrá, y toda clase de preguntas retóricas y martirizantes.

Lo cierto era que a Helena le atraía muchísimo ese chico, pero no quería una relación. No ahora. Estaba bien, y los cambios siempre la estresaban y la desanimaban. ¿Y si no salía como ella esperaba? ¿Y si no había final feliz? Preguntas como estas la acompañaban día y noche, sol y luna. Por eso, jamás se arriesgaba, a no ser que estuviera segura de dónde se metía.

Tomás no era ninguna excepción, por supuesto. No sabía absolutamente nada de él, solo que era médico y que había tenido el valor suficiente no de llamarla y pedirle una cita, sino de presentarse en su misma casa en pleno temporal de nieve para hacerlo. Era como si supiese que si la llamaba, Helena lo rechazaría. Malditas casualidades.

—¡Helena, no lo echas todo a perder! ¿Me escuchas? Ese chico parece buena persona, deja a un lado tus miedos esta vez —suplicaba Abril al otro lado del teléfono—. Conócelo, ¿qué mal te puede hacer?

—No la veo muy convencida.

Ambos tenían razón, pero ¿qué podía hacer ella?

Sonó el teléfono, espantando el recuerdo de la conversación con sus amigos. ¿Sería Tomás cancelando la cita? Solo faltaba un cuarto de hora...

—¿Diga? —contestó Helena, con el corazón encogido, sin mirar quién llamaba.

—Helena, soy yo... tranquila. —Le llegó la risueña voz de Jayin.

—¡Ah! ¡Qué susto! Falta muy poco, creía que era él.

—Por eso te llamo. ¿Cómo estás?

—Nerviosa —contestó ella con una especie de sonrisa.

—No quiero que te hagas prejuicios como siempre haces —le advirtió Jayin—. Disfruta de la cita. Intenta hacer el esfuerzo de mirarlo todo desde otro punto de vista.

—Jayin, no quiero hacer esto —gimió, respirando entrecortadamente como una niña pequeña.

—¡Nadie está preparado para eso, Helena! Inténtalo, haz un esfuerzo. ¡Vamos!

Helena no dijo nada. Sabía que su amigo la había llamado para asegurarse de que acudía a la cita. La conocían demasiado bien.

—La más larga caminata comienza con un paso... Sé que esta noche va a ser una gran noche para ti, y el hecho de que acudas a la cita es un gran paso, el primer paso. Valoro tu esfuerzo.

—El día que conozca a tu abuela... —dijo Helena sonriendo.

—¿Cómo sabías que era un proverbio? —preguntó él, asombrado.

—Porque te conozco desde hace cinco años y ya te repites.

Sonó el telefonillo de la entrada.

—Jayin, ya está aquí —dijo Helena, volviendo a su nerviosismo.

—¡Pues venga, vuela! Mañana quedamos para almorzar y me lo cuentas todo.

—Sí. Adiós.

Helena colgó. Cogió su abrigo más largo, se lo puso mientras se echaba un fugaz vistazo en el espejo del recibidor, y salió a la helada noche invernal. Cerró la puerta a la vez que empezaba a notar el frío glacial que hacía esa tarde. Caminando por el empedrado camino que iba desde su casa hasta la verja, entrecerraba los ojos intentando ver la silueta de Tomás, o el destello de su cabello rubio a lo lejos. Y allí estaba, sonriendo mientras la esperaba con la puerta de la verja abierta.

—Buenas noches —dijo animado. No parecía estar nada nervioso.

—Ho-hola —tartamudeó Helena.

Como siempre, sintió unas ganas terribles de salir corriendo en la dirección contraria, pero fue fuerte y se mantuvo.

Tomás la besó en las mejillas como saludo y, caballeroso, le abrió la puerta de su coche. Helena se sentía abrumada.

—Qué frío hace esta noche, ¿no? —dijo Tomás arrancando—. Dice mi madre que es la noche más fría del año.

—Sí, va a nevar —comentó ella mirando a través de las ventanas del *Citroën C4* negro—. Mañana para Nochebuena estará todo blanco.

—Perdona que te pregunte, pero ¿cómo es que tienes una casa tan grande? ¿Eres multimillonaria o algo así?

Una risa nerviosa se le escapó al doblar la esquina de la calle. Aún no le había dicho lo preciosa que estaba y esperaba poder hacerlo a lo largo de la noche. Si iba todo bien...

—No. Era la casa de mis abuelos, es una herencia —explicó sonriente, Helena—. Cuando mi abuelo murió, mis padres me la prestaron para poder pasar consulta ahí. Al final he terminado haciéndola mía, es una casa muy acogedora.

—¿Y no la has decorado para Navidad? —preguntó Tomás, divertido.

—No me gusta mucho la Navidad.

—¡Vaya! Eres una chica muy solitaria, por lo que veo.

Helena lo miró de reojo ¿Qué se había creído? ¡Haciendo suposiciones! Ella era la psicóloga, no él.

—Bueno ¿y tú? ¿Dónde vives? —preguntó ella para salir del paso.

Tomás sonrió.

—En un piso cerca del hospital, me independicé hace un año —explicó pasando un semáforo en verde—. Antes vivía en el casco antiguo, con mis padres.

—¡Hala! ¡Qué bonito! —exclamó, sorprendida.

El casco antiguo era la zona más cara y más bonita de la ciudad. Esas casas eran muy viejas y habían pertenecido a gente muy influyente.

—Sí, pero ya era hora de irme de casa. A mí también me gusta estar solo de vez en cuando.

—¡Claro! Yo también me independicé hace dos años, no podía soportar vivir con mi hermano adolescente —confesó Helena.

Su hermano Rodrigo era como una enfermedad. Todo el día metiéndose donde no le llamaban en vez de jugar a los marcianitos como la gente de su edad.

—¿Cuántos hermanos sois? —preguntó Tomás, interesado.

—Contando conmigo, tres —informó—. Aunque mi hermana Laura se fue a Madrid hace tres años, cuando se casó. Ahora mi madre quiere que yo también me case y tenga tres hijos, como ella

y como mi hermana. Creo que intentan echarme de la casa de mis abuelos.

Helena se estaba riendo, pero lo dijo medio en broma, medio en serio.

—Mi madre está igual —confesó Tomás, riendo también—. «Cásate, ten hijos, ten perros... »
—añadió, poniendo una voz aguda y chillona, imitando a su madre.

Ambos estuvieron un buen rato riéndose. La cita no iba mal. Había tenido tantas ganas de que llegara ese momento que apenas pegó ojo la noche anterior. Por su parte, Helena estaba gratamente sorprendida. Tal y como le había dicho Abril, Tomás parecía un buen chico y se lo demostraba a cada segundo.

«¡No te enamores!», le gritó una voz dentro de su cabeza. «No quieres problemas, ¿recuerdas?». Helena la ignoró.

El *Palace* ya estaba cerca. Solo faltaban un par de manzanas y el señor de la radio local anunciaba una gran nevada en la que, efectivamente, se preveía la noche más fría del año. Fuera, los árboles se estremecían con la suave brisa del norte, las farolas parpadeaban, los adornos y luces navideñas de las casas ofrecían un aspecto lúgubre y desolador a las calles vacías.

—¡Ostras! —exclamó Helena al ver el restaurante.

Lo habían decorado con luces y árboles de Navidad. Estaba impresionante. El *Palace* era uno de esos restaurantes a los que todo el mundo va en ocasiones especiales: cumpleaños, reuniones de trabajo, pedidas de mano, comuniones, primeras citas... Era lo suficientemente grande y elegante para causar una buena primera impresión. Y también lo suficientemente caro. A pesar de los ingresos cuantiosos que Helena recibía por su trabajo, apenas comía en el *Palace* tres veces al año. Una en el cumpleaños de Jayin, otra en el de Abril y otra en el suyo.

—Está precioso —dijo Tomás aparcando en la puerta.

Se bajó del coche y Helena hizo lo mismo. Igual que al entrar, Tomás había intentado abrirla la puerta al salir, pero Helena se había adelantado. Esta notó su afán por intentar caerle lo mejor posible. Tomás pareció algo triste por no haber llegado a tiempo, pero, sin perder el ánimo, cerró el coche y comenzaron a subir las escaleras.

Ante tanta caballerosidad, Helena se volvió a poner nerviosa. Sonó el móvil.

—Perdona, será mi madre. No tardo.

Se apartó discretamente a la par que maldecía al que llamaba. Era Abril.

—¿Qué quieres? ¡Estoy en el *Palace*! —dijo Helena, alterada, nada más descolgar.

—¿En el *Palace*? ¡Guau, qué lujoso!

— ¿Ha pasado algo?

—No, qué va. Es que Jayin y yo nos turnamos.

—¿Que os turnáis? ¿Para qué? —Helena no daba crédito.

—Para ver si acababas saliendo con él. ¡Como si no te conociéramos, tía!

Helena tomó aire y suspiró largamente.

—Ya te dije ayer que vendría al *Palace* con él. Reservó mesa...

—¡Ese hombre es lo más! —exclamó Abril sin dejarla terminar—. ¿Te has puesto el vestido bonito?

—Sí —contestó pesadamente Helena.

—¿Pero el negro o el rojo?

—El negro finísimo y cortísimo, sí. Me estoy congelando todo.

—En cuanto te lo vea, él sí que no va a tener frío...

—¡No seas cerda! —protestó Helena.

—No. Yo no soy cerda. Yo no soy la que se ha puesto un vestido sexy... —Abril se rio.

Helena se rindió. Dejó escapar una débil risa.

—¿Está él contigo ahora? —preguntó Abril, entusiasmada.

—No, está pidiendo la reserva. Ahora ha salido el chef de la cocina y lo está saludando, parece que es verdad la historia que me contó de que lo salvó de morir ahogado.

—¡Pues claro que es verdad! ¿Por qué no iba a serlo? Todos los hombres no son unos cerdos mentirosos, Helena.

—Ya. Ya lo sé.

—¡Oye! Te dejo. Mañana en el almuerzo nos lo cuentas todo. ¡Vamos!

Y colgó. Helena volvió junto a Tomás, que estaba ya esperando en la mesa de recepción, a la par que se prometía que mataría a sus amigos mañana en el almuerzo.

Mientras Helena hablaba con Abril, Tomás había tenido ciertos problemas con la reserva.

—Expósito. Tomás Expósito —repetía el relaciones públicas—. Sí. Su mesa es la de allí —dijo, al fin, señalando la mesa que había justo en medio de la sala abarrotada de gente.

—No, no —insistía Tomás—. Debe de haber un error. Yo pedí expresamente la mesa junto a la chimenea.

—Señor Expósito, no puedo cambiarle la reserva. No está en mi mano.

Tomás estaba empezando a desesperarse.

—Mira, ¿ves a esa chica de ahí? —dijo señalando a Helena, que a lo lejos ponía cara de enfado y alzaba las manos hacia el techo—. Pues necesito que se enamore de mí esta noche porque si no, me arrepentiré el resto de mi vida.

Tomás tomó aire. No podía creer que le hubiera soltado esa historia dramática a un señor que no conocía de nada. Los nervios le tenían que salir por algún lado. El relaciones públicos se había quedado con cara de póker.

—¿Y por qué no se busca otra novia si con esta no le funciona? —preguntó atrevidamente el señor.

—¿Pero tú la has visto bien? —contestó Tomás sin dar crédito mientras señalaba a Helena.

Justo cuando el relaciones públicos comenzaba a mirar a Helena de una forma un tanto descarada, el chef salió de la cocina.

—¡Tomás! ¿Qué ocurre aquí?

El chef había salido solo para saludarlo. Tomás sonrió maliciosamente al relaciones públicos.

—¡Hola, Tino!

Tomás abrazó al chef al que había salvado hacía casi un año de una muerte segura provocada por un trozo de carne.

—Verás, tengo problemas con la reserva...

El relaciones públicos se descompuso antes de mirar a Tomás con todo el odio del mundo.

—*¿Pour quoi?* —preguntó Tino en un francés meloso—. ¿No te han cogido mesa?

—Sí, pero no me han reservado la que pedí —informó astutamente Tomás—. No sé, habrá sido un error, no me importa quedarme con la otra —mintió.

—*¡Non, non, non!* —volvió a repetir Tino—. ¿Qué mesa pediste?

—La de la chimenea.

—*¡Oh là là!* ¿Has venido con una señorita? —El chef elevó las cejas.

Tomás se puso rojo por primera vez.

—¡Que no se hable más! —ordenó Tino casi gritando—. ¡Cámblele la reserva al señor Expósito! Yo mismo os serviré, id tomando asiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Helena cuando llegó junto a Tomás, guardando el móvil, ahora en silencio, en su bolso.

—¡Ah, no pasa nada! —mintió Tomás mientras miraba cómo Tino volvía a la cocina—. ¿Nos

sentamos?

—¿Me permite la señorita su abrigo? —preguntó el guardarropa.

—¡Claro!

El restaurante estaba a rebosar. Familias, amigos y parejas ricachonas charlaban animadamente en la víspera de Nochebuena. Platos de todas las formas y todos los tamaños, con grandes chuletones y enormes cangrejos, salían llenos y entraban vacíos por las puertas de la cocina.

—¿Qué mesa has cogido? ¿La del sótano? —bromeó Helena.

—No, es esa de allí, me pareció la más especial —confesó Tomás acercándose a la mesa y retirándole la silla a Helena para que se sentara.

—Gracias... —Helena se sentía algo mareada. No estaba acostumbrada a tantos miramientos.

Tomás le sonrió y tragó saliva. Era tan tímida que le daba apuro tocarla.

—¡Buenas noches, pareja!

Tino apareció de nuevo casi dando pequeños botecitos con dos cartas en la mano.

—¿Quién es esta señorita tan afortunada?

—Helena... —dijo ella sonriendo un tanto abochornada.

—¡*C'est bon!* —exclamó Tino—. Como la mismísima Helena de Troya.

Tomás lo estaba pasando mal, no recordaba que Tino fuera tan entrometido y rimbombante.

—Tengo que recomendaros la sopa de marisco con espuma de tinta de calamar y crujiente de pato de primero, y de segundo; un tartar de ternera con pimientos del piquillo y yema de huevo ecológico. La ternera es de Galicia, me ha venido esta misma mañana. Los clientes nos están felicitando —Tino entregó la carta después de la presentación de los platos.

—Gracias, Tino.

Este guiño un ojo y, acto seguido, le gritó a un camarero que pasaba por allí:

—¡Un par de velas *rouges* para la mesa treinta, por favor!

Helena abrió la carta y no le sorprendió encontrar la mitad de los platos en francés. Casi todas las veces que había ido al *Palace* llamaba a los camareros para que le tradujeran, pero esa noche optó por la recomendación de Tino.

Tomás, por su lado, estaba mirando la carta de vinos. Quería pedir un buen reserva, pero que no llevara demasiados grados. Quería estar totalmente sobrio, quería sentirse él.

—¿Saben ya que van a pedir?

Helena se sobresaltó. Normalmente tenía que esperar media hora para que le tomaran nota. No habían pasado ni cinco minutos.

—Creo que sí —dijo Tomás muy dispuesto, guiñándole un ojo a Helena—. Ponga una sopa de marisco, y de segundo, el famoso tartar de ternera gallega. ¡Ah! Y el vino de siempre —concluyó.

—¿Cómo sabías lo que iba a pedir? —preguntó Helena en cuanto el camarero se marchó.

—No has leído la carta —dijo Tomás sonriéndole—. Es solo observación, no tengo la suerte de poder leer tu mente.

Y era verdad. Los ojos de Helena cambiaban a ratos y no sabía exactamente qué era lo que estaba pensando. Ni él mismo podía centrarse. Nunca se le había dado bien ligar. Él y sus dos amigos habían sido unos auténticos peleles de campeonato. Su exnovia lo había ligado a él y había sido tanto tiempo atrás, que no recordaba nada del protocolo inicial de cortejo. Así que optó por dejarse llevar por instinto propio. Lo malo es que el instinto de Tomás era muy fuerte. El halo de misterio e inocencia que rodeaba a Helena era tan mágico, que le estaba costando trabajo contenerse.

—Muy observador —comentó ella mirándolo fijamente. Podía notar su corazón latiendo a mil desde el otro lado de la mesa y sintió miedo. Mucho miedo.

«Estoy metida en un buen lío», pensó agobiada.

—El vino que había pedido, señor... —dijo el camarero sirviéndolo, mientras otro traía un candelabro con dos finas velas rojas encendidas, tal y como había ordenado Tino.

«De perdidos al río», se dijo Helena.

—¿Tienes mucho trabajo últimamente? —le preguntó Tomás tomando un primer sorbo de vino para probarlo.

Helena suspiró.

—Bastante. En Navidad la gente empeora.

—Y que lo digas. En el hospital, las urgencias se ponen a tope. Pero he pedido un par de días libres —informó Tomás.

—¿Qué eres? ¿Médico de familia?

—No. Estoy terminando mis prácticas de residente en medicina interna. Así que la mayor parte del tiempo lo paso en urgencias estos días.

—¡Ah! Mucho trabajo, entonces.

Helena lo sabía por experiencia. Uno de los grandes problemas de Villanueva de la Rosa era que había solo un hospital y los médicos de urgencias se encargaban de casi todo. Más de una vez había tenido que esperar toda una tarde por un simple resfriado. Estaban muy mal organizados.

—Y tú, ¿recibes muchos pacientes? —preguntó Tomás, interesado.

—La verdad es que sí —le confesó—. Mi socia y yo estamos muy contentas porque, para ser particulares, estamos teniendo mucho éxito.

—¿Y te llegan casos graves? —preguntó Tomás riendo.

No era capaz de imaginar a Helena seria y haciendo su trabajo.

—Sí. Me vienen toda clase de casos. Desde quinceañeras góticas con cortes en las muñecas hasta padres en paro, pasando por paranoides y esquizofrénicos —admitió.

—¿Y no te da miedo?

Helena lo miró con desdén.

—No. Una termina acostumbrándose a toda clase de personas, solo hay que entenderlas. Los problemas no aparecen solos, los creamos nosotros a partir de... bueno, ya sabes, de nuestra interpretación de la realidad, nuestra crianza, la educación...

Vino el primer plato. La ardiente sopa de marisco olía estupendamente.

—Yo sería incapaz de hacer tu trabajo —dijo él.

Helena lo miró con interés.

—¿Por qué?

—No tendría fortaleza suficiente para aguantar los problemas de tanta gente.

—¡Pero si tú curas personas también!

—No es lo mismo. No me da tiempo a implicarme emocionalmente con ellos.

—En realidad... a mí me ayudan a olvidar mis propios problemas, y a recordar que hay gente que lo está pasando mal de verdad. Da mucha satisfacción poder serle útil a los demás.

—¡Venga, vamos! ¡Eso te ha sonado muy bonito!

No se la esperaba así. Helena tenía más pinta desde fuera de odiar su trabajo profundamente. La seguía notando distante a ratos, y eso le ponía aún más nervioso. Con solo esas pocas frases había descubierto que detrás de esa cara bonita también se escondía una mujer inteligente, graciosa y amante de su trabajo. Si amaba su trabajo, seguro que sería capaz de amar otras cosas, aunque Tomás tendría que averiguar cómo.

—A veces pienso que yo también debería ver a algún profesional —soltó de repente Tomás, acabándose su plato.

—Todos alguna vez en la vida deberíamos acudir al psicólogo. —Hizo una pequeña pausa mientras apuraban la sopa—. Y a ti, ¿te gusta tu trabajo?

—A veces no —confesó él—. Pero en general, sí. La etapa de residente es dura, pero cuando trabaje como médico interno en planta, estaré más tranquilo.

Vino el segundo plato. Helena ya estaba llena, con los nervios tenía el estómago cerrado. Continuaron hablando de trabajo y asuntos en común. Helena se enteró de que Tomás había estudiado en la Universidad Complutense de Madrid como ella, y de que le gustaba montar con su padre en avioneta los fines de semana. Su padre era un piloto de aviones ya jubilado, y le había regalado una avioneta para que hiciera acrobacias como *hobby* los fines de semana.

—No soporto las acrobacias, cuando voy con él le pido que vayamos solo a pasear —le confesó a Helena.

Tomás, por su parte, descubrió que Helena era más esnob de lo que aparentaba. Le gustaban las cosas de diseño y la música clásica. Habían acudido a institutos diferentes y quizás por esa razón, pensó Tomás, nunca se habían llegado a conocer. Su madre, hacía ya muchos años, había sido enfermera en el hospital donde él estaba haciendo la residencia.

—Apenas has comido, ¿te encuentras bien? —le preguntó Tomás aprovechando que Helena se reía de cómo, una vez, él había potado en pleno vuelo y le había caído a una señora en la cabeza.

Helena dejó de reírse poco a poco y miró su tartar de ternera por la mitad. Era el momento.

—¿Por qué me has llamado, Tomás? —le preguntó casi escupiéndole.

Tomás se quedó pasmado y sonrió. Esa chica estaba llena de sorpresas. No sabía por dónde le iba a salir. Ahora, de repente, era la mujer más directa del mundo. ¡Al cuerno la timidez!

—Porque me gustas —admitió encogiéndose de hombros y dejando caer la mirada.

—¿Van a querer postre? —preguntó el camarero, recogiendo.

Helena apartó la mirada de Tomás, compungida.

—Sí, traiga un suflé de chocolate para dos. Estoy lleno —comentó él, como si nada.

—¿Y si yo no quiero? —preguntó Helena, desafiándolo, a la par que evitaba el momento incómodo.

—Mejor. Así te lo guardo en un táper y podré ir a verte otro día con la excusa de llevártelo.

A Helena se le escapó la risa tonta.

Después de que Tomás tomara dos cucharadas forzadas de delicioso suflé de chocolate, Helena estaba lista para volver a casa. Se levantaron de sus asientos. El restaurante estaba ya casi vacío. El tiempo había pasado volando. Debían de ser casi las doce de la noche.

—Está nevando fuera, chicos —les informó el guardarropa, observando el pequeño vestido de Helena mientras le ponía el abrigo.

—Creo que entre los dos nos apañaremos —le dijo Tomás al señor mientras le abría la puerta a Helena.

Helena sonrió y se agarró a su brazo al salir.

Efectivamente, fuera estaba nevando un montón. Orondos copos de nieve caían suaves y pesados sobre las aceras. Tomás sintió el brazo de Helena rodeándolo y casi se le cortó la respiración. ¡Joder! Le gustaba un montón.

—¿Quieres ir a tomar algo? ¿O te devuelvo a tu caserón ya? —le dijo Tomás en el coche.

Helena volvió a reír. Por mucho que quisiera esconderse, no podía evitar poner cara de boba.

—Verás, mañana es Nochebuena, y mi familia va a venir a casa. Es un coñazo, porque resulta que han invitado a más gente a cenar que no conozco y va a ser un follón. No quiero llegar muy tarde, lo siento.

A Helena le costó mucho decir esas palabras, realmente estaba a gusto con él, muy a su pesar.

—No importa —dijo sonriendo sinceramente—. Ahora que lo mencionas, yo no sé qué catástrofe me tiene mi familia preparada esta Navidad.

Helena volvió a reírse y continuaron su camino a La Villa de Oro.

El viaje de vuelta fue mucho más entretenido que el de ida. Tomás iba despacio porque no llevaba cadenas. Puso la radio y surgió de los altavoces una bonita balada de Scorpions que ambos se sabían.

—*Send me an Angel...* —dijo Helena despacio cerrando los ojos para escuchar bien la melodía.

—¿La conoces? Creía que solo escuchabas a Mozart y a toda esa panda de ilustrados... — bromeó Tomás.

Helena le dio un tortazo en el hombro fingiendo estar ofendida. Cuando llegó el estribillo, ambos lo entonaron mientras los copos de nieve, cada vez más grandes, cuajaban alrededor de las calles vacías.

—Ya hemos llegado —anunció Tomás, bajándose del coche.

Esta vez, Helena se esperó a que Tomás le abriera la puerta. La cogió de la mano y la ayudó a salir del interior del coche, que estaba muy caliente debido a la calefacción y a la magia.

—No hace tanto frío. La gente es una exagerada —dijo ella.

—Hará más frío cuando deje de nevar.

Se fijó en cómo los copos se le enredaban caprichosamente en sus rizos castaños y no pudo resistirlo más.

—¿Puedo volver a verte?

Helena no contestó, se había dejado llevar hasta esa situación y no había preparado la respuesta a esa pregunta. Al parecer, Tomás tampoco, y miró nervioso la farola parpadeante.

—Tomás, yo... —comenzó Helena.

Pero no pudo seguir porque Tomás ya la había besado. En un primer momento, Helena bajó la cabeza para que no siguiera, pero Tomás, al ver que ella se había apartado a mitad de camino, indecisa, insistió y le subió la barbilla muy suavemente, como pidiéndole permiso. Ella, que sentía como si mil calderas que llevaban mucho tiempo apagadas se hubiesen puesto en funcionamiento de golpe, aceptó y dejó que él, más tranquilo, continuara besándola. La nieve caía cada vez más fuerte sobre ellos, mezclando frío y calor en un cóctel que lanzaba destellos mágicos alrededor de ambos.

Sus corazones latían a mil, uno tan cerca del otro que, por un momento, Helena dejó de escucharlos para sentir plenamente su olor a madera y a hogar, su lengua rozando sus labios suaves, tan suaves como el terciopelo, que jugaban una danza torpe entre los otros, conociéndose y encontrándose. Hasta que una voz dentro de su cerebro le hizo darse cuenta de que aquello no estaba bien. No estaba nada bien.

—Tomás —dijo separándose bruscamente, aún agarrada a él—. Yo no... no quiero.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, aún anestesiado por la situación.

—No quiero que te lleves una mala idea de mí. —Lo miró a los ojos—. No quiero mentirte y... no quiero que tengas esperanzas conmigo.

Ya está. Ya lo había dicho.

Tomás la soltó lentamente. La impresión fue igual que si le hubiera pegado una bofetada. Encima de él seguía nevando, pero ya no se daba cuenta.

—No estoy preparada para una relación ahora... —le confesó Helena—. Pero me gustas mucho y... —Helena tomó aire—. No sé ni lo que quiero. Lo siento.

—No te preocupes... —consiguió articular él.

Ahora era Tomás el que se había quedado bloqueado. No sabía ni qué pensar, ni qué decir. ¿Qué había hecho mal? Lo había hecho todo lo mejor que sabía.

—Me lo he pasado muy bien contigo, en serio. Eres genial —le dijo Helena con una tímida sonrisa—. Gracias por todo. Feliz Navidad.

Se puso de puntillas, le dio dos besos congelados en la cara que todavía le ardía y, sin darle la oportunidad de despedirse, abrió la puerta de la verja y se hundió en la oscuridad de su jardín.

Tomás subió al coche y se quedó un largo rato viendo la nieve caer pesadamente sobre el parabrisas.

No pasaba nada por su mente. Absolutamente nada.

Helena llegó a la puerta de su casa e introdujo la llave en la cerradura. Una furtiva lágrima le corría rostro abajo. Respiró hondo y oyó el motor de Tomás, a lo lejos. Ya se iba. Se fue.

Sí, había sido la noche más fría del año. Helena cerró la puerta una vez más.

CAPÍTULO 7

—Por favor, os lo suplico. De verdad...

Helena, Abril y Jayin estaban a las puertas de La Villa de Oro.

—¡No! ¡No y no! —le contestó Jayin, tajante, por enésima vez.

—Helena, ya es hora de que te enfrentes a tu familia —concluyó Abril subiendo la ventanilla del coche para que no le llegaran más súplicas—. ¡Feliz Navidad! —dijeron al unísono ella y Jayin con una sonrisa.

—¡No me dejéis sola con esta pesadilla! —gritó Helena por última vez al coche de Abril, que ya se alejaba por su calle.

Un tanto molesta, entró en su colosal caserón. Les había pedido el favor a sus amigos de que la acompañaran esa noche en la cena de Navidad. Al fin y al cabo, iban a estar los tres solos: Abril, Edgar y Jayin. Pero, naturalmente, se habían negado todas las veces que Helena se lo había pedido. Abril decía que tenía que empezar a ver las cosas desde otro punto de vista.

Helena suspiró y tiró su abrigo al sillón más cercano, cogió su manta y se tumbó en el sofá. Eran cerca de las tres de la tarde del día de Nochebuena. Su familia llegaría a las cinco para la noche interminable, y ella necesitaba recuperar fuerzas después del almuerzo tan productivo que había tenido con sus dos personas favoritas.

No había dormido mucho la noche anterior. Se sentía mal. Sentía que no había actuado bien, y eso hacía que la sombra de la culpa se cerniera sobre su sueño. Tomás no la conocía y no sabía que su deseo era no estar con nadie, pero tampoco ella lo había visto muy claro. Lo había visto demasiado... ¿ansioso?, ¿precipitado? O a lo mejor era que realmente le gustaba ella y le había partido el corazón.

Helena se estiró en el sofá y bostezó. Lo peor había sido esperar el momento de contárselo a Abril y Jayin. Siempre que Helena tenía la oportunidad de encontrar a alguien, lo echaba a perder de una forma u otra, y sus amigos, que con ilusión y esperanza la animaban, se encontraban con su amiga sola, como al principio; y eso les molestaba bastante. Aunque esta charla había sido diferente:

—Le dije que no... que no quería nada con él... —dijo Helena, dubitativa, esperando la bronca.

El almuerzo había sido en el restaurante chino favorito de los tres. Se quedó mirando el gran bol de fideos.

—Ya lo sabíamos —le confesó Abril, despreocupada—. Si no estás preparada, no lo estás.

—¡Pues yo no opino así! —dijo Jayin, indignado—. ¡Ese chico estaba realmente interesado en ti, Helena! ¿No era eso lo que querías? Un hombre que te quisiera por cómo eres...

—Puede llegar el mismísimo Brad Pitt, si quiere. Si ella no está preparada... —repitió Abril.

Helena le dirigió una mirada cargada de ternura a su amiga. Abril solía ser la que siempre le regañaba y le daba más caña. No obstante, Jayin se mantenía algo al margen, aceptando y respetando en cierta medida las acciones y decisiones de Helena. Esta vez, parecían haberse intercambiado los papeles.

—¡Pues no! ¡Para eso no se está preparado, Helena! —le dijo su amigo, mirándola furioso—. Para el amor nunca se está preparado. Si te llega, te llega y punto. Debes aceptarlo.

—Abstente de proverbios —le advirtió ella, intentando alejar el mal rollo.

—No iba a decirte ningún proverbio. Al parecer, no sirven de nada.

—El amor no existe —soltó de repente Abril.

—¿Cómo puedes decir eso tú? ¡Llevas siete años con la misma persona!

A Jayin parecía que le iba a dar un ataque al corazón. Entre una y otra, no podía creer lo que estaba escuchando.

—Verás, yo cuando empecé a salir con Edgar, estaba muy preocupada —comenzó Abril—. Helena y yo estudiábamos que el amor era pura química. Si lo miras desde un punto científico, es una reacción que se acaba y algún día, eso que llamamos *amor*, simplemente termina. Las mariposas tienen fecha de caducidad. Así que después de siete años de relación, es lo que os puedo decir... —continuó sonriente—. Lo que sientes hacia tu pareja es cariño, respeto, confianza... y pasión. La pasión va y viene, hay que saber cuidarla y mimarla para que nunca se agote la libido. El amor es una farsa.

Los tres estallaron en risas hasta que no les quedaron fuerzas. Lo mejor de todo aquello era que Abril, en parte, tenía razón. El amor, era un gran conjunto de todas aquellas pequeñas cosas que ella había descrito. Nadie lo sabía mejor que Abril. Pero aquella reflexión no ayudó en nada a Helena, que seguía sintiéndose fatal por el pobre Tomás, e incluso por ella misma. Había plantado a muchos hombres, pero ninguno la había hecho sentirse tan mal como él. Lo había visto demasiado... ¿entregado?, ¿enamorado? ¿Cómo se puede una persona enamorar tan rápido?

No lo sabía. Simplemente no podía saberlo. Ya no. Suspiró.

—Me da igual. Yo sigo estando enfadado contigo —dijo Jayin cuando terminaron de reírse.

—¡Pero si tú nunca te enfadas!

Helena le sonrió. Jayin le respondió con un gesto de falsa irritación y siguió comiendo.

Se quedó satisfecha. Admiraba a sus amigos por muchas cosas, sobre todo por aguantarla en aquellas conductas insufribles e infantiles suyas.

—Pues a mí me parece bien que tengas tanta determinación —añadió Abril—. Si ahora eres feliz con tu vida y no quieres problemas, allá tú. Ahora, también te digo que el día que llegue alguien especial, no podrás escapar... Y cuanto antes lo asumas, mejor.

Helena, al fin, se había quedado dormida en su sofá mientras recordaba la charla con sus amigos. Fuera hacía un día de perros. Después de la tremenda nevada de la noche anterior, el sol había salido picando esa mañana, pero poco había durado. Al volver a casa se había vuelto a nublar y hacía un frío que calaba los huesos.

Cuando aún no llevaba ni media hora dormida, en la soledad de su enorme casa sonó el telefonillo.

Confundida, despertó y miró a su alrededor buscando un reloj. El reloj de cuco de su pared junto a la chimenea marcaba las tres y media. El telefonillo volvió a sonar, y Helena corrió hacia él preguntándose quién sería a esas horas.

—¡Hola, hija! ¿Estabas dormida?

La sonriente y maquillada cara de su madre la miraba ansiosa desde la cámara, esperando a que le abrieran la puerta.

—¡Mamá! ¡Son las tres de la tarde! —le gritó Helena, molesta.

—¡Huy! ¡Qué tarde! —Oyó Helena desde el telefonillo.

Abrió la puerta principal y se le cayó el mundo encima. Su padre, sin perder el tiempo, entraba marcha atrás con la furgoneta por la verja abierta hasta los topes.

—¡Mamá! ¿Qué es esto?

—¡Oh! Es que no cabíamos en el coche pequeño —contestó su madre abriendo las puertas traseras de la furgoneta.

Miles de bolsas con comida, adornos de navidad, árboles... y hasta la vieja guitarra eléctrica de papá asomaban por un rincón. Helena comenzó a sentir un malestar repentino.

—¡Hola, hermanita!

Rodrigo, con su aire de adolescente repelente y su pelo liso al más puro estilo pijo, se bajó del coche y palmeó la espalda de su hermana.

—¡Oye, tú! ¿A dónde vas?

Rodrigo ya había pasado al interior de la casa sin que lo invitaran y se dirigía al salón

—¡Pues a ver la tele! Tú tenías la *play*, ¿no?

—¡Límpiate los zapatos, bulto! —le gritó Helena, desesperada. Había encerado el suelo hacía un mes.

—¡Hola, Helena! ¿Cómo va eso?

Helena abrió mucho los ojos y estuvo a punto de gritar. Nada más y nada menos que su hermana Laura era la que la estaba abrazando y besando.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No estabas en Madrid?

—Mamá prometió que me mataría si no nos presentábamos esta Navidad. Está eufórica —susurró Laura—. Así que aceptamos. Necesitábamos unas vacaciones.

—Aceptasteis —repitió Helena intentando no parecer maleducada—. Es decir, los niños también...

—¡Hola, tita Helena!

Una cosa muy pequeña, muy rubia y que gritaba mucho se acercaba corriendo desde la furgoneta con todas sus fuerzas.

—¡Hola, Evelyn!

Helena mostró un falso entusiasmo. Abrió los brazos para recibir a su sobrina, que casi la parte en dos cuando se le subió encima de un gran salto. Evelyn era la mediana de sus hermanos y, con tan solo cinco años, ya era el genio del mal. Tenía una mirada y una sonrisa angelicales que, junto con su bonito pelo rubio y rizado, hacían de ella una estampa completamente benévola; aunque si la dejabas sola en la cocina, cuando volvieras podrías encontrártela ardiendo.

Evelyn comenzó a comerse a besos a Helena y a abrazarla muy fuerte cuando, de pronto, una bola de nieve lanzada con mucha fuerza y maestría le golpeó en plena espalda.

—¡Roberto! ¿Qué te he dicho de jugar con la nieve? —le gritó Laura al mayor de sus hijos.

—Lo siento, mamá —dijo pesadamente el niño—. Lo siento, tía Helena.

Roberto ya tenía ocho años y era, sin duda, el más mimado de todos, aunque eso no quitara que siguiera a rajatabla todas las reglas de su hermana pequeña. A fin de cuentas, Roberto empezó a dar problemas solo cuando su hermana empezó a hablar. Al igual que Evelyn, su cara de niño bueno y su jersey pijo de rombos no hacían sospechar de él y su maña para hacer travesuras.

—Evelyn, deja a la tita ya, venga.

Laura despegó a la niña de Helena, que respiró con fuerza para recuperar todo el aire que había perdido.

—¡Chss! Max está dormido... —interrumpió Esteban, acercándose con el retoño entre los brazos—. Dejad de pelearos. Hola, Helena.

Esteban era el marido de su hermana. Era todo eso que se suponía que una mujer debería buscar para casarse. Era alto, guapo, inteligente, comprensivo y buen padre. Trabajaba como abogado fiscal en un bufete de abogados en la capital, y Laura era su administrativa. Se habían conocido en una fiesta universitaria en sus años de facultad. Al poco tiempo, Laura se quedó embarazada de Roberto y, poco después, de Evelyn. Y de ahí hasta que decidieron casarse hacía tan solo tres años y tener al último de los jinetes del mal: Max. Con solo berrear tenía la capacidad de captar

la atención de cualquier ser humano a cien metros a la redonda.

—No te preocupes, no darán mucho la lata —le confesó Esteban a Helena al ver su cara de horror—. Les hemos prometido un viaje a Disneyland si se portan bien.

Y sin más, entró en casa con el pequeño y rubio Max dormido profundamente.

—O al menos eso esperamos —confesó Laura, resoplando—. Son una pesadilla, no se cansan nunca.

—¿Cómo está mi pequeña?

Su padre se acercó con un gran árbol de Navidad al hombro y besó a su hija en la mejilla.

—Papá, ¿dónde vas a poner eso? —le preguntó Helena alarmada.

—Este grandullón es para el salón, pero aún quedan dos más.

Y sin vacilar, entró en casa.

—Creo que deberíamos ayudar a mamá —le sugirió Laura.

Helena se giró hacia su madre, que sujetaba al menos cinco bolsas en cada mano, y a pesar del odio profundo que sentía hacía ella en esos momentos, no pudo evitar ayudarla.

—Gracias, Helena, eres la mejor. Coge esa bolsa grande de allí, es el cochinitillo —le indicó su madre.

Y con una última mirada de impotencia, Helena se puso manos a la obra. Después de media hora de continuos viajes desde la cocina hasta el interior de la furgoneta, la puerta del exterior se cerró, la calefacción se puso a tope y Helena observó con horror cómo su recibidor immaculado estaba hasta arriba de árboles de navidad, bolas, boas brillantes, un Papá Noel cantarín y una gran caja de luces de colores.

Se asomó al salón y vio cómo su padre, que a pesar de sus setenta y dos años se encontraba en plena forma, separaba con ahínco las ramas del gran abeto artificial que había comprado; mientras que los niños trasteaban en una de las bolsas con adornos y sacaban boas brillantes y renos de peluche. Rodrigo, sin embargo, estaba ocupado pasando a gran velocidad los canales de la televisión.

—¡Eh, tú!

Helena le quitó ágilmente el mando de las manos.

—¡Dámelo! —protestó Rodrigo.

—¡Verás la televisión cuando hayamos acabado de todo! ¡Ayuda!

—¡Aguafiestas! —le gritó antes de salir al recibidor a acarrear más comida.

Su padre le guiñó un ojo mientras seguía separando ramas y dándole forma al árbol.

—Cuando tú tenías su edad también dabas la lata, ¿eh, Helenita? —le confesó su padre—. Por cierto, he traído mi guitarra eléctrica, ¿a que es genial?

Helena le sonrió. Su padre le decía que cuando ella era una adolescente también había dado problemas. ¿Y quién no? El problema real era que su propio padre jamás había dejado de ser un adolescente.

—Mamá te llama.

Rodrigo ya había regresado de su tarea y vuelto al sofá.

—Ni se te ocurra poner la televisión, ¡ayuda a papá! —le espetó.

Helena, malhumorada y un tanto histérica, se dirigió a la cocina. También tenía que hablar con su madre, que tan considerada con ella como siempre, se le había olvidado comentarle que vendría su hermana y sus tres monstruos enanos a cenar y a destrozar su bonita y apacible casa. Menos mal que solo sería una noche.

—¡Oh, Helena! Me tendrás que ayudar a cocinar —le dijo su madre, atareada cortando verduras cuando la vio entrar.

—Está bien —se resignó poniéndose un delantal—. ¿Por qué no me dijiste que vendría Laura?

Su madre soltó el cuchillo que tenía en la mano, la miró y se fue al otro lado de la cocina a sacar el cochinillo de su bolsa.

—No me acordaría, Helena. Tengo muchas cosas en la cabeza.

Helena tuvo un mal presentimiento.

—¡Feliz Navidad, tita!

Helena se pegó el susto de su vida al oír la chirriante voz de su sobrina tras ella. Se las había arreglado para convencer a su hermano de que la aupara en hombros, para colocarle un horrendo gorro de Papá Noel a Helena en la cabeza.

—¡Pero bueno!

Helena cogió a su sobrina por los hombros y la bajó al suelo.

—Si me prometéis que vais a ser buenos y vais a ayudar al abuelo, luego os daré una propina para que os compréis chuches —dijo, agachándose para mirarlos a los ojos, a la vez que ponía cara de misterio.

Los niños se miraron un instante, asintieron con la cabeza y salieron disparados de nuevo hacia el salón.

—Son adorables, ¿verdad?

Su madre los miró alejarse con ternura mientras colocaba el cochinillo en la bandeja del horno.

—Mamá, tienes un concepto de *adorable* muy diferente al mío.

Su madre sonrió y siguió picando especias para la carne. Al menos, no le había dicho que quería más nietos, que es lo que siempre solía hacer.

—Mamá, ¿podemos Esteban y yo subir las maletas ya? —preguntó Laura entrando a la cocina.

—¡No! ¡Aún no se lo he dicho! —dijo su madre susurrando, alterada.

—¿¡Qué!?

Las dos hermanas gritaron a la vez. Se miraron.

—¿Por qué no le has dicho nada, mamá? ¡Me dijiste que se lo consultarías!

Laura estaba muy enfadada, así que Helena decidió calmarse un poco.

—A ver, mamá, ¿qué pasa? —preguntó sentándose en una silla cercana.

No quería hacer nada de lo que después se arrepintiera. Aquellas eran demasiadas sorpresas para su tranquila e inalterable vida. Su madre, por el contrario, se había quedado callada. Estaba demasiado avergonzada para hablar.

—Mamá me dijo que Esteban, los niños y yo podíamos quedarnos aquí toda la Navidad —le confesó Laura a su hermana—. Me dijo que habías dicho que sí, que cómo te iba a importar con una casa tan grande... A mí me extrañó, la verdad.

—Mamá... —dijo Helena mirando a su madre con reproche.

—¡Es cierto! ¡No te dije nada! —admitió su madre más asustada que enfadada—. Sabía que me ibas a decir que no, y yo quería que ella y los niños pasaran estas navidades con nosotros.

—Pero mamá, ¿desde cuándo me como yo a las personas? —le preguntó Helena suavemente.

¿Podía sentirse aún más culpable? ¡Enhorabuena! La respuesta es sí.

—Últimamente estás muy irritable, hija —le dijo su madre con lágrimas en los ojos.

—¡Oh, vamos!

Helena se levantó y abrazó a su madre. Efectivamente, si su madre le hubiera propuesto ceder la casa durante dos semanas a su hermana y su familia, lo más probable es que le hubiera dicho que no. Más que nada porque aquel era su lugar de trabajo. Un lugar de trabajo que iba a estar abierto todas las navidades a sus pacientes, y no se imaginaba pasando consulta con Evelyn al lado pegando gritos.

—No te preocupes, Helena —dijo Laura mirando con desdén a su madre—. Esteban y yo buscaremos un hotel, no tendrás que molestarte.

—¡No! —se apresuró a contestar. Ya estaba en un compromiso. Se mordió el labio—. No dejaré que os vayáis a un hotel teniendo aquí... una casa tan grande. —Se tragó esas últimas palabras con pan y apechugó con lo que le esperaba.

Su madre la miró emocionada y la abrazó fuerte.

—No, Helena —dijo riendo su hermana—. Te conozco bien y sé que no quieres que te molesten.

—¡Llevo tres años sin estar más de un día con vosotros! No va a pasar nada porque estéis aquí dos semanas —le aseguró Helena, que aún no había logrado escapar de los brazos de su madre.

—¿Seguro? Esteban y yo podemos pagar un hotel, de verdad.

—¡He dicho que no! —respondió tajante.

Pero solo consiguió que su hermana se emocionara también y terminara uniéndose al abrazo familiar. Helena suspiró.

—Mamá, la cena...

—¡Oh, sí, sí! No hay tiempo.

Las cosas por el salón no iban mucho mejor. Su padre se había sentado debajo del gran árbol de Navidad que ya estaba decorado y estaba contándoles viejas historias a Roberto y Evelyn, que escuchaban anonadados.

—¡Papá! —lo interrumpió bruscamente Helena—. ¡Ya son las cinco y te quedan dos árboles más!

—¡Ahí va!

Su padre se levantó trabajosamente del suelo. Los niños reían.

—Da tiempo hija, no te preocupes. ¡Esteban! —llamó su padre cogiendo la gran caja de luces y abriéndola—. ¿Me ayudarás a poner las luces en la terraza del piso de arriba? ¡Uno ya no está hecho un mozuelo como tú!

—¡Sin duda, Nicolás! —le contestó, animado, Esteban—. ¿Helena, puedes ayudar a Laura con las maletas antes de que sea más tarde?

—Claro, no te preocupes —le contestó Helena un poco distraída—. ¿Papá, vas a poner luces por fuera?

—¡Obvio que sí! —contestó su padre, dicharachero—. ¡Abrígate hijo, que hace un frío de muerte ahí arriba! —le dijo a Esteban, que fue a buscar su abrigo.

—Pero papá, eso llamará demasiado la atención... —insinuó Helena.

No quería que sus vecinos vieran lo horteras que eran sus padres.

—¿Y para qué es la Navidad, si no? —le dijo feliz desde las escaleras.

Helena desistió. Cogió las maletas que le había cedido Esteban y comenzó a subirlas hasta el primer piso. Decidió ponerlas en la habitación más alejada de la suya, además, era la segunda habitación más grande de toda la casa; aunque los niños tendrían que dormir en las camas dobles de la habitación contigua.

—¿Helena? ¿Dónde estás? —le preguntaba Laura desde el pasillo.

—¡Aquí, en la última habitación a la derecha! —le gritó desde el umbral.

Dejó las maletas junto a la cama y sacó las sábanas limpias.

—No, déjame. Yo haré las camas —dijo su hermana, soltando el resto de maletas—. Ve tú mejor a ayudar mamá, estoy muy enfadada con ella.

—¡Vamos! Ya sabes cómo es —le reprochó.

—Siento mucho toda esta situación, en serio. ¡Qué bochorno!

—No pasa nada, deja de lamentarte —le mintió Helena.

Hubo un silencio incómodo.

—Gracias Helena, espero no darte mucho trabajo —concluyó sonriendo.

Tan solo con una sonrisa, Helena salió del cuarto. Tenía la sensación de que su hermana tenía algún problema que otro y quería contárselo, pero Helena ya tenía suficiente por ese día, ya escucharía sus problemas más adelante.

Los niños y Rodrigo habían decorado con boas brillantes de color dorado las barandillas de las escaleras, y habían puesto acebo y muérdago por doquier. El salón también estaba precioso. Su padre había abierto la mesa del comedor, que ya de por sí era enorme. Podrían caber holgadamente al menos veinte personas.

—¡Helena! ¡Pon la mesa! —le gritó su madre desde la cocina.

Helena cogió el mantel rojo navideño que su madre guardaba única y exclusivamente para esa noche, lo desdobló encima de la mesa y, por primera vez en aquel día, se sintió bien. Había estado tan sola esos años que la idea de pasar una noche entera con su familia, de repente, le apetecía mucho. Después de ver la casa, que habitualmente estaba tan solitaria y lúgubre, llena de bonitos adornos navideños y de gente animada y feliz, le había hecho ver las cosas desde otro punto de vista, tal y como le había dicho Abril.

—Mamá, ¿cuántos seremos? —le preguntó Helena, ya más contenta, mientras sacaba la vajilla del aparador.

—Pues, contando a los niños, seremos catorce.

Helena sintió una leve punzada de dolor al imaginar a tantísima gente en su comedor, pero no rechistó y colocó los platos despacio, asimilándolo.

—¡Helena, ven a ver cómo ha quedado! —Su padre la llamaba desde el recibidor.

Atareado con una corona de hojas de pascuero y acebo en la entrada principal, la instó a que echara un vistazo a las luces del exterior. Helena cogió su abrigo y se unió a las vista con Esteban.

—No ha quedado mal, ¿no? —le preguntó él, mirando hacia el oscuro y nublado cielo donde resaltaban luces doradas que parpadeaban incansablemente.

Helena, horrorizada, veía impotente cómo la bonita terraza de su ático había quedado repleta de estrellitas brillantes.

—Tranquila, solo serán unos días —le susurró su cuñado, poniéndole una mano sobre el hombro.

Helena lo miró y observó su tierna sonrisa. Le vino a la cabeza lo mismo que pensó cuando lo vio por primera vez: «Cada día me parece más gay», se dijo para sus adentros. De fondo, y entre los tímidos copos de nieve que comenzaban a caer, se oyó una guitarra mal afinada.

—Ya está mi padre con su guitarra —dijo por lo bajo Helena mientras hinchaba los agujeros de la nariz.

—¡Vamos, ánimo! ¡Es Navidad! —le dijo Esteban, contento—. ¡Entremos!

Helena lo siguió por el crujiente césped helado. Echándole un último vistazo a las luces de su ático y suspirando, cerró la puerta de casa.

Su madre, desde la cocina, sonreía a su padre que ya empezaba a afinar el conocido *Jingle Bell Rock* mientras que Rodrigo sintonizaba el amplificador. Los niños jugaban con las boas de colores que habían sobrado, corriendo por todo el recibidor, echando a perder el brillante suelo encerado de Helena. Esteban, por su parte, abrazaba a su mujer, que acababa de bajar por las escaleras de casa. Helena se sintió tan fuera de lugar que, por un momento, no supo si salir de allí y dejarlos solos, o simplemente ser víctima de aquella tortura navideña. ¿Qué remedio le quedaba?

* * *

—Papá, si Cloe no quiere venir, ¡que no venga! —Tomás estaba empezando a enfadarse.

La batalla estaba servida en el salón de los Expósito. Apenas faltaba una hora para la cena de Nochebuena y aún no habían logrado decidirse por nada.

—Yo aún no sé ni a dónde vamos, así que como no me deis información, sintiéndolo en el alma, me quedaré con Cloe —informó Patricio poniéndose cómodo en el sofá con su esmoquín nuevo.

—¡Ya lo he dicho mil veces! —contestó Andrés, harto de aquella situación—. Vamos a la casa de una de las hijas de Nicolás de Angulo. Fue controlador aéreo en Barajas, compañero de toda la vida. Y ahora que estamos los dos jubilados, nos vamos todos los sábados a pasear en avioneta. Así que este año hemos decidido cenar las dos familias juntas, no tiene más explicación. Y ahora, ¿podemos irnos ya, panda de huevones?

— ¡Vale! —contestó Patricio, satisfecho, levantándose del sofá y dirigiéndose hacia la puerta.

En realidad, Patricio estaba algo inquieto. Creía recordar que el apellido de su psicóloga era De Angulo, pero estaba tan nervioso en la primera consulta que apenas podía recordarlo. Sea como fuere, no podían ser los únicos De Angulo de toda Villanueva de la Rosa. Aunque, pensándolo bien, no era un apellido muy común.

—Cloe, vente, por favor —la instó Lidia, la madre de Patricio y Tomás, que esa noche se había ataviado con sus mejores galas.

Cloe miró desesperada a Tomás, buscando ayuda, y al verse acorralada, no tuvo más remedio que decir:

—¡Está bien! Pero me iré después de cenar, tengo trabajo atrasado.

Lidia, satisfecha, se levantó, cogió su abrigo y junto a su marido y Patricio, salió de casa.

—Tomás, espera —lo llamó Cloe, antes de que este saliera por la puerta de casa—. Vas a coger tu coche, ¿verdad?

—No. Somos cinco. Cabemos en el de papá. Además, si bebo, no podré conducir —le contestó Tomás, sin estar muy seguro de lo que quería exactamente su amiga.

Cloe lo miró abatida.

—Es que quería hablar contigo. Coge tu coche, por favor.

Tomás se rindió y le sonrió. Al fin y al cabo, él también quería hablar con ella. Quería contarle lo de Helena. Aún no se lo había dicho a nadie. No había encontrado fuerzas.

—¡Papá! Cloe y yo iremos en mi coche, te seguiremos.

—Su casa no está muy lejos de aquí. Ya veréis cuando la veáis, es enorme —les decía Andrés a su mujer y su hijo, subiéndose al coche.

Tomás estaba cada vez más asustado. De Angulo era el apellido de Helena. No recordaba que esta le hubiera dicho que su padre había sido controlador aéreo, aunque si recordaba su gran casa, como muy bien había apuntado su padre. Tomás tenía el corazón encogido, aquello aún no había acabado y en lo más profundo de su alma, estaba deseando que aquella casa fuera la casa de Helena.

—Anoche tuviste una cita —le soltó Cloe nada más arrancar el coche.

—¡Vaya! No se te escapa una.

—¿Estás saliendo con alguien, entonces? —le preguntó Cloe, sin más rodeos.

Tomás sonrió para sí mismo. No había planeado contárselo así, pero con Cloe no se podían hacer planes.

—Te escuché anoche hablar por teléfono con tu amigo ese... ¿Lucas?

—Sí, con el que te acostaste hace unos días.

—¡Ese mismo! —reconoció Cloe—. Pues decías: «Sí, he quedado con ella, voy a recogerla ahora». Me asomé a la ventana y te vi irte, no viniste hasta las doce y media... no salió bien —concluyó convencida.

—Ya veo que no hace falta que te cuente nada, te lo sabes mejor que yo. —Tomás nunca se acostumbraba a la audacia de su amiga, era como si hubiera vivido su historia ella también.

—Cariño, si hubiera salido bien, no habrías vuelto.

—No todo el mundo tiene sexo en la primera cita, Cloe.

—¡No se trata solo de eso! ¿Qué excusa te puso? Traías la cara más triste que he recordado verte.

Tomás estaba algo molesto, quería contarle lo mucho que le había gustado Helena desde el momento en el que la vio, y lo bien que había ido la cita hasta que ella dijo que no.

—Dijo que no, que no estaba preparada para una relación.

A Tomás se le formó un nudo en la garganta. A pesar de conocerla solo de unas horas, esa negativa le había dolido bastante. Si lo pensaba bien, en pocos días había recibido dos rechazos. Eso no puede sentarle bien a casi nadie.

—¡Oh, cielos! ¡Te gusta de verdad! —Cloe se giró para mirar a su amigo.

—¡Pues claro que me gusta de verdad! —le espetó Tomás sin mirarla, sentía un pellizco de ansiedad en el estómago. La trayectoria del coche de su padre estaba siguiendo el mismo camino que él la noche anterior. La casa de los De Angulo era la casa de Helena, no cabía duda.

—¡Insístele! —lo animó Cloe—. ¡Llámalas de nuevo! O no... —Cloe se detuvo, tranquilizándose—. ¿Te dijo que no estaba preparada? ¡No lo entiendo! ¡Hace falta ser estúpida! —Cloe estaba muy indignada de repente—. Me gustaría conocerla, ¡habrá que verla! No es que tengas mal gusto, Tomás, eso es evidente —dijo señalándose a sí misma—. Pero hay gente que, sencillamente... ya sabes... no le riega.

—Pues no sufras más, la conocerás esta noche —concluyó Tomás aparcando frente a la gran casa y saliendo precipitadamente del coche. ¡Bendita suerte!

—Hijo, ¿estás bien? —Lidia se acercó a su hijo menor.

Patricio se bajó del coche. Tenía los ojos fuera de las órbitas y la cara desencajada. Era la casa de su psicóloga.

—Que... casa más grande —dijo, al fin, respirando entrecortado.

—Enorme —rectifico su padre—. Era de los padres de Nicolás de Angulo, pero por lo visto ahora la tiene su hija. Pasa consulta aquí, es psicóloga.

Tomás se situó enfrente de la gran verja negra, como había hecho hacía apenas unas horas, y volvió a tocar el timbre del telefonillo por tercera vez en su vida.

* * *

—¡Helena, échale un vistazo al cochinito!

Helena suspiró. Era su tercera revisión al morro chamuscado del cerdo que había en el horno. Ya estaba casi todo listo. Helena le había suplicado a su padre que no dejara de tocar para mantener a los niños sumisos hasta la hora de cenar. Su madre estaba dándole los últimos retoques a la decoración con unos pascueros, y ella apenas había tenido tiempo de asearse y vestirse.

—¡Tita Helena! —Su sobrina alzaba los brazos para que la cogiera.

—¿Qué quiere esta niña tan guapa? —dijo cogiéndola en brazos con cuidado para no mancharse su vestido azul de seda.

—Te has quitado el gorro de Papá Noel —le reprochó la niña, molesta—. ¿No te gusta?

—¡Pues claro que me gusta, cielo! ¿Dónde está?

—¡Aquí! —Y, astutamente, sacó el gorro dobladito de debajo de su vestido y volvió a ponérselo con brusquedad sobre la cabeza.

La había despeinado después de haberse tirado varios minutos delante del espejo, dándole volumen a su castigada melena llena de rizos rebeldes.

Sonó el teléfono.

—Mamá, ¿puedes cogerlo? —le gritó desde la cocina, estaba muy ocupada con la crema de guisantes—. Y tú, pequeña diablilla, vete a jugar a otro lado —le dijo a la niña que, obediente, corrió hacia el salón.

Se colocó el gorro y continuó añadiéndole nata a la crema casi acabada.

—Es para ti, Helena —le dijo su madre, entregándole el teléfono. Helena suspiró.

—¿Diga? —dijo sujetando el auricular con el hombro.

—¡Feliz Navidad! —gritaron al unísono Ángela y Claudia al otro lado.

—¡Oh, vaya! ¡Feliz Navidad! —dijo Helena con una gran sonrisa. Se limpió las manos y cogió el teléfono antes de que terminara dentro de la crema verde.

—¿Esa era tu madre? —preguntó Ángela, intrigada—. ¡Qué voz más extraña! —dijo riendo.

—¿Con quién vais a cenar? —preguntó Helena.

—¡Pues solas! —contestó Claudia—. A nosotras no nos hace falta nadie más.

De repente, Helena cayó en la cuenta de que debería haberles propuesto cenar con su familia. Miró el reloj, eran las ocho, y solo faltaba una hora para el gran discurso del rey, ya tendrían la cena preparada...

—Os podríais haber venido, se me olvidó decíroslo —admitió Helena, cabizbaja.

—No, no, déjalo mujer, nosotras no pintamos nada ahí, gracias de todas formas —le agradeció Ángela, satisfecha.

—En realidad, nosotras la gran cena la tenemos mañana, no hoy —dijo Claudia.

—¡Anda! ¿Y eso? —preguntó Helena con curiosidad.

—Viene el alcalde a cenar —dijo Ángela, muy contenta.

—¿El alcalde? ¿A qué va el alcalde a vuestra casa?

—¡A dar por culo! —gritó Claudia.

—¿Puedes dejar de comportarte así? —le pidió Ángela, molesta.

—¡Es verdad! No entiendo porque tiene que venir a casa. ¡Tendríamos que ir nosotras a la suya! —Claudia no quería entrar en razón.

—Resulta que el alcalde va a premiarme por los beneficios que ha otorgado la Bolera Clan a la ciudad —explicó Ángela, orgullosa—, y quería cenar con nosotras, así que lo invité.

Oyó cómo Claudia carraspeaba, molesta.

—¡Bueno, chicas, no perdáis los nervios! —contestó Helena riéndose—. ¡Muchas felicidades, Ángela! Te lo mereces.

—Gracias —contestó, afligida—. ¿Y tú? ¿Estás con toda tu familia?

—Sí, es una pesadilla, créeme. Mi hermana se va a quedar toda la Navidad y me he enterado hoy. ¡Es horrible!

—En realidad, creo que te hacía falta algo así, estabas muy sola —le dijo Claudia.

¡Genial! Otra persona que le recordaba lo sola que estaba. En su mente se formó lentamente la imagen de Tomás de nuevo.

«¡Basta!», se dijo a sí misma.

El teléfono dio un terrible pitido.

—Chicas, tengo una llamada por la otra línea. ¿Quedamos después de Navidad, vale? —dijo

Helena rápidamente—. ¡Feliz Navidad de nuevo! ¡Pasadlo bien!

—¡Feliz Navidad! —dijeron ambas.

Y Helena colgó.

—¿Diga? —contestó por la otra línea.

—¡Eh, tú, pedorra *plantahombres*! ¡Feliz Navidad!

—¡Abril! ¡Ya has bebido suficiente! —Edgar regañaba a su novia—. Disculpa Helena, está un poco borracha.

—¿Ya? —dijo Helena, divertida—. ¿Abril? ¿No has esperado ni siquiera a cenar?

—Es que hemos empezado con los chupitos... ¡Y mira! ¡Qué puntazo llevo! —dijo Abril riéndose.

—Eso se te quita en cuanto veas al rey —le dijo Jayin, a lo lejos.

—¡Jayin! ¡Feliz Navidad! —dijo Helena, contenta de oírle.

—¡Feliz Saturnalia! —dijo Jayin, acercándose al manos libres.

—¿Saturnalia? —dijo Helena, extrañada—. ¡Ah claro! Jesús nació en agosto...

—¡Exacto! Los occidentales sois muy raros —dijo Jayin.

—¡Tú sí que eres raro! ¡No comer ternera! ¡No sabéis lo que os perdéis! —le espetó Abril a Jayin.

Sonó el telefonillo de la puerta.

—¡Mamá! —gritó Helena desde la cocina—. ¿Puedes abrir?

—¡Sí, hija, voy! —Su madre pasó como un cohete por la puerta delantera de la cocina hacia la puerta principal—. Creo que son los Expósito, yo los recibiré, tú sigue meneando la sopa.

—De acuerdo —dijo pesadamente Helena. ¿Expósito? ¿De qué le sonaba?

—¿Quién era? ¿Esos desconocidos que vienen a cenar? —le preguntó Jayin.

—Sí, ya han llegado —dijo Helena algo triste.

—¿Te imaginas que ahora aparece Tomás? Y te dice: «Ahora te vas a enterar» —dijo Abril, de repente.

Esa idea era tan absurda que Helena no tuvo más remedio que reírse.

—No es él —dijo, aún riendo—. Son los Expósito, es un amigo de mi padre. Por lo visto es un piloto jubilado, y ahora se va con él y su avioneta a pasear los fines de semana.

—Pues si lo piensas, no es tan disparatado —razonó Jayin—. ¿El padre de Tomás no fue piloto?

Helena sintió una punzada nerviosa en el estómago, oía cómo su madre estaba recibiendo a los recién llegados y evitó la tentación de mirar a través de la puerta de la cocina. Tenía una sensación extraña.

—No, no. No puede ser —concluyó Helena, tajante—. ¡Es imposible! Sería de locos que ahora fuera su familia la que... —Se detuvo, la idea de Abril no era tan disparatada. Tragó saliva.

—¿Lo ves? ¡Soy un genio! —dijo Abril, feliz—. Y como soy un genio, también haré una predicción...

Helena se acercó tímidamente a la puerta de la cocina. ¿Y si echaba un vistazo?

—¡La corbata del rey será roja! —gritó Abril.

Helena se asomó. Al principio, solo vio cómo sus sobrinos miraban atentos a los recién llegados, estudiándolos minuciosamente. Después, contempló cómo su madre besaba a un señor robusto y calvo y a su mujer, rubia y delgada. Debían de llevarse al menos diez años de edad, vestían muy bien y se les veía muy elegantes. A continuación, por la puerta principal, entró otro individuo, y Helena no pudo contener un grito de asombro. Era Patricio, su paciente, ¡por eso le sonaba tanto el apellido Expósito! Había charlado con él hacía tan solo dos días. Respiró aliviada

y volvió al mundo real.

—¡Ya sé por qué me sonaba ese apellido! —dijo Helena, sin poder contenerse, a sus amigos—. Es un paciente mío, lo empecé a tratar hace poco.

—¡Y haré otra predicción! —continuaba Abril, sin rendirse—. ¡Helena mojará esta noche!

Helena suspiró mientras daba vueltas al gran puchero que su madre había preparado. Oía cómo Jayin se reía.

—¡Y yo también! —concluyó Abril.

—Lo dudo —contestó Edgar, tranquilo.

—¡Contigo no, idiota! Y si ahora me tiro a Jayin, qué pasa, ¿eh?

—¡No, no! A mí no me metáis en vuestras peleas sexuales —contestó Jayin, quitándose de en medio.

—¡Tíratelo! —le retó Edgar, divertido.

—¡Pues está más bueno que tú! ¡Que lo sepas! —le gritó Abril, enfadada.

—¡Oye, os tengo que dejar! —dijo Helena mirando distraída la puerta de la cocina—. Tendré que saludar y todo ese rollo de la cordialidad.

—¡Helena, te quiero! —gritó Abril al auricular.

—Sí, sí... ¡quitadle la botella de champán ya! —dijo Helena, riéndose—. ¡Feliz Navidad!

Y colgó.

* * *

—¿Esta es su casa?

Cloe estaba alucinando. Tomás le abrió la verja para que su amiga pasara.

—¡Es increíble! —reconoció Tomás.

—¡Claro que no lo es! ¿Has visto esas luces del ático? ¡Son lo más hortera que he visto en años! —Cloe estaba realmente indignada.

—No, no me refería a eso... —Tomás se puso ante ella—. Estoy aquí otra vez, pensaba que no la volvería a ver.

—Cariño, una mujer que te ha rechazado de esa manera no se merece ni que la mires a la cara.

—¡Oye! ¿Vais a entrar o no? —les gritó Patricio desde la puerta principal.

—¡Sí, ya vamos! —le contestó Tomás.

Después se volvió y miró a su amiga seriamente a los ojos.

—Venga, ahora me vas a soltar el rollo de que te has enamorado... —le dijo pesadamente Cloe—. ¿Cómo puedes saber si te gusta una persona sin acostarte con ella?

—Es fácil, se llama «Otras formas de amar, el musical».

—¿Amor? —Cloe bufó—. ¡El amor! ¿Qué es el amor?

—Confío en que algún día lo sepas —dijo Tomás, continuando su marcha.

—No, no, espera —lo detuvo Cloe—. Supongamos que el amor existe...

—Parece que hablamos de Papá Noel —se mofó Tomás.

—¿Cómo sabes que lo que sientes es amor? —le preguntó Cloe.

Tomás abrió la boca, pero se calló. Amor era lo que una vez creyó sentir por ella. Cloe parecía darse cuenta de que había metido la pata.

—¡No debí preguntar eso! —exclamó desquiciada, y comenzó a caminar rápidamente hacia el interior de la casa—. ¿Lo ves? Hoy no tenía que haber venido...

Tomás corrió hacia ella.

—Sí, puede que estuviese empezando a sentir algo parecido al amor por ella. No creo que sea

nada malo —reconoció, secamente.

Cloe lo miró y puso cara de terror.

—¡Oh, Dios mío! Espero que eso no me pase a mí nunca —dijo desesperadamente, observando las pupilas dilatadas de su amigo—. ¡Está bien! ¡Te apoyaré!

Tomás puso cara de júbilo. Al fin, lo que quería oír. Cloe resopló.

—¡Pero espero que la chica esté más avispada hoy! Como vuelva a rechazarte una segunda vez, voy a tener unas palabritas con ella...

En el interior de la vivienda se sentía la Navidad en su pleno auge. Era la primera vez que Tomás entraba en casa de Helena y se le encogió el corazón. Por dentro era aún más grande que por fuera. La puerta lucía una bonita corona de acebo y en el interior había dos árboles más de navidad, adornados con infinidad de bolas doradas, cubriendo la entrada. Las escaleras hacia la planta superior estaban cubiertas de boas brillantes de colores, y de la cocina llegaba un delicioso olor.

Tomás se sentía tranquilo e ilusionado. Estaba tan seguro de que Helena no sabía de su presencia allí que no estaba ni siquiera nervioso. Cerró la puerta de la entrada y se preparó para la diversión.

—¡Abuela, aquí dos señores más! —gritó Evelyn que, sin ningún pudor, se había plantado delante de los dos desconocidos.

—¿Eres tú la dueña de esta casa tan grande? —le preguntó Tomás poniéndose en cuclillas para estar a su altura.

La niña se puso roja y sonrió negando con la cabeza. Sus rizos dorados seguían el movimiento de su cabeza y le daban un aire terriblemente angelical.

—La dueña es mi tita Helena —contestó la niña, sincera—. Pero yo soy la encargada de los abrigos —añadió abriendo mucho los ojos e intentando dar a entender que era muy útil.

Tomás miró a Cloe, sonriente, pero Cloe tenía una expresión de asco grabada en el rostro.

—¿Qué demonios te pasa ahora? —le preguntó Tomás bajando el tono.

—No dejaré que ese renacuajo toque mi abrigo de mil euros... —le dijo Cloe, asqueada—. ¿No lo ves? Conozco esa mirada, tienes que ser muy traviesa...

—¡Hola! Tú debes de ser Tomás... —La madre de Helena se acercaba a paso ligero a recibir a los últimos invitados—. Y tú su novia Cloe, ¿no?

—¡No, no! —Tomás se alarmó, aquella seguro que era la madre de Helena y no quería causar una mala impresión—. Es solo nuestra vecina —concluyó, sonriente.

Cloe lo miró con cara de malas pulgas.

—¡Oh, disculpad! Me había parecido que tu madre había dicho algo de que estabais juntos. —La madre de Helena paró al ver la cara de horror de los dos chicos y se mordió el labio—. Os ruego que me disculpéis, llevo toda la tarde liada con la comida.

—No se preocupe, solo ha sido un malentendido, señora... —dijo Tomás, esperando oír su nombre.

—Estela, me llamo Estela, hijo —dijo con una sonrisa tonta.

—Encantado, Estela, ¿podemos pasar al comedor?

—¡Por supuesto! Poneos cómodos, pronto serviremos la cena —dijo, impresionada por los modales de ese chico tan apuesto—. ¿Me dejas tu abrigo, guapa?

—Tenga cuidado, es de *Channel* —le dijo Cloe suavemente para no parecer maleducada.

—No te preocupes, hija, estará en el vestidor con el resto.

Tomás y Cloe se alejaron, entraron en el salón y dejaron escapar un grito de admiración. Un gran abeto de Navidad con adornos de mil colores llegaba hasta el techo en el centro de la

estancia. Decenas de adornos brillantes cubrían las repisas, y las luces del árbol se reflejaban en los bonitos sillones de cuero y en las estanterías repletas de libros. Era una imagen entrañable.

—Me parece muy bien que quieras sorprender a tu... «suegra» —dijo Cloe dibujando unas comillas en el aire—, pero como vuelvas a decir: «No, ella es solo nuestra vecina», te cruzo la cara, que lo sepas.

Tomás le sonrió brevemente y comenzó a buscar a Helena con la mirada entre la marabunta de gente. Ni rastro. De repente, un pensamiento horrible le vino a la mente, ¿y si no estaba allí? Tragó saliva.

* * *

Helena estaba escondida en la cocina. No se atrevía a salir porque no sabía qué actitud adoptar con Patricio. No había estado nunca en una situación como esa. No podía revelar el secreto profesional, así que se asomó por la puerta trasera de la cocina por si atisbaba a Patricio, para poder hacerle señas antes de que nadie se diera cuenta.

—Hija, ¿has sacado los canapés del microondas?

—¡Oh, mamá! —Helena se llevó la mano al corazón—. ¡Un día me matas con tus sustos!

—¡Perdona, mujer! Me llevo los canapés —dijo saliendo de la cocina. Estaba sola de nuevo así que volvió a su plan.

Abrió la puerta trasera y volvió a espiar a los recién llegados cuando, de repente, vio a Patricio correr desesperadamente hacia ella. Helena se apartó y lo dejó pasar.

—¡Qué fuerte todo esto! —dijo Patricio, estresado, sentándose en una de las sillas de la cocina.

—¡Tranquilo, Patricio! ¿Qué ha pasado? —le dijo Helena, sentándose a su lado.

Patricio la miró con cara de loco.

—¿Te parece poco? ¡Estamos en tu casa! No les he dicho a mis padres que acudo al psicólogo —Patricio estaba muy nervioso—. ¿Cómo les voy a explicar que te conozco?

—¡Simplemente, no me conoces! —dijo Helena.

—¿Cómo? —dijo Patricio sin dar crédito—. ¿Tú eres Helena, no? Mi psicóloga.

—Sí, sí —dijo Helena riendo—. Lo que te quiero decir es que podemos actuar como si no nos conociéramos, ¿entiendes?

—¡Oh, claro! —dijo Patricio, desviando la mirada y comprendiendo—. ¡Es perfecto!

—¡Deja de preocuparte! Todo va a salir bien —le dijo Helena, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Ahora salgo disimuladamente y, cuando vengas con todos, actúo como si no te conociera, ni te hubiera visto en mi vida —dijo Patricio, despacio, incorporándose.

—¡Exacto! Luego, si quieres, después de cenar podemos hablar —le dijo Helena para animarlo.

—¡Huy, sí! Perfecto, perfecto —dijo Patricio abriendo la puerta trasera.

—No, no. Sal mejor por la principal que da al vestíbulo vacío.

—¡Oh, claro, claro!

—¡Tranquilízate! —le dijo antes de que saliera por la puerta.

Helena lo vio salir de la cocina con ternura, se dirigió hacia el fuego y lo bajó. El puchero ya estaba listo, así que podrían comenzar a comer enseguida. Se quedó mirando un rato el burbujeante caldo y de repente, sintió como si una corriente eléctrica centelleante le cruzase toda la espalda. Notó como si algo extraordinario estuviera a punto de pasar y empezó a ponerse algo nerviosa.

—¡Estúpida Navidad! —susurró, y se sirvió un vaso de agua.

Tragó despacio, asimilando que nada malo pasaba, pero su sensación se hacía cada vez más grande. Miró de reojo el cajón en el que guardaba el Valium y lo abrió. No quería aguar la fiesta a nadie si le daba una crisis de ansiedad, así que se tomó uno por precaución. Mirándolo por el lado bueno, luego le costaría menos coger el sueño después de tanto ajeteo.

Volvió a tomar otro sorbo de agua, concentrándose en la respiración lenta y pausada para calmarse. Notaba todos sus músculos relajados, el aire salía despacio por su boca, notaba también una mano que tocaba lentamente su cintura...

—Hola.

Helena se giró y gritó. El vaso cayó y se rompió estrepitosamente contra el duro suelo.

Tomás, sorprendido ante el estropicio, se apartó.

—¿Qué haces tú aquí? —le gritó sin darse cuenta Helena.

—Me han invitado a cenar —dijo poniendo sus manos en alto.

—Pero ¡esto no es posible!

—Hija, ¿estás bien? —Su madre se asomó por la puerta trasera.

Todo el mundo, desde el salón, intentaba dar con la causa del grito. ¡Qué vergüenza!

—Sí, sí. Solo se ha caído el vaso...

Su madre miró confundida a Tomás, que dijo:

—No te preocupes, Estela. Está todo en orden.

—¡Oh, de acuerdo! —Y se fue.

—¿Conoces a mi madre? —dijo Helena, espantada.

—¡Pues claro! Ella ha tenido la decencia de recibirnos, no como otras... —dijo intentando picarla, mientras se agachaba a recoger los pedazos del vaso roto.

—Pero yo no te vi entrar —dijo Helena, alterada—. ¡No puede pasarme esto!

—¡Así que estabas espionando! —le reprochó Tomás, divertido, poniendo los trozos rotos sobre la mesa.

Helena lo miró, aún confundida. Aquello no podía ser real.

—¡Oye, deja de espantarte! —le dijo Tomás—. Yo tampoco sabía nada de esto hasta que he aparcado delante de tu casa hace un momento. ¡El destino ha querido juntarnos de nuevo! —concluyó con una sonrisa.

Helena se enterneció ante aquel gesto, tenía una sonrisa tan bonita y unos ojos que le querían decir tanto... Sintió unas ganas tremendas de besarlo, pero se contuvo. Se dio cuenta de que había estado haciendo algo que realmente no quería hacer, huir. Había actuado en contra de sus impulsos con alguien que le gustaba de verdad y, por eso, se había sentido tan culpable. ¿Qué pasaba si lo intentaba?

—Estás muy guapa —le dijo Tomás para romper el incómodo silencio—. Ese gorro te queda genial.

—¡Oh, me lo ha puesto mi sobrina! —dijo poniéndose algo roja y saliendo de su embobamiento.

—¿Te refieres a esa cosa rubia y adorable? —preguntó Tomás.

—¡Vaya! También conoces a mi sobrina... —dijo Helena, sorprendida, colocándose un mechón detrás de la oreja—. Tú también estás muy guapo —añadió, atragantándose con su propia lengua. Se puso como un tomate. Cerró los ojos para intentar calmarse. No se podía soportar en esos momentos.

—Oye, en cuanto a lo de anoche... —dijo Tomás sonriéndole e intentando no darle importancia para que no se pusiera aún más roja.

—Bueno, creo que te debo una disculpa —dijo Helena, cortándole.

—... creo que fui demasiado rápido —continuó, más inseguro, Tomás.

—¡Chicos, a comer! ¡Ya ha comenzado el discurso de rey! —Su madre irrumpió en la cocina, y toda la magia del momento se quebró—. ¿Interrumpo algo? —dijo con una sonrisa.

—¡Oh, no! Solo charlábamos, yo te ayudaré a servir la comida, mamá —dijo Helena echando a Tomás de la cocina empujándole en la espalda. Suspiró.

—¿Lo conoces? —dijo su madre, sorprendida y emocionada—. ¡Es guapísimo!

—Sí, algo lo conozco... —dijo Helena, distraída.

—¿De qué lo conoces? —continuó su madre, sin rendirse.

—Es el amigo de una paciente, nos presentaron... no recuerdo cuándo —dijo Helena sirviendo la sopa.

Su madre paró de hacerle preguntas, pero su media sonrisa y su cara de felicidad al imaginar a su hija con un hombre tan apuesto, fueron los síntomas que le indicaron a Helena que después vendría la sarta de preguntas reglamentaria.

—Ya está todo el mundo sentado —dijo Laura al entrar—. ¡Comienza la Nochebuena!

Todo el mundo estaba estratégicamente ubicado. El padre de Helena, Nicolás, como buen anfitrión, lideraba la mesa en uno de los extremos, su mujer al lado, cerca de la cocina para traer y llevar la comida. Los señores Expósito se sentaban al otro lado, enfrente de la madre de Helena. Junto a ellos, Patricio, Tomás y Cloe y enfrente; Rodrigo, Helena, Laura, Esteban y los niños. El pequeño Max, con tan solo dos años, sentado en su trona, lideraba la mesa por el lado opuesto. La mesa parecía un estándar de edades, del más mayor al más pequeño. Pero lo mejor, sin duda, era que por causas del azar, una vez más, Helena estaba sentada justo enfrente de Tomás.

—¡Que empiece el discurso del rey! —dijo Nicolás.

Helena, que estaba de espaldas a la televisión, se dio la vuelta para escuchar el mensaje y casi se queda en el sitio al fijarse en la corbata del monarca. ¡Era roja! Helena abrió mucho los ojos recordando las palabras de su amiga Abril: «¡La corbata del rey será roja!», y al momento siguiente recordó su próxima predicción: «¡Esta noche Helena mojará!». ¿No había sido casualidad que Tomás estuviera allí sentado, mirándola mientras se comía el cochinitillo que ella misma había preparado esa tarde?

«No, eso sí que no», se dijo a sí misma, tajante, mientras le devolvía una mirada seria y compungida al apuesto señor de enfrente.

—Le gustas —susurró Cloe al oído de Tomás.

Helena torció el gesto. ¿Quién era esa?

—¿Cómo lo sabes? —dijo Tomás mirándola, incrédulo.

—Nene, llevo años en este negocio.

Tomás sonrió y se giró para volver a mirar a Helena, que esta vez esquivó su mirada.

—Sí, sí. Mi hija trabaja aquí... —Oyó que decía su padre al otro lado de la mesa. Se giró para oír lo que contaba.

—¿En serio? —decía Andrés, con un falso acento de sorpresa—. ¿Cuál de ellas? —dijo mirando al otro extremo.

Helena saludó con la mano y una sonrisa.

—¡Caray! —exclamó su esposa—. ¿Y tienes mucho trabajo?

—Bueno... —dijo Helena con modestia.

—¡Voy al baño! —dijo Patricio, levantándose de repente.

Toda la mesa se sobresaltó. Helena también se alarmó pero no pudo evitar reírse. Todo estaba patas arriba. No podía comprender nada. Sentía que cuando asentara con calma aquella situación, le explotaría el cerebro.

El resto de la cena transcurrió con naturalidad y, después del postre, Helena sintió un gran alivio. El poder levantarse y escapar de la presión de los ojos de Tomás le concedió un momento para relajarse. Se acercó al gran ventanal de su salón y observó su jardín medio iluminado con cierta tristeza, supuso que era el espíritu navideño que la invadía.

—¡Mamá, mamá, está nevando!

Evelyn se las había arreglado para seguir a Helena hasta la ventana. No tenía ni un momento de paz.

—Sí, sí. Muy bien —dijo Laura cogiendo a su hijita en brazos—. Ahora vamos a subir a ponerte el pijama y a dormir.

—¡No! —protestó la niña—. ¡Yo me lo estoy pasando bien!

—¡Pero si esta noche viene Papá Noel! ¡Si te ve despierta no te traerá regalos! —intentó convencerla su madre.

La niña se resistió con una serie de ensayados pucheros, pero al final, cedió apoyando la cabeza sobre el hombro de su madre.

—¡Laura! Yo no les he comprado nada —susurró Helena.

—No te preocupes, ya nos hemos encargado nosotros. —Y se fue con Esteban a acostar a la *troupe*.

—¿Helena? —Patricio, aún nervioso, se había acercado a ella lentamente.

—¡Por Dios, Patricio! Tienes que tranquilizarte, no llevas la palabra «gay» escrita en la frente —le dijo Helena.

—¡Chss! —le susurró Patricio violentamente mirando a todos lados—. No quiero que se enteren.

—No se van a enterar si tú no se lo dices y no se lo vas a decir en este instante —dijo dándole unas palmaditas consoladoras en la espalda.

—Lo comprendo, pero algún día se lo diré y no lo asimilarán y me echarán de su vida.

—¡Eh, eh! ¡Para el carro! —dijo Helena—. Deja de hacer predicciones de cosas que no sabes si van a pasar y preocúpate de ti y de buscar un buen novio —concluyó, guiñándole un ojo.

Patricio pareció calmarse.

—En realidad, lo que no quiero admitir es que los quiero mucho, a mis padres, a mi hermano, el que está mirando para acá... —dijo Patricio poniéndose nervioso de nuevo—. Incluso quiero a la fresca de mi vecina.

—¿Esa es vuestra vecina? —dijo Helena, intrigada.

—Sí, es una mosca cojonera —dijo sin rodeos—. En realidad, no quiero defraudarlos.

Helena dejó de inspeccionar a Cloe, que no paraba de susurrarle cosas al oído a Tomás, y le prestó atención a su paciente.

—Patricio, no vas a decepcionar a nadie, si tú los quieres y ellos te quieren aceptarán como eres. Ser gay no es un delito.

—Lo sé, lo sé.

—No, no lo sabes, ¡deja de martirizarte!

—Perdonad, ¿interrumpo? —Tomás se había acercado lentamente con Cloe. Patricio puso cara de ofendido y se largó—. ¡Vaya, qué susceptible está! ¿Os conocéis?

—Un poco —admitió Helena, sin excusas.

Cloe le dio un codazo a Tomás.

—Bueno, era solo para decirte que Cloe se tiene que ir ya, tiene trabajo que terminar —dijo Tomás mirando a su vecina, que le sonreía—. Creo que no os he presentado, Cloe; esta es Helena, Helena; esta es mi vecina Cloe.

Ambas chicas se dieron la mano y cruzaron sus marrones ojos. Fue un saludo seco y frío.

—Lamento irme tan pronto, tienes una casa muy... bonita —dijo poniendo énfasis en la última palabra.

—Gracias —le contestó Helena con una falsa sonrisa.

—La acompaño a la puerta, tu madre te busca desde hace un rato —le confesó Tomás.

—Vale, gracias —repitió.

—Ha sido un placer —dijo Cloe, alejándose.

—Un placer... —le contestó Helena marchándose en dirección opuesta.

—¡Helena! ¿Dónde te metes? —le reprochó su madre al llegar a la cocina—. ¡Corta la tarta!

Helena se puso a cortar la tarta en trocitos similares, volvía a sentirse nerviosa. Sirvió cada trozo en un plato de la vajilla, y cuando su madre se los llevó para servirlos, volvió al cajón del Valium.

«Una más...», dijo para sí misma.

Se tragó con su propia saliva la pequeña pastilla de cinco miligramos de diazepam y respiró hondo. A lo lejos, oyó cómo el corcho del champán salía disparado y vio el momento oportuno de salir.

—¡Venga, Helena, vamos a brindar! —la apremió su madre.

Helena no sufría un estrés tan grande desde que se había examinado de selectividad, por lo menos.

—¡Por la familia! —vociferó Nicolás, alzando su copa de champán.

—¡Por la familia! —repitieron todos.

Seguidamente, cada uno buscaba todas las copas que no había chocado antes de beber un trago. Helena notó cómo alguien le cogía el brazo.

—¡Por nosotros! —le dijo Tomás al oído, chocó su copa con la de ella y le guiñó un ojo.

Helena bebió enseguida mientras le miraba, insinuante. Se acabó la copa de un trago y le dio un gran escalofrío.

—Mierda... —dijo Helena, de repente.

Llevaba ya diez miligramos de Valium en su cuerpo y acaba de meterse un chute de alcohol. El ciego estaba servido.

Helena se sentó en el sofá junto a Tomás, no quedaban más asientos libres. Maldijo su suerte. El suave roce con la pierna de él la estaba poniendo enferma, aparte de que el alcohol le había dado calor y ahora se estaba poniendo muy roja. Miró el reloj, era la una de la madrugada.

—¡Bueno, Nicolás! Creo que ya hemos abusado suficiente de vuestra hospitalidad —dijo Andrés, mirando su reloj de muñeca y, seguidamente, a su mujer—. ¡Es tarde! ¡Nos vamos!

Patricio se puso enseguida de pie. Besó a los padres de Helena y a la propia Helena, seguido por su padre y su madre. Tomás no se había movido del sofá.

—Te daré cita para esta semana —le susurró Helena a Patricio.

Patricio asintió sin decir nada y esperó a sus padres en la puerta del recibidor. Helena vio cómo Tomás charlaba con su padre, muy entretenido.

—Helena, papá ha bebido —le dijo su madre al oído—, ¿te importaría que nos quedásemos a dormir?

—No he hecho más camas... —dijo Helena mordiéndose el labio, notaba cómo el champán ya se le estaba subiendo a la cabeza.

—No te preocupes, hija, yo las haré. ¡Buenas noches, Tomás, ha sido un placer conocerlos a todos! —Su madre se acercó a Tomás para darle dos besos antes de subir por las escaleras hacia el primer piso.

—Igualmente, Estela, ha sido un placer —le contestó Tomás con su abierta sonrisa.

—Nosotros también nos vamos, Helena, estamos muy cansados por el viaje —le dijo Laura al oído—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Helena a Laura y a Esteban, que se despedía con la mano con cara de sueño.

Helena observó cómo toda su familia subía las escaleras, y cómo toda la familia de Tomás recorría el nevado camino del jardín. Tomás les abrió la verja principal y cerró la puerta del recibidor.

—¿Tú no te vas? —le preguntó Helena.

—Todavía estoy a tiempo —le dijo Tomás, cogiendo el picaporte.

—No. No quería decir eso —dijo Helena agachando la cabeza, Necesitaba sentarse.

—Quería estar contigo más tiempo... hablar.

Helena asintió suavemente y se dirigió al salón, bajó la intensidad de la luz general y el árbol gigante destelló con toda su fuerza en la penumbra.

Helena se dejó caer en el sofá con una mano puesta en su frente, se sentía muy mareada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, sentándose a su lado a una distancia prudente.

—No mucho —contestó—. Me tomé diez miligramos de Valium y después una copa de champán.

—¿Relajante muscular? —preguntó Tomás, extrañado—. ¿Tienes alguna contractura?

—No, no. Es que estaba muy nerviosa, era como si supiera que ibas a venir... —le dijo mirándolo, avergonzada.

Tomás sonrió y sirvió más champán en la dos copas.

—¡Me quieres matar! —le dijo Helena, horrorizada, viendo cómo le tendía la copa llena de champán.

—No te preocupes, soy médico.

Helena sonrió. No tuvo más remedio que hacerle caso a aquellos ojos verdes que brillaban más que las luces del árbol que había detrás de ellos. Era innegable que deseaba fundirse en ellos y por mucho que lo intentara frenar, aquello no cambiaría.

—Como iba diciendo antes de que tu encantadora madre nos interrumpiera hace unas horas —empezó Tomás—, quiero disculparme por mi comportamiento de anoche.

—¿Qué comportamiento? —preguntó ella con un atisbo de sonrisa. A la vez que quería acercarse y dejarle el rastro de sus dientes en el cuello, también quería salir por la ventana de atrás como en una de esas películas de acción en las que el protagonista hace un salto de honor lleno de cristales y madera.

—Creo que fui demasiado rápido. Me gustas mucho... —confesó alzando los hombros, intentando no darle mucha importancia.

Helena tuvo un impulso que no pudo frenar gracias a la desinhibición del alcohol y las benzodiazepinas, y lo cogió del cuello de la camisa. Se quedó observando su cara de sorpresa, que por segundos se transformaba en una sonrisa de alivio y satisfacción. Helena lo soltó muy lentamente pasando las manos por su pecho mientras él tragaba saliva. No podía hacerlo. Fue a colocarle bien el cuello y a pedirle disculpas cuando él le cogió la mano. Tenía la piel suave. Se la besó muy delicadamente antes de devolvérsela, despacio y sin dejar de mirarla a los ojos. Ahora él estaba más cerca, demasiado cerca. Helena sintió otro impulso y, con esa misma mano lo cogió temblorosa del mentón y lo besó. Él la siguió, intentando que no se asustara y conteniéndose mientras ella se subía a horcajadas encima de él. Lo atrajo hacia sí con más pasión y comenzando a pasear las manos por su torso. Le quitó la chaqueta. ¡Oh, Dios! Se sentía tan bien, al fin había

desatado sus impulsos, los impulsos que llevaba escondiendo año tras año. Al fin había llegado el momento en el que estaba lo suficientemente cachonda y borracha para poder abrir esa puerta que tanto le costaba abrir normalmente. La puerta de la conexión a otra alma afín.

—Los astros se han alineado —dijo ella mientras Tomás le besaba el cuello. Helena gimió.

—¿También eres astróloga? —preguntó Tomás, divertido. Le apetecía mucho charlar con ella, pero estaban demasiado ebrios. Fuera seguía nevando, y la noche había sido muy divertida—. ¿Por qué crees que no estás preparada para... estar con alguien?

Tenía que intentarlo. La besó de nuevo antes de que ella contestara. Tenía la nariz helada. Helena le acarició el pelo y, fugazmente, una imagen de su madre bajando a por agua y encontrándolos a los dos en el sofá en aquella situación la hizo congelarse de nuevo.

—¿Sabes qué? No quiero hablar, esta noche sí estoy preparada —respondió.

Tomás sonrió y se dejó llevar por el ritmo de las luces navideñas que se reflejaban en las paredes, en los adornos brillantes, en la mesa sin recoger, en ella...

CAPÍTULO 8

Helena sintió algo presionándole la mejilla derecha, cesaba y volvía a presionar. Se despertó poco a poco pero no abrió los ojos. Estaba tumbada sobre una superficie dura y le dolía mucho la espalda. Intentó moverse y soltó un gemido de dolor. Los párpados le pesaban demasiado, pero los fue abriendo, despacio.

Lo primero que reconoció es que estaba amaneciendo, una tímida luz azulada entraba por alguna parte, y lo segundo era que su sobrina Evelyn, que había sido el detonante de que Helena despertara, estaba en cuclillas junto a ella con su hermano Roberto, sonriendo maliciosamente a su lado.

—¡Buenos días, tita! —susurró la niña muy despacito, apenas la oyó.

—¿Qué pasa? ¿Qué hacéis aquí? —consiguió articular Helena mientras se incorporaba lentamente del suelo del ático. ¿Cómo había llegado hasta allí arriba?

—Anoche nos prometiste una propina si nos portábamos bien —dijo Evelyn batiendo las pestañas rápidamente, dando a entender que se había portado como un ángel.

—Y nos portamos bien, ¿verdad, tita? —añadió Roberto despacio.

Helena suspiró.

—¿Qué hora es?

—¡Chss! —exclamaron los dos niños, alarmados.

—¡Baja el tono, tita! Lo vas a despertar —dijo Roberto, mirando algún punto detrás de ella.

—¿Despertar? ¿A quién? —preguntó Helena, confusa, intentando despegar su brazo de una mancha de vino del suelo, que no había limpiado.

Los niños señalaron ansiosamente detrás de ella y Helena se asomó. Contuvo un grito de terror. Tomás estaba dormido junto a ella, plácidamente, sobre el duro suelo del ático. Ambos estaban cubiertos de mantas viejas.

—¿Pero qué? ¡Vamos, fuera! ¡Fuera! —apremió a los niños hacia la puerta mientras todo su cuerpo aullaba de dolor. Se mareó.

—¡Pero tita...! ¿Y nuestra propina? —le preguntó Evelyn sin preocuparse de susurrar.

—Ya hablaremos de eso más tarde —clamó ella—. ¡Volved a la cama! ¡Ya!

Y cerró la puerta lo más suave que pudo, pero ya era demasiado tarde. Tomás se estaba incorporando.

—¿Qué hora es? —preguntó bostezando.

Helena fue hacia su reloj de mesa. Lo tenía junto a su caballete de pintura donde aún reposaba su última obra, el atardecer *tristeromántico*.

—Las siete —dijo Helena, con un hilo de voz, volviendo a su sitio en el suelo—. Son las siete.

Se puso las manos sobre la cara y, de pronto, lo recordó todo.

—¡Oh, Dios mío! ¿¡Nos hemos acostado!?! —preguntó, histérica, cogiendo a Tomás de la pechera de su camisa.

—Lo dudo, tienes las medias puestas —apuntó él, con una sonrisa divertida.

Helena se miró las piernas. Sí, tenía las medias puestas. Le dirigió una mirada llena de reproche a Tomás. Él le sonrió y le besó suavemente la mejilla.

—Feliz Navidad —le susurró.

—Feliz Navidad —le contestó Helena, acercándose lentamente a su boca y dándole un tímido beso—. Dime una cosa, ¿cómo terminamos aquí arriba?

—¿No lo recuerdas, verdad? —preguntó Tomás, riéndose—. Bueno, pues estábamos en el salón...

—Sí, esa parte la recuerdo bien —reconoció Helena, rápidamente, poniéndose algo roja—. ¿Cómo conseguí traerte al ático?

Helena estaba muy confundida. Su ático no lo había pisado nadie más que ella y Jayin, era su rincón especial, su sitio.

—Dijiste que me querías enseñar algo —recordó Tomás—. Después, en la segunda planta, no pudiste continuar así que tuve que traerte a cuestras —dijo, riéndose.

—¡Oh, Dios! ¡Qué vergüenza! —exclamó Helena, poniéndose ambas manos sobre la cara y dejándose caer sobre el pecho de Tomás. Conforme se lo decía, lo iba recordando todo.

—Después me trajiste aquí —dijo, acariciándole suavemente el pelo—. Resbalaste con algo y casi te caes.

—¡Es cierto! —añadió Helena mirando la misteriosa mancha de vino.

—Estabas demasiado mareada para decirme nada y te quedaste dormida en el suelo. Pensé en moverte al sofá, pero estabas tan preciosa dormida que no lo intenté. Cogí unas cuantas mantas que tenías por aquí e improvisé una cama —relató, mirándola a los ojos—. Me quedé despierto un par de horas tomándote el pulso por si el Valium te hubiera dado reacción y, finalmente, me dormí —concluyó sonriendo.

—Lo siento —dijo Helena—. Por las molestias que te he causado.

—¡No digas tonterías! —dijo Tomás sonriendo—. Ha sido la aventura nocturna más emocionante que he tenido ¡Y aún no ha terminado! Tengo que salir de aquí antes de que se despierten todos y se hagan ideas equivocadas como tú... —añadió dándole un pequeño toque en la nariz.

—Es temprano. Creo que nos da tiempo a un café —dijo ella.

—Cuanto más tiempo pase aquí, mejor —dijo él, guiñándole un ojo.

—Entonces bajo a por un café y subo de inmediato —decidió Helena levantándose trabajosamente.

Lo primero que haría en cuanto se fuera Tomás sería concertar una cita urgente con su fisioterapeuta particular: Jayin.

—Ten cuidado, ¿te encuentras bien? —preguntó Tomás, también levantándose.

—Sí —mintió.

Le dio un beso rápido antes de que llegara a la puerta. Helena se paró en el quicio y dudó.

—No le abras la puerta a nadie. Mis sobrinos están merodeando por aquí —dijo ella cerrando la puerta.

Bajó con cuidado las oscuras y estrechas escaleras y, cuando estuvo en la planta de su consulta, empezó a saltar y a gritar en silencio a pesar de su dolor de espalda. ¡Se sentía liberada! ¡Se sentía feliz! Con más rapidez que un rayo, bajó las dos plantas, y encendió la luz de la cocina. Le picaban los ojos al contacto con la claridad. Se fue directa hacia la cafetera, añadió un poco más de café del habitual y la máquina comenzó a funcionar. Silbando y brincando se dirigió hacia el aparador y sacó dos tazas. Echó una medida razonable de azúcar y la cafetera silbó...

—¡Buenos días, Helena!

A Helena se le subió el corazón a la garganta.

—¡Mamá! —exclamó, llevándose la mano al pecho.

—Lo siento, hija. He sido muy brusca —se disculpó su madre—. ¿Qué haces aún con la ropa de anoche?

Helena se miró y se mordió el labio.

—¡Estaba tan cansada que ni me di cuenta! No estoy acostumbrada a tanto ajetreo, mamá —dijo mientras llenaba las dos tazas de café, disimuladamente.

—¡Desde luego, hija! ¡Se te va la cabeza! —le reprochó—. ¡Oh! ¡Has hecho café!

Su madre cogió una de las tazas y comenzó a beber.

—Siempre sabes cuánta azúcar hay que ponerle —la elogió, bebiendo de nuevo.

—Es muy temprano, mamá, ¿por qué no vuelves a la cama? —le sugirió Helena—. Yo lo voy a hacer, voy a leer un rato —mintió.

—Llevas razón —dijo su madre, mirando al infinito—. Tu padre aún ronca, me esperaré un rato más remoloneando.

—¡Muy bien! —dijo Helena sonriendo y saliendo de la cocina con una sola taza de café.

Sabía que si su madre decía un rato no sería más de media hora. Ese era el tiempo real que tenía.

Subió las escaleras lo más despacio que pudo para no alertar a los niños y abrió lentamente la puerta del ático. Tomás estaba sentado frente al caballete, admirando su última obra. A Helena le dio un vuelco el estómago, siempre le había dado mucha vergüenza que los demás vieran sus cuadros, por eso únicamente se los enseñaba a Jayin, a ella le parecía que lo hacía fatal.

—¿Has pintado tú esto? —le preguntó Tomás, atónito. mientras Helena, sonrojada, le ofrecía la taza de café.

Tomás la cogió por la cintura y la sentó sobre su rodilla.

—Sí —admitió.

De repente, quería huir de allí otra vez. Mostrar sus cuadros era algo mucho más íntimo de lo que ella pudiera llegar a imaginar.

—¡Es genial! —dijo Tomás, mirándola incrédulo—. ¿Es esto lo que querías enseñarme anoche?

Helena asintió enérgicamente con la cabeza. Aunque iba demasiado mareada, algo en su interior le decía que la pasada noche sus intenciones no eran exactamente haberle enseñado la pintura...

—¿Qué te parece?, ¿qué sensación te da? —le preguntó Helena, algo más calmada.

—Es difícil —admitió él, acercándose un poco más—. Diría que es una puesta de sol muy romántica, pero le has dado un toque tan triste con estas sombras... —dijo mientras señalaba los claroscuros de los árboles y el césped—. ¿Qué querías transmitir?

Helena observó de nuevo el cuadro y se le cayó el alma a los pies. Ya no lo veía igual, le parecía totalmente diferente. Al acabarlo, le había parecido lo más tierno que se había atrevido a pintar, pero ahora era... desconsolador. Tal y como había dicho Jayin, era la cosa más triste que había visto jamás. Triste pero bella.

—Exactamente eso —le contestó Helena al rato.

Se levantó y fue hacia el gran ventanal.

—¿Te has inspirado en esta vista? —le preguntó Tomás, que la había seguido y ahora la abrazaba.

Helena asintió con la cabeza y le sonrió.

—Tómate el café, se te va a quedar frío —le reprochó.

—¿No has hecho para ti? Aunque, en realidad no debes tomar café. Ahora deberías acostarte y dormir bien.

—No, es que ha llegado mi madre...

—¿Tu madre está despierta ya? —preguntó Tomás, atragantándose.

—Sí —suspiró Helena—. Pero no te preocupes, te da tiempo a irte sin que te vea.

—Me voy —anunció apurando el café—. No quiero que tu madre me vea aquí con la ropa de

anoche.

—¡Oh! Ella se alegraría mucho, créeme —le confesó Helena.

—Tiene esperanzas de tener más nietos, ¿no? —preguntó, poniéndose la chaqueta, y abriendo lentamente la puerta del ático.

Helena le sonrió. Se sorprendió a sí misma pensando que no quería que se fuera.

—Puedes quedarte, si quieres. Te esconderé en mi cuarto.

—¡Ya me gustaría! —dijo Tomás bajando el tono mientras se asomaban por las escaleras de la primera planta. Cuando vieron que no había nadie se lanzaron hacia el último tramo de escaleras —. Pero trabajo esta tarde...

Llegaron a la puerta principal. Helena le dio dos vueltas a la llave y la abrió. Una ráfaga de viento glacial le recorrió las pantorrillas, se le pusieron los pelos de punta.

—¿Cuándo volveré a verte? No tengo tu teléfono.

Ahora era ella la que le pedía una cita más. Tomás, como respuesta, la cogió por la cintura, la alzó y la besó.

—Te llamaré —dijo acariciándole la mejilla.

Y acto seguido, salió despedido por el jardín pintado de blanco. Helena cerró la puerta, le abrió la verja, y lo siguió con la mirada por la cámara de vigilancia hasta que desapareció.

—Conque un novio nuevo, ¿no, hermanita?

Rodrigo, su hermano, con cara de estar muy despierto, pero con el pelo aún alborotado de haber dormido, la miraba bajando las escaleras con una sonrisa pícaro en el rostro.

—¿Qué dices, bulto? —replicó Helena con desprecio.

Era demasiado peligroso seguirle la corriente a su hermano.

—Vamos, Helena. Lo sé todo —dijo Rodrigo, haciéndose el interesante y atándose la bata al pie de las escaleras—. Me fijé en cómo os mirabais anoche, en cómo os liabais en el sofá...

—¡Basta! —le gritó, enfadada.

—Por no mencionar que no has dormido en tu cuarto esta noche —concluyó, sonriendo maléficamente.

—¿Cómo demonios sabes eso? —estalló Helena ante la audacia de su hermano menor.

—Porque he sido yo el que ha dormido allí —dijo hinchando el pecho, orgulloso.

—¡Serás...!

Helena se fue hacia él, pero no pudo terminar de reñirle.

—¡Oh, qué bien que ya estéis levantados! —Su madre, fiel a la predicción de Helena, ya estaba de nuevo en pie—. ¡Tenemos mucho que recoger!

Y acto seguido, sin perder el tiempo, se fue a quitar la mesa de la noche anterior.

—A mamá le va a encantar que te hayas echado novio —le insinuó Rodrigo, bajando la voz.

—No serás capaz... —le advirtió Helena, mirándolo con odio.

—Sabes que sí soy capaz —dijo riendo—. Pero como todo en esta vida, mi silencio tiene un precio.

Helena hinchó los agujeros de la nariz y estudió la situación. Como buena profesional que era, no podía caer en la trampa de soborno de un niño de diecisiete años; no obstante, la situación era grave. Helena no quería que nadie supiera, por ahora, que había pasado la noche con Tomás, y menos con toda su familia en casa. Eso era algo que ella primero tenía que digerir. Si alguien soltaba la voz, en cuestión de minutos lo sabrían todos. Sabía que lo sano era que le diese igual que lo supieran, al fin y al cabo, no era nada malo. Ella era una mujer adulta y responsable, pero la realidad era bien distinta. El hecho de que viviera en una casa sola y aislada no era algo fortuito. A Helena le costaba trabajo conectar con las personas, y eso sí que no era un secreto.

Ahora Tomás estaba comenzando a ser parte de su intimidad y tenía derecho a guardarlo solo para ella, al menos hasta que pudiera decirlo sin sentirse mal por ello. Pero sobre todo, tenía que aclararse. No podía hacerles a sus padres (ni a ella misma) una idea equivocada de aquello. No le quedó más remedio:

—¿Qué quieres?

—El *iPhone* nuevo —dijo Rodrigo, satisfecho de que su plan fuera bien.

—¿Eso es todo? —Helena suspiró—. Eres un niño asqueroso.

—Sí, pero me vas a comprar el *iPhone*. —Y con una sonrisa de oreja a oreja, entró en la cocina a desayunar, dejando a Helena llena de odio.

—¡Helena, ayúdame! —gritó su madre, acarreando platos desde el salón—. Tu hermana sigue dormida y no quiero despertarla, han hecho un viaje largo.

—Recógelos tú, yo los lavaré.

Así haría tiempo para ponerse el pijama al fin. Llegó a su cuarto, vio su cama deshecha y le hirvió la sangre.

—¡Estúpido crío! —susurró, violentamente, en la solitaria estancia.

Abrió la persiana que daba al bosque totalmente nevado. Quitó, pesadamente, todas sus sábanas y se puso al fin el pijama. Sacó sábanas nuevas e hizo la cama. Iba a dormir profundamente toda la tarde. Cuando ya estaba a punto de volver al salón, oyó su móvil vibrar en algún lado de su mesita de noche. Lo encontró en el fondo del último cajón. No recordaba haberlo puesto ahí, seguro que Rodrigo también le había trasteado sus pertenencias.

Tenía unos mensajes de un número que no conocía:

¡Duerme! 08:10

Esta noche te llamaré en mi descanso. 08:10

Espero poder verte pronto. 08:11

Se le dibujó una gran sonrisa en el rostro, no podía ser otro que él. Mientras memorizaba su número en el móvil, llamaron suavemente a la puerta.

—¿Sí? —preguntó, extrañada.

Evelyn y Roberto, algo asustados, abrieron la puerta del cuarto de su tía y se quedaron allí plantados. No sabían si debían pasar o no. Helena sintió una punzada de arrepentimiento.

—¿Qué hacéis ahí como pasmarotes? —les replicó ella, con una sonrisa, haciéndoles señas para que pasaran.

Los niños, algo más confiados y sonrientes, pasaron. Roberto se sentó al lado de ella en la cama y, Evelyn, tan cariñosa como siempre, le dio un abrazo a su tía. Helena se guardó el móvil en el bolsillo.

—Te queríamos pedir perdón, tita —comenzó Roberto.

«Este niño se pasa la vida pidiendo perdón, por él y por su hermana», pensó Helena.

—No pasa nada, no habéis hecho nada malo. De hecho, creo que os debo algo —dijo sonriéndoles.

Los niños pusieron cara de ilusión. Helena abrió uno de sus cajones y sacó una carpeta donde guardaba algo de dinero. Les dio, a cada uno, un brillante billete azul.

—Como anoche os portasteis tan bien, os doy veinte euros a cada uno —explicó—. Ya sabéis, ¡a la hucha! Que no me entere de que os lo gastáis en chuches...

Los niños negaron rotundamente con la cabeza y sonrieron.

—Gracias, tita —le dijo Roberto dándole un abrazo, seguido de Evelyn y su habitual serie de besos.

—Basta, basta —dijo Helena levantándose y quitándoselos de encima.

Cuando ya se iban con sus respectivos regalos, Evelyn se volvió de repente:

—Tita... —dijo, acercándose de nuevo—. ¿Dónde está ese chico tan guapo?

Helena se quedó de piedra. No había caído en la cuenta de que los niños había visto a Tomás esa mañana. Tomó aire y sacó su vena más psicológica. Era una niña de cinco años, no tenía ni idea de que aquello tenía que ser un secreto, así que Helena no debía tomarlo como tal. Naturalidad.

—Ya se ha ido.

—Pero vendrá pronto, ¿no? —preguntó Evelyn—. Tienes un novio muy guapo, tita.

Y sin más, se dio la vuelta y cerró la puerta mirándola pícaramente. Helena tomó aire y se dejó caer boca abajo en su cama recién hecha.

—¿En qué lío me he metido? —se dijo a sí misma.

Poco a poco, se le fueron cerrando los ojos hasta que se quedó profundamente dormida sobre la colcha limpia.

Helena abrió los ojos con pesadez. Todo estaba muy oscuro. El reloj digital de su mesilla de noche marcaba las cuatro y media de la tarde. Supuso que se habría quedado dormida y alguien la habría arropado y cerrado las persianas.

Después de un largo y necesario sueño en una cama de verdad, le costó trabajo levantarse. Había vuelto a ser ella, aunque eso incluyera, para su desgracia, el dolor de espalda y de cabeza. Al levantar las persianas, descubrió la bonita vista de la tarde totalmente nevada. Una estampa navideña de lo más encantadora. Se puso su bata de piolín, y bajó al vestíbulo a ver qué nuevas sorpresas le deparaba el día. Su dolor de cabeza se intensificó de solo pensarlo.

—¡Helena! ¡Ya has despertado!

Su madre se levantó a recibirla. La familia, al completo, estaba viendo *Solo en casa*. Típico.

—¡Buenos días, dormilona! —la saludó su hermana con una sonrisa, desde el sofá donde la noche anterior había estado con Tomás.

Rápidamente, Helena se llevó la mano al bolsillo, en busca de su móvil. Tomás le dijo que la llamaría.

—Te he dejado la comida en la cocina —le comentó su madre.

Con la mano, la dirigía hacia la mesa de la cocina, donde la esperaban las sobras de la noche anterior. Helena estaba histérica, no encontraba su móvil y estaba segura de que lo había dejado en su bolsillo antes de quedarse dormida.

—Mamá, ¿tú me has tapado cuando me quedé dormida? —le preguntó, preocupada, Helena.

—Sí, cariño. Estabas tan mona que no quise despertarte —le dijo su madre, dulcemente.

—¿Has cogido tú el móvil que estaba en mi bolsillo?

—No, cielo. Solo te tapé —dijo su madre, intentando recordar la escena.

Helena supuso que se le habría caído mientras dormía y sin darle más importancia, comenzó a comer. Tenía hambre.

Sigilosamente, su madre se sentó en el sitio frente a ella. Había estado esperando ese momento todo el día, así que se puso cómoda. Optó por su mirada más sugerente y carraspeó entrelazando sus manos. Helena, con tantos años de experiencia a sus espaldas, se preparó para lo peor.

—¿Me vas a decir de qué conoces a Tomás? —le preguntó su madre, con la más pícara de sus sonrisas.

Helena sonrió con naturalidad.

—¡Claro! Ya te lo dije anoche, me lo presentó una paciente, mamá.

Su madre asintió lentamente con la cabeza, sonriéndole.

—¿No te parece guapo?

—¡Mucho! —le dijo Helena, acelerando el ritmo de su deglución.

Cuanto antes comiera, antes saldría de allí. Por mucho que odiara esas entrevistas insufribles de su madre sobre con quién salía y dejaba de salir, siempre le había sido sincera. Pero esta vez tendría que hacer un esfuerzo, al menos de momento.

—¿Y por qué no sales con él? —preguntó su madre, alzando las cejas—. ¡Es médico!

—A lo mejor tiene novia, mamá.

—¡No, no! —dijo su madre, enérgicamente—. No tiene pareja. Anoche confundí a la chica que venía con él con su novia, y casi me comen.

Helena sintió una punzada de incomodidad, pero no dijo nada.

—¿No tienes su número? —insistió—. Podéis quedar para comer.

—No lo sé, mamá. No recuerdo que me lo diera.

—¡Yo puedo conseguírtelo! —exclamó—. Anoche Lidia y yo estuvimos hablando de que hacéis muy buena pareja.

—¿Estuviste hablando con su madre de eso? —preguntó Helena, perpleja.

Ya había sido suficiente. Se levantó.

—¡Oh, vamos! ¡Helena! —le reprochó su madre, levantándose también—. Es que estás tan sola, hija.

—Mamá...

—Lidia también dice que Tomás está viviendo solo, tiene su trabajo...

—¡Mamá! —Helena alzó un poco la voz, y su madre se calló, con cara de culpabilidad. Sintió cómo la invadía una oleada de afecto maternal, no quería mentirle a su madre, así que no lo hizo—. Cuando necesite un novio, lo tendré, ya sea Tomás, o Paco, o Antonio...

—¿Quiénes son Paco y Antonio? —preguntó su madre, extrañada.

—Eran ejemplos, mamá. No son nadie —contestó Helena, pacientemente.

—Entonces, ¿tendrás una cita con él? —preguntó su madre de nuevo, con un brillo de ilusión en la mirada.

—Ya veremos —contestó con una pequeña sonrisa.

—¡Es genial! —dijo su madre con el entusiasmo de una quinceañera—. ¡Dime que lo harás!

—Me lo pensaré —dijo Helena, tajante.

—¡Eso es que sí! —dijo su madre casi saltando y saliendo de la cocina.

—¡Mamá! —la llamó Helena—. Ni se te ocurra llamar a Lidia para contárselo.

La sonrisa de su madre se apagó levemente, pero finalmente dijo:

—Está bien.

Y como si de una feliz niña con su juguete nuevo se tratase, su madre volvió al salón. Mientras tanto, Helena ya había subido a su cuarto y buscaba su móvil con insistencia entre las sábanas de su cama redonda, pasando por la mesita de noche, el armario y el suelo.

—¿Habéis visto mi móvil? —preguntó Helena, irrumpiendo en el salón.

Casi todos se sobresaltaron. No obstante, su madre la miró con interés.

—No, mamá. No voy a llamarlo —dijo, empezando a cansarse.

—Te llamaré, a ver si así lo localizamos —propuso Esteban marcando su número.

Los niños se miraron con terror y salieron disparados hacia el recibidor, Roberto empujó a Helena al pasar.

—¡Roberto! —gritó su madre, histérica—. ¡Pídele disculpas a la tita!

Pero Roberto ya estaba muy lejos, y el móvil de Helena sonaba distante en alguna parte.

—No te preocupes, no ha sido nada —dijo ella aguzando el oído.

Se oía fuera del salón. Helena salió precipitadamente hacia el recibidor mientras que los berridos de su tono de llamada la dirigieron a la cocina, y allí, encima de la mesa donde había comido, estaba su móvil. Lo cogió y le cortó la llamada a su cuñado. No tenía mensajes ni llamadas perdidas. Helena suspiró aliviada. Había llegado a tiempo.

—¡Uf, por poco! —dijo Roberto escondido en una esquina, detrás de la lavadora, mientras observaba a su tía.

—¡Te dije que lo pusieras en silencio! —le susurró Evelyn, enfadada.

—¡Haberlo puesto tú! Ni siquiera sé para qué quieres el móvil de la tita.

—Tú déjame a mí... —dijo Evelyn, observando maliciosamente cómo su tía volvía al salón.

CAPÍTULO 9

—A ver, recapitulemos... —comenzó Abril, dejándose caer pesadamente en el sofá con estampado de elefantes orientales de Jayin—. Tomás llegó con su familia a tu casa...

—No, no. Tú me dijiste de broma que iba a venir, ¡y allí estaba! ¿No os parece increíble?

Helena se incorporó levemente en la mesa de masajes, pero Jayin le dio un empujón y volvió a tumbarla. Esta emitió un gruñido de dolor. Helena los había llamado esa misma mañana para que oyeran la fantástica e increíble historia que le había sucedido la noche de Navidad y, también, para intentar arreglar su destrozada espalda.

—... luego dices que te pidió disculpas por cómo se comportó... —continuó Abril, pasando olímpicamente de su amiga.

—En realidad, la que le debía disculpas era yo... —interrumpió Helena, culpándose.

—¡Desde luego! —dijo Abril, mirándola con el ceño fruncido—. Para después de la cena liaros como dos auténticos posesos del sexo...

—Oye, tampoco fue así —replicó Helena.

—¡Y, por último... acabar en el ático! —exclamó Abril—. ¡No sabía ni que tenías ático!

Helena miró a Jayin buscando apoyo, pero su amigo estaba demasiado ocupado arreglando todos los nudos que se habían formado en su columna esa noche en cuestión.

—Sea como fuere, no vuelvas a dormir en el suelo —dijo Jayin masajeándole los omóplatos—. Tienes la espalda hecha un cristo, como decís vosotros los cristianos.

—Dormiría otra vez en el suelo si me dijeran que volvería a pasar una noche tan fantástica... —dijo Helena con ojos soñadores.

Jayin y Abril se la quedaron mirando sin poder creer lo que su amiga acababa de decir. Abril cogió una silla y se sentó frente a ella.

—A ver, no sé si te creo... —dijo Abril sin rodeos.

—¿Qué? —dijo Helena saliendo de su embobamiento—. ¿Tú me crees, no, Jayin?

Jayin, que tenía las ojeras muy marcadas, bostezó enérgicamente para terminar negando con la cabeza.

—No sé, Helena, es todo tan... ¿raro? Es como si se hubieran llevado a una Helena y hubieran traído otra —dijo deshaciendo más nudos con fuerza.

Helena hizo un gesto de dolor, pero no se quejó.

—¡Ya sé que es raro! —dijo Helena, desconcertada—. ¡Es imposible!

—¿Ves? ¡Hasta tú misma lo dices! —concluyó Abril, cruzándose de brazos—. Si llego a saberlo, no hago la bromita...

—Lo extraordinario es que te acuerdes de la bromita, no te veía tan borracha desde aquel día en el que te dio por pensar que estabas preñada —comentó Jayin, sin mirarla.

Abril agachó la cabeza, algo molesta, y no dijo nada más.

—¿En serio no me creéis? —continuó Helena levantándose por completo y tapándose con la toalla.

—Aún no he acabado... —protestó Jayin.

—¡Ya estoy bien! —gritó Helena, enfadada.

—¿Cómo salió él de tu casa? —preguntó Abril.

—Salió a las siete y media o así. Se fue antes de que se despertaran todos —aclaró Helena—. Pero mi hermano lo vio.

—¿Y qué dijo? —preguntó Abril, sorprendida.

—Me amenazó con contárselo a mi madre...

Jayin y Abril la miraron extrañados de nuevo.

—Me pidió que le comprara el nuevo *iPhone*, ya sabéis, para que no hablara...

—¿Te dejas comprar por tu hermano! —exclamó Jayin tras un enorme bufido.

—Helena, ¿te das cuenta del poco sentido que tiene esto? —dijo Abril comenzando a enfadarse—. ¡Tú lo que necesitas es un polvo! Si emborrachamos a Jayin, él mismo te lo puede solucionar.

Jayin miró a Abril enfadado y dijo:

—Ya tengo suficiente con un trabajo. ¡Es Navidad!

Y acto seguido, desapareció por la puerta de la cocina.

—¡Abril, te prometo que es cierto! —dijo Helena—. Necesito que me ayudéis porque, no sé...

—Helena cogió aire y soltó un profundo lamento. Una lágrima reprimida cayó, seguida de otras muchas.

Abril, preocupada, corrió a abrazarla. Era obvio que la creía, pero no sabía ayudar a su amiga. Era imposible de ayudar y eso ponía Abril de muy malas pulgas.

—¡No sé qué hacer ahora! —exclamó Helena entre sollozos—. ¡Me gusta de verdad!

Jayin, que había vuelto, tenía los ojos fuera de las órbitas.

—¡Todavía no habéis empezado y ya te está haciendo llorar ese cabrón! —exclamó, sonriendo con dulzura antes de abrazarla.

Helena sonrió entre las lágrimas.

—Sí. La culpa es mía, él solo se porta bien conmigo, pero yo no sé qué hacer.

—Como le dejes escapar, te dejaré de hablar... —la amenazó Abril.

—He quedado con él esta noche —dijo Helena, sonriendo y calmándose.

—¡Eso es genial! —la animó Jayin.

—Sí, me llamó ayer por la noche y dijo que quería volver a verme... y yo también estoy deseándolo, la verdad —dijo Helena con ojos soñadores mientras se limpiaba las lágrimas.

Abril la miró con su habitual cara de madre orgullosa.

—¡Qué fuerte! Es la casualidad de tu vida, Helena. La magia de la Navidad, que pone a todo el mundo en su sitio —dijo.

—¡Es cierto! ¡Es como si te hubiera tocado la lotería! —dijo Jayin, también contento—. Villanueva de la Rosa es enorme, podría haber sido cualquiera, pero fue él... ¡Es muy emocionante!

Helena, ante la felicidad de sus amigos, comenzó de nuevo a llorar desconsoladamente.

—¿Pero qué ocurre ahora? —preguntó Abril, abrazándola de nuevo—. ¡Es lo mejor que te ha pasado, Helena! ¡Te ha caído un tío estupendo del cielo!

—¡Es que no quiero estropearlo! —chilló—. No me va a aguantar, lo sé. Yo necesito mi espacio...

—¡Joder, y yo! —voceó Abril—. En eso consiste una pareja. En entender los problemas y las necesidades del otro. ¡No me jodas, Helena! Todo esto lo sabes.

—Anoche creo que intenté acostarme con él —confesó ella.

Todo se quedó en un silencio absoluto. Helena miró con angustia las inexpresivas caras de sus amigos.

—¿Y qué? —preguntó Jayin con indiferencia.

—¿Por qué no lo hiciste? —Quiso saber Abril, emocionada.

—¿Ibas borracha, verdad? —preguntó Jayin.

—Un poco... —reconoció Helena.

—Creo que cuando te emborrachas despiertas tu libido —Jayin se levantó de su sitio—. Y no eres la única...

—¿A qué te refieres? —preguntó Helena, dejando de llorar.

* * *

—¡Eres mi ídolo! —Lucas no dejaba de ir de un lado para otro mirando a su amigo y alzando las manos como un loco.

Tomás lo seguía perezosamente con la mirada, ya se esperaba esa reacción por su parte.

—Bueno, ¿y qué tal? —preguntó al fin, sentándose.

—No me he acostado con ella, si es lo que quieres saber.

—¿Cómo? —Lucas se llevó las manos a la cabeza—. ¡Pero si acabas de decir que pasaste la noche allí!

—Sí, pero no hicimos nada. Estuvimos en su ático. Resulta que también es pintora.

—¿Cómo que es pintora...? —Lucas abrió los ojos, horrorizado—. ¡Oh, Dios mío! ¿Te has enamorado de la psicóloga?

—Bueno, digamos que quiero conocerla bien, me parece una chica muy especial.

Diego, desde su sofá, le dedicó una sonrisa de sincera aprobación, pero Lucas no terminaba de creerse la historia.

—¿Me estás diciendo que quieres iniciar una relación seria? —Lucas se había levantado de nuevo.

—Pues sí. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que estoy bien solo y creo que ahora es el momento correcto. Estoy terminando la residencia, he cerrado mi etapa con Cloe, vivo solo, soy independiente... es como que siento que me apetece, que ya no tengo que contentar ni a mi padre ni a mi madre con eso de casarme para darle a ellos el gusto. Formar una familia e intentar no cometer los errores que han cometido ellos, si no los míos propios, es algo que sé que va a colmar mi vida —recitó Tomás con determinación mirando por la ventana—. Además, hasta hace poco tú también querías encontrar a alguien... ¿Qué ha pasado? —Tomás comenzó a reírse, pero paró bruscamente al ver la cara de sus amigos. Ambos apartaron la mirada sin decir nada—. ¿No habrás vuelto a llamar a Cloe?

—¿Y qué si lo he hecho? —Lucas se puso a la defensiva y Diego soltó un largo resoplido.

—¡Te advertí que no lo hicieras! —Tomás intentó hacerle entrar en razón, pero era demasiado tarde, su amigo se encerró en su cuarto de un portazo. Tragó saliva.

—¿Por qué nadie me ha informado de esta catástrofe?

—Me hizo jurar que no te lo diría —comentó Diego, distraído, haciendo *zapping*—. Decía que no quería que lo supieras porque pensaba que aún sentías algo por ella.

Tomás bufó. Lucas, como siempre, hacía todo lo contrario a lo que le pedían, aunque Tomás comprendió que lo había hecho por protegerlo. Acababa de destapar una historia que llevaba años oculta, era normal que su amigo hubiese pensado eso.

—Ya le dije que no era así pero, como de costumbre, no me escuchó... —Diego apagó la televisión para dirigirse a su amigo—. ¡Olvídate de él, que haga lo que quiera!

Tomás asintió levemente, cabizbajo. Lo que realmente le preocupaba no era su amigo. Sabía de qué palo iba Lucas y que tarde o temprano aquel follón sería pasajero, pero Cloe... La relación de amistad con ella se había visto tocada después de la charla, era evidente. Habían sido muchos

años haciendo las cosas mal, y ahora que las cosas se habían empezado a hacer bien tomaría un tiempo de adaptación. O al menos eso quería creer.

—¿Desde cuándo está pasando esto? —preguntó Tomás, intrigado.

—Pues fue un día después de que se conocieran. Lucas la llamó y quedó con ella, se acostaron de nuevo... —Diego contaba con los dedos.

—¿Qué?

—Sí, fue antes de Nochebuena. Creo que está empezando a gustarle —concluyó Diego, satisfecho de poder compartirlo.

—Debería hablar con él —dijo Tomás, decidido. Nunca había mantenido una charla seria con Lucas, pero ya había llegado el momento.

—No, Tomás. Será mejor que lo haga yo, aunque parezca que no, me escucha de vez en cuando —dijo Diego, resignado.

—¿Tú no pensarás que sigo enamorado de ella, verdad? —preguntó Tomás, empezando a preocuparse seriamente.

—Tenía dudas, pero después de oírte hablar de Helena, no creo que te siga gustando nadie más.

Diego le dedicó una sonrisa consoladora a su amigo. Él, le devolvió la sonrisa, y sus pensamientos volaron de nuevo hacia ella. Sabía que algo en el interior de Helena seguía gritando de terror. Dentro de él, también. Aprendemos que conectar con alguien en los tiempos que corren es peligroso. Tomás suspiró, sabía que Helena tenía más miedo del que ella misma podría manejar y él se atecía a que esa inestabilidad le gustaba... No podía evitarlo, había estado enamorado años enteros de una chica que no había sido constante. Él había conseguido aprender que lo peligroso era el miedo, no amar o mostrar el amor. Ya no quería volver a sentirse expuesto nunca más. Tenía claro que quería sentirse seguro y confiado dentro de esa conexión. Ella quizás también lo quería, la suerte estaba echada.

—Tomás, creo que te estás enamorando...

Diego interrumpió bruscamente sus pensamientos mientras sonreía pícaro.

—Sí, es posible —reconoció él, poniendo sus manos detrás de la cabeza—. Pero ella no está segura, creo que tiene mucho miedo —comentó, pensado en su extremada timidez—. O a lo mejor es que no le gusto lo suficiente —reconoció, sintiendo miedo él también.

—¿Conquistala! —lo animó Diego guiñándole un ojo—. Parece una buena chica.

—Me gustaría saber qué piensa de mí, pero es tan infranqueable... —dijo Tomás, hablando más consigo mismo que con su amigo.

—Tampoco te dejes atrapar por el idealismo, Tomás. Tienes que conocerla mejor, no te hagas una idea de ella que no es —le aconsejó, sabiamente, Diego.

—Esta noche he quedado con ella.

—¡Eso es! Así podréis charlar. Solo necesitáis tiempo.

—Lo malo es que hoy mi compañera se ha dado de baja, así que puede que me llamen para cubrirle el turno —dijo algo preocupado—. Intentaré aprovechar al máximo el tiempo que esté con ella.

* * *

—Anoche tuve un desliz... —comenzó a decir Jayin.

—¿Un desliz?

Abril se acomodó en su sitio en el sofá y Helena lo escuchaba atenta. No recordaba haber visto nunca a su amigo con la cara tan pálida.

—Me acosté con una chica —dijo Jayin, sin mirarlas—. Iba muy borracho y no sé por qué lo hice...

Abril y Helena se miraron, confusas. Jayin se dejó caer en el sofá entre las dos, angustiado.

—Pero tú... quiero decir, a ti no te gustan...

Helena no sabía qué cara poner.

—Últimamente he tenido muchas dudas —confesó Jayin—. Todas esas noches malgastadas en hombres de usar y tirar me han llevado a reflexionar y a poner en duda mi orientación...

—¿¡Qué dices!?! —Abril estalló.

—Lo que ocurre es que aún no ha llegado el tuyo —Helena no podía creer que esas palabras salieran de su boca, se recordó a su madre—. Que no haya llegado, no quiere decir que no seas gay.

—La otra noche, cuando conociste a Tomás —dijo Jayin—, Ángela me preguntó que si era gay. Había hecho una apuesta con Claudia ¡para ver si estaba saliendo contigo o no! —concluyó, mirando a Helena un tanto desesperanzado.

—Ángela y Claudia se pican mucho entre ellas por cualquier cosa, no te molestes por eso —lo consoló Helena.

—¿Sabes quién perdió? —continuó Jayin, como si no hubiera oído nada—. Perdió Ángela. Apostó por que yo no era gay, ¡ya ni siquiera otra persona homosexual sabe lo que soy!

Abril y Helena volvieron a mirarse, esta vez algo más preocupadas.

—Pero a ver, no entiendo entonces... —dijo Abril, intentando razonar—. Anoche te acostaste con una chica y ¿te gustó?

—No lo sé, no me acuerdo —reconoció Jayin, con una mirada culpable.

—Mira, yo no creo que seas hetero —le confesó Helena—. Así que yo en tu lugar gastarí mi tiempo en pensar en otras cosas...

—¡Efectivamente! Ahora tienes que buscarte un novio pronto porque Helena te ha cogido carrerilla —bromeó Abril.

Esta le guiñó un ojo a Helena, que se puso colorada al instante.

—Es que no lo entiendo. Puedo tener a todos los hombres que yo quiera con solo mirarlos —contó Jayin—. Pero después, ninguno me llena de verdad. Quizás el problema lo tenga yo conmigo mismo.

—También es que no has probado a conocer a chicos que quieran mantener relaciones serias, o al menos eso creo, ¿no? —razonó Helena—. ¿Tú realmente quieres eso, Jayin?

Jayin miró a su amiga a los ojos. Estaba muy perdido.

—Yo creo que podemos coger eso que ha dicho Helena y darle otro punto de vista —explicó Abril—. Creo que te pones las cosas demasiado fáciles, ¿no te cuesta nada conseguir a alguien! Por eso, cuando lo tienes no lo valoras. Opino que deberías proponértelo como un reto, descubre a las personas. Déjate enamorar, no te quedes solo en el exterior.

El salón se quedó silencioso. Helena, pensativa, apretaba con fuerza el musculoso hombro de su amigo. Su mirada se dirigía nerviosa al reloj con forma de Buda que colgaba en el centro del salón, que cada vez estaba más oscuro. Fuera, había parado de nevar y comenzaba a ulular el viento del norte.

—¿Y si no encuentro a nadie? —preguntó él, de pronto, rompiendo el silencio—. Estoy solo aquí, toda mi familia está en la India.

—¿Y Helena y yo qué somos? ¿Sillas? —Abril, ya harta, se levantó—. Oye mira, no voy a dejar que un tío tan bueno como tú se raye así.

Jayin dejó escapar una débil sonrisa.

—¡Así que tú y yo nos vamos ahora mismo! ¡Noche de chicas! —concluyó Abril levantando a Jayin de un salto.

—Os recuerdo que yo he quedado —dijo Helena tímidamente, sonriendo—. Ya sé que es inusual, pero esta noche la tendréis que pasar sin mí.

—Ya, joder. Creo que vamos a espiarte un rato y después nos vamos de copas —Abril le dirigió una mirada morbosa.

—¡No lo diréis en serio! —Helena se puso pálida, pero al ver que sus dos amigos sonreían, se calmó.

—Ni se os ocurra espiar, ya bastante difícil me parece —dijo Helena lanzándoles los cojines orientales llenos de pequeños espejos.

—Bueno, ¡vamos a por esas copas! —exclamó Jayin, mucho más animado.

* * *

El timbre del pequeño piso de Lucas y Diego acababa de sonar. Este último miró con extrañeza a su amigo antes de levantarse y abrir.

Tomás se acomodó, intentando mantener la calma, mientras miraba su reloj de pulsera. Ya casi era la hora de su cita, pero el ruido de unos tacones a paso acelerado lo sacaron de su trance.

—¡Tomás! ¡Por fin te encuentro!

Cloe se lanzó, desesperada, a los brazos de su amigo y emitió un leve quejido.

—¡Te he buscado todo el día!— Y con un pequeño bofetón en el pecho, le miró con ojos de cordero degollado.

—¿Cómo me has encontrado?

Tomás se incorporó de su sitio. Diego se sentó en el suyo, un tanto incómodo. Cloe, por su parte, se mordió el labio para no contestar y miró a Diego, ansiosa.

—No te preocupes, ya lo sabe todo —informó Diego despreocupadamente.

—¡Oh! Menos mal, creo que tu amigo ese... ¿Lucas se llamaba? Se ha obsesionado un poco conmigo —susurró Cloe.

—¿Y por qué no dejas de hablarle? —sugirió Tomás.

—Porque no tengo a nadie con quien pasar el rato ahora —le reprochó ella con una mirada cargada de odio.

Tomás miró a su amigo con cierto desdén y casi se ríe de la cara de horror de Diego. Cloe era increíble.

—Ya, pero es que es mi amigo, y luego los pedacitos de su corazón roto los tenemos que arreglar él y yo —le dijo Tomás, señalándose a sí mismo y a Diego, que le dirigió una sonrisa asustadiza a Cloe.

Ella, sin embargo, rompió en un llanto mitad fingido y mitad real.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Tomás, suspirando pacientemente.

—Anoche... —comenzó Cloe, limpiándose las lágrimas—. Me acosté con... —Cloe comenzó a toser ruidosamente.

—¿Con quién? ¿Con Lucas? —aventuró Tomás, dándole un pañuelo.

Diego la miraba como si fuese un cristal carísimo y muy fino. Cloe negó enérgicamente mientras se sonaba la nariz. Todo el glamour que siempre la caracterizaba ahora estaba metido en un baúl en el fondo de su ser.

—Con un gay.

Y nada más escupirlo, su llanto se intensificó de nuevo.

—¿Con un gay?

Tomás no sabía qué decir.

—¿Cómo sabías que era gay? —inquirió Diego.

Se había incorporado en su asiento y estaba muy atento a la escena. Cloe le dirigió su mirada bañada en lágrimas y frunció el ceño.

—Bueno, en realidad, yo ya se lo noté antes de que me llevara a su casa, estaba muy borracho. Cuando terminé con él, me lo dijo —confesó Cloe—. Me dijo: «Es el mejor polvo que he tenido con una tía».

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó Tomás. No sabía si reír o no.

—¡Irme! ¡Ni siquiera sé cómo se llamaba! Creo que era extranjero... —Cloe apoyó la cabeza sobre el hombro de Tomás y lloró de nuevo.

—¿Qué se supone que le pasa? —le susurró Diego—. ¿Tan malo es hacérselo con un gay?

Tomás se encogió de hombros y cogió a su amiga por las muñecas.

—Cloe, ¿qué es lo que intentas decirme?

Cloe se tomó su tiempo antes de contestar, pero finalmente, dijo con un hilo de voz:

—Ya no soy la que era... creo que yo también debería sentar la cabeza, como tú.

Tomás soltó una pequeña carcajada y su amiga se ofendió.

—¿De qué te ríes?

—Bueno, no te imagino «sentando la cabeza»... —le confesó Tomás, dibujando unas comillas en el aire—. Esa no es la amiga libre y despreocupada que yo conozco.

Detrás de él, Diego también se reía. Cloe le dirigió una mirada de odio.

—Nunca antes esto ha sido un problema para mí, pero ahora el sexo ya no me hace sentir lo que me hacía sentir antes.

Ante esta confesión tan personal, ambos chicos se callaron, esperando a que alguien dijera algo para consolarla o al menos validar su alegato, pero en ese momento la puerta del cuarto de Lucas se abrió y este salió, con aires señoriales.

—¿Qué ocurre aquí?

Lucas se había peinado y se había quitado las gafas. Se dirigió lentamente hacia sus tres horrorizados amigos.

—Cloe nos estaba contando... —empezó a contar Tomás, pero se calló al recibir un fuerte pisotón de su amiga.

—¡Les estaba contando mi último proyecto! Unas columnas para el Banco de España, de estilo bizantino.

—¿Estabas llorando? —inquirió Lucas.

—No, no. Es que tengo alergia, ya sabes, en esta época del año... —improvisó.

Tomás observó por un instante la absurda situación y se levantó del sillón.

—¡Me voy! —anunció.

Era suficiente. Ya casi era la hora de su cita y tenía que ir andando hasta la casa de Helena.

—¿¡Qué! —bramó Cloe, levantándose también.

—No, no puedes venir —le susurró Tomás.

—¿Has quedado con la hortera esa, verdad?

—No te pases ni un pelo, Cloe.

Ella se volvió a sentar, resignada, en el sofá, y justo cuando Lucas iba a consolarla, a Tomás se le ocurrió una idea genial.

—¡Pero tú sí que te vas a venir conmigo! —dijo Tomás, cogiendo a su amigo hábilmente del brazo.

—¿Qué dices? ¡Suéltame!

Lucas luchó por soltarse, pero Tomás ya había cogido su abrigo del perchero y lo sacó a rastras por la puerta.

—¿Qué haces, tío?

—Tú y yo vamos a tener una charla, ahora mismo.

* * *

—¡Idos ya!

Helena estaba en la puerta de su casa. Faltaban cinco minutos para que Tomás hiciera su aparición estelar y sus amigos aún seguían en el coche, esperándolo.

—¡Oh, vamos! Yo quiero verlo —insistía Abril.

—¡Pues yo no quiero que nos veáis! ¡Vamos! ¡Fuera! —les instaba Helena, histérica.

—¿Así agradeces que te traiga a casa en coche? —preguntó Jayin, bromeando.

Helena bufó desesperada.

—¡Venga, vámonos! Quiero un vodka con limón —dijo Abril subiendo la ventanilla.

—¡Pasáoslo bien! —les dijo Helena antes de que cerraran la ventana—. ¡Y tú no bebas mucho! —concluyó dirigiéndose a Jayin, que negó burlonamente con la cabeza. Abril le guiñó un ojo, y el coche desapareció calle arriba.

—Vamos a dar una vuelta para ver a Tomás, ¿verdad? —inquirió Abril, después de cerrar la ventana.

—No lo dudes —contestó Jayin dispuesto a dar una vuelta más a la manzana.

Unas calles más abajo, Tomás y Lucas ya habían dejado la biblioteca atrás. Solo faltaban dos calles para llegar a la casa de Helena, y Lucas ya casi había entrado en razón.

—Así que ya sabes lo que hay —le decía Tomás.

Lucas caminaba a su lado, callado, con la mirada perdida en el asfalto cubierto de nieve.

—Pero te acaba de decir que quiere centrarse, ¿no podría ser yo el que la centre? —preguntó, esperanzado.

—Claro que sí, pero tienes que estar dispuesto a correr unos riesgos. No creo que vaya a ser un proceso fácil para ella, ni para ti tampoco, hermano. ¿O tú tienes claro lo que estás buscando?

Tomás le dirigió una mirada llena de complicidad a su amigo, que al fin pareció entenderle.

—Está bien. Ya lo pilló.

Un silencio incómodo se alzó, y ambos amigos se detuvieron ante la última calle. Vio cómo Helena despedía a un coche y, tiritando, esperaba a que él llegara. Tomás sonrió y miró a su amigo.

—Es muy guapa —le dijo Lucas, mirándola a lo lejos—. ¡Ya sabes! No la defraudes, hermano.

—Dame un abrazo, anda —le dijo Tomás cogiendo bruscamente a su amigo y dándole un apretón fuerte.

—Oye, pregúntale a ver si tiene una amiga para mí —sugirió Lucas, desesperado.

Tomás le dio un tortazo amistoso en el cogote y le dirigió una última sonrisa. Lucas se despidió con un guiño y comenzó su camino de vuelta. Tomás continuó hacia adelante sin apartar los ojos de ella.

Helena estaba tiritando. Al manto helado de la noche se le unían los nervios del encuentro. Tenía tantas ganas de verlo que, cuando distinguió su silueta entre los remolinos de nieve, apenas le pareció real.

—Buenas noches —saludó Tomás con un hilo de voz, él también estaba tiritando. Le besó la mejilla y la abrazó.

—Hola... —consiguió articular Helena, metiéndose un mechón de pelo tras la oreja—. ¿Cómo

es que has venido andando?

—Hace una tarde preciosa, ¿no crees? —comentó Tomás, señalando la nieve que empezaba a acumularse por la ventisca.

Helena sonrió ante su ironía.

—He ido a ver a unos amigos y me dejé el coche en casa. Mi casa no está muy lejos. Si quieres podemos ir a un pub que hay en el casco antiguo, y luego puedo coger mi coche y traerte —sugirió Tomás.

Helena fue a contestar para decir que le parecía genial, pero otra persona se adelantó.

—Hola, hermanita, buenas noches.

Rodrigo, su hermano, abrigado hasta los topes, saludó con total naturalidad a Helena que, un tanto acongojada, se separó de Tomás.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, intentando no parecer muy grosera.

—Están todos en tu casa —explicó Rodrigo con una sonrisa maliciosa—. Mamá me ha llamado hace media hora para decirme que cenamos todos juntos, ¿vosotros os venís?

Tomás miró a Helena, un poco sorprendido, pero esta actuó rápido.

—No, no. Ya tenemos otros planes. Dile a mamá que no me espere.

—Creo que no nos han presentado. Tú estabas aquí la otra noche, ¿no? Yo soy Rodrigo, el hermano de Helena. Y tú eres Tomás, ¿verdad?

Helena miró con todo el odio que pudo a su hermano, que no dejaba de sonreír.

—Sí. Qué ojo tienes. Yo no me acordaba de ti, ¡éramos muchos! —rio Tomás mientras, educado, le estrechaba la mano.

Helena no podía seguir soportando esa situación.

—Bueno, que le digas a mamá que cenamos fuera —Helena cogió a Tomás de la muñeca y lo arrastró calle arriba.

—¡Divertíos! —gritó Rodrigo abriendo la gran verja de casa.

Al llegar al final de la primera esquina de la calle, Helena se paró en seco.

—Mi hermano te vio el otro día salir de casa —confesó sonriendo.

—¡Caray! ¿Y se lo ha contado a alguien? —preguntó, cogiéndola de la mano y haciéndola caminar de nuevo.

—No... —respondió Helena, confundida—. Pero me ha pedido un *iPhone* nuevo para Reyes.

—¿Amenaza de hermano menor? —preguntó Tomás, frunciendo el ceño.

—Sí, eso creo —contestó Helena, resignándose y pegándose más a él. Tomás le pasó el brazo por los hombros—. No quiero que mis padres se enteren aún. Mi madre y la tuya hablaron sobre nosotros el otro día, ¿lo sabías?

—No me sorprende nada de mi madre —dijo Tomás, sonriendo—. A mí no me importa que se enteren.

Helena lo miró y se tranquilizó. Tomás se detuvo para besarla. Tenía tantas ganas de tenerla cerca, que la levantó del suelo entre sus brazos. Helena, por su parte, estaba tan emocionada que apenas se dio cuenta de que algo vibraba dentro del bolsillo de Tomás. Un molesto y ensordecedor pitido les sacó de su beso de ensueño.

—¿Qué es eso? —preguntó Helena.

—Mi móvil —dijo Tomás, con la cara tan pálida como la nieve que caía—. Me llaman del hospital.

—¿Será algo grave? —preguntó Helena, preocupada.

—Seguramente no —contestó Tomás, mirándola cabizbajo—. Pero en esta época del año el hospital anda bajo de plantilla y mi compañera hoy se ha dado de baja. Me dijeron que

seguramente no me llamarían, pero ya ves... —La miró acongojado a través de sus ojos verdes—. Terminaré tarde. No me importa recogerte si no salgo de madrugada —sugirió.

—Mañana tengo que trabajar —respondió Helena, también triste.

Un silencio incómodo inundó el ambiente.

—Oye, mañana te llamaré, ¿vale? No quiero que esto se estropee por culpa de nuestros trabajos. —Tomás le dio un fuerte abrazo.

«Mierda, mierda y más mierda», pensó él.

—No te preocupes, te estaré esperando. Puedo decirle a mi padre que te acerque al hospital —le sugirió ella.

—No quiero molestar. Además, tú no quieres que ellos se enteren hasta que... estemos seguros.

Helena asintió satisfecha, sonriendo.

—Siento mucho que te tengas que marchar —le dijo sin poder contenerse.

—Más lo siento yo —confesó él, dándole otro beso de despedida—. Mañana tendremos una cita como Dios manda. Te lo prometo.

Le sonrió y, con un último beso apurado, se alejó a paso rápido por la linde del bosque de Villanueva de la Rosa. Helena lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista, sin poder dejar de pensar en la cara que pondría su hermano al verla entrar tan pronto por la puerta de casa.

CAPÍTULO 10

—David, tu madre está ahí fuera, ¿qué le vamos a decir?

Helena estaba usando sus mejores herramientas como terapeuta. David era un chico de trece años que, de la noche a la mañana, había pasado de ser un alumno modelo a suspender hasta el recreo. Sus padres estaban algo asustados, pues creían que se trataba de algún asunto de drogas, o amenazas por parte de otros compañeros, pero Helena no estaba tan segura de ello.

—No sé por qué me ha pasado, de verdad —repetía el chico con voz carrasposa una y otra vez—. Este curso es más difícil...

Helena observó cómo apartaba la mirada hacia su derecha, señal de mentira. David era un chico muy tímido, reservado, inteligente y solitario. Ya había acudido varias veces a la consulta de Helena por problemas de sociabilidad, y si mal no pensaba, de eso se trataba esta vez también. David suspiró, y las sospechas de Helena quedaron solventadas.

—¿Te gusta una chica, verdad? —aventuró.

El chaval se alarmó y comenzó a sudar.

—¡No! ¡No, no, no!

«Negación», pensó Helena, sonriendo para sí misma. «Mecanismos de defensa activados».

—¿Es de tu clase? —continuó Helena, intentando crear un ambiente de relax.

David la miró por primera vez a los ojos y asintió trabajosamente.

«¡Bingo!», se dijo, triunfante.

—¿Y cómo se llama?

Él dudó un instante, pero finalmente dijo:

—Alicia.

Y, con un sollozo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Pero, qué ocurre David? —Helena se levantó y se sentó en el sillón de pacientes junto a él.

—No quiero que me guste —relató el chico, hipando—. Yo no le gusto a ella...

Helena lo miró lastimeramente.

—David, es normal que te gusten las chicas, seguro que a ellas también les puedes gustar tú —dijo Helena, ofreciéndole una sonrisa y dándole unas palmaditas en el hombro.

También era muy competitivo y perfeccionista. A pesar de su temprana edad, siempre se las había apañado para sobresalir en todo aquello en lo que lo habían apuntado sus padres.

—Pero ella no se fija en mí y yo no puedo quitármela de la cabeza. No me deja concentrarme.

—¿Pero cómo sabes eso? ¿Eres amigo suyo?

David negó con la cabeza y soltó otro sonoro suspiro. Helena sintió una oleada de ternura y familiaridad.

—¿Por qué no intentas hacerte amigo suyo y ves si le caes bien? —le sugirió Helena—. Ya sabes hacer amigos estupendamente.

—Es nueva, ha llegado este año. A mi amigo le gusta también. En realidad, creo que le gusta a toda la clase —sospechó, intimidado.

—David, ¿qué hemos hablado de las ideas «no realistas»? —le recordó Helena.

El chico tendía a hacer suposiciones de una realidad inexistente.

—Pero es que me da mucha vergüenza, no quiero que piense algo malo de mí —dijo de nuevo, mirando hacia el suelo.

—Si ella se acercara hacia ti para saludarte, simplemente, ¿crees que te daría mala espina? —

le preguntó, astutamente, Helena.

—No.

—¡Pues igual al contrario! Solo porque la saludes no va a pensar nada malo de ti, así que puedes dar el primer paso. —Helena volvió a sonreírle—. Además, en el colegio es muy fácil, solo tienes que pedirle un boli, o algunos apuntes. Y si tienes suerte, como has suspendido, puedes pedirle que te ayude con alguna asignatura...

David se alarmó ante esa idea y soltó una débil carcajada.

«El primer amor...», pensó Helena. «Siempre igual de difícil».

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó David, parpadeando para contener las lágrimas y rojo como un tomate.

Helena suspiró. Pocos pacientes le hacían esa pregunta, se podían hacer tantas cosas...

Sonó el teléfono y los sobresaltó a los dos.

—Helena, ya ha pasado la hora —la avisó Claudia.

Helena suspiró aliviada. Tenía muchas ganas de terminar el turno de aquel día, pero aún le quedaba un paciente: Patricio Expósito. Menos mal que todavía tenía una larga hora de descanso por delante. El paciente que iba antes de Patricio había cancelado su cita esa misma mañana, y a Claudia le había sido imposible rellenar el hueco en esa franja horaria; pero a Helena no le importaba, tenía una fantástica hora de libertad para pensar tranquilamente. La madre de David, con la preocupación dibujada en su cara, le preguntó a Helena en la puerta de su despacho:

—¿Sabe ya que le pasa a nuestro hijo?

—Nada que no se pueda remediar —le comunicó ella, con una sonrisa tranquilizadora, pero al ver el rostro de incredulidad de la mujer, Helena bajó el tono y le dijo—: Se ha enamorado, así que sea comprensiva y muéstrele su apoyo. Es importante que se sienta muy arropado en estos momentos. Aconséjelo bien. Le enviaré algunas lecturas para que no se sienta perdida.

La madre de David relajó las facciones y dibujó una «o» perfecta en su boca expresando su asombro y alivio. David, por otro lado, que había salido un tanto cabizbajo de la consulta porque Helena no le había planteado ninguna solución, ahora parecía más angustiado que nunca. Helena le dio un toque cariñoso, convencida de que la próxima vez que se vieran sería mucho mejor que esa. Su madre ahora parecía más relajada.

—¡Nos vemos la semana que viene, David! —dijo, despidiéndose alegremente.

Y cerró la puerta de su despacho. Se dejó caer en el sillón de piel, puso las piernas encima de la mesa y cerró los ojos. Se tocó las sienes con la punta de los dedos y suspiró. Se encontraba bien, pero no quería pensar en lo que había pasado la noche anterior. No, aún no. No estaba preparada para alcanzar un juicio lógico.

—¿Claudia? —Helena había cogido el teléfono de inmediato—. Puedes irte si quieres, yo puedo recibir a Patricio.

—¡No! —dijo enérgicamente Claudia—. Quiero acabar los balances antes de que termine el año, tengo mucho trabajo.

—Está bien, como quieras —respondió Helena, exhausta.

Por mucho que se esforzara, la imagen de Tomás aparecía furtivamente, se colaba, proyección tras proyección, en sus pensamientos. Y no quería. La noche anterior la había dejado algo confusa. Asió de nuevo el teléfono y esta vez marcó el número de Abril.

—¡Hola! —saludó alegremente esta—. ¡Empieza a contar ya!

Helena no pudo evitar sonreír.

—Es un relato bastante corto, la verdad —le confesó.

Y durante los siguientes y patéticos dos minutos le relató su breve cita con Tomás. Abril estaba

asombrada.

—¡Qué puta mierda, tía! —contestó, bruscamente, con su dulce voz—. ¿Cómo estás tú?

—Creo que esto me ha desmotivado mucho. En realidad no debería...

—¡Normal! ¡Qué mala pata lo de que tuviera que trabajar! ¿Y no te ha llamado?

—No, pero yo le dije que no lo hiciera. Le dije que estaría trabajando.

—Sigo enfadada contigo por esa estupidez de trabajar en Navidad, pero bueno...

Helena estaba de acuerdo ahora con su amiga. Había sido una tontería aceptar consultas en Navidad, pero ella no podía haber previsto esa situación ni aunque se la hubieran gritado en la cara.

—¡Oye! ¡No pasa nada, mujer! Yo creo que le gustas de verdad. Ayer parecíais una pareja de enamorados desprendiendo azúcar mientras paseabais bajo la nieve.

Helena sonrió de nuevo al acordarse de aquella imagen, pero algo no le encajó.

—Un momento... ¿Cómo sabes eso?

Abril ahogó una risita débil.

—¡Ya dije que quería verlo! Así que Jayin y yo dimos una vuelta —confesó—. ¡Sois supermonos!

Helena se llevó una mano a la frente y sonrió.

—¿Cómo está Jayin? —preguntó al recordar la confesión que el chico les había hecho la tarde anterior.

—Pues sigue algo rayado, es normal, pero ya se le pasará —respondió Abril un tanto triste—. No es la primera vez que se le va la pinza borracho.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Helena, al percibir por primera vez su tono de voz.

—¡Yo estoy hecha una mierda! Edgar y yo nos hemos peleado un rato esta mañana. Está un poco rancio desde Nochebuena.

—¿Y eso? ¿Otra vez el perro? —intuyó.

La pareja tenía serios problemas para mantener un horario fijo a la hora de pasear a Slash, su enorme labrador color canela.

—No, es por otras cosas. Son demasiados años juntos, ¿sabes?

Abril siempre le decía eso cuando no quería hablar del problema, o cuando no sabía exactamente la causa inicial de la pelea.

—¿Pero no es grave, no?

—No, ya se le pasará. Es un idiota, pero es mi idiota —concluyó, satisfecha.

Un tremendo pitido dejó medio sorda a Helena.

—Abril, me llaman por la otra línea. No cuelgues. —Sin esperar la respuesta, abrió la otra línea—. Dime, Claudia.

—Helena, tengo aquí a un nuevo paciente.

«¡Oh, Dios, no!», pensó Helena, angustiada. No podía recibir a nadie ahora, entre otras cosas, porque ella tenía demasiados pacientes. Tendría que pasárselo a Abril.

—Muy bien, dile que espere un momento, ahora salgo. —Impaciente, Helena volvió a la línea de Abril.

—¿Qué pasa?

—Tengo un nuevo paciente, este te lo quedas tú. Le digo que se pase después de navidades.

—¡Huy, sí! ¡Ni se te ocurra abrirle expediente! ¡Deja ya hoy de trabajar! —gritó Abril.

—Sí, es todo tuyo, no te preocupes. Si quieres te llamo ahora cuando se vaya, ¿vale?

—Muy bien. Yo estoy en el sofá poniéndome gorda, así que mejor llámame. Si hablo no puedo comer. —Y con una última risa, se despidió.

Helena bajó las piernas de la mesa y se puso bien la bata. Se levantó de la silla, pero antes de que pudiera salir a recibir al paciente, alguien llamó a la puerta. Helena torció el gesto.

—¿Sí? —preguntó vacilante.

Y sin obtener respuesta, la puerta se abrió y Tomás entró en el despacho. De repente, la noche de ayer le pareció tan lejana como irreal.

—¿Puedo pasar, doctora? —preguntó, triunfante.

—Cierra la puerta —le apremió Helena corriendo hacia él y abrazándolo fuerte.

—Iba a llamarte, pero no me parecía que fuese suficiente para arreglar el desastre de anoche.

Helena no le contestó. Se le quedó mirando aún agarrada a las solapas de su chaqueta. Sentía cómo una fuerza inhumana en su interior le obligaba a besarle, pero su fría lógica la mantuvo firmemente anclada en su sitio. Por un momento pensó que él, fiel a su costumbre y a su impulsividad, sí que lo haría, pero no sucedió así.

—¿Qué consulta más chula, no? —vaciló con una sonrisa, mirándola—. ¿Tienes mucho trabajo hoy?

—Bueno, ahora no tengo pacientes, como puedes ver.

—Entonces, ¿me dejas arreglar el desastre de ayer y te invito a algo fuera?

El semblante de Helena se ensombreció parcialmente, todavía le quedaba una consulta y estaba catalogada como urgente, urgentísima, inamovible.

—Tengo un paciente dentro de una hora —dijo mordiéndose el labio inferior—. Y no puedo mover la cita.

—¡Vaya! —dijo Tomás, un tanto decepcionado, sentándose en el viejo diván que nunca había utilizado. Un regalo de su padre cuando terminó el máster—. Entonces, ¿puedo acompañarte hasta que venga?

—Sí, claro... —aceptó Helena con la voz reseca.

Algo iba mal. ¿A qué se debía esa actitud tan fría? ¿Acaso quería decirle que no quería seguir viéndola? Helena acercó un sillón, se sentó junto al diván y se cruzó de piernas, expectante.

—Anoche apenas pegué ojo —comenzó Tomás.

—¿Terminaste tarde tu turno? —preguntó Helena, asustada.

—A las cinco —dijo sin mucho interés, recostándose en su asiento—. Pero no he descansado porque estaba pensando en ti.

A Helena se le cayó el mundo a los pies. «¿Ahora qué?». Tragó saliva.

—¿Lo siento? —titubeó, agachando la cabeza.

Definitivamente, no estaba preparada para ese tipo de respuestas. No había estado preparada nunca.

Tomás le sonrió desde su asiento, mirándola con esos profundos y brillantes ojos verdes. Esa no era la respuesta que él esperaba. ¿Por qué se cerraba tanto?

—¿Quieres que me vaya? A lo mejor te apetecía más descansar.

—¡No! —vociferó bruscamente—. Yo también quería verte.

«Ahí está la contradicción», pensó Tomás. Así que se armó de valor y le dijo:

—Oye, mira... —cogió aire—. Entre nosotros, ¿qué es lo que te hace estar incómoda?

Helena torció el gesto sin comprender, pero continuó callada esperando una explicación más convincente. Tomás, en cambio, se incorporó y cogió aire.

—Lo que quiero decir es que no sé si quieres que esto continúe —aclaró.

—¿El qué? ¡Pues claro que quiero continuar! —dijo nerviosa, gritando—. Lo siento... no quería gritar. Es que no estoy acostumbrada a este tipo de situaciones —confesó—. ¿Por qué lo dices? Tú no quieres, ¿verdad? ¡Lo sabía!

Tomás le cogió las manos suavemente y la miró. Helena se temió lo peor y decidió aprovechar esa última mirada antes de que le dijera que no le parecía lo suficientemente interesante o atractiva para continuar conociéndola.

—Yo lo único que quiero es enamorarme de ti, pero si no me dejas va a ser difícil para los dos. Solo intento respetarte desde mi posición. Tengo la sensación de que si no vengo a verte a esta mansión en la que vives, tú no saldrás de aquí.

Tomás se sorprendió a sí mismo por la rotundidad de su afirmación. Sin embargo, reconoció que nunca en su vida había dicho nada más cierto. Eso lo ayudó a mantener la confianza, era la verdad. Él quería seguridad y sabía que Helena podía llegar a dársela pero no entendía qué es lo que estaba pasando exactamente por su cabeza. Helena, por su lado, se quedó de piedra. Apartó la mirada rápidamente, como si de pronto el contacto visual le causara dolor. Se llevó las manos a la cara e intentó contener las lágrimas de alivio. Él estaba esforzándose por entenderla y lo estaba haciendo estupendamente. En efecto, ella no iba a moverse de esa mansión suya. Un gran vacío se había formado en su estómago y había sentido mucho miedo.

—¿Qu... qué ocurre? —tartamudeó Tomás.

«Ya la has cagado, chaval», pensó él.

—Calla, calla... —le suplicó Helena. Estaba tan conmocionada que, por más que se esforzó, no pudo retener un par de lágrimas.

—Lo siento, no quería ser tan rotundo.

Tomás se sintió fatal. La cogió por las muñecas y la atrajo hacia él. Ella se dejó llevar y se sentó a su lado en el viejo diván. Apoyó la cabeza en su hombro mientras buscaba un pañuelo en el interior de los bolsillos de su bata. Tomás la rodeó con los brazos, intentando consolarla.

—Perdona, no quería ponerme así —dijo Helena, recuperando la calma—. Me has pillado por sorpresa —le confesó con una sonrisa, limpiándose las lágrimas.

—Lo siento —repitió Tomás, metiéndole el pelo suelto detrás de la oreja y acariciándole la mejilla a la vez que le limpiaba las lágrimas.

—Es que nadie... nunca me habían dicho... —intentó explicarse Helena—. Nadie me ha dicho algo tan bonito.

—¿En serio? —preguntó perplejo—. Eso sí que no me lo creo.

—No es broma. Nunca me he sentido tan halagada ni tan querida, ¿sabes? Tengo demasiado miedo a que me hagan daño, a que me abandonen. Ser la hija de en medio a veces es más duro de lo que parece. —Helena se guardó de nuevo el pañuelo en el bolsillo con una sonrisa—. No a todos nos enseñan que el amor es algo gratuito, sino que hay que ganárselo. Siento que tengas que ver esta parte tan horrible de mí. Mi apego no es muy bueno, pero no quiero hablarte de las relaciones de amor de mi familia ni de la crianza que he tenido para ser hoy como soy. No al menos ahora.

Tomás le estaba acariciando las manos mientras la miraba y escuchaba. Le parecía tan preciosa que no podía entender cómo podía decir que esa parte de ella era horrible. No obstante, la entendía, y tanto que sí. «No a todos nos enseñan que el amor es algo gratuito», se repitió mentalmente las palabras de ella. La abrazó y le dio un beso en los labios. La volvió a mirar a los ojos y vio la tranquilidad dibujada en ellos. Solo necesitaban hablar. Intentó alejarla de ese tema para respetar su decisión de no hablar de su familia. Ya bastante tenía con tenerlos en casa.

—¿Has tenido pareja antes? —preguntó.

—¡Claro que sí! —contestó Helena con una risita—. Tuve un novio en la universidad, hace ya unos tres años. Todo salió fatal, claro...

—¿Y qué pasó? —preguntó Tomás, interesado. La acunó y le acarició el pelo mientras hablaba.

—Bueno, en realidad fue por mi culpa —reconoció ella, recordando sus tiempos de estudiante, cuando había mantenido una relación con un compañero de clase—. Me dedicaba a fantasear sobre un hombre perfecto que no existía...

—Eso lo hemos hecho todos, ¿no? Yo también soñaba con la mujer perfecta —añadió mirándola con interés, y sonriendo por lo mucho que se parecía ella a esa mujer, en todos los sentidos—. Por cierto, deja de culparte ya, ¿no?

Helena lo miró y asintió con una sonrisa.

—No, créeme, lo mío era pura obsesión —dijo Helena aún sonriendo—. Ahora me río, pero es que era tan selectiva con los hombres y tan perfeccionista, que estaba totalmente ciega. Hasta que un día, comencé a salir con un compañero de clase con el que siempre había tenido química, y duramos unos dos años. Rompimos justo el día de la graduación. Fue un día con un sabor agridulce, aunque si te soy sincera, yo no sentía nada por él, estaba enamorada de un hombre ficticio que yo me había creado. Así que le dije que no era lo que buscaba y, solo unos meses más tarde, me di cuenta de que había sido totalmente estúpida; aunque también pienso que si hubiese sido una relación sana, me hubiera hecho olvidar esa ilógica idea de «hombre perfecto» que nos meten a todas con calzador desde que nacemos.

—Y tanto que sí —dijo Tomás, pensando también en él. Era muy fácil empatizar con sus preocupaciones y sus miedos. No eran ni de lejos tan disparatados como ella pensaba.

—Aun así, todavía sigo teniendo miedo —confesó.

Tomás le cogió la cabeza entre sus manos y la besó dulcemente en la frente, la miró a los ojos y vio ese sentimiento reflejado en ellos.

—Yo también tuve una novia en la universidad... —dijo, entonces, para animarla un poco—. Empezamos siendo amigos «que liberaban tensiones antes del examen» —dijo dibujando comillas en el aire—, pero, al final, terminamos sintiendo cariño el uno por el otro.

—¿Y qué pasó?

—¿Tiene buena pinta esa relación, verdad? —dijo Tomás con una sonrisa, mientras Helena asentía enérgicamente con la cabeza como si le estuvieran contando un cuento—. Pues ella me engañó, muchas veces... —recordó Tomás con un brillo nostálgico—. Aunque he de decir, en mi defensa, que me parecía una chica muy poco interesante, hubiera terminado rompiendo con ella tarde o temprano.

—¡Venga ya! Eso lo dices solo para quedar bien —le reprochó Helena dándole unos golpes en el hombro.

—¿No ha colado, entonces? —dijo Tomás riendo—. He sido siempre más ingenuo de lo que me hubiese gustado, la verdad.

Una nube de risas tontas llenó la consulta mientras el sol daba paso a la noche, que apuntaba fría y despejada.

—Me ha gustado mucho que vinieras a verme, en serio —le dijo Helena, al fin—. Perdóname si alguna vez me cuesta expresarme, es que no sé cómo hacerlo.

El ensordecedor pitido del teléfono los sacó de aquel silencio, que aunque era tenso, estaba cargado de ilusión.

—¿Helena? Faltan diez minutos para que venga Patricio Expósito, y Ángela me acaba de llamar. Yo ya he terminado el balance, te he dejado abierto el expediente de este nuevo paciente, aunque como no me ha dicho cómo se llama te lo he dejado justo encima de la mesa para que lo relles tú.

—Claudia, respira —le aconsejó Helena, con una risita nerviosa—. No me importa que te vayas antes.

—¿En serio? Gracias, eres un sol.

Tomás había llegado a la mesa, había cogido a Helena por la cintura y la había subido en ella.

—¡Chss!, espera a que termine...

Como si escuchara llover, y con una sonrisa de oreja a oreja, Tomás le arrebató el teléfono y colgó. La cogió de la barbilla rodeándola con su brazo, la acercó a su cuerpo todo lo que pudo y luego comenzó a besarla lentamente, intentando no ser demasiado brusco. Helena, que estaba deseando que ocurriera algo así, apenas lo disfrutó pensando que quizá Claudia entraría para comentarle algo más con sus nervios habituales. Luego, pensó que era imposible que Claudia pasara sin llamar y que, a estas alturas ya debería de estar arrancando su coche. Cuando ya al fin se estaba amoldando a su cuerpo, a su tacto, a su olor, cuando al fin estaba disfrutando de aquel momento, recordó qué era lo que de verdad la tenía preocupada...

—¡Tu hermano! —dijo de pronto.

—¿Qué le pasa? —preguntó Tomás, sin detenerse.

—¡Tu hermano! ¡Que está al llegar!

Helena bajó corriendo de la mesa y miró su reloj. Eran las ocho en punto.

—¿Mi hermano tiene cita contigo ahora? —Tomás no sabía si estaba de broma o no.

—Es en serio, ¡tienes que salir de aquí antes de que nos vea!

—¿Esa era la cita urgente?

Tomás seguía sin creérselo cuando Helena le puso el abrigo y lo echó del despacho.

—¡Vamos, vamos!

Recorrieron juntos, apresuradamente, las dos plantas hasta la puerta principal, como en el día de Navidad, y Helena sintió una punzada de adrenalina. Abrió la pesada puerta y, como de costumbre, una ráfaga glacial cruzó el acogedor vestíbulo navideño.

—Espera, espera... ¿por qué tratas a mi hermano? —preguntó Tomás, deteniéndose en la puerta..

—¡No te lo puedo decir! ¡Ya lo sabes! —contestó Helena mordiéndose el labio—. ¡No es nada grave! —añadió al ver la expresión de preocupación de Tomás—. Yo no te he dicho nada, ¿vale?

—Mañana pienso venir otra vez, esté mi hermano, tu madre o el mismísimo Espíritu Santo. —Y con un beso fugaz, desapareció en la oscuridad.

Helena cerró la puerta con el nivel de estrés rozando las nubes y se dejó caer en el sofá llena de un sopor incontrolable. Vio el teléfono y rápidamente marcó el número de la casa de Abril.

—¿Diga? —dijo su voz soñolienta al otro lado.

—¡Abril! ¡Era Tomás! —dijo Helena, emocionada, acurrucándose en el sofá.

—¿Qué dices?

—¡Lo que oyes! Ha venido a verme ¡a mi consulta!

—¡Venga ya! ¡Y yo comiendo mazapanes! ¡Cuenta, joder!

El telefonillo de la puerta sonó. Patricio ya había llegado.

—Te llamo después. Acaba de llegar su hermano, es mi última consulta.

—¿¡Qué!? ¡No me dejes así!

Pero ya era demasiado tarde. Helena, con un brillo especial, se dirigía corriendo hacia la puerta principal mientras se alisaba la bata de nuevo.

—¡Hola, Patricio! ¡Pasa!

Ella se apartó para dar paso a un Patricio muerto de frío.

—¡Joder! Cada vez hace más frío, perdona el retraso —dijo este quitándose el gorro, la bufanda y los guantes—. Te juro que me ha parecido ver a mi hermano correr calle abajo...

Helena fingió sorpresa con una risa amable mientras colgaba el abrigo de Patricio en el

perchero junto a uno de los árboles de Navidad.

—¿Te importa que hagamos la consulta hoy en el salón? Creo que ahí estaremos más cómodos —sugirió, pensando que quizás en su despacho no conseguiría prestarle demasiada atención después de lo ocurrido.

CAPÍTULO 11

—¡Vamos tita, despierta! ¡Despierta, tita! ¡Despierta, tita! ¡Despierta, tita!

—Evelyn, no chilles más, ya estoy despierta...

Helena se frotaba los ojos y luchaba para quitarse de encima a su sobrina.

—¡Bien! ¡Mamá, la tita ya se ha despertado! —La niña corrió hacia la puerta como alma que lleva el diablo.

Helena cayó a la desesperada hacia atrás y se acurrucó de nuevo entre las sábanas, hacía mucho frío. Miró su reloj de mesa y, para su asombro, descubrió que eran aún las nueve de la mañana. El grito desgarrador del pequeño Max reclamando a su madre al otro lado del pasillo hizo que Helena se desprendiera de sus sábanas de un tirón y maldijera su suerte.

«Hoy, que es sábado, me gustaría haber dormido hasta tarde», pensó cabizbaja.

—Helena, lo siento. —Su hermana, todavía en pijama, entró en su cuarto y cerró la puerta tras ella con el pequeño Max entre sus brazos—. Les prometí a los niños que hoy iríamos al centro comercial, todos juntos. He perdido de vista a Evelyn un momento, lo siento. Estarás cansada, puedes seguir durmiendo, no nos iremos hasta más tarde.

—No, no importa... —mintió Helena.

—¿Quieres que te haga el desayuno entonces?

Su hermana Laura la miró acunando al pequeño Max, y entonces Helena pudo ver una sombra de cansancio en sus ojos. Laura apartó inmediatamente la mirada al darse cuenta.

—Está bien, ¿a qué hora nos vamos?

—Sobre las doce y media o la una, aunque conociendo a mamá...

—A las doce... de acuerdo.

Helena le sonrió a su hermana y esta le devolvió una pequeña mueca muy alejada de la felicidad. Helena cerró la puerta, subió las persianas de su cuarto y volvió a tirarse en su cama.

—Tengo sueño... —murmuró a la nada.

Se revolvió entre las sábanas y entrecerró los ojos al toparse con los débiles rayos del sol lejano de diciembre. La nieve brillaba fuera, los pájaros piaban... y a Helena le quedaba un horrible día por delante con sus escandalosos sobrinos y sus padres, en un centro comercial plagado de seres disfrazados de Papá Noel regalando caramelos. Suspiró.

Todas las navidades, todas las jodidas navidades que había disfrutado de su inagotable soltería su casa había estado libre de niños traviosos, de hermanas con maridos, de padres *rockeros* y de madres metomentodo. Y ahora que había encontrado a alguien dispuesto a pasar tiempo con ella, de repente su enorme caserón se había quedado pequeño. En parte ella sabía que era su culpa, era una mujer adulta y sana, y si quería llevar a alguien a su casa, podía hacerlo, no debía importarle que estuviera su familia al completo; pero siempre, en su más fría lógica pensaba: «Y si se lo presento a todo el mundo y después la cago con él... y... y...». Sentía un miedo irracional a que su familia la viera como una cualquiera y una fracasada que no sabía dirigir su vida... Tenía miedo de decepcionarlos.

«¡Basta!», se dijo Helena, sobresaltándose. Cogió el móvil y marcó el número de Jayin, sabía que él trabajaba los sábados por la mañana, así que lo pillaría despierto seguro. Él sería su equipo de rescate de aquella mañana.

—¿Helena? ¿Va todo bien? —Jayin sonaba preocupado.

—¡Buenos días! —dijo Helena, radiante, al escuchar la voz de su amigo.

—¡Hoy es sábado! ¿Qué haces despierta tan temprano?

—Es que mi querida y dulce sobrina me ha despertado. Hoy voy al centro comercial, dime que vas a estar allí...

—¡Claro! Hasta las dos o así que cierre, ¿por qué?

—¡Porque tengo ganas de verte! Tengo que contarte cosas...

—Sí, ya sé que Tomás estuvo anoche ahí. ¡Esto tiene buena pinta, Helena! —exclamó Jayin, emocionado.

—¿Te lo contó Abril?

Después de que Patricio hubiera agotado su tiempo de consulta, Helena había llamado a Abril para contarle los últimos detalles sobre Tomás. Habían estado hablando hasta que su hermana y Esteban llegaron con los niños de cenar fuera. Entonces se había visto obligada a colgar y retirarse a descansar.

—¡Pues claro que sí! Como tú ya no me quieres... —le reprochó él, en broma—. Ya, ya sé que no quieres llamar cuando los niños están durmiendo.

—¡Le dejé el recado a Abril! Oye, pero no te desvíes del tema, ¿te vas a escapar esta tarde un rato? Si paso una tarde entera en familia, me suicidaré.

—Está bien, te llamaré después de comer.

—¡Vente a comer con nosotros!

—No, no. Es que ya he quedado —dijo Jayin, triunfante.

—¿Con Abril?

—No, he quedado con un chico.

Helena emitió un chillido muy agudo de emoción.

—¡Me alegro un montón! Eso significa que has dejado de preocuparte por lo del otro día, ¿no?

—Sí, más o menos. Esta tarde te cuento con más detalle, ahora tengo que dejarte, voy a abrir la clínica.

Helena colgó y descubrió que la noche anterior, se había dormido leyendo el historial de Patricio. Todavía no había terminado de rellenarlo. Lo cogió y, rápidamente, se le vino a la cabeza la consulta. Patricio venía mucho más tranquilo y relajado que la última vez que se vieron en Nochebuena. Al parecer, él no sostenía la idea de que sus padres supieran lo que realmente era.

—¡No puedo decirles que soy gay! —decía Patricio, alzando la voz.

—Pues no se lo digas. Después de todo, tú ya llevas otra vida lejos de ellos.

—¡Pero son mis padres! ¡Tienen derecho a saberlo! —se rebatía.

La contradicción era uno de los puntos más interesantes de Patricio. El problema era que aceptar su condición sexual significaba poder tener la opción de mostrarse libre tal y como era, poder ser él mismo con su núcleo familiar. La contradicción solo le indicaba a Helena que había una fuerte herida de apego y que, con casi total seguridad, en el pasado Patricio no se había sentido escuchado ni respaldado por su familia. La ansiedad era solo una consecuencia del poco cariño y apoyo familiar que había tenido.

—¿Aún no has conocido a nadie aquí? —le apremió Helena.

Estaba segura de que si Patricio encontraba algún chico, se relajaría a la hora de tomar una decisión sobre si salir o no del armario, o al menos, eso lo relajaría y le ayudaría a normalizarlo.

—No tengo amigos aquí, solo he salido con mi hermano un par de noches... ¿Tú no tendrás un amigo gay, verdad?

Helena le sonrió. Sí, tenía un amigo gay, pero difícilmente se imaginaba a Patricio con Jayin, eran como el día y la noche, el yin y el yang. La noche con Patricio había acabado en una de esas consultas a las que Helena llamaba «estancadas», ni el paciente veía la luz ni Helena tampoco.

Había terminado dándole una tabla de ejercicios de relajación seguida de la recomendación de salidas más frecuentes en busca de un solo objetivo: cazar hombres y pasárselo bien. Era la única solución que Helena veía de momento.

Buscó algún boli en el primer cajón de su mesita de noche y apuntó al final de su historial: «recalcular ruta». Odiaba poner eso.

* * *

Tomás estaba mirando al techo. En realidad, llevaba varias horas mirando al techo, había visto amanecer. Tenía la mano aferrada al móvil. Casi eran las doce de la mañana y no había conseguido moverse de la cama.

La noche anterior había trabajado hasta las tres de la madrugada y, una vez más, apenas había conseguido dormir. Algo le rondaba la cabeza desde que había salido de casa de Helena. Se sentía fatal por no haber sido del todo sincero. Si algo lo caracterizaba era su apremio, su arrojo... y su impaciencia. Se estaba culpando por no haberle contado algo que realmente no había tenido tiempo de contarle.

Se dio la vuelta entre sus sábanas y miró de nuevo el móvil. Tenía seleccionado el número de ella y el dedo puesto en la tecla de llamada. No sabía qué hacer. ¿Sería demasiado pronto para llamarla? ¿Estaría despierta?

Tenía que haberle contado toda la verdad. La verdad sobre Cloe. Tenía que haberle contado que había estado enamorado de ella toda su vida. Pero la conversación que había mantenido con Helena solo había tratado sobre sus antiguas parejas, no sobre sus antiguos amores fallidos milenarios. Tomás suspiró por enésima vez. Se sentía como si le hubiera mentido sin haberlo hecho. No por Cloe, ella ya estaba fuera de su mente y de sus pensamientos. Se sentía mal porque quería hacer las cosas bien. Quería que ella supiera quién era la chica con la que había compartido todo; su vecina, su amor secreto. Quería que Helena lo conociera a fondo y él a ella, antes de que la relación fuera a más. Le había costado dos horas averiguar que lo que sentía realmente era miedo, como ella también lo sentía. En un momento de lúcida lógica escuchó cómo su parte racional le dictaba que no había cometido ningún delito, pero a pesar de lo cierto de esa idea, seguía sintiéndose mal, mal por dentro, como si de repente lo estuviera echando todo a perder. Como si la estuviera cagando.

—Quiero que todo salga bien... —se repitió de nuevo en voz baja—. Necesito contárselo.

Con grandes esfuerzos, se levantó de su cama, la cabeza le daba vueltas de tanto pensar. Izó las persianas y el fuerte sol de la mañana iluminó toda la habitación. Desde la ventana de su salón se veía toda la calle que daba al hospital en donde trabajaba. Miles de personas se habían echado a la calle para aprovechar ese día tan bueno y continuar con las compras navideñas, otras; no tan afortunadas, se agolpaban en las puertas de urgencias del hospital. Tomás suspiró, eso significaba más trabajo para él. Repasó mentalmente su horario intentando buscar un hueco para ella y aclarar aquel asunto de una vez. Se paró un momento. ¿Se estaba obsesionando con la perfección como siempre hacía que tenía miedo a fallar? Derrotado, se dejó caer en el sofá. Obsesión o no, Cloe seguía siendo su amiga e iba a estar a su lado continuamente. La idea de que Helena se pudiera sentir amenazada y hacerse una idea equivocada no era tan disparatada.

Sonó el timbre de su apartamento. Tomás frunció el ceño y decidió no contestar, seguro que era la vecina de abajo otra vez protestando por el cartero. Se levantó, se fue a su cuarto, pero no se alejó lo suficiente para oír la siguiente voz:

—¡Tomás! ¡Sé que estás ahí! ¡Ábreme, quiero hablar contigo!

* * *

—¡Tita, ven a patinar!

Helena estaba sentada con su hermana y sus padres en el palco alrededor de la pista de hielo del centro comercial. Helena se estaba aburriendo soberanamente, pero ya podría estar en peligro de muerte que no se iba a meter a patinar con los pequeños diablos de sus sobrinos. Se recostó en su asiento y sacó su móvil. Miró la pantalla unos segundos y después buscó el número de Tomás. Tenía unas ganas locas de llamarlo, pero no se atrevía a hacerlo, aún se sentía como si fuera demasiado pronto para esas llamadas repentinas...

—¡Oye, Helena! ¿Te vienes a mirar un pedal nuevo para mi guitarra? —preguntó Nicolás con su entusiasmo habitual.

—¡Papá! Otro pedal... —reprochó Helena, suspirando.

—¡Pues claro! Como nadie me regala una guitarra nueva... —protestó el hombre.

—¡Pero si a ti te gusta la que tienes! —intervino su madre.

—Ya, pero para variar un poco, ¿no? ¡Anda, ven conmigo! ¡Cinco minutos!

—¡Papá, no tengo ganas de moverme! —protestó Helena, cansada de la actitud jovial de su padre.

—¡No lo entiendo! ¡Antes te gustaba la música!

—¡Anda! Callaos ya, yo iré contigo —gritó Estela.

—Pero yo quiero que venga ella. Ella sí entiende de guitarras, se lo he enseñado todo yo.

—¡Vamos, viejo gruñón! —Su madre lo asió del brazo y lo alejó de allí mientras él seguía refunfuñando.

Helena vio que sus padres, agarrados de la mano, se alejaban por el pasillo repleto de gente. Cuando los perdió de vista, su atención regresó al móvil, pero ¿qué le diría si lo llamaba? Seguramente le saldría un desesperado «quiero verte» o algo extremadamente cursi por el estilo. Le dio un pequeño escalofrío, lo peor de todo es que sentía de verdad esas ganas irrevocables de verlo, y no sacarlas la estaba matando.

—¿Qué te ocurre, Helena? Estás como ida. —Su hermana le había puesto una mano en el hombro.

—Nada, es que estaba pensando en otras cosas.

Helena la miró de nuevo, esta vez con interés. Laura le sonreía anodidamente mientras sus ojos se dirigían a la pista de hielo, siguiendo los pasos de sus dos hijos, que jugaban a derribar a su padre.

—Y a ti, ¿qué te ocurre? —preguntó Helena.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo su hermana distraída, sin apartar la mirada de la pista de hielo —. ¡Evelyn, deja en paz a ese señor!

Evelyn estaba incordiando a un señor mayor y a su mujer dando vueltas alrededor de ellos, preguntándoles si estaban casados.

—Bueno, no sé, te noto algo preocupada... —comenzó Helena viendo sus ojos cansados, e ignorando al incordio sobre ruedas que era su sobrina.

—Helena, tengo tres hijos —contestó con pesadez señalando a Max, que dormía plácidamente en su cochecito—. Estoy tremendamente cansada, es un faena criar a los tres a estas edades.

—Pero también tienes a tu marido, ¿no? Entre los dos hacéis un buen equipo.

Laura hizo un gesto de dolor al oír esas palabras. Helena tuvo la sensación de haber dado en el clavo pero, automáticamente, Laura volvió a su expresión estándar.

—Sí, Esteban es buen padre, no sé qué haría sin él, la verdad —Laura dijo esas palabras muy despacio, como si estuvieran muy estudiadas y, acto seguido, respiró hondo.

—¿Por qué no intentas explicarme qué pasa? A lo mejor hablar un poco te viene bien.

Laura la miró escrupulosamente, como si estuviera midiendo la calidad y el peso de su proposición. Volvió de nuevo su mirada silenciosa a la pista de hielo y, finalmente, sonrió.

—Haces bien tu trabajo, ¿no tienes un protocolo que te prohíbe tratar a familiares?

—No soy tu psicóloga, soy tu hermana. Solo te estoy dando la posibilidad de que te desahogues conmigo. Ya sé que llevar una casa con tres niños no es fácil, no soy imbécil...

Helena hizo el ademán de levantarse, ofendida, pero Laura fue más rápida y la agarró de la muñeca.

—Está bien, lo siento. No pretendía ser grosera, siéntate. Hablemos —le pidió su hermana evitándole la mirada.

—Si no quieres contármelo, lo entenderé, Laura —razonó Helena a pesar de sentirse un poco molesta.

—Helena, es que no se trata de nada en particular. Es todo el estrés que provoca el ser padre, la responsabilidad... —comenzó Laura—. Y bueno, ya no llevo la misma vida que antes. No soy la misma persona.

—¿Es algo sobre Esteban? —le facilitó Helena.

—Bueno, él y yo... —Laura la miró de nuevo, no tenía lágrimas en sus ojos, pero sí una pena muy arraigada—. Nuestra relación se ha enfriado últimamente, nos dedicamos solo a los niños y no tenemos tiempo para nosotros, no sé explicártelo mejor.

—Comprendo. —Helena respiró tranquila, se imaginaba algo peor—. ¿Desde cuándo no estáis juntos? —preguntó en un susurro.

—Desde que nació Max no hemos vuelto a tener sexo —confesó su hermana mirando al niño, que dormitaba tranquilo en su carrito.

—¿Dos años? —preguntó Helena abriendo mucho los ojos.

—Bueno, en realidad casi tres años. Desde que me quedé embarazada no hemos vuelto a hacerlo.

—¿Y tú crees que se debe a los niños?

Laura la miró profundamente y respiró hondo, debía de haber llorado mucho desde entonces. Ya no le quedaban lágrimas, aunque el peso debiera ser el mismo.

—Yo le quiero mucho, y yo sé —cogió aire—, que él a mí también.

—¿Pero no discutís?, ¿no os peleáis?

Helena intentaba analizar la situación porque hasta ahora no tenía mucho sentido.

—Lo justo, lo que se pelean todas las parejas casadas y con hipotecas.

Laura se acomodó en su silla y cruzó las piernas, moviendo la sillita de Max. Intentando aparentar normalidad

—¿Has hablado con él de esto?

—Normalmente está muy ocupado trabajando en el despacho. Yo lo veo, soy su secretaria —dijo Laura con una sonrisa—. Así que no sé qué es lo que ha pasado, ¿a qué quieres que lo atribuya si no es a los niños?

—¿Atribuir a qué? —repitió Helena. Movié la cabeza negativamente—. Lo que tienes que hacer es hablar con él y dejar de hacer suposiciones —bajó la voz—. Y si tiene problemas para... ya sabes, para tener erecciones. Hablar de eso puede llegar a ser muy difícil. Es un hombre muy ocupado, puede que el estrés...

—¿Pero cuándo hablo con él? No te haces una idea de lo ocupado que está —la cortó.

—¡Estamos en vacaciones, Laura! —estalló Helena—. ¡Deja de poner excusas! Ahora tenéis tiempo de sobra. Entiendo que tengas miedo, pero debes enfrentarlo.

Laura la miró con una sombra de tristeza en su rostro.

—¿Y si no quiere mantener relaciones conmigo porque no me quiere?

Helena tragó saliva y le pasó un brazo por encima a su hermana, la abrazó.

—Eso es un riesgo que tendrás que correr, Laura, no puedes vivir en una farsa.

Laura dejó escapar una tímida lágrima, que se limpió rápidamente con el reverso de la manga, y continuó abrazando a su hermana.

* * *

—¿Qué haces tú aquí? —Tomás abrió la puerta sin ni siquiera mirar a su amiga mientras se abrochaba su bata—. Cierra la puerta al pasar.

—¡Ni siquiera vas a mirarme a la cara! —chilló Cloe, aún en el umbral—. ¡Te estoy hablando, cerdo estúpido! —La chica dio un portazo al cerrar y, con aire enfadado, se quedó en el recibidor.

—Puedes gritar y pegarle a todo lo que te dé la gana. La única que te va a reñir es la señora Esteve... —dijo señalando al apartamento de arriba y pegándole un mordisco a una manzana.

Cloe se cruzó de brazos y lo miró desafiante. Tomás, en cambio, se encogió de hombros, se acomodó en el sofá y encendió el televisor pensando en lo oportuna que era siempre su amiga.

—¡Oh, vamos!, ¿qué te pasa?

Con un ágil salto, atravesó el sofá y se colocó encima de Tomás, se separó el pelo y parpadeó varias veces.

—Vaya, veo que sigues con las clases de taekwondo —comentó Tomás tranquilo, sosteniéndole la mirada y masticando la manzana.

—Siempre, querido. —Cloe le puso los brazos a ambos lados de la cabeza y lo miró con picardía, disfrutando de tenerlo debajo.

—Cloe, quítate de encima —le pidió Tomás lo más seco que se permitió.

—De modo que... —comenzó Cloe poniéndose de nuevo en pie—. Vengo aquí a pasar las navidades... ¡para verte! Y para empezar, no quieres follar...

—Cloe...

—Después pasas de mí olímpicamente... —continuó, contando con los dedos.

—¡Cloe!

—Y me dejas con los frikis de tus amigos... ¿Crees que de verdad me merezco esto?

Ella concluyó sus trifulcas con una mirada inquisidora y con su tono inmutable e irrefutable. Aunque, claro está, Tomás ya estaba curado de todos sus arrebatos.

—Lo primero, creo que ya lo dejamos bastante claro el otro día... —rebatía Tomás, con una indiferencia que hasta a él mismo le sorprendió. Una sombra de ira asomó por el bello rostro de Cloe—. Y en cuanto a lo segundo, nadie te pidió que vinieras... —Cloe emitió un profundo gesto de dolor—. No pongas esa cara, ¡es cierto y lo sabes! Tengo mi trabajo y mi vida, no puedo estar pendiente de ti, Cloe, ya no somos niños...

—¿Vida? ¿Qué vida? ¿No será esa horterera de la casa horrenda?

Cloe hizo un gesto de desprecio y volvió a apartarse el pelo.

—¡¿Tanto trabajo te cuesta entenderlo?!

Tomás explotó de ira. Cloe se había quedado gélida. Su rostro no se había inmutado, pero por dentro había sentido una oleada de miedo y placer al ver el rostro enfadado de Tomás tan cerca de ella, con los ojos fuera de las órbitas.

—Lo siento —Tomás se frotó los ojos. Estaba muerto de cansancio—. He pasado una mala

noche, Cloe, será mejor que te vayas.

—Tomás... —Cloe tenía la voz carrasposa y su nombre quedó en un susurro—. No quería decir eso...

Él la miró con atención y pudo ver a través de sus ojos dorados que decía la verdad. Se le cayó el mundo encima.

—Perdona, no quería gritarte. —La abrazó, acariciándole el pelo.

—Es que no estoy acostumbrada a esto —dijo separándose de él—. Ya sabes que a veces sigo siendo esa niñita mimada que lo quiere tener todo.

—Oye, Cloe, yo quiero seguir siendo tu amigo, solo quiero que comprendas que mi vida ha cambiado y que ahora las cosas son... distintas. —La voz de Tomás era firme, no le tembló ni un ápice.

—Me acostumbraré. —Cloe sonrió—. Te doy mi palabra.

—Bueno, ¿entonces para qué has venido? —preguntó Tomás, sentándose de nuevo en su sofá e invitando a Cloe a que hiciese lo mismo.

—Ah, no importa, es una tontería —apuntó la chica, metiéndose un mechón rebelde detrás de la oreja y bajando la mirada—. ¿Cómo es que has pasado una mala noche?

—Bueno, es largo de contar.

—Tengo toda la mañana —dijo Cloe, acurrucándose en el sofá mientras lo miraba.

* * *

—¡Jayin! ¡Por fin llegas!

Helena abrazó a su amigo. Estaban frente a la puerta principal del centro comercial La Libertad, y el tímido sol, que aquella mañana había salido, comenzaba a esconderse entre espesas nubes blancas al comienzo de la tarde.

—Perdona, ¿he tardado mucho? —preguntó el chico mientras entraban en el centro comercial.

—Demasiado. ¡Ha sido un día horrible!

Helena se abrió su abrigo y le señaló la enorme mancha de chocolate que había en su jersey amarillo. Jayin se echó a reír, y Helena lo miró con cara de circunstancias.

—En serio, creo que mis sobrinos planean quemarme la casa o algo así... —Helena suspiró.

—¡Son niños!, ¿qué esperas?

Jayin había dejado de reírse y se había sentado en un banco cerca de la gran fuente situada justo en medio del edificio. A esas horas de la tarde, la mayoría de la gente estaba descansando en cualquier cafetería de la planta superior, reponiéndose para volver a comprar compulsivamente, por eso los pasillos centrales estaban prácticamente vacíos.

—No ha sido solo eso, he estado hablando con mi hermana y tiene problemas con su marido. —Helena meneó la cabeza de un lado a otro—. En fin, un horror... ¿tú qué tal con tu cita?

—Mal —confesó Jayin—. Solo busca un rato...

—¡Wiii! —Helena fingió un grito de emoción.

—Una lástima, era un partidazo —reconoció Jayin, con la mirada perdida en el agua de la fuente.

—Pero ¿por qué no le das una oportunidad? —preguntó ella.

—Ya se la di, a este ya me lo tiré —confesó.

—¿Qué? ¡Eso no vale! Tienes que buscar gente nueva —le riñó, dándole un pequeño golpe en su musculado hombro.

—Lo sé, quería hacer trampas —reconoció él, con una sonrisa—. Oye, ¿y Tomás?, ¿te ha

llamado?

—No —contestó Helena, algo triste—. Supuse que me llamaría él si no lo hacía yo...

—¿Y a qué estás esperando?, ¿A que lluevan piruletas? —se bufó Jayin.

Helena sonrió y sacó su móvil del fondo del bolsillo.

—Pero... ¿qué le digo?

Helena se mordió el labio, se estaba empezando a poner nerviosa.

—Que tu casa está libre ahora —Jayin enarcó las cejas.

—¡No seas cerdo! En serio, ¿qué le digo?

Jayin le arrebató el móvil y buscó apresurado el número de Tomás, que estaba el primero y, sin dudar, le dio a la tecla de llamada.

—¿Qué haces?!

Helena lo cogió y no se atrevió a colgar. ¿Y si ya había sonado el primer toque? Se puso el auricular en la oreja haciéndole gestos obscenos a Jayin mientras este sonreía pícaramente.

—Hola...

Tomás tardó en coger el teléfono, estaba pasmado, no se esperaba que ella lo llamase.

—Hola —contestó Helena llevándose el índice a los labios, indicándole a Jayin que no hablara si quería continuar con vida—. ¿Cómo estás?

—Cansado... —reconoció Tomás—. La vecina de arriba no ha parado de hacer ruido en toda la noche. —Había optado por una mentira fácil, no le iba a contar nada por teléfono, estaba demasiado contento de que lo hubiera llamado—. ¿Qué tal estás tú?

—Bien, he salido con mi familia a dar una vuelta... y me he acordado de ti. —Helena se llevó la mano a la cara pensando que la había cagado, pero Jayin le hizo un gesto de aprobación y la animó a seguir hablando.

—Yo mientras estaba despierto esta noche, me he acordado todo el rato de ti, así que no me ganas... —dijo Tomás, sonriente, observando la cara de desconcierto y horror de su amiga Cloe.

Helena se rio tontamente. Estaba justo en la situación en la que no quería estar: babeando por un chico delante de su amigo en un centro comercial, en plena Navidad.

—Y ¿qué estás haciendo ahora? —preguntó.

—Acababa de terminar de comer con una amiga. Creo que la conoces, se llama Cloe, también cenó en Nochebuena en tu casa.

—¡Ah, sí! —recordó Helena.

—Oye, ¿te apetece verme mañana? —preguntó Tomás, de repente.

Helena iba a decir que sí totalmente dispuesta, pero Jayin, que estaba atento escuchando, negó violentamente con la cabeza y moviendo los labios dijo: «Hemos quedado». Helena cayó entonces en la cuenta de que ya había hecho planes con semanas de antelación con Abril y Jayin para hacer las compras navideñas ese domingo, pero aun así, no se rindió.

—¡He quedado... por la tarde! —respondió Helena rápidamente—. Pero por la mañana no hago nada, si te apetece quedar por la mañana, claro... —Helena suspiró, satisfecha con su respuesta. Ahora cruzaba los dedos para que Tomás dijera que sí mientras veía los gestos de ánimo que Jayin le hacía.

—¡Por supuesto! —dijo Tomás sin vacilar—. Por la mañana, entonces. ¿Te apetece desayunar con este humilde señor?

—¡Claro!

—Pues a las nueve estoy en tu casa, ¿es demasiado pronto?

—No, para nada, ¡me parece estupendo!

—Pues ya está todo dicho —dijo Tomás, loco de contento—. Te dejo que sigas con tu día, a ver

si puedo aguantar sin hablar contigo hasta mañana...

—¡Lláname cuando quieras! —le sugirió ella con una risa tonta, de nuevo—. ¡Hasta luego! —Y colgó.

—¡Genial!, ¡genial!, ¡genial! —exclamó Jayin, aplaudiendo—. ¡Te hacía falta un empujoncito!

—¡Te odio! Lo sabes, ¿verdad?

Se sentía aliviada a la vez que un chorro de adrenalina le salía por las orejas.

—¡Que no! ¡Que Abril y yo queremos acción! ¡Se nos acaban los temas de conversación y tú eres nuestra salvadora! —dijo Jayin, satisfecho.

—Malas personas —bromeó Helena.

Nada más lejos de la realidad, muchas veces se preguntaba qué sería de ella sin sus amigos.

—¡Tita! ¡La llevas! —Evelyn pasó a su lado tan rápida como el viento y le arrebató el móvil de la mano.

—¡Evelyn! ¡Vuelve aquí!

Helena gritó en vano. Ya era demasiado tarde, la niña había desaparecido por algún lado.

—¡Helena! —Esteban corría hacia ella—. No te preocupes, te lo devolverá, lo hace solo para picar.

Helena, que había estado un poco reacia con su cuñado desde que Laura le había contado su historia esa mañana, ahora sintió una punzada de lástima por él. ¡Niños del demonio!

—No importa, ya me lo devolverá —contestó Helena, conteniéndose.

—Sí, no te preocupes. Por cierto, yo soy Esteban, su cuñado —dijo, tendiéndole la mano a Jayin.

—Yo, Jayin Paranjoy —contestó, estrechándosela.

—¿Paranjoy? ¿De la India? —intuyó Esteban con una sonrisa.

—De la misma, sí señor —contestó Jayin, sonriente también.

Helena ni siquiera se disculpó con los dos hombres por no presentarlos, estaba demasiado ocupada buscando a su sobrina. Tenía un mal presentimiento.

* * *

—¡Ya lo tengo!

Evelyn, triunfante, llegó a las puertas del cine donde había quedado con su hermano Roberto y su tío Rodrigo.

—¡Buen trabajo, pequeña! —dijo Rodrigo con una sonrisa maliciosa, cogiendo el móvil de su hermana—. ¡Tú llevas mis genes!

—Sí, muy bien, pero teníamos un trato...—le recordó la niña, astutamente.

—Os compraré la bolsa de chuches cuando haya instalado el micrófono en el móvil de la tita. No queremos que se entere, ¿verdad?

Los dos niños sonrieron maléficamente mientras negaban con la cabeza.

CAPÍTULO 12

Eran las ocho y cuarto. Helena iba de un lado a otro de su habitación, metiendo todo lo que encontraba a su paso en el bolso.

—¿Qué es esto?

Sacó una figurita de pokemon y la tiró al suelo. Se asomó de nuevo a la ventana y miró por enésima vez el paisaje. La pasada noche no había nevado, pero la intensa helada había congelado la nieve, que se agolpaba en las aceras y en los tejados. Los primeros rayos de sol despuntaban en el alba y hacían que el hielo brillara de una forma especial, reflejando sobre él las parpadeantes y alegres luces navideñas de las casas más cercanas. Se puso su gorro, se enfundó los guantes y la bufanda. Suspiró por última vez y salió silenciosamente por la puerta de su cuarto.

Los pasillos de la casa estaban oscuros y vacíos. Los tímidos rayos de sol y las luces de los adornos hacían visibles sus pasos sin tener que encender ninguna luz. La adrenalina le hervía en el pecho mientras bajaba los escalones de dos en dos, oyendo la respiración tranquila y pausada de los niños al otro lado del pasillo.

Llegó al vestíbulo, cogió su abrigo y se encaró al frío de la mañana temprana. Cerró la puerta despacio y, con cuidado de no resbalar con el hielo, atravesó el jardín.

Nada más cerrar la verja metálica, un coche negro apareció desde el fondo de la calle. Helena sonrió al reconocer el pelo rubio de Tomás. Se bajó del coche mientras se frotaba las manos y sonrió.

—Buenos días, preciosa.

Helena sonrió y se apresuró hacia su encuentro y lo abrazó con fuerza. Estaba a una temperatura genial, pero eso no bastó, pues al contacto con su cuerpo toda la carne se le puso de gallina y un escalofrío de emoción los recorrió a ambos.

—¡Me estoy helando! —exclamó Helena con una risa nerviosa.

—Estamos a tres grados bajo cero. ¡Pasa al coche! Tengo la calefacción puesta —dijo él, abriéndole la puerta de inmediato.

Helena recibió con cierta satisfacción la agradable temperatura del interior del vehículo. Tomás también se sentó en el asiento del conductor y cerró la puerta. La calle estaba completamente desierta y el sol acababa de salir por completo. El coche estaba limpiamente parado en mitad de la calzada cuando Helena cogió con su helada mano el mentón de Tomás y le dio un fugaz beso matinal. Ambos se sostuvieron la mirada unos mágicos instantes en los que el silencio fue el mediador de todo. La castaña y cálida mirada de Helena se fundió con los templados y divertidos ojos de Tomás que, con cariño, parecieron acariciarse.

—Buenos días... —dijo entonces con una sonrisa, aún muy cerca de él.

Tomás estaba tan pasmado que apenas oyó el claxon de la furgoneta del panadero, que lo apremiaba para que se moviera.

—Te confieso que no sé a dónde llevarte —le dijo con una sonrisa, recuperándose de la sorpresa y acelerando—. Siempre suelo desayunar en el hospital, no es un sitio muy romántico.

—Yo sé de una cafetería que está muy bien —dijo Helena, aún mirándole recostada en su asiento mientras recordaba las largas tardes de charla con Jayin y Abril en su cafetería favorita—. Está cerca de la Bolera Clan... no sé si sabes... —titubeó Helena.

—¿La que está justo en frente? Esa que tiene la fachada rosa... —aventuró Tomás.

—Sí —dijo ella—. Tiene un aspecto muy ñoño, pero me gusta cómo ponen el café...

—Ahora que lo dices, me acuerdo de cuando te vi por primera vez en la Bolera Clan... —la interrumpió Tomás, con los ojos soñadores, tomando un atajo por las calles próximas al centro—. ¿Quién me iba a decir entonces que iba a conocerte?

—Nadie —reconoció Helena con una sonrisa—. No sé cómo no pensaste que estaba loca...

—Lo pensé —confesó Tomás, riéndose—. Eso fue lo que me hizo lanzarme.

Helena abrió la boca para replicar, pero decidió callarse y aceptar ese extraño cumplido de buena mañana, así que se dedicó a admirarlo en silencio hasta que llegaron a la cafetería.

—*Post Mortem*... —musitó Tomás, leyendo el título fucsia con letras redondeadas—. Qué sitio más contradictorio, ¿no?

—Ya. A mí solo se me vienen autopsias a la cabeza cuando lo leo —añadió Helena.

—Por si acaso no probaré los bocadillos —bromeó.

Habían encontrado sitio justo enfrente de la cafetería. No había mucha gente que madrugara una mañana tan fría en periodo vacacional. Entraron dentro de la confitería, que era muy coqueta y acogedora, y se sentaron en una de las mesas más apartadas, al lado de la puerta. Las sillas estaban cubiertas con cojines mullidos de terciopelo rojo brillante; las mesitas, en contraste, eran de cristal con adornos de flores silvestres rosas en los bordes.

—Un cortado y un... —pidió Tomás cuando la camarera, con cara de cansancio absoluto, se les acercó para tomarles nota.

—Yo quiero un capuchino con motitas de chocolate y canela —recitó Helena, obediente.

—Y uno de esos donuts rellenos de fresa con azúcar —apuntó Tomás.

—¿Están buenos esos donuts? —preguntó Helena, molesta, cuando la camarera se hubo alejado.

—Ahora lo sabrás. Quiero compartirlo contigo. Si después te queda sitio, pediré otro... —dijo sonriendo burlescamente, mientras acogía entre sus manos la helada mano de Helena—. Estás como un témpano.

A Helena se le escapó una sonrisa vergonzosa. Todavía le seguía poniendo nerviosa que la mirara de esa forma, que la tocara, que le hablara...

En ese mismo momento, la camarera, algo más despierta, volvió con los dos cafés y el donut. Tomás apartó las ridículas flores de decoración de la mesa y las puso en la contigua para que cupiera todo, le dio las gracias y la siguió con la mirada hasta que se metió de nuevo tras la barra. Una vez colocado todo, dirigió su mirada hacia Helena que, producto de la vergüenza que aún sentía, abrió la bolsita del azúcar derramando casi la mitad fuera del café. Y entonces, solo entonces, se le pasó contarle su historia con Cloe. Tenía que decirle que Cloe había sido... ¿qué? ¿Qué había sido Cloe para él?

—¿Anoche hubo mucha movida por el hospital? —preguntó Helena, interrumpiendo sus pensamientos.

—No —dijo Tomás saliendo de su ensimismamiento—. Bueno, en realidad hubo un par de infartos. Luego llegaron dos chicos de una pelea, uno traía una navaja en el brazo derecho... y aparte de eso, poco más...

—¿A qué hora saliste de trabajar? —preguntó entonces Helena, alarmada.

—Creo que eran las cuatro o las cinco... —dijo Tomás, meneando su café sin darle importancia.

—¿Qué? ¡Entonces no has dormido nada!

—No importa, tengo todo el día para dormir —contestó Tomás sonriendo—. Yo solo quería verte.

A Helena se le volvieron a tornar las mejillas de un color carmesí intenso. Tomás volvió a sonreír. Era tan dulce...

—Me siento culpable —añadió, riendo, Helena.

—¡Lo eres!

Tomás cortó el donut por la mitad con cuidado, dejándole a ella la parte más grande. Se produjo entonces un silencio incómodo en el que ambas miradas se juntaron. Tomás mordió el extremo de su donut y Helena observó, alarmada, cómo una gota de pegajosa mermelada de fresa caía lentamente hacia el jersey de rombos que Tomás se había puesto.

—¡Cuidado!

Helena estiró el brazo para impedir una mancha, que sin duda sería difícil de quitar, con tan mala pata que casi le tira el café ardiendo encima. Tomás la asió de la muñeca para impedir que siguiera cayendo mientras observaba cómo la mermelada quedaba impregnada en su jersey pijo. Avergonzada, se puso bien en su sitio y le alcanzó una servilleta. Tomás la miró un tanto confuso y, tras coger el trozo de papel que le ofrecía, procedió a partirse de risa aún con el donut en la boca. Habían armado tanto escándalo que media cafetería los estaba mirando. Un señor mayor con las orejas rojas de frío, que llevaba consigo un periódico y un café ardiendo en un vaso de corcho, murmuró algo así como: «Jóvenes, ya armando jaleo de buena mañana...». Tomás, por su parte, seguía riendo mientras intentaba masticar y limpiarse la mermelada a la vez.

—Siempre acabas montando una buena... —dijo al fin, cuando se hubo tragado el trozo de donut.

—Aunque no las busque —añadió Helena, mordiendo también su donut e intentando sonreír. Estaba asqueroso.

—Bueno, mejor que llevar una vida aburrida... —contempló Tomás terminando de masticar.

Ella se limitó a sonreír, cosa bastante difícil, ya que estaba haciendo un gran esfuerzo por tragarse el bollo con la mermelada de fresa. Ni siquiera era capaz de decir que no le gustaba, no quería que él se decepcionara. Realmente, lo que le había hecho ponerse alerta era ese último comentario sobre la vida aburrida... Si él supiera que la vida de Helena en estos últimos años se había limitado a levantarse por las mañanas, trabajar y volver a dormir; seguro que no le parecería tan interesante. Helena suspiró un poco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tomás buscándola con los ojos soñadores.

—Ed café gema... —mintió Helena con la boca llena de mermelada, mientras simulaba que tomaba un sorbo de café.

Tragó el bocado de fresa y cogió una servilleta. Puso el donut restante detrás de su taza y comenzó a quitar con esmero la gelatinosa crema.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer en Nochevieja? —comentó Helena mirándolo, para disimular.

—Pues la verdad es que aún no sé si trabajo... —respondió Tomás, apoyándose la mejilla sobre su puño mientras tomaba un sorbo de café con la mirada perdida en el fondo del vaso. Helena aprovechó para arrancar un buen pedazo de bollo y envolverlo en la servilleta. Ya estaba por la mitad.

—¿Trabajas en Nochevieja?

Helena sintió una punzada de dolor que no tuvo nada que ver con la angustiada sensación de tener la fría y pegajosa mermelada de fresa empapándole los dedos de la mano izquierda. La verdad es que la noche anterior, antes de poder quedarse dormida, había estado fantaseando con la idea de proponerle a Tomás pasar la noche juntos... algo así como ir a alguna fiesta y después llegar a casa, tranquilos, con música suave de fondo...

—Vaya, había pensado que quizás podríamos hacer algo...

—A mí también me gustaría hacer algo contigo esa noche —dijo Tomás, cogiéndole la mano de nuevo. Con los nervios, Helena apretó más su izquierda de modo que la gelatinosa crema del

dónut se salía aún más de su prisión de papel—. Diego y Lucas tienen entradas para alguna fiesta de estas pijas con barra libre, pero yo había pensado en algo más íntimo, no sé...

Helena tuvo la sensación de que le leía la mente y, como no podía ponerse más colorada, apartó la mirada y se acabó su café con el suficiente cuidado de que no se viera la batalla campal que mantenía la crema de fresa con la servilleta.

—La verdad es que yo... también había pensado... —comenzó Helena, aclarándose la garganta.

Fue a coger otra servilleta para limpiarse, pero fue tan torpe que tiró el servilletero al suelo.

—¡Oh, perdón! Hoy tengo las manos de trapo —dijo con una risa tonta.

Tomás, sonriendo, se agachó a cogerlo. Helena aprovechó la oportunidad. Vio una planta preciosa justo detrás de él y a partir de ahí, todo pasó muy rápido. Con un ágil lanzamiento de lo más veloz, y rezando para que Tomás no la hubiera visto, Helena encestó el resto del dónut en el macetero de la planta. La maceta ondeó, un poco molesta, pero el dónut estaba a salvo y fuera de sus papilas gustativas. En solo una milésima de segundo su cerebro le recordó la evidencia: «¿Cómo puedes complicarlo todo tanto? ¿No era más sencillo decirle que no te gusta el maldito dónut?»

—Levantarte temprano no te sienta bien —dijo Tomás, ajeno a la expresión de nerviosismo y alivio que se había formado en la cara de Helena.

—Oye, ¿crees que aunque salgas tarde del trabajo en Nochevieja, podremos vernos? —aventuró Helena.

—Siempre puedes venir al hospital y sentarte en una camilla mientras me ves pasar con informes de comas etílicos. —Tomás le acarició la mejilla—. Te prometo, sea como sea, que el día de año nuevo estaremos juntos, ¿te parece buen trato?

Helena asintió, sonriéndole mientras pensaba que si iba a ser así, entonces en Nochevieja no saldría. De todas formas, odiaba esa fiesta, solo había gente borracha y vomitando con trajes de etiqueta.

—¿Ya te has terminado el dónut? —preguntó Tomás, mirando el plato vacío.

—¡Claro! Mi madre siempre dice que como demasiado rápido —comentó con una risita nerviosa.

—¿Te apetece entonces que salgamos a dar una vuelta? Hace sol y tú has quedado pronto.

Helena miró la hora en su reloj de muñeca. Ya eran las diez, había quedado con Jayin y Abril en la puerta del centro comercial a las diez y media.

—¿Por qué pasa el tiempo tan deprisa? —preguntó con un hondo suspiro.

—Pues porque estás conmigo —alardeó Tomás con una sonrisa traviesa.

—¡Ja, ja! Muy gracioso, doctor. A ver si puede llevarme antes de las diez y media a la puerta de *La Libertad* —lo retó Helena, frunciendo los labios.

—Reto aceptado.

Acto seguido, Helena se levantó y dejó un billete encima de la barra, llamó la atención de la señora que les había atendido y pidió que se quedara con el cambio. Tomás le sonrió para darle las gracias, la cogió de la mano y juntos salieron hacia la helada mañana. El sol había salido ya con valentía y el aire cortaba la cara mientras ellos caminaban felices bajo las terrazas nevadas camino al paseo de La Libertad, que daba al centro comercial. Helena hinchó los agujeros de la nariz, un aire gélido le entró por los conductos nasales y torció un poco el gesto. Miró a Tomás y, para su sorpresa, vio que este la estaba observando.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Tomás, con media sonrisa.

—Lo hago a veces, cuando reflexiono —contestó Helena casi de inmediato, aunque en realidad no sabía qué profunda reflexión estaba preparando su cerebro ahora.

—¿Y qué estás pensando ahora? —preguntó él con cuidado.

Helena abrió la boca para explicárselo, pero de repente, al cruzar la carretera hacia el paseo de la Libertad, el sol les azotó el rostro.

—¡Caramba! Qué alivio... —exclamó Helena, evitando la pregunta.

El sol pegaba fuerte tras días de temporal, y era un alivio no sentir el aire cargado de hielo en la piel. A lo lejos, se atisbaba el centro comercial. Helena alzó la vista y se puso de puntillas para intentar ver si sus amigos habían llegado, pero era demasiado pronto.

—¿Quieres que nos sentemos a esperarlos? —sugirió Tomás mientras la invitaba a sentarse en uno de los bonitos bancos de madera que recorrían todo el parque—. Aún no me has dicho en qué pensabas...

—Pues...

Helena se sintió algo incómoda y bajó la mirada. Tomás le cogió la mano sonriéndole mientras le acariciaba dulcemente la palma con el pulgar.

—Helena, no tengas miedo de decir lo que piensas.

—Es que no estaba pensando en nada especial... —confesó ella—. Creo que lo hice porque estaba a gusto contigo —sonrió mientras sentía cómo se ponía roja lentamente.

Buscó una estrategia de salida y rápidamente se dispuso a desabrocharse el botón del abrigo.

—¿Ese anillo es tuyo?

Tomás le tomó de nuevo la mano con delicadeza y examinó el anillo de plata que cubría su dedo índice. Acarició su palma con suavidad mientras se apartaba para que el sol inundara la joya con forma de corona griega, decorada con hojas de laurel y tres circonitas en su alrededor.

—Es... era de mi abuela —balbuceó Helena, con la boca seca, observando a Tomás y el movimiento de sus manos rozando la suya.

—Es muy original, no había visto nunca nada parecido... Te queda un poco grande —concluyó sonriendo mientras jugaba a sacárselo y volverlo a encajar en su sitio con la dulzura más extrema del mundo.

—Mi abuela también era pintora. Supongo que llevarlo encima me hace sentir parte de mi familia. Me hace sentir que encajo dentro de ese mundo... —dijo taciturna.

Él, mientras la escuchaba, se quedó un rato más admirándolo y observando cómo quedaba en su mano mientras le acariciaba la muñeca hasta que se llevó el dorso de su mano a los labios y la besó dulcemente mientras la miraba con ilusión sin decir nada. Helena estaba intentando tragar saliva. Se había quedado tan embobada mirándolo y tan embelesada con el roce sedoso de su piel que apenas se acordaba de hablar. Él se quedó acariciando su mano cerca de la barbilla, la pequeña barba le hacía cosquillas. Helena sonrió.

—¿Por qué eres tan genial conmigo?

Helena todavía estaba mirando el roce de sus manos. Tomás se quedó un poco abstraído.

—¿Es tu forma de decirme algo bonito? —preguntó él, besándole de nuevo la mano sin parar de sonreír.

—Supongo que sí. Me cuesta entenderme hasta a mí —confesó ella, tímidamente.

—Poco a poco, Helena —suspiró Tomás aliviado, apretándole ligeramente la mano contra su pecho. Respiró profundamente—. Solo te puedo pedir paciencia, seguro que todo va a ir bien.

—¿Qué esperas tú de mí? —se aventuró ella volviéndose a secar la boca de los nervios.

—Me gustaría que no tuvieras tanto miedo, o al menos que no te bloqueara o impidiera hacer lo que quieras hacer. —Se acercó un poco más, sonriendo—. Que confíes en mí y en lo que sientes. Creo que quiero ir en serio, aunque todo depende de cómo evolucionemos. —Esta vez fue Tomás el que bajó la mirada avergonzado—. A veces mi cabeza va demasiado rápido, y tampoco quiero

ilusionarme si tú no me correspondes. ¿Te gustaría que continuemos con esto?

Helena se quedó paralizada. La pregunta, como un chorro de agua congelada, le cayó encima. Hasta ese momento, había visto a Tomás como algo lejano, que estaba presente pero de una forma superficial y un tanto irreal, si lo pensaba lo conocía solo de unos días, intensos sí, pero solo unos días. Pero ahora, al distinguir sus ojos verdes, iluminados por el sol de la fría mañana, mirándola con la preocupación por recibir un rechazo doloroso escrito en ellos, hizo que Helena bajara a la tierra de una vez y viera la realidad. Y la realidad era que ese chico se estaba empezando a enamorar de ella y ella estaba cagada de miedo. Él estaba siendo precavido, maduro. Observó su cara ligeramente contraída por la tensión, cómo por los poros más débiles de su piel empezaba a formarse una película de perlado sudor producto de la indecisión mientras que una brisa suave se levantaba y removía el cabello de ambos.

—Sí, quiero —dijo.

Una sonriente y nerviosa Helena respiró aliviada. Realmente no tenía dudas de él. Se acercó despacio a su boca y lo besó dulcemente con un deje de temor. Tomás, por su parte, estaba tan aliviado que soltó un pequeño gemido y la agarró con tal ansia que poco faltó para que se cayeran del banco.

Al separarse, ambos se desternillaron de risa.

—¡Joder! ¡Qué mal rato! —exclamó Tomás mientras la abrazaba—. Me he sentido como si te estuviese pidiendo matrimonio.

Helena, sonriente, dirigió instintivamente la mirada hacia la puerta del gran edificio del fondo y vio a lo lejos cómo sus dos amigos miraban exhaustos la escena para no perder detalle.

—Creo que ya me están esperando —dijo ella separándose lentamente de él con la sonrisa aún en los labios—. Me gustaría verte esta noche.

—Te llamaré hoy cuando acabe el turno.

Helena dejó que su mente volara. Tenía muchas ganas de que estuvieran a solas, probablemente en casa de él, con una manta viendo algún *zapping* de Nocheviejas anteriores y cantantes pasados de moda...

—Y en Nochevieja —añadió él—. Espero estar libre a eso de las cuatro. Pasaré a buscarte estés donde estés. Espero que no bebas demasiado... —concluyó con una sonrisa falsamente inocente.

—De acuerdo, te veo luego entonces —dijo ella.

Tomás le acarició la mejilla y la besó de nuevo.

—Me da igual que tus amigos estén mirando —dijo con los ojos cerrados aún—. Nos vemos esta noche.

Y desprendiéndose de ella despacio, como si fuera porcelana, emprendió su camino en el sentido contrario. Helena se quedó mirándolo unos segundos antes de que desapareciera por la otra calle y, mientras andaba camino al centro comercial, vio cómo una pareja de viejecitos le sonreían tiernamente en respuesta a la escena que acababan de ver. Esta les devolvió la sonrisa y con cara de boba cruzó el camino hacia el encuentro con Abril y Jayin.

* * *

—¡Vaya filete! —exclamó Jayin conforme Helena se acercaba.

—¡Y eso que solo son las diez de la mañana! ¡Ya me gustaría verla de noche! —añadió Abril.

—¡Oh, por Dios! No hagáis de esto un espectáculo —susurró Helena abrazándolos mientras ponía cara de circunstancias.

—«Oh, no sé qué hacer!» — Jayin puso voz aguda para imitar a Helena.

—Con ese acento no engañas a nadie, moro —replicó esta.

—¡No me llames moro! ¡Soy hindú!

—Y yo soy Paris Hilton y quiero entrar a hacer las insufribles compras de Navidad, ¿podemos?
—sentenció Abril.

Su rostro estaba algo ensombrecido y tenía unas ojeras enormes. Jayin y Helena se quedaron un poco contrariados pero aceptaron la brusca invitación de su amiga de buena gana, había mucho que comprar y muy poco tiempo.

El centro comercial comenzaba a llenarse a medida que el día avanzaba y el trío de amigos recorría tienda tras tienda buscando regalos para los más allegados.

—¿Por qué mierda está todo tan caro? —Abril se enfurecía aún más conforme cambiaban de tienda—. ¡Voy a tener que cobrar el doble por sesión! ¡Y encima Edgar está en paro!

—No nos habías dicho eso... —dijo Jayin con tacto mientras avisaba a Helena con el codo disimuladamente.

—Nada, olvídalo, no importa.

Abril continuó mirando pantalones ante los atentos ojos de Helena, Jayin y la agobiante multitud. Dos minutos después, Abril desapareció entre los probadores.

—¿Tú sabes qué le pasa? —preguntó Helena preocupada, observando la abarrotada puerta del probador.

—Sé que ha estado un poco distante con Edgar últimamente, pero ya sabes que se suelen pelear de vez en cuando como es normal.

—No creo que esté tan alterada por una simple disputa con Edgar... —Helena se quedó pensativa unos instantes. Había estado tan ocupada pensando en ella misma que no se había percatado de que Abril pudiera tener algún problema importante—. ¡Mierda! Vamos a sentarnos aquí, no me gusta nada de Zara.

—A mí tampoco, cada vez van a peor... —Jayin se sentó junto a Helena en un mostrador donde la ropa de oportunidades, más fea que un tumor, estaba toda revuelta y tirada.

—¿Por qué te mira ese tanto?

Helena se fijó de repente en unos de los dependientes que estaba recogiendo la ropa desechada de los probadores. Jayin fijó la mirada y se quedó pensativo.

—¡Ah! Sí, me lo tiré hace algún tiempo.

—¡Es muy guapo! ¿Por qué no lo llamas?

—Borré su número —contestó Jayin torciendo el gesto.

—¿Y por qué no se lo pides ahora? Está claro que te ha reconocido —sugirió Helena.

—No —susurró Jayin apartando la mirada del casi modelo que lo miraba desde el fondo de la tienda—. He estado reflexionando acerca de todo —comenzó—, y he llegado a una conclusión.

Helena le cogió la mano y lo miró, esperando escucharlo.

—Necesito cambiar de aires, necesito irme de aquí y empezar mi vida en otro lado...

Helena se quedó mirándolo mientras barajaba esa posibilidad, le había pillado por sorpresa. Jayin siempre había sido su confidente, su mano derecha junto a Abril, su mejor amigo... y ahora quería irse. No podía ocultar su miedo ante la idea de perder una de las personas más importantes de su vida. Era duro reconocerlo, pero sus amigos eran su verdadera familia, y perderlos o hacerles daño era delicado para ella.

—¿Por qué?

—Estoy perdido, confuso, no sé qué es lo que quiero... necesito desconectar, trabajar en otro sitio, con otra gente, seguir formándome... —Jayin apartó la mirada de su amiga—. He pensado

en estudiar otra cosa.

—Si de verdad te haría feliz el irte a otro lugar, adelante —dijo Helena intentando sonreír—. ¿Lo has pensado solo o ya has barajado algunas opciones?

Jayin miró a Helena de nuevo, sonriendo.

—Solo lo he pensado. Aún no sé qué voy a hacer —Jayin suspiró—. Podría irme a Madrid o volver a la India —Jayin se aturulló ante la mirada escandalizada de su amiga—. Pero todo depende de cómo me vayan las cosas de aquí a final de Navidad, ya sabes que cambio mucho de opinión...

—Pues espero que elijas la mejor opción para ti. —Helena lo abrazó—. Pero no te vayas muy lejos, los billetes a la India no son muy baratos y ya has escuchado a Abril, nuestra economía no es tan escandalosamente buena como para pagarnos un viaje tan lejos cada poco.

Jayin abrazó a su amiga y así se quedaron un buen rato. Por el rabillo del ojo Helena vio cómo el apuesto dependiente la miraba con cierto recelo.

—Debería ir a ver cómo está Abril, me ha dejado algo preocupada. Estos días apenas os he visto, he estado muy centrada en mí, lo siento...

—¿Bromeas? Es la primera vez que te pasa algo así desde hace eones. Disfrútalo, Helena. No tienes que pedirnos disculpas por ser feliz.

Helena le sonrió y decidió que tenía razón. Se levantó satisfecha y se dirigió hacia la puerta del probador justo cuando Abril salía de ella. Helena atisbó vagamente que agachaba la cabeza y cuando la vio se tiró a sus brazos.

—¿Qué te ocurre, preciosa? —susurró Helena mientras la besaba en la frente. Vio cómo sus ojos estaban hinchados y llorosos.

—No me he probado nada —dijo sonriendo con una débil risita.

—Venga, vámonos de aquí... —dijo Helena soltado los pantalones en el primer sitio que vio bajo la mirada inquisidora del dependiente *top model* exrollito de Jayin. Helena hizo como que no lo vio, cogió la mano de su amiga y, junto a Jayin que ya las estaba esperando, salieron de Zara.

—¡Vamos a comer al *Wok*!

Una vez sentados en el bufé libre de comida china, Abril se puso a remover su sopa picante con la mirada perdida en el fondo, mientras Jayin y Helena la observaban expectantes. Helena miró a Jayin y, en silencio, estuvieron de acuerdo en dejarle algo de espacio a su amiga. Empezaron a comer.

—Edgar quiere dejarme... —susurró al fin.

—¿¡Qué!?

Jayin y Helena dejaron escapar trocitos de sus respectivos rollitos de primavera.

—¿Por qué? —consiguió articular Jayin mientras tragaba despacio.

Abril se encogió de hombros y siguió mirando su sopa.

—¿Te lo ha dicho él? —inquirió Helena aún con el entrecejo fruncido.

Abril negó con la cabeza y suspiró largamente. Jayin y Helena volvieron a mirarse. Esa situación no se había dado nunca.

—Últimamente estamos solo discutiendo y no hacemos nada desde hace semanas... creo que está con otra.

—Eso es imposible —dijo Helena casi gritando—. Edgar y tú siempre os lo habéis contado todo, no creo que sea eso lo que ocurre... ¿Dónde está la confianza que siempre habéis tenido?

Abril tragó su sopa y miró a su amiga profundamente.

—Hace unas semanas estuvimos barajando la posibilidad de tener un bebé y siempre terminamos discutiendo. No quiere tener un futuro conmigo, está claro.

—A lo mejor está asustando, Abril... —sugirió Jayin.

—¡Pues que se hubiera asustado hace siete años y no ahora! Que me lo hubiera hecho saber antes para no perder todo este tiempo en una relación que no va a ningún sitio.

Abril había alzado un poco la voz y las mesas más cercanas volvieron la cabeza hacia ella.

—Oye, esto se va a solucionar, ¿vale? —Helena le cogió la mano a su amiga, que tenía los ojos llorosos—. Tener un bebé es un paso muy importante y Edgar seguro que lo está pensando detenidamente. Solo necesitáis hablarlo con tranquilidad y si no estáis preparados siempre hay tiempo. No es algo fácil, ya lo sabes.

—Lo que me toca las narices es que tampoco tiene pensamientos de formalizar lo nuestro, ¿sabéis? No es que a mí me entusiasme la idea de casarme, pero no sé... Me gustaría al menos avanzar. No quiero vivir en ese ático de alquiler para siempre. —Abril soltó una pequeña carcajada—. Creo que ya he tenido suficiente paciencia con él, no puedo estar aguantando su indecisión toda la vida, ¿os acordáis cuando me quedé embarazada?

Helena y Jayin se miraron con cara de circunstancias. Pues claro que se acordaban, había sido hace tan solo dos años. Abril se había quedado embarazada y tras muchas peleas y discusiones, juntos habían decidido abortar a pesar de que Abril defendía que estaba cualificada para ser una buena madre. Tenía un trabajo estable y un lugar sano donde poder cuidar al niño. No obstante, tras todas estas indicaciones, Edgar alegaba que les sería imposible cuidar del bebé sin ayuda y que no quería depender de nadie para hacerlo. No quería crear un monstruo. Si tuvieran un hijo, lo planearían y lo harían tranquilamente. Fue una época dura para los dos y Helena, en un acto de apaciguar las cosas, le regaló a la pareja a Slash, el perrito labrador que tras dos años de vida, se había puesto enorme y seguía creciendo. A Abril, que siempre había querido una mascota adorable, le hizo mucha ilusión a pesar de los grandes destrozos que le ha provocado al ático donde vivían. Por otro lado, Edgar siempre había sido un chico muy nervioso, hipocondriaco y quizás algo histérico, por eso, el pequeño Slash había sido un respiro para él. Y aunque a veces la convivencia con el animal ocasionara discusiones, Helena siempre los había visto felices desde entonces, aunque comprendía que su amiga, tras siete años de noviazgo, quisiera que la cosa se normalizara y tomara un rumbo constante.

—Después de tantos años, necesito ver que esto va algún lado, ahora lamento tanto aquel niño que perdimos... —Abril se limpió las lágrimas con el reverso de la manga de su jersey morado—. He pensado en darle un ultimátum, estoy cansada.

—¿Pero tú le sigues queriendo? —preguntó Jayin con la boca abierta.

—Pues claro que sí, pero yo necesito más.

—Entonces la que quiere dejarlo eres tú, Abril, no él —le dijo Helena con todo el tacto que pudo.

Abril asintió con la cabeza lentamente a su amiga.

—Cuando ya llevas tantos años con alguien y estás tan seguro de lo que sientes, llega un momento en el que lo único que quieres es pasar el resto de tus días con esa persona y formar una familia. Si él no está preparado para pasar a la siguiente fase conmigo, entonces tendremos que dejarlo a estas alturas del partido...

La mesa se quedó en un silencio sepulcral. Casi se podían oír las neuronas de todos fabricando soluciones mientras engullían lentamente la comida.

—Sería una pena que rompierais, yo creo que no lo superaría... —añadió Helena un rato después con una pequeña sonrisa, mirando con ternura a su amiga.

—Oye, y si... —Jayin la interrumpió—. Al igual que tú necesitas algo más, quizás Edgar también esté pensando lo mismo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Abril extrañada.

—Quizás él también esté un poco apático dentro de la relación, ¿desde cuándo no os dais sorpresas, por ejemplo?

—¡Uuuuf! —bufó Abril—. Desde nunca. No somos de esas parejas ñoñas que se hacen regalos...

—¿Y por qué no pruebas a darle alguna sorpresa? ¡Rompe la monotonía!

—¿Tú crees que eso funcionará? —preguntó Abril con el rostro sombrío.

—No sé si será eficaz, pero alegrar y hacer que la relación perdure seguro que sí... —concluyó Jayin más animado—. Por lo menos hasta que lleguéis a un acuerdo conyugal...

—Puede que tengas razón. Si las palabras no sirven porque discutimos, quizás hacer algún cambio en mis acciones sí que funcione —barajó Abril.

—¡Hazle una sorpresa hoy mismo! —la animó Helena.

—Pero si ya le he comprado una nueva tableta gráfica, me ha costado un pastón... —dijo Abril señalando una bolsa del *MediaMarkt*.

—¿Y si te compras tú un modelazo sexy y te lo pones esta noche? —sugirió Jayin.

—Me gusta cómo piensas —dijo Abril ya mucho más contenta, poniendo cara de análisis conformista.

—¡Y de paso que se compre otro Helena para Tomás! —añadió Jayin casi gritando.

Helena escupió gran parte de sus fideos chinos sobre la mesa, casi se atraganta.

—¡Tía, me has bañado! —protestó Abril secándose mientras sonreía.

—No pienso comprarme un salto de cama —dijo Helena sin disculparse.

—Pues te lo compro yo, maja —contestó Jayin la mar de tranquilo.

Tras varios gritos y súplicas, media hora más tarde, Helena se encontraba dentro de *Victoria's Secret*, enfurruñada como una niña de cinco años.

—¡Mira este! —exclamó Abril sosteniendo un conjunto dorado.

—Es precioso —reconoció Helena tocándolo.

—¡Pruébatelo! —instó Abril a su amiga.

—¡No! ¡Estamos aquí por ti! Hemos hecho un pacto... —Helena se alejó mientras Abril la maldecía por lo bajo.

—¡Oye! No seas una siesa, cómprate uno aunque sea de broma —le suplicó Jayin, siguiéndola.

—¿Te parece que estos precios son de broma? —preguntó Helena cogiendo un conjunto rosa con pompones que costaba cien euros.

—¡Mi regalo de Navidad!

—¡Jayin, por favor!

—¡Helena, mira este!

Abril salía desde otra fila con otro par de pequeños trozos de tela transparente con cosas brillantes.

—¡He dicho que basta!

Helena atravesó un pasillo medio corriendo y casi atropella a alguien.

—¡Disculpe! —dijo Helena apurada.

—Tranquilita con la moto, *chati* —dijo un hombre bajito de melena larga con una camiseta de Obús.

Mientras se preguntaba que qué demonios hacía un metalero en una tienda pija de lencería íntima, vio cómo este dejaba un conjunto pequeño de cuero bastante picante en su sitio. Helena sonrió ante la idea de un chico comprándole lencería sexy a su chica por Navidad, y se acercó a mirar más de cerca la prenda que él había soltado.

—¡Helena! —protestó Jayin alcanzándola. Abril iba detrás, ella ya había escogido su conjunto azulón con encajes.

Jayin había cogido por el camino más conjuntos de los que le pudieran caber en las manos.

—Escoge uno y punto —le pidió Abril.

—Quiero este —dijo Helena recogiendo el conjunto de cuero que había soltado el chico metalero.

Ambos la miraron con cara de aceptación. Jayin soltó todas las prendas y Abril la arrastró hasta la caja. Los tres se estaban desternillando.

—¡Vaya día más raro! —comentó Jayin un rato después, sentado en uno de los bancos del abarrotado centro comercial, ya había anochecido.

—¿Qué dices? ¡Pero si ha sido genial! —le defendió Abril mirando sus compras y repasándolas—. Hacía días que llevaba dándole vueltas al asunto de Edgar y ahora hasta quiero llegar a casa y ponerme esta mierda que me he comprado y pasárnoslo genial. Creo que aislarme ha sido peor. —Miró a sus amigos.

Ambos le sonrieron y se fundieron en un tierno abrazo los tres.

—Bueno, y que Helena se haya comprado un conjuntito sexy... —añadió Jayin.

—Mira, no me lo recuerdes —pidió ella poniendo cara de circunstancia.

—A ver, ¿cuándo has quedado con Tomás? —preguntó Jayin.

—Pues queremos vernos en Nochevieja seguro —dijo Helena recordando y sonriendo.

—¿No trabaja? —Quiso saber Abril, emocionada—. Dile que se venga con nosotros a la Bolera Clan. Ángela lleva meses preparando una fiesta legendaria.

—Sí, sí que trabaja. Pero dice que quiere verme después, cuando salga.

—¿Te recoge o se queda? —interrogó Jayin.

—Yo preferiría irme —reconoció Helena con una sonrisa—. Ya sabéis que no me gustan las fiestas...

—¿Y a dónde pensáis ir después? —preguntó Abril.

—Pues creo que mi casa estará ocupada por toda mi familia, así que espero que vayamos a su apartamento.

—¡Uuuuuuuuuuuuh!

Abril y Jayin gritaron a la vez. Varias personas miraron.

—¡Dejad de liarla! ¡No es para tanto!

—Pero si lo estás diciendo tú todo —dijo Abril riéndose.

—¡Y hablando de Roma! ¿Aquel no es Tomás?

Jayin enfocó la vista hacia un punto perdido a lo lejos. Helena se giró. Efectivamente, era Tomás. Su pelo rubio resaltaba entre toda la multitud, brillaba con las luces parpadeantes de Navidad. Helena estuvo a punto de levantar la mano para saludarlo, pero entonces vio que no estaba solo. Distinguió una figura esbelta, atractiva y con el pelo largo, castaño suave, que caminaba junto a él cogida de la mano. De repente, como si Cloe supiera que Helena estaba mirando compungida desde el otro extremo del centro comercial, besó en la mejilla a Tomás, sonriendo como una estúpida y, para mayor sorpresa de esta, Tomás le respondió pasándole su brazo por encima de los hombros, para poder estar más cerca de ella, para poder sentirla mejor...

CAPÍTULO 13

—¡Estoy tan contenta!

Cloe se abalanzó sobre su amigo y le besó la mejilla con fuerza.

—¡Yo también! ¡No he dormido hoy nada y me has arrastrado al centro comercial! —contestó Tomás con cierta ironía. Cloe lo miró con ojos de cordero y Tomás no pudo resistirse a pasarle un brazo por los hombros para abrazarla—. ¿Qué demonios te ha pasado ahora para que estés tan feliz? ¿Te has buscando un nuevo «amigo»?

—¡Qué pesado! ¡Siempre estáis pensando en lo mismo! —Cloe le dio un fuerte empujón en la tripa.

—¡Pero si eres tú la que siempre estás pensando en sexo! —dijo Tomás, con voz afligida, mientras se tocaba el estómago.

Cloe siguió caminando agarrada a él y sonriendo como una tonta; entonces Tomás cayó en la cuenta.

—Oye, Cloe. Estoy intentando empezar una relación y no creo que parecer una parejita feliz por el centro comercial en plena Navidad, ayude mucho...

Tenía un mal presentimiento. Se apartó de ella y miró a su izquierda y a su derecha.

—¡Ah! ¡Es cierto, la psicóloga! ¿No estaba por aquí hoy? —preguntó Cloe, sonriendo aún, y buscándola con la mirada.

—No creo que vaya a aparecer de la nada exclusivamente para ti —replicó Tomás—. Además, ya es bastante tarde, lleva aquí desde por la mañana...

En realidad, Tomás rezaba para que no hubiera visto la escena de cariñitos con su mejor amiga. Mucha gente ya se confundía y pensaba que eran novios por la complicidad que tenían.

—¿No será celosa? —preguntó Cloe con una mirada inquisitoria.

—No lo sé, no nos hemos visto tantas veces —suspiró Tomás.

—Bueno, pero pronto la probarás... ¿o no? —le preguntó ella con una divertida expresión de malicia.

—No es eso lo que me importa ahora —contestó él, encogiéndose de hombros—. No creo que tener sexo tan pronto ayude a que esto perdure. Prefiero ir despacio, y creo que ella lo necesita.

—¿Estás loco? —Cloe se paró en medio de la marabunta de gente y agarró a Tomás por el brazo—. Me estás diciendo que estás «enamorado» de ella. —Cloe dibujó las comillas en el aire—. ¿Y no te la quieres tirar? ¿No tienes ganas de empotrarla?

—Pues sí, eso es exactamente lo que digo —corroboró Tomás, pasándose una mano por el rostro en señal de impaciencia.

—¡Ah! Pues bien...

Cloe reanudó la marcha.

—¿Cómo que bien? ¿Y la bronca que estabas dispuesta a echarme, qué?

—No te pienso echar ninguna bronca —contestó Cloe de repente, muy entretenida buscando alguna tienda cara donde tirar el dinero—. Tú sabrás lo que haces.

Tomás la cogió por el brazo y la arrastró hacia sí. Cloe puso una mueca de terror que duró tan solo un segundo para dar paso a una sonrisa de placer.

—¿Y qué debería hacer? —le susurró Tomás.

Cloe se deshizo de él con un fuerte tirón y se colocó bien el gorro aún con la sonrisa en su rostro.

—Solo digo que no estarás tan enamorado si no quieres tener sexo con ella... —sentenció, satisfecha, mirándolo con dureza.

—¿Y qué hay de malo en esperar un poco? ¿Es que tengo que exigírselo todo la primera semana?

—¿Qué te pasa? ¿Tenéis quince años? ¿No os entran ganas de arrancaros la ropa? —rugió Cloe, entrando en Caramelo. La había escuchado media tienda.

—Pues claro que sí —reconoció Tomás mirando asustado a su alrededor para ver los efectos que había causado el grito de su amiga—. Pero ninguna de las relaciones que he empezado con sexo, han terminado bien. No quiero meter la pata otra vez, con ella no.

Cloe se encogió de hombros con una expresión de desdén mientras cogía un modelito dorado clásico de seda hasta media rodilla. Tenía un escote de barca no muy sexy.

—¿A dónde vas con eso?, ¿a un funeral? —le preguntó Tomás medio riéndose. No era el tipo de ropa que solía escoger su amiga.

Cloe lo fulminó con la mirada y continuó su camino hacia el mostrador para pagar la prenda.

—Es para Nochevieja —aclaró al llegar a la caja.

—¡Venga ya! Pero si no te lo has probado.

—Seguro que me queda perfecto —le insinuó su amiga, elevando las cejas mientras le tendía la tarjeta platino a la dependienta.

—¿Para quién es? ¿Para tu nuevo amante? —inquirió Tomás, apoyándose en el mostrador, con un gesto de picardía y una sonrisa.

Cloe apartó la mirada algo avergonzada y sonrió mirando al suelo.

—Gracias, señora Velasco, esperamos verla pronto —le dijo la dependienta dándole su prenda en una brillante bolsa de cartón junto a su tarjeta.

Cloe, sin contestar, metió la tarjeta en el bolso y comenzó a caminar rápido hacia la salida de la tienda.

—¡Vaya, vaya! Conque Cloe se ha pillado...

Tomás corrió para alcanzarla mientras su amiga suspiraba, aún con una sonrisa en los labios.

—No me he pillado, solo que folla bien y ya está —contestó su amiga, aparentando no darle mucha importancia, muy colorada.

—¡Eres una ladina! No creo que solo sea eso... ¿Es millonario?

—No necesito dinero. Me basto y me sobro —contestó ella mirándolo por primera vez desde la pregunta, con ojos soñadores—. No le des vueltas Tomás, es otro entretenimiento más.

—No tienes cara de que sea «uno más» —insistió él.

—Tienes razón, no es «uno más»... —Dibujó las comillas—.

Tomás se quedó un poco contrariado, pero aun así le parecía muy divertida aquella situación. Estaba seguro de que su amiga estaba sintiendo algo por alguien, pero ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Y os estáis viendo? ¿Quién es?

Cloe se detuvo, mirándolo, pensando la respuesta.

—No ataques con tantas preguntas, *sherif*, o empezaré a pensar que quieres proteger tu terreno.

De repente, el móvil de Tomás sonó estrepitosamente en su bolsillo.

—¡Campeón!

A Lucas se le notaba algo asfixiado al otro lado de la línea.

—¿Qué dice el tío?

—Estoy en mitad de una movida policial, me han llamado para un levantamiento y estamos todos acojonados, ¿vamos después a tomar algo a la Bolera?

—¡De la Rosa! Sabe que estos datos son confidenciales, no estamos en el patio del recreo...

Los gritos del inspector jefe perforaron el oído de Tomás, que tuvo que apartarse el móvil de la oreja.

—Ya, bueno... ¿qué me dices, Tomás?

—Bueno, había pensado quedar con Helena.

—¡Vamos tío, es importante! —Lucas bajó la voz—. Además, hace tiempo que no teníamos un caso tan chungo.

Tomás se lo pensó unos segundos. Tenía ganas de ver a Helena pero, pensándolo bien, su amigo lo necesitaba y a ella la iba a ver el día siguiente. Echó un vistazo hacía atrás y vio a su amiga probándose unos elegantes tacones a juego con el vestido que se acababa de comprar mientras hablaba por teléfono con una sonrisa estúpida en el rostro. Tomás puso cara de interés.

—Oye tío, está bien, pero si me llaman del hospital tendré que dejarte, ¿estás bien?

—Aparte de tener las pelotas como garbanzos, sí, hay un loco suelto.

—¡DE LA ROSA!

La tronante voz del inspector jefe volvió a sobresaltar a Tomás.

—Te dejo, nos vemos por la tarde cuando termine.

Tomás colgó su móvil y se dirigió hacia su amiga que, al verlo llegar, dibujó una microexpresión de terror en su rostro e, inmediatamente, apagó el móvil.

—¿Quién era? —preguntó esta, inocente.

—Lo mismo podría preguntar yo... —rebatió Tomás, sentándose muy cerca y mirándola a los ojos.

—¿Qué te pasa? —Cloe lo miró con asco y llamó a la dependienta para que le envolvieran los zapatos.

—Era Lucas... —dijo Tomás despacio, intentando atar cabos—. Así que estabas hablando con otra persona.

Cloe puso los ojos en blanco y continuó abrochándose sus propios zapatos.

—Lucas está en un levantamiento. Por lo visto han asesinado a alguien.

—¿Ah, sí? —Cloe se levantó y le pidió a la señora que se lo cargara en su cuenta.

—¿No te acordabas de que Lucas era criminólogo?

—¡Uuuf, Tomás! ¡No lo sé! No me acuerdo de toda la gente con la que he estado, aunque sea tu amigo. —Una vez más, no se preocupó por bajar el tono.

—¿Bromeas? Te encanta alardear de que si te has tirado a un banquero, a un director de empresa, a un científico, al hijo del banquero de antes...

—¿Qué quieres? ¿Por qué me martirizas tanto? La gente cambia, ¿sabes? —gritó Cloe sin mirarlo.

Salieron de la tienda y se metieron de nuevo entre la muchedumbre.

—¡Ajá! La gente cambia, pero tú no. Hay algo o alguien que te ha cambiado estos días.

—¿Estás seguro de que Lucas es el criminólogo y no tú? —Cloe le dedicó una pequeña sonrisa—. Tú también has cambiado. No me hagas recordártelo.

—Mi cambio ha sido muy gradual aunque tú no lo creas. He aprendido de mis fallos, lo que pasa es que ahora lo notas porque he decidido compartir esto con otra persona. Estoy sintiendo cosas y no conocías esa parte de mí.

«Ni yo tampoco la conocía», se dijo a sí mismo Tomás, sonriendo para sus adentros.

—Me estás dando mucho calor hoy, Tomás —escupió Cloe, apartándose.

—Lo que significa... —Tomás ignoró a su amiga—, que tú también has descubierto que puedes sentir cosas por alguien.

Cloe se detuvo en seco y se quedó mirando a un punto perdido.

—No. No me he... enamorado... —dijo Cloe, despacio.

Tomás apenas la entendió entre el ruido de la multitud. A continuación, Cloe comenzó a correr en dirección contraria dejando a Tomás atrás. Este la siguió a pesar de que la chica corría muy rápido, estaba en buena forma. Tras aguantar las voces de muchos padres y el atropello inconsciente de algunos niños, al fin Tomás detectó el pelo largo de su amiga a lo lejos, en un banco cerca de la salida del centro.

—No es un pecado, Cloe —le dijo Tomás acercándose y abrazándola. Le dio un beso en la mejilla, su amiga lo miró con los ojos tristes.

—Yo ni siquiera le gusto a él —dijo con una pequeña risita ahogada en un lamento.

—¿Cómo no le vas a gustar? Si eres preciosa —la consoló Tomás.

—No, él no sabe nada —insistió su amiga.

—Un momento. ¿Estamos hablando de alguien con quien no te has acostado? —caviló Tomás.

Cloe asintió lentamente con la cabeza y se secó una tímida lágrima. Tomás la miró con extrañeza.

—No me pongas esa cara, no puedo hacer nada, ya se me pasará.

—Pero si tú consigues a quien te da la gana, ¿cómo ha pasado?, ¿qué te ha pasado?

—No. Déjalo, Tomás. —Cloe tomó aire—. Vi que tú habías decidido comprometerte en serio con alguien y eso, de alguna forma, hizo que me fijara más en lo que tengo y comencé a prestar más atención a los chicos con los que estaba. Entonces, ha aparecido esta persona y me encanta... —suspiró.

—¿Y por qué no te comportas como eres tú y ya está?

—No quiero, paso. No merezco la pena. —Cloe arrancó a llorar.

Tomás la abrazó. Que él recordara, nunca había salido de la boca de su amiga una frase de menosprecio a sí misma. Tomás no sabía exactamente si quería dar pena o no, nunca había visto a su amiga en tal situación.

—Al menos dime cómo es, háblame de él, qué le hace tan especial para no merecerte... ¿Es cura?

Cloe le arreó un buen bofetón en el brazo, pero siguió llorando.

—¡Basta! —Cloe se levantó y se secó la cara—. Hemos venido a comprar y no pienso malgastar la tarde.

—Pero si no estás bien podemos dejarlo para otro día... —sugirió Tomás.

—¡No!

Y tras la tajante respuesta, su amiga comenzó a caminar apartando a la gente para poder continuar con su agresiva tarde de compras navideñas.

Él vio a lo lejos cómo su amiga se refugiaba en los lavabos, probablemente para retocarse el maquillaje. Tomás se recostó en la pared más cercana y profirió un estridente resoplido. Sacó el móvil y buscó el número de Helena, no tenía más remedio que aplazar su cita con ella, estaba seguro de que lo que tenía que contarle Lucas no era tan importante, pero no quería que sus amigos pensarán que los dejaba de lado solo porque había conocido a alguien. Se mordió el labio, preocupado, y comenzó a escribir:

¿A qué no sabes qué? 17:12

Otra noche de guardia, mañana me pido la noche libre. 17:12

Lo siento, tengo ganas de verte. 17:13

Me gustas mucho. 17:14

Tomás releyó su propia mentira y puso cara de asco. No quería enviarle tal gilipollez, pero no tenía más remedio. Estaba seguro de que pronto disfrutarían de su merecida intimidad, solo tenía

que esperar un poco.

—¿Vamos o qué? —preguntó Cloe, chillándole.

—¿Qué? Ya está, ¿no? No ha pasado nada, la vida es maravillosa —le contestó Tomás, distraído, mientras se guardaba el móvil.

—¿Qué bien me conoces, cariño!

* * *

—¡Helena! ¿Dónde estabas, hija?

—Hola, mamá.

Helena había soltado las bolsas de las compras en el último armario de la cochera, apenas se había sobresaltado con el grito de su madre.

—¿Esos son los regalos de Reyes?

—Sí, mamá.

Helena estaba cansada, todavía estaba viendo la imagen de Tomás abrazando a Cloe y la voz susurrante de Jayin soltando todo tipo de insultos en indio.

—¿Quién coño es esa? —había escupido Abril con violencia mientras se levantaba para ver mejor a Cloe.

—¡Un momento! —Jayin volvió a blasfemar en indio antes de llevarse la mano a la boca y coger a Helena del brazo con mucha fuerza.

—¿Pero qué...? —Se sorprendió Helena, sin apartar la vista de la pareja de amigos, que parecían otra cosa.

—¿Quieres dejar de hablar en arameo y decirnos qué pasa? —exigió Abril aún sin sentarse.

Helena, avergonzada, se escondió un poco en su asiento, observándolos desde la distancia.

—¡Ella es la chica con la que me acosté!

—¡Helena! Cariño, ¿estás bien? —Su madre le acarició la cabeza—. Estás algo pálida.

—¿Pero cómo puedes ver si estoy pálida si estamos a oscuras en el sótano, mamá?

Helena se armó de paciencia. Por un momento, se le había ido el hilo de sus pensamientos y había vuelto a recordar la escena del centro comercial. Tomás y Cloe desaparecían entre la multitud agarrados. Muy juntos.

—Venga, he hecho merienda para los niños, tómate un poco de tarta —dijo su madre cogiéndola de la mano y arrastrándola escaleras arriba—. ¡Por cierto! Ha venido tu amiga a verte, está merendando tarta también.

—¿Qué amiga?

Helena se detuvo para cerrar la puerta del sótano con llave. Puso cara de asco al ver su vestíbulo lleno de luces y árboles por todos lados.

—¡Claudia! Sabes quién es, ¿no?

—¡Mamá! ¿Cómo no voy a saber quién es? ¡Trabaja para mí!

Respiró profundamente. Estaba empezando a enfadarse con todo, así que fue hacia la cocina sin mirar más a su madre.

—¡Hola, tita! —Roberto y su hermano Max estaban con la boca llena de chocolate, engullendo un pastel enorme, ambos con los jerséis manchados.

—Hola, cielo, ¿dónde está...?

—Claudia ha dicho que te esperaba arriba en su despacho —recitó el niño obedientemente.

Helena frunció el ceño. Le resultaba extraño que Claudia hubiera ido a verla un domingo, a lo mejor tenía que repasar algunas fichas...

—Gracias —contestó Helena saliendo de la cocina, pero antes se detuvo de nuevo—. ¿Dónde está el monstruo de vuestra hermana?

—Se fue con el tito Rodrigo. Ya sabes, asuntos de negocios.

—Negocios... —repitió Helena.

Dudó un poco, intentando asociar a su sobrina diabólica de cinco años y a su hermano hormonado y tocapelotas antes de desaparecer escaleras arriba. Definitivamente, su sobrino era bueno por naturaleza, solo que su conducta de forajido despertaba cuando la maldad de su hermana se encontraba cerca. Helena rodeó la segunda planta buscando a su hermano y a su sobrina, le daba la sensación de que no tramaban nada sano. Cuando vio todas las puertas del segundo piso abiertas, casi se desmaya, se llevó la mano al corazón. La casa nunca había estado tan habitada, no estaba acostumbrada a que entrara tanta luz por las ventanas, ni a que hubiera ropa tirada por los pasillos.

—No creo que sobreviva a esta Navidad —susurró para sí misma mientras llegaba al fin al tercer piso—. ¿Claudia?

El piso estaba oscuro. Alguien había cerrado la persiana, dejando solo unas cuantas rejillas de luz. La sala de espera de la consulta tenía un color azulado oscuro, no se veía apenas nada.

—Estoy aquí, Helena...

La voz suave y lenta de Claudia llegó hasta donde ella estaba. Era un susurro débil y consumido.

—¿Qué te ocurre, Clau? —preguntó con la boca seca.

—Es que me ha empezado a doler mucho la cabeza y he bajado la persiana para que no me diera mucho la luz.

—¿Dónde estás? —preguntó Helena a la nada, intentando acercarse a la voz.

—En mi mesa.

Helena se acercó lentamente y notó entre sus dedos el tacto de su pelo rizado e, inmediatamente, la abrazó, notó su cara mojada. Emitió un débil gemido.

—¿Puedo encender el flexo? —preguntó Helena, dubitativa.

—Está bien...

Claudia tenía todo el rostro ensombrecido por la pena. Sus grandes ojos estaban hinchados, llenos de rímel corrido, a lo largo de su cara redonda. Jamás había visto a Claudia llorar tanto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Helena con un nudo en la garganta.

Claudia negó con la cabeza, dos gruesas lágrimas siguieron el surco de las otras por su rostro.

—No sabía a dónde ir. No puedo más.

—Pero ¿qué ha pasado?

Como por arte de magia, Helena se olvidó de todos sus problemas. Algo se le partió por dentro.

—Ángela y yo llevamos peleándonos toda la Navidad... y ya no puedo más —confesó con un resoplido—. Tengo demasiado trabajo, entre la contabilidad y la gestión de la Bolera, más vuestra consulta... Además, mis padres me llamaron el otro día y claro, me dio mucha nostalgia, sabes que solo me llaman en fechas importantes y me entra un bajón tremendo.

Claudia había cortado la relación con sus padres cuando terminó su carrera. Decidió contarles su romance con Ángela y ellos no lo aceptaron, renunció a su familia y huyó con ella a Villanueva de la Rosa, donde inmediatamente se casaron en una boda privada, y montaron su propio negocio.

—Me han vuelto las taquicardias y estoy muy nerviosa, menos mal que tengo vacaciones... —concluyó, mirando a Helena con una risita.

Helena le devolvió la sonrisa. Siempre le había parecido que Claudia había necesitado ayuda para tomarse las cosas con más calma. A pesar de que ella se escudaba en que siempre había sido

así, que su vida era dura y que tenía que apechugar con todo eso que le había tocado vivir. Helena y Abril, muchas tardes tras la consulta, le explicaban que podía vivir de otro modo y tomarse la vida con más sosiego. Su mujer también estaba de acuerdo con la idea, pero al final no terminaba de hacer nada. Abril había hablado en más de una ocasión de derivarla a otro profesional — puesto que ellas no podían tratarla— pero no había demasiados psicólogos por Villanueva de la Rosa. Se podía decir que Abril y Helena tenían el monopolio privado de toda la ciudad.

—Además, creo que he cuadrado mal las cuentas de...

—¡Chss! —interrumpió Helena—. No te quiero oír hablar de trabajo, si las cuentas se han cuadrado mal ya las revisarás el año que viene...

—Pero si el año que viene es pasado mañana.

Claudia abrió mucho los ojos, pensando ya si le daría tiempo a tenerlo todo listo para el año nuevo.

—No, no me refería a eso —dijo Helena con una sonrisa en los labios mientras le cogía las manos—. No quiero que te agobies, cuéntame qué ha pasado.

—Nada, es que me he agobiado de más, lo que siempre me pasa, ya lo sabéis... —Claudia soltó otra furtiva lágrima—. Solo que me apetecía contártelo, necesitaba huir de la presión de Ángela.

—¿Qué ha pasado con ella? ¿Por qué os habéis peleado? —inquirió Helena.

Claudia soltó un enorme gemido y se cubrió la cara con las manos.

—No lo sé... —dijo con la voz entrecortada mientras se secaba las lágrimas—. Es que llevamos tiempo con ganas de tener un hijo... —confesó.

—¡Eso es magnífico! —dijo Helena, emocionada. Se le pusieron los pelos de punta.

—No —contestó Claudia, tajante—. Ángela dice que no estoy preparada para cuidar al niño, que siempre presto más atención a mi trabajo que a ella, que así no podemos criarlo juntas ni nada...

—Bueno, ya sabes cómo es ella, solo busca lo mejor para ti. A lo mejor quiere que te centres más y dejes de estar tan atacada todo el rato.

—Pero si es que hemos tenido conflictos hasta para decidir cómo tenerlo. Yo quiero quedarme embarazada *in vitro* y ella quiere adoptar... ni para eso estamos de acuerdo.

—¿Por qué quieres quedarte embarazada *in vitro*? —preguntó Helena, con interés.

—No sé, siempre he querido saber lo que se siente teniendo tu propio hijo, sentirlo dentro de ti, que tenga tus rasgos... pero Ángela no quiere porque dice que ese niño solo llevará mis rasgos y los de un desconocido, que no es justo para ella. Además, siempre saca a relucir lo de que si estoy muy débil para tenerlo y que mi salud no es buena ni estable para superar un embarazo...

Claudia ya había tenido varios problemas de salud a lo largo de toda su vida. Tenía alergias a casi todos los animales, así que Ángela no había podido tener un perro en casa. También tenía problemas de huesos, había sufrido un infarto cerebral a los veinte años y tenía la sangre demasiado espesa, por lo que tenía que medicarse todos los días.

—¿Y tú por qué no quieres adoptar?

—No sé, ¿y si sus padres algún día quieren recuperar a su hijo? Me da miedo...

—Bueno, eso es poco probable —caviló Helena—. Pero lo importante es tenerlo, tanto si lo adoptáis como si lo tenéis, vais a quererlo con locura.

A Helena le entró un sentimiento de lástima y tragó saliva mientras abrazaba de nuevo a su amiga. No es que le gustaran especialmente los niños, pero era consciente de que tenía veintisiete años y algún día le gustaría tener hijos; aunque al paso que iba, no se veía capaz.

—¿Y tú qué tal? ¿No estabas con un médico? —preguntó Claudia cuando se hubo limpiado la

cara por completo.

—Bueno... —dijo Helena intentando hacer caso omiso de la pregunta, seguro que Abril ya se lo había contado.

—Pues es muy guapo, ¿eh? A Ángela y a mí nos gustó mucho, aunque yo sigo pensando que tiene algo que no me encaja.

Claudia trasteó su *iPhone* y le enseñó una foto de Tomás y ella paseando bajo la nieve.

—¿Pero qué es esto? —dijo Helena llevándose la mano a la boca de la sorpresa.

—Nos la mandó Jayin justo después de sacársela —informó Claudia, con una sonrisa maléfica.

Helena volvió a mirar la foto y notó cómo dentro del estómago aparecían ciertas cosquillas, se puso algo roja y sonrió levemente.

—No estamos saliendo ni nada, solo nos estamos conociendo —confesó Helena, cambiando su expresión de repente, omitiendo sus sentimientos.

—Pues Ángela dice que es superguapo, va mucho a la Bolera con otros dos chicos más, ¿no lo habías visto nunca?

—No... —contestó Helena, volviendo a mirar la foto.

No podía evitar acordarse de la imagen que había visto en el centro comercial, la foto de él cogiéndola de la mano era incluso más inocente que la escena que él había protagonizado con Cloe, abrazándola y besándola en plenas compras de Navidad. Aquel recuerdo empezó a despertar una especie de ira dentro de ella, las cosquillas ya no estaban. De repente, el móvil de Claudia comenzó a sonar y la foto de ambos desapareció.

—Es Ángela... —dijo Helena, devolviéndole rápidamente el *iPhone*, mientras salía de su ensimismamiento.

Claudia se limpió las lágrimas y se aclaró la garganta como si nada hubiera pasado.

—Hola, vida. Estoy en la consulta —dijo rápidamente Claudia, antes de que su mujer pudiera preguntarle, mientras le guiñaba a Helena un ojo—. Sí, he venido a repasar las cuentas, ¿te acuerdas que te dije que las había hecho mal...?

Helena se levantó de su silla y fue hacia la ventana más cercana, levantó la persiana hasta arriba y contempló el paisaje desolador del bosque que tenía detrás de casa. Ese bosque que se había pasado horas pintando. Tomó aire y desvió sus pensamientos de nuevo hacia Tomás. «Es solo su vecina». «Es su amiga, simplemente». Respiraba despacio, pensando en que no lo conocía mucho y a lo mejor era cariñoso con todas las chicas. O Cloe era su mejor amiga y eso le daba derecho a tener esas confianzas que a ella le habían despertado alguna inseguridad que otra. Entonces fue cuando se dio cuenta...

—Y luego dudas al decirle lo que sientes... —dijo Helena para sí en voz baja, sonriendo tristemente.

Ya le preguntaría a Tomás por Cloe y le pediría que le explicase qué clase de relación tenía con ella. Era evidente que se llevaban genial, pero Helena no quería que él pensara que era una celosa patológica o una posesiva controladora porque había luchado mucho en su vida para que sus miedos y su falta de cariño en el seno de la familia giraran en torno a ese palo tan tóxico.

—¡Oh, Dios mío! Ya estoy pensando en esto como una «relación»... —repitió para sí.

Ya había tenido malas experiencias y había aprendido a no hacerse nunca ilusiones con nada que no dependiera exclusivamente de ella.

—¿¡En serio!?! —Claudia estaba casi gritando—. ¡Helena, ven a oír esto!

Claudia puso el altavoz y la dulce voz de Ángela llegó desde el otro lado.

—¡Helena! ¡Está aquí tu novio! —susurró emocionada Ángela—. Lleva un rato aquí con su amigo.

Helena puso cara de extrañeza y miro descompuesta al frente.

—¿Seguro que es él?

—¡Já! ¡No ha dicho que no sea su novio! ¡Eso es que ya habéis hecho de todo! —respondió Claudia, emocionada.

—Sí, sí. Es él, está con su amigo Lucas. Es poli, ¿lo sabías? Yo me acabo de enterar ahora mismo, muy fuerte... —contaba Ángela con la emoción aún presente—. Por lo visto está mezclado con alguna movida policial importante, te pongo el móvil cerca para que los escuches...

Helena sacó su propio móvil y leyó de nuevo los mensajes que le había enviado hacía unas horas:

¿A qué no sabes qué? 17:12

Otra noche de guardia, mañana me pido la noche libre. 17:12

Lo siento, tengo ganas de verte. 17:13

Me gustas mucho. 17:14

—Pero si me dijo que estaba de guardia en el hospital... —susurró Helena.

De pronto, al otro lado del auricular llegó el ruido de vasos y un golpe seco. Ángela había dejado el móvil cerca de la barra, inmediatamente llegaron las voces de ambos chicos.

—Estoy acojonado, en serio, tú cierra la puerta de casa todas las noches.

—Ahora que lo dices, creo que voy a avisar a la señora Esteve para que tenga cuidado... —dijo Tomás.

—Sí, sí. Tú lo que haces es dejar la puerta abierta, para que entren las mujeres sin llamar...

De repente, se oyen risas.

—No seas imbécil, sabes que no soy igual de cabrito que tú.

—No vaya, entonces ¿qué ha hecho hoy, doctor? —preguntó Lucas con cierta picardía en su tono—. ¿Has quedado con ella, verdad?

—Pues sí, aprovecho lo que puedo para verla. ¡De hecho estoy aquí contigo pudiendo estar con ella! ¡Ya puedes agradecermelo!

De repente, hubo un gran tumulto de vasos de nuevo y las voces llegaron distorsionadas.

—Creo que se está enamorando...

—¿Ella? ¿En serio? ¿Tantos años le ha costado enamorarse? —Lucas no daba crédito.

—Sí, Cloe es solo sexo, sexo, sexo y más sexo... que folla genial, ¿no? Pero ese punto no nos llevaba a ningún lado. Me alegro tanto de haber hablado con ella...

—Y que lo digas, doctor. Me alegro de que le hayas abierto los ojos a la pobre chica...

—La verdad es que me tiene algo preocupado, la veo con dudas. Como si no quisiera lanzarse a la piscina, en el fondo es como Helena, creo que tiene mucho miedo.

—¡Vaya dos con las que te juntas!

—Confío en que ella va a elegir bien, siempre ha sido muy inteligente.

Lucas se rio estruendosamente.

—¿Sí o qué? No sabía que además de ser rica, estar buena y ser una *destroyer* en la cama, fuera inteligente. ¡Qué suerte tienes, tío!

Hubo un gran tumulto de vasos de nuevo y otro golpe, pero esta vez era de Helena golpeando su propia mesa.

—... la quiero... —La voz de Tomás llegó muy lejana y distorsionada al otro lado.

—Claudia —dijo de repente Helena tapando el auricular—, llévame a la Bolera Clan.

—Está bien —dijo Claudia con determinación.

* * *

Hacía una noche fría, sin nubes. El viento del norte cubría de hielo todo a su paso, dejando los tumultos de nieve duros como la piedra a ambos lados de la carretera. Helena miraba al frente en el coche de Claudia sin cruzar palabra.

—A lo mejor lo hemos entendido mal, no se oía muy bien, aunque si eso es verdad... —Claudia no sabía qué decirle exactamente.

—Voy a hablar con él, solamente hablar —explicó Helena con el semblante serio.

Al llegar a la Bolera Clan vieron cómo Ángela, en manga corta, salía por la puerta de su establecimiento con el móvil en la mano.

—Se han ido, acaban de llamarlo del hospital —dijo Ángela, rápidamente.

Helena miró a Claudia y esta, dando marcha atrás, dio media vuelta y siguió su nuevo rumbo.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te espere?

Claudia le gritaba desde el coche una vez hubieron llegado a su destino.

—Estoy bien, Clau, en serio. Vete. Sé volver sola.

—¡Hay veinte minutos desde aquí hasta tu casa!

—Cogeré un taxi.

—¡No traes dinero!

—Llamaré a mi padre. Oye, quiero hacer esto sola, no te preocupes, estaré bien.

Y sin mediar más palabra, Helena entró dentro del caldeado hospital con una dura expresión de recelo.

—Hola, buenas noches —saludó Helena, con una falsa amabilidad, a la señora de recepción.

Miró el reloj que tenía detrás y vio que eran cerca de las doce de la noche.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Estoy buscando al doctor Tomás... —Helena cerró los ojos intentando averiguar su apellido hasta que se acordó de Patricio—. Expósito. Tomás Expósito.

—Es el médico residente de interna y está ahora en urgencias, señorita. ¿Quiere que le abra una ficha para acceder a la unidad? —preguntó, formalmente.

—No, solamente quiero hablar con él un momento.

—Me temo que es imposible, está de servicio. Ni siquiera sé si está en el edificio. A lo mejor ha ido en ambulancia a alguna unidad doméstica.

—No lo entiende, es que necesito decirle algo importante.

—Puede esperar hasta que termine el turno —sugirió la señora, indicándole un asiento junto a un señor mayor que se sonaba los mocos y una madre que abrazaba a su hijo, que estaba muy rojo y respiraba con dificultad.

—¡Pero si sale de madrugada! —Helena estaba empezando a ponerse nerviosa, necesitaba solucionar ese asunto ya—. ¿No puede decirle que estoy aquí?

—No puedo hacer nada por usted. Solo puedo invitarla a que espere, a lo mejor hace una pausa para tomar café.

—¡Helena!

Giró la cabeza y vio cómo Tomás salía del pasillo más cercano, quitándose rápidamente unos guantes manchados de sangre y tirándolos a la basura. Su rostro era una mezcla de sorpresa, confusión y alegría. Iba vestido con su uniforme azul y naranja de médico de urgencias y se dirigía hacia ella con un impulso que a Helena hizo que el estómago le diera un vuelco. Se puso colorada, apretó los puños y cogió aire.

—Quería hablar contigo —dijo ella, acercándose y bajando la voz. Aun así, sonó algo violento.

—¿Estás bien? —preguntó entre divertido y preocupado. La cogió por el brazo y le besó la mejilla, pero ella se apartó instintivamente.

—¿Hay algún sitio aquí en el que podamos hablar? —repitió ella, de forma tajante.

—Ven, pasa al cuarto de descanso, no hay nadie —dijo él, abriendo la puerta más cercana.

Helena entró con aires de soberbia mientras echaba un rápido vistazo al interior de aquel habitáculo. Era un cuarto grande y ventilado, donde había microondas, máquinas de café y una chica rubia con pinta de estirada al fondo, leyendo un periódico. Levantó la vista entre sus gafas de firma.

—Hola, Tomás, ¿qué tal la noche? —saludó.

La chica cruzó las piernas y sonrió pícaramente mientras cerraba el periódico y lo dejaba caer de lado para que resaltaran bien sus muslos a la tenue luz de la sala. Helena no pudo disimular su cara de asco.

—Hola, Virginia, ¿qué haces aquí? —preguntó Tomás con cierta sorpresa mientras rodeaba a Helena por la cintura. Esta sintió cómo cosquilleaba la parte en la que Tomás le estaba acariciando y se odió a sí misma, pero aun así lo dejó.

—Creo que yo he preguntado primero... —contestó esta, dejando caer una mirada insinuante que recorrió a Tomás de arriba abajo, no sin antes reparar en el gesto de cariño hacia Helena. Se tapó la cara de nuevo con el periódico. Tomás miró a Helena con gesto de reproche.

—Eh... Virginia, te importaría irte un momento —le pidió Tomás sin demasiado tacto.

—¿Necesitáis intimidad, o qué? Esto es un hospital, no un burdel.

Virginia miró a Helena con una sonrisa falsa. Helena no se inmutó, estaba aguantándose para no explotar.

—Por favor, solo será un momento.

—Es mi hora de descanso, me debes un favor, rubito —dijo con descaro después de crear una pompa de chicle.

—Y vigíleme al paciente que acaba de llegar, le acaban de vendar la cabeza, comprueba que la hemorragia se ha cortado —le pidió este, acompañándola a la puerta y abriéndosela.

—Tú sigue pidiendo, cachorro —dijo ella poniendo morritos mientras lo cogía por la barbilla y le zarandeaba la cara.

Al fin Tomás cerró la puerta con cara de desesperación. Se dirigió hacia Helena con una sonrisa, la cogió por la cintura y le besó la frente. Esta continuó con los brazos cruzados.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—¿Cachorro? ¿En serio te ha llamado así? —preguntó Helena, riéndose de forma exagerada.

—Es una arrogante, me tiene hartado con su actitud, la verdad —se excusó.

—¿También te la tiras a ella? —preguntó Helena secamente.

Tomás se quedó helado y dejó de abrazarla para mirarla intensamente a los ojos.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó, extrañado, mientras tragaba saliva.

Helena se apartó de él y se fue hacia el centro de la sala. Tomó aire.

—¿Qué tienes con Cloe?

Tomás se quedó mirándola fijamente. Tenía una dureza especial en su cara, respiraba profundamente y con dificultad, y su entrecejo estaba tenso. Algo en su interior se encogió de miedo, ¿sabría lo que había tenido con Cloe? ¿Cómo era posible? Comenzó a notar cómo se ponía colorado.

—¿Te estás sonrojando? —comenzó a gritar Helena—. ¿¿Cómo he podido ser tan imbécil!?

Se dirigió hacia la puerta de la sala a paso acelerado para huir de allí, pasó al lado de Tomás que se había quedado paralizado mirando al punto donde antes se encontraba ella. Reaccionó justo a tiempo.

—¡Helena! ¡No tengo nada con Cloe, es mi amiga! ¡Solo mi amiga!

En el momento en el que Helena estaba girando el picaporte para salir, Tomás se interpuso con rapidez entre ella y la puerta. No podía dejarla escapar con aquel tremendo malentendido.

—¡No me mientas! ¡Ya me has mentado suficiente!

—Pero, por favor, explícame por qué crees que te estoy mintiendo. —Tomás la cogió por los hombros y la miró asustado. No sabía qué hacer, había procurado hacerlo todo bien, pero nunca es suficiente...

—Déjame ir —sentenció ella con los ojos anegados en lágrimas y con la cara roja de vergüenza e ira.

—Perdona —dijo él soltándola—. Me he asustado, no quiero que pienses cosas que no son.

Ella se dirigió como una flecha hacia él y le clavó el dedo en el pecho. Tomás, le cogió la mano que estaba tensa como un alambre.

—¡Me has mentado! —repitió Helena con lágrimas en los ojos.

—No, no, no... —le susurró él, desesperado, abrazándola.

—Eres un capullo como todos —dijo ella, y lo soltó.

Tomás se quedó plantado. Apretó la mandíbula con fuerza, conteniéndose.

—No me esperaba que me dijeras eso. Me ha dolido —dijo con la mirada clavada en un punto fijo.

Helena se quedó callada mirándolo con dureza. Tomás, por su parte, estaba intentando calmarse. Ahora no quería acercarse a ella.

—Te vi con tu vecina en el centro comercial —dijo ella al fin, apartándole la mirada.

Tenía la sensación de que si seguía mirándole a los ojos se le saldría el corazón del pecho.

—No pudiste ver nada extraño —contestó, acordándose del momento en el que le había pedido a su amiga que dejaran de comportarse como un par de tortolitos.

—Le pasaste el brazo por los hombros y te besó. No parecíais tan amigos...

Helena dejó caer una gruesa lágrima, que fue a parar al suelo. Le recordó a las lágrimas que horas antes había visto en Claudia, tan llenas de dolor, directas al vacío...

—¿Estás celosa porque mi amiga me ha dado un beso en la mejilla?

Tomás sintió cómo un agujero se abría en su interior y comenzaba a sangrar. Estaba decepcionado, totalmente contrariado con la actitud que estaba viendo en ella. No quería pensar que Helena fuese así de verdad, pero no había duda; eran celos sin sentido que habían aflorado tras ver cómo abrazaba cariñosamente a su amiga. Celos que no tenían fundamento, que se perdían en la inmadurez que le estaba demostrando. En ese momento, como un jarro de agua fría, vio cómo su impulsividad lo había llevado una vez más al desastre. Había vuelto a poner su ilusión en la persona equivocada, idealizándola.

Se dio cuenta de que se le había secado la boca. Miró hacia abajo buscando el sello de su propio dolor reflejado en un gran charco de sangre en el suelo, pero solo vio una lágrima en la moqueta. La lágrima de su dolor, lo que ella había sufrido por él, injustamente.

Helena se mordió el labio. Ahora había empezado a temblar. Sabía que muchas cosas estaban pasando por la mente de Tomás, pero no alcanzaba a ver ninguna. Sabía que esa explicación no llegaba a ninguna parte, pero ¿qué podía hacer? No sabía qué era peor, si declararse como una auténtica traidora revelándole que había oído su conversación y con ello culpar a Ángela, o por otra parte, tenía la opción de quedar como una celosa patológica que con solo un beso en la mejilla podía mover cielo y tierra. ¿Por qué había actuado tan impulsivamente? Tenía que haber esperado hasta que se le hubiera pasado la confusión del momento, ni ella misma estaba segura de quién estaba hablando Tomás en esa conversación. Notó cómo su mente se hacía un lío tremendo y tuvo la necesidad de salir de la sala.

—¿A dónde vas? ¿No quieres aclarar esto? —le gritó Tomás .

—¡No! —contestó ella abriendo la puerta violentamente—. ¡No quiero volver a verte!

Y con este grito desesperado, que oyó sin duda todo el hospital y probablemente los pisos más cercanos, huyó despavorida. La mujer con su hijo enfermo, el viejecito resfriado y la señora de recepción, con los ojos fuera de las órbitas, siguieron sus pasos a través del silencioso vestíbulo. Aún resonaba el eco de su grito entre las paredes.

—Buenas noches... —la despidió Virginia, la chica rubia del chicle, con una sonrisa maléfica.

Helena pasó despavorida por su lado si ni siquiera mirarla. En su cabeza solo había ruido. El ruido que hace el dolor cuando te estás quemando por dentro.

CAPÍTULO 14

Helena se sentó abatida entre dos montículos de nieve congelada. Tenía la cara cortada y las manos rojas de frío, apenas podía cerrarlas. Sentía todavía cómo los ojos le palpitaban, la garganta le dolía y las entrañas le rebotaban en su interior. Aún no entendía lo que había pasado, no quería entenderlo.

—Tengo la culpa...

Consiguió susurrar a la helada ventisca que recorría las calles de Villanueva de la Rosa. Un quejido escapó de su garganta y otra lágrima huyó de sus ojos. Se congeló al instante. Se la quitó con delicadeza y la observó mientras la partía con la mano. Dolía. A pesar de que siempre se culpaba de ciertas cosas, siempre encontraba alguna excusa para dejar la responsabilidad a otra persona, al destino o a cualquier cosa menos a ella misma. Pero esta vez, tenía claro que esto no era lo que ella quería que pasara y había sido todo consecuencia de sus impulsos. El autosabotaje tiene muchos caminos inhóspitos para llegar a su destino, ni siquiera él había podido excusarse. Estaba claro que había sido invasiva: ella había escuchado cuando no debía, ella había ido al hospital y ella lo había acusado. Todos los astros apuntaban en una dirección clara. Levantó la cabeza y miró la calle. Estaba completamente desierta. Apenas había luz en la linde del bosque, solo tenía el destello de la luna y las farolas tenues de la calle contigua. Ya no se veía el hospital a lo lejos, pero si alzaba la cabeza, podía llegar a distinguir cómo parpadeaban las luces que su padre había puesto hacía casi una semana. No quería volver a casa. En realidad, no quería volver a ningún sitio...

Las luces cegadoras de un coche que venía a gran velocidad por la carretera, hicieron que saliera un poco de su ensimismamiento, pero aun así no encontró fuerzas para levantarse. El coche en cuestión realizó una fuerte frenada justo unos metros más adelante, dio marcha atrás y paró justo a su lado en la carretera, bajó la ventanilla.

—¡Helena!

Jayin la esperaba dentro, con sus ojos orientales saliéndose de las órbitas. Se quitó el cinturón y bajó a ayudar a su amiga.

—No, no me ayudes, no me lo merezco —dijo Helena levantándose de un salto. Profirió un grito de dolor al forzar sus congeladas articulaciones.

—¡Entra! Te vas a congelar.

Helena entró en el caldeado *mini* verde de su amigo y se desparramó en el asiento mirando al frente con la cabeza ladeada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jayin mientras entraba en el coche y cerraba la puerta.

—La he cagado —dijo Helena, despacio.

Nada más salir a paso ligero del hospital y haberse asegurado de que estaba lo bastante lejos para que nadie la siguiera, había llamado al primer nombre que aparecía en su lista de llamadas: Jayin, al que había reclamado con un simple «necesito tu ayuda». Él, preocupado, había acudido en el acto.

Jayin seguía mirándola con gesto aterrador y Helena comenzó a llorar desconsoladamente. Él la abrazó.

—Me he portado como una imbécil —dijo ella secándose las lágrimas.

Seguidamente, le contó paso a paso todo lo que había ocurrido desde que habían visto esa misma tarde a Cloe y Tomás juntos en el centro comercial de La Libertad.

—¿Y no te lo ha confirmado?, ¿no te ha dicho nada de nada? —preguntó él, atónito. No había movido el coche todavía, estaban justo en mitad de la carretera.

—Bueno, me ha dicho que es su amiga... —respondió Helena, confusa.

—¿Nada más? —dijo Jayin mirando pensativo al frente—. Esa tía es turbia, Helena. Solo una noche me ha bastado para calarla. Deberías volver ahí dentro y aclarar las cosas —sugirió—. Al fin y al cabo, la verdad en esta historia solo tiene un nombre y ni tú ni yo podemos saberlo.

Helena negó rotundamente con la cabeza. Era consciente de que había montado una escenita y que, probablemente, lo había dejado en evidencia delante de sus compañeros de trabajo. No era un comportamiento digno de ella, ni de cualquier ser humano.

—No lo he hecho bien, tío...

—¡Deja de culparte! Lo hecho, hecho está. Te ha salido así, como tu corazón te ha dictado...

—He hecho una niñería, Jayin, ¿no te das cuenta? Tengo casi treinta años y he entrado a un hospital a gritarle a alguien solo porque me ha dado un ataque de celos irracional...

Esas últimas palabras las dijo lentamente y con un tono mucho más bajo, como si no quisiera que las oyese nadie más.

—¿Tú crees que ha sido un ataque de celos? —le preguntó Jayin asombrado—. Pero si tenías dudas de absolutamente todo, no has llegado a sentir gran cosa por él..., ¿no?

Helena lo miró y agachó la cabeza. Sí que había llegado a sentir por él bastante; sus palabras, su mirada sincera, su tacto con ella, sus caricias... todo había hecho que Helena volviera a recuperar la ilusión y las ganas de querer a alguien de nuevo.

—Quizás no fueron celos... —pensó Helena más detenidamente, y algo más tranquila tras decirlo en voz alta—. Sentí celos cuando los vi en el centro comercial, pensé que no era tan grave, pero cuando oí la conversación por teléfono me sentí engañada... como si hubiera estado atentando contra mi persona, no pensé demasiado en esa *pilingui* —concluyó.

—Helena, ¿lo quieres? —preguntó de nuevo Jayin, tragando saliva.

A Helena le tembló la voz al asentir. Volvió a notar que el mundo se le caía encima y, de nuevo, arrancó a llorar.

—He sido una estúpida, Jayin. Debería haberlo pensado dos veces y hablarlo con tranquilidad...

—¡Chss! —chistó Jayin, abrazándola de nuevo.

—No quería, Jayin. No quería querer a nadie. —Lloró—. Duele demasiado, sabía que iba a salir mal...

—Helena, no puedes renunciar a tus sentimientos. Ya hemos hablado de esto muchas veces. Tranquila.

Helena asintió despacio saliendo del abrazo de su amigo y cogiéndole las manos.

—¿Crees que me habrá dicho la verdad? —preguntó mirando a su amigo.

Jayin suspiró y la miró con su profunda sabiduría india.

—Yo no me fiaría, Helena. Esa tía no es muy sana —dijo llevándose su dedo índice a la sien—. Si él no te ha dado más explicaciones de las que te ha dicho, es porque oculta algo. Siento no ser más positivo, ya me conoces... Tienes que defenderte, acuérdate, pero desde la tranquilidad y la madurez. Puedes hacerlo.

Helena miró a su amigo con mucho amor, pero no pudo evitar quedarse con el principio de su mensaje. Ahora no podía ser racional, su herida interior estaba supurando demasiado dolor. La realidad se alejaba como un globo de helio perdiéndose en la inmensidad de un cielo azulado de verano.

—Tienes razón... no me ha dicho nada más. ¿Te imaginas que ha estado jugando conmigo? ¿Por

qué me toca a mí siempre lo peor? La culpa es mía por elegir personas así... —Helena se volvió a hundir en el musculado hombro de su amigo mientras lloraba silenciosas lágrimas.

Jayin suspiró y acarició la cabeza de su amiga, esperando que su integridad volviera pronto y que ese dolor no la arrastrara a un estado peor.

La nieve comenzó a caer, pesada y confidente, sobre Villanueva de la Rosa.

* * *

Tomás cerró de un portazo la puerta de su casa. Eran las cinco de la mañana, ni siquiera se había quitado el uniforme del hospital. Tiró su abrigo, encendió la calefacción y se fue hacia la ventana. Una línea difusa entre el amanecer y la noche más profunda se tornaba lejos en las montañas que rodeaban la ciudad.

Miró con gesto contrariado su juego de bebida, lleno del mejor *whisky* de malta, regalo de Cloe. Cogió un vaso sin dejar de mirar el paisaje congelado desde su ventanal del salón. Aún podía ver la puerta del hospital. Todavía podía recordar la última mirada de Helena antes de salir despavorida por esa puerta.

Se sirvió una buena cantidad. *Whisky* solo, sin hielo y sin soda. Bebió un gran trago y dejó que la sensación de desgarró en su laringe lo devolviera a la realidad. Abrió la ventana y tiró el resto de la bebida por ella con desprecio. Solo necesitaba despertarse, volver a la realidad. Dejó el vaso en su sitio, al hacerlo se dio cuenta de que estaba temblando. Volvió a mirar la puerta del hospital.

Respiró varias veces e intentó pensar. Cerró los ojos. ¿En qué momento había sido? ¿Quién se lo había dicho? ¿Cómo había llegado a sus oídos? Y lo más importante... ¿De verdad se había enfadado tras verlos aquella tarde juntos?

—Soy un cobarde —susurró—, tendría que habérselo dicho a tiempo y esto no hubiese pasado.

Volvió a recapitular los hechos. No había hablado de Cloe con nadie hasta esta Navidad. Imaginaba a Lucas y a Diego llamándola y revelándole sus aventuras con Cloe que recientemente les había contado. E incluso se le pasaban por la cabeza imágenes de la propia Cloe. Se imaginaba a su mejor amiga presentándose en casa de Helena, contándole todos los momentos que ella y él habían compartido juntos. Se imaginaba a Helena, rompiéndosele el corazón. Había algo positivo en todo aquello y era que el hecho de que ella se hubiese enfadado así, solo podía significar que sus dudas estaban resueltas: sentía algo por él.

Tomás había dejado de temblar por un instante. ¿Y si Cloe le había contado todo porque se había enamorado al fin de él? Recordó la escena en el centro comercial. Recordaba cómo Cloe le había dicho: «Vi que tú habías decidido comprometerte en serio con alguien y eso, de alguna forma, hizo que me fijara más en lo que tengo, y comencé a prestar más atención a los chicos con los que me acostaba... cuando de repente, ha aparecido esta persona... y me encanta...». ¿Y si esa persona era él?, ¿y si Cloe se había dado cuenta realmente de lo que había perdido?

—¡No! —gritó Tomás en el silencio de su apartamento—. No, no, no, no, no...

Apartó la vista de la ventana. Sintió cómo la ira lo invadía y, en un impulso de locura, arrojó el ornamentado vaso de *whisky* vacío contra la pared. Múltiples cristalitas inundaron el parque. La planta decorativa que su madre había puesto en la esquina cuando se había mudado de casa, se zarandeó levemente. Apoyó los puños en la mesa de nuevo, consciente del gran ruido que había causado, pero le daba igual. Cerró los ojos otra vez e intentó alejar aquellos pensamientos de su cabeza. ¿Quién más? ¿quién más podía haber sido? ¿a quién más tenían en común?

—Patricio.

La verdad le cayó a Tomás como una pesada losa. Abrió los ojos, visualizando la puerta del hospital una vez más. De nuevo, la discusión con Helena pasó en diapositivas por su mente; ella y su expresión de enfado y decepción, después llorando, él roto por sus palabras, ella huyendo, gritos... ¿Y si Patricio le había hablado de él y su vecina en alguna sesión? La vecina por la que su hermano siempre había estado pillado, la chica con la que siempre está, su madre siempre decía que parecían estar juntos...

—¡Mierda!

Apartó de nuevo la vista de la ventana y miró su móvil. ¿Y si llamaba a Patricio? Miró el reloj. Ya eran casi las cinco y media. Se dirigió a su cuarto, se tumbó en su cama agarrando el móvil con fuerza, dándole más y más vueltas a la cabeza. Quería llamarla. Quería llamar a Helena, pero sabía que debía dejarle su espacio. Ahora le tocaba a él gestionar su error, pero hasta que no pasara al menos esa noche no podría explicarle todo lo que había tenido con Cloe. Quería decirle que había conseguido olvidarla y que ahora solo pensaba en ella, pero estaba seguro de que Helena no le creería, ya no. Tomás cerró los ojos intentando calmar su dolor de cabeza, producto de la confusión y el cansancio, y poco a poco se quedó dormido, asumiendo su propia culpa.

* * *

Helena bajaba las escaleras de su casa despacio. No parecía que hubiese nadie. Se acababa de despertar, eran las cuatro de la tarde. Le pesaban los ojos, los brazos, la cabeza...

—Ojalá no haya nadie, por favor, por favor —pidió para sí.

Tenía la voz ronca y carrasposa. Había estado llorando gran parte de la noche. Aún notaba como tenía los ojos húmedos.

—¡Aaaaaah!

Un grito agudo de los niños le llegó a Helena desde el salón hasta el peldaño de la escalera en el que se encontraba, y casi le explota la cabeza. Seguidamente, la risa de su padre inundó la estancia.

—¡Abuelo, qué susto! —protestó su sobrina con voz de pito.

Helena intentó llegar hasta la cocina sin ser vista, pero su plan fue completamente fallido.

—¡Pero mirad quién se ha despertado para escuchar historias de miedo! ¡Vaya siesta, Helena!

Su padre ya se había levantado del sofá e iba hacia ella con los brazos abiertos para darle un abrazo. Helena puso cara de terror en la oscuridad del vestíbulo. La mirada de los niños, expectantes, le taladró el cerebro.

—Buenos días, papá —dijo pesadamente Helena, recibiendo el abrazo de su padre.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su padre al oído—. No tengo recuerdos tuyos levantándote tarde...

Helena sintió una punzada de dolor. Su padre, al fin, se separó de ella. Pudo ver la expresión de su anciano padre un tanto contrariada, habían vivido muchos años juntos y la conocía muy bien. Sabía de sobra que ella nunca se había levantado después de las doce del mediodía, por muy tarde que se hubiera acostado la noche anterior.

—¡Hola, tita!

Evelyn alzaba los brazos en alto para que la cogiera. Helena la levantó con un gran esfuerzo. Le pareció que su cerebro había sufrido un derrame por algún lado.

—Cada día pesas más ¿eh, diablillo? —dijo Helena con una expresión de dolor en su cara.

—¿Por qué te has levantado tan tarde, tita? —preguntó la niña, jugando violentamente con los rizos de su tía.

—Evelyn, deja en paz a tu tía. Ha tenido una dura noche de trabajo —explicó Nicolás, separando al pequeño demonio de Helena mientras le guiñaba un ojo a su hija.

—¿Dónde está Laura? —Quiso saber Helena.

—Tu hermana tampoco se encuentra muy bien... —dijo Nicolás en voz baja y con una dura expresión en su rostro—. Cuando desayunes, podrías ir a hablar con ella... —concluyó, confidente.

Helena se quedó mirando al vacío. Se sentía peor que cuando se había levantado hace unos minutos. Se metió la mano en el bolsillo de su bata y sacó su móvil. Ningún mensaje, ninguna llamada. Suspiró y miró a su padre de nuevo.

—¿Dónde está Rodrigo?

—No sé dónde se mete tu hermano últimamente. Ya sabes que él pasa de todas historias familiares. Estará haciendo de las suyas, pero no te preocupes, no está en la casa. Sé que te incomoda que estemos aquí, pequeña. No te preocupes, dentro de una semana habrá acabado todo —la consoló su padre, sonriéndole, y poniéndole su fuerte mano en el hombro.

—Voy a subir a ver a Laura.

—Me gustaría ayudaros, pero ya sabes que esos temas de chicas no se me dan nada bien. Suerte que estoy casado con tu madre, porque estuve tres años detrás de ella que si no...

Helena suspiró y observó cómo se alejaba riendo mientras llamaba a los niños para seguir contándoles aterradoras historias de ovnis. Tener un padre torpe emocionalmente no había sido fácil para ninguno de los hermanos. Lo miró con ternura. Contarles esas historias a los niños, de alguna forma, también lo reeducaba a él.

Helena comenzó a subir las escaleras que esa tarde no tenían fin, la cabeza le pesaba más que todo su cuerpo y notaba el corazón a punto de estallarle. Se paró a mitad de camino entre el primer y el segundo piso y notó cómo su mano le temblaba, su respiración agitada se le echaba encima. Se paró en seco.

—¡Basta! —se dijo con rudeza.

Las últimas horas habían sido demasiado estresantes para ella. Solía evitar pelearse normalmente, así que tener un enfrentamiento con un chico al que conocía de apenas unos días y con el que había iniciado una especie de relación, era mucho más de lo que ella podía aguantar. ¿Qué era lo que había pasado exactamente? Se había enterado de que estaba con otra; o eso era lo que parecía. Estaba tan confusa...

Se detuvo ante la segunda planta con los síntomas de ansiedad bajando lentamente, mientras que su cabeza seguía dando vueltas. Ahora prevalecía otro asunto, sin duda, mucho más importante que su insignificante historia de amor. Llamó dos veces a la puerta de la habitación donde se alojaba su hermana junto con su marido. Se oyó algo de revuelo dentro del cuarto y unos susurros acelerados de una voz femenina. Helena se extrañó, pensaba que su hermana estaba sola.

—Laura, solo venía a verte, si estáis ocupados me paso más tarde.

Apenas había acabado de decir estas palabras, cuando apareció Rodrigo en la puerta con su chaquetón puesto y cara de pocos amigos.

—¡Ah, eres tú! Oye, la calefacción no funciona, ¿sabes? Tanta casa y tanto lujazo para que luego se le congelen a uno los huevos...

—¿Pero qué...? Este es el cuarto de Laura, ¿qué haces aquí?

Helena estaba confusa y comprobó de nuevo la habitación echando un vistazo al pasillo, poniendo en duda las artes de investigación de su padre.

—Sí, esta es. Pero si vienes a traer penurias y desgracias, mejor te vas... —replicó Rodrigo.

—¡Quita, imbécil! —dijo Helena pasando mientras le propinaba un buen empujón.

—¡Oye, oye! Parad, por favor —pidió Laura desde su cama, sonriendo—. Esto parece una escena recién sacada del pasado.

—No han cambiado mucho las cosas entre nosotros —confesó Helena, mirando a su hermano con recelo mientras se sentaba a su lado en la cama—. ¿Qué te ocurre?

Laura suspiró mirando hacia la ventana y contemplando la oscura tarde, que las nubes tormentosas se habían ocupado de formar.

—Estás helada... —añadió Helena, tocándole la cara y las manos.

—¡Pues claro que está helada! Si no funciona la calefacción, hermanita. Le he subido un té caliente...

Helena fue directa hacia la calefacción. Abrió la puertecita lateral y vio que el aparato en cuestión estaba apagado. Lo encendió, cerró los controles y giró las ruedecillas para modificar la temperatura.

—No me lo puedo creer —dijo Rodrigo, observándola—. Conque eso era...

Helena volvió a la cama. No había visto nunca a su hermana tan mayor y tan sufrida como aquella tarde.

—Esteban me ha pedido el divorcio —anunció sin expresión alguna, mirando el paisaje exterior.

—¡Cuando coja a ese hijo de puta le voy a cortar...!

—¡Rodrigo! No es eso lo que tu hermana necesita escuchar ahora mismo ahórrate esas expresiones de neandertal para cuando estés con los asquerosos de tus amigos... —le riñó Helena.

—¡Vaya!, que tú no las dirás. Aquí ninguno nació ayer, Helena.

—Rodrigo, hazle caso a tu hermana o vete. Pero, por favor, no alces la voz. Me duele la cabeza... —pidió Laura incorporándose y mirando a su hermano con cara de súplica.

Rodrigo se quitó el chaquetón, pues la habitación ya cogía calor, le dio un abrazo a su hermana, le besó la mejilla y le ofreció el té que le había subido. Helena siempre había sentido una punzada de celos al ver lo bien que se llevaban sus hermanos, y la perfecta autoridad que ejercía ella como hermana mayor, y él como el pequeño de la familia. Al fin y al cabo, ella era la de en medio, la última en discordia. Jamás se había quejado de eso en casa, simplemente no podía. A pesar de las diferencias, los tres se querían mucho.

—¿Ya veías venir lo de Esteban, no? —preguntó Helena con tacto.

—Sí... —contestó Laura sorbiendo algo de té—. Aun así, es complicado. Trabajo con él. Los niños, ¿quién se los queda? Él es abogado, seguro que encuentra la manera de beneficiarse de esto —dijo poniéndose una mano en la frente.

—¿Pero cómo ha sido?

—Ha encontrado a otra persona. Se ha ido con otra —dijo Laura, suspirando largo y tendido.

—¿Y dónde está ahora? ¿No volverá aquí, verdad? —preguntó Rodrigo.

—No sé dónde está. Se fue anoche después de que discutiéramos un rato, fue antes de que tú llegaras, Helena —contestó Laura mirando a su hermana.

Helena tragó saliva. Las escenas de la noche anterior volvieron a cruzar su mente, haciendo que su estómago se encogiera.

—Tiene dinero de sobra para pagarse un buen hotel. No volverá. Por suerte, los niños no se han enterado de nada. Todavía, claro.

Se hizo un silencio rotundo en la habitación, donde tan solo se oía el vendaval que acaba de unirse a la tarde gris, casi negra, que azotaba toda Villanueva de la Rosa. Se acercaba una tormenta, una tormenta que cada vez se parecía más a la ya desatada en casa de los De Angulo.

Una tormenta que, por mucho que su hermana lo quisiera evitar, acabaría calando también en los niños. Helena guardó su ira dentro. Odiaba que no se tuviera en cuenta nunca la posición de los niños en las disputas familiares.

—¡Oye! ¿Por qué no nos vamos por ahí? Los tres —sugirió Helena viendo cómo en la ventana comenzaban a caer pequeños trazos de lluvia.

—Yo he quedado en la Bolera Clan a las seis —informó Rodrigo.

—¿Estás loca? ¡Con este tiempo! —dijo su hermana con cara de circunstancias.

—Podemos ir a acompañar a Rodrigo a la Bolera... ¡Tranquilo! Solo te acompañaremos, no vamos a ir contigo —añadió Helena al ver la cara de su hermano.

—¿Y los niños? No quiero que me vean así.

—Los niños están muy bien con papá. ¡Venga! ¡Tardo cinco minutos en vestirme!

—¡Pero Helena! —gritaron al unísono Rodrigo y Laura.

* * *

A Tomás se le puso la piel de gallina y se estremeció. Un quejido de aire silbante le llegaba lejano desde algún punto perdido en su subconsciente. Se aferró aún más a la almohada y se acurrucó de nuevo. «No sé si puse la calefacción anoche», pensó. Abrió un ojo, lenta y pesadamente, y se dio la vuelta en la cama. Se estiró y se quedó mirando reflejados en el espejo los rayos grises y oscuros que le entraban por la persiana. Había un fuerte vendaval en el exterior, anunciando el inicio de un mal día. Se desplazó para coger una buena postura y seguir durmiendo, pero algo se le había clavado en la espalda, probablemente un cúmulo de sábanas. Pasó la mano tras su espalda y en vez de deshacer el nudo engorroso de ropa de cama, descubrió su móvil. Lo desbloqueó para mirar la hora.

—Las diez todavía, por Dios —rugió con voz ronca. Carraspeó.

Tiró el móvil al otro lado de la cama, se acomodó de nuevo y cerró los ojos. Mientras se hundía de nuevo en la cuna del sueño, volvió a su mente la hora que era, y calculó hasta qué hora le gustaría estar sumido en un sueño reparador, que no tenía desde hacía días. La noche anterior se había acostado tarde otra vez. De nuevo, le venía a su mente la imagen del móvil, perdido entre las sábanas, sin conseguir recordar por qué había estado hasta tan tarde despierto. Comenzó a sentirse mal de repente. Abrió los ojos.

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda...!

Se levantó de un salto y buscó su móvil de nuevo. Eran las diez y diez minutos. Se pasó las manos por la cabeza mientras, lentamente, en diapositivas, le venían los recuerdos de la noche pasada, sintió ganas de vomitar.

—¡Joder, qué frío! —exclamó mientras se levantaba y abría la persiana.

Hacía un día de perros. Se puso la bata encima de los bóxer que usaba siempre como pijama y volvió a la cama. Tenía que arreglar las cosas con Helena cuanto antes. Se fue directo a su agenda telefónica y puso el dedo sobre su nombre. Se detuvo un segundo antes de pulsar la tecla de llamada.

—¡No, no, no, no! Espera...

Lo canceló todo y se recostó en la cama, pensando. Helena lo había acusado de cosas bastante fuertes la noche anterior, porque había malinterpretado una serie de acontecimientos que le habían contado o ella misma había visto, y era normal. En cualquiera de los dos casos, por más que le diera vueltas a la cabeza, no conseguía entender cómo habían llegado las cosas a ese punto de fatalidad. Necesitaba hablar con alguien antes de llamarla a ella. Estaba todo demasiado reciente

y, siendo francos, él también estaba dolido. Necesitaba recuperar la confianza, solo eso.

Pensó en quién estaría despierto a esa hora un día antes de Nochevieja: Cogió de nuevo su móvil para trastear su lista de contactos y cuando llegó a Cloe, se detuvo. Después de todo, era su mejor amiga, muy crítica y realista, lo mirara por donde lo mirara, pero al estar ella tan involucrada en el asunto, decidió pasar. Ya hablaría con ella muy seriamente más tarde.

Continuó bajando por su lista de contactos. Sabía que Lucas y Diego no estarían despiertos, ni siquiera sabía si Lucas habría dormido aquella noche con el tema de la investigación policial. Se detuvo en Patricio. En el fondo, le apetecía contarle a Patricio su historia con Helena desde Nochebuena, pero no había tenido tiempo para nada. Era el momento de contarle todo desde el principio.

—¿Estás en casa, mariquita? —preguntó Tomás al ver que su hermano descolgaba el teléfono.

—¿Quién coño es? —contestó Patricio con voz soñolienta—. ¡Mariquita su puta madre!

—¡Patri! Soy yo, Tomás —dijo este, aguantándose la risa.

—¡Te he dicho mil veces que no me llames Patri! Es muy... gay —contestó Patricio algo indeciso.

—Me da igual lo gay o no gay que suene, sigues siendo igual de mariquita.

—¿Has llamado para algo más que despertarme y darme por culo, tío?

—No Patri, solo llamaba para darte por cu...

—¡Mira, te cuelgo, gilipollas!

—¡No! Patricio, espera ¿Se han levantado papá y mamá ya?

—Y yo qué sé, me acabas de despertar tú, no he salido de mi cama...

—Bueno, da igual —dijo Tomás aún con una sonrisa—. Voy para allá, quería desayunar contigo.

—¿Y ese ataque de amor? —preguntó Patricio, extrañado.

—Sabes que te quiero, tío —dijo Tomás, seriamente.

—¡Que te follen! —contestó Patricio, colgando.

Tomás se quedó mirando el móvil con una sonrisa triste, salió de la cama y se dispuso a vestirse.

* * *

—Todavía no sé cómo me has podido sacar de casa —dijo Laura entrando en la Bolera Clan y cerrando el paraguas.

—Necesitas despejarte un poco. Y yo también, créeme —contestó Helena, pasándole un brazo por los hombros a su hermana.

—Bueno, señoras. A partir de ahora como si no me conocierais, ¿vale? Intentaré ponerme en algún sitio donde no me veáis... —dijo Rodrigo mirando a todos los lados, estudiando dónde la visión podría ser difícil y confusa.

—¿Has quedado con una chica? —preguntó Helena con una sonrisa maliciosa.

—¿Y a ti qué, bulto?

—O eso, o vendes droga... —añadió Helena como quien no quiere la cosa, riéndose.

—¡Sí! Se las doy a tus pacientes locos.

—¡Genial! Más trabajo —comentó Helena, con una sonrisa irónica, que su hermano correspondió.

—Parecéis niños pequeños los dos —dijo Laura, suspirando—. Desaparece ya anda, retaco —añadió dándole a Rodrigo un empujoncito amistoso en la espalda mientras se perdía en la inmensidad de la Bolera.

—Me tiene de los nervios... —le dijo, por lo bajini, Helena a su hermana. Esta le sonrió.

—¡Qué poquita paciencia tienes, Helena! —apuntó su hermana sonriendo—. Tú no te parecías en nada a él. Tú eras la chica perfecta, con tus perfectas contestaciones, madura... ¡qué tiempos más felices!

Helena sonrió para sí, mientras le acariciaba a su hermana la espalda, esta se había apoyado sobre la barra y había escondido la cabeza entre los brazos. «Madura», así es como la definía su hermana mayor. Si ella supiera...

—¡Helena! ¿Qué haces por aquí?, ¿qué os pongo?

Ángela se sorprendió de que Helena viniera con su hermana.

—¡Un *gin-tonic*! —respondió rápidamente Laura levantando la cabeza de la mesa—. ¡Cargadito!

Laura volvió a agachar la cabeza y a esconderla entre sus brazos. Ángela miró con cara de desconcierto a Helena y sonrió.

—¿Quieres algo tú?

—Solo agua, gracias Angi —dijo Helena, sonriéndole tristemente.

Ángela la miró con cara de confidencialidad y susurró:

—Tienes que contarme qué pasó anoche.

Helena miró a todos los lados antes de contestar.

—Después... —susurró.

Ángela asintió y levantó su pulgar hacia arriba antes de irse a preparar las bebidas. Helena ocupó asiento en un taburete al lado de su hermana y se dedicó a escrutar los espacios vacíos del gran local mientras seguía acariciando a Laura, que parecía a punto de arrancar a llorar.

La Bolera Clan contaba con cuatro grandes salas. A la derecha de la gran barra central, había dos salas recreativas y doce pistas de bolos con muchas luces de neón y a la izquierda; todo un arsenal de mesas esparcidas desde la mitad hasta la puerta de entrada, listas para servir cualquier refrigerio o merienda a los grupos de amigos que quedaban para tomar algo, para celebrar un cumpleaños o simplemente para darle un sitio donde descansar a los padres que llevaban a sus hijos a la zona recreativa infantil. Y por último, al final del local podía verse una enorme pista de baile a lo *Saturday Night Fever*, donde las baldosas del suelo brillaban de diferentes colores. Los viernes y sábados por la noche, la bolera abría el gran escenario del fondo para el karaoke, y hacía las funciones de discoteca. Arriba, justo encima del escenario, se encontraba la sala o zona VIP, que reservaba la gente más pija con semanas de antelación. Solía haber lista de espera. La sala aumentaba su aforo los días en los que algún cantante o grupo en especial actuaban en la Bolera Clan.

Ese mismo día, los operarios que a principios de diciembre se habían ocupado de adornar el lugar con diferentes motivos navideños, ahora estaban instalando un reloj para la noche de fin de año y varios cañones de purpurina que estallarían a las doce en la popular fiesta de Nochevieja que Ángela preparaba con minuciosidad.

—Aquí están el *gin-tonic* y tu agua, Helena. ¿Seguro que no quieres acompañar a tu hermana con algo más fuerte?

Ángela le guiñó un ojo mientras Laura, ávidamente, cogía su elegante copa de *gin-tonic* y le arreaba un gran sorbo. Helena la miró sorprendida.

—Te iba a pedir un *whisky*, pero mejor un vinito —dijo sin pensarlo—. Me apetece.

Ángela sonrió y se alejó para coger una copa.

—¡Del mejor que tengas! ¡Sorpréndeme! —añadió Helena, gritando.

—¿Quién nos va a llevar después a casa? —preguntó su hermana, riendo y mirándola con rebeldía.

—Tu hermano creo que no, está muy ocupado él —comentó Helena, mirando a lo lejos cómo se encontraba con una chica rubia muy altiva y muy mona. Tenía aires de diva de instituto.

—Fíjate, Helena. Nuestro hermano es capaz de llevar una relación más real que nosotras —dijo, dejando escapar un sonoro hipido. Se llevó la copa a los labios y se la terminó.

—No bebas tan rápido, Laura. Si no, vamos a sacarte de aquí en camilla —le advirtió Helena, sonriendo.

—¿O tú si tienes algo? —preguntó Laura, ignorando su comentario.

Helena se quedó mirándola mientras bebía un sorbo de su agua limpia y pura. Desvió la mirada hacia Rodrigo y sintió una gran punzada de celos. Su hermano, un engreído vacilón, estaba haciendo temblar de ilusión a una chica que suspiraba por él. Helena lo observó. Tenía que reconocer que eran muy naturales, los miedos estaban reducidos al mínimo. La chica sonreía y se moría por besarlo. Helena se odió a sí misma una vez más: ¿dónde estaba ella el día que repartieron los genes?

—No tengo nada —contestó bastante más tarde de lo que hubiera querido.

—Ya me lo suponía —dijo Laura mirando hacia otro lado mientras pedía que le rellenaran el *gin-tonic*—. Helena, muchas veces pienso que eres demasiado exigente. No recuerdo ningún novio tuyo...

—Tuve uno en la universidad —contestó ella, tajante.

—¡Ah, es cierto! Ese alto, moreno, con cara de estar perdido en la vida —recordó Laura—. No te ofendas, cariño, pero quizás lo que deberías hacer es pasártelo bien. Aprovecha que eres joven y vives sola. Prueba y equivócate, no hagas como yo que he malgastado mi vida construyendo algo que estaba roto. Y venga a tirar y a tirar para que funcionase, cuando todo era mucho más simple...

—¡Laura!

Helena tenía los ojos como platos, jamás había oído a Laura soltar tales cosas por su boca. Siempre había sido muy educada, correcta y, ante todo, cariñosa con ellos. El vacío de Helena iba en aumento. En vez de aliviarse con aquella salida furtiva con sus hermanos, lo único que estaba haciendo era deprimirse más. Se había cargado lo único que tenía hacía unas horas y su hermana, sin querer, se lo estaba recordando a cada minuto que pasaba. No le apetecía contárselo, bastante tenía ella con lo suyo. También era un palo para ella, su hermana siempre había sido su ejemplo. Y su matrimonio iba tan bien desde fuera... Hace tan solo unos días, en Nochebuena, los había visto como de costumbre: una pareja normal y feliz con sus tres hijos malévolos. Esa estampa era mentira. No le extrañaba que se hubiese tirado tanto tiempo sola, en el fondo la mierda siempre huele desde todos lados si no se saca la basura, por mucho que no se quiera ver.

—Aquí tienes, Celeste Roble. Es de los más mejores que tenemos, ¡te va a encantar! —dijo Ángela mostrándole una botella con la etiqueta blanca, donde se veía una constelación y letras celestes.

Helena olió su nueva bebida color cereza y la saboreó mojándose los labios. Aquello le iba a entrar como agua de dioses. Le dio un gran trago, era un vino delicado y con mucho cuerpo. Exhaló un gran suspiro. Desvió la mirada de la vomitiva escena que estaban protagonizando su hermano y la rubia pija en las zonas más oscuras del entramado de mesas, y fijó su mirada en algo que se movía más allá, en las tinieblas. Alguien le llamaba la atención con la mano, fervorosamente, de una forma casi furiosa, pasados los operarios, pasado el escenario. Entrecerró los ojos para poder reconocerla.

—Es Claudia... —dijo Ángela mientras limpiaba con un paño la barra de al lado—. Lleva todo el día divagando sobre lo que ocurrió anoche con Tomás —añadió susurrando, astutamente.

—¿Quién es Tomás? —preguntó su hermana escrutándola con la mirada, casi borracha.

Helena bebió lo que le quedaba en la copa de vino, tragó y golpeó la copa con tal furia contra la mesa, que a punto estuvo de romperla en pedazos.

—Nadie que tú conozcas —contestó Helena con voz ronca.

—¿Por eso llegaste anoche tarde? —interrogó su hermana—. ¡Entonces sí que tienes algo con alguien!

—Voy a ver a Claudia —anunció Helena como respuesta.

Por mucho que le costara reconocerlo, juntarse con su hermana aquella tarde no había sido una buena idea.

—¡Ya sé quién es! —gritó Laura—. ¿Es ese chico que vino a cenar a casa en Nochebuena, el hijo de Andrés, el amigo de papá...?

Se bajó violentamente del taburete y se tambaleó un poco. Mientras se alejaba pudo ver la expresión de horror de Ángela, que le pedía disculpas por haber pronunciado el nombre de Tomás delante de su hermana. Helena dibujó una especie de sonrisa y fue directa hacia Claudia. El camino era largo y oscuro. La bolera era tan grande que Helena nunca recordaba haberla visto con todas las luces encendidas, y como no había nadie en el escenario en aquel momento, toda aquella zona estaba sumida en la penumbra.

—Disculpe, señorita.

Helena acaba de chocarse con uno de los camareros. Pudo ver al fondo a Claudia riéndose y a ella también le entró la risa floja. ¿Señorita? ¿Ella?

—¡Eh, eh! Hermanita.

Helena puso las manos con miedo a chocarse de nuevo, se había mareado con solo un trago de ese vino tan bueno...

—¿Qué quieres, feto?

—Oye, vengo en son de paz, ¿vale? —dijo Rodrigo con cara de indignación—. Toma, esto es tuyo.

Le tendió una tarjeta SIM de móvil.

—¿Qué narices es esto? —preguntó Helena desconcertada.

—Es una copia de la tarjeta de tu móvil. Queríamos informarnos de tu vida secreta y gastarte alguna que otra broma —reconoció Rodrigo encogiéndose de hombros, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Queríamos? ¿Tú y quién más?

—Evelyn y yo. Bueno, y Roberto también, pero él se rajó a mitad del plan.

—¿Por qué me la das? —preguntó Helena llevándose una mano a la cabeza. Se estaba empezando a marear de verdad.

—Bueno, digamos que quiero comprar tu silencio por el mío —explicó Rodrigo encogiéndose de hombros de nuevo y mirando a la rubia pija—. Yo no le diré nada a mamá de Tomás, y tú no le dirás nada de Melisa.

—¿Cómo sé que no has hecho otra copia? —Helena no se fiaba ni un pelo.

—Vamos, Helena, tendrás que fiarte de mí. Ya sabes cómo es mamá con estas cosas de los novios y las novias —dijo exagerando un escalofrío y poniendo cara de horror.

—¿Y Evelyn? ¿Qué le darás a cambio? Espero que lo tengas todo bien pensando.

—No te preocupes, tiene cinco años, ¿qué puede hacernos? —preguntó Rodrigo, riéndose con esa risa con la que seguramente habría enamorado a su ligue.

—Te sorprenderías de lo que es capaz tu sobrina —advirtió Helena con cara de circunstancias—. Intenta que quede satisfecha, si no; nos echará por la borda a ti y a mí, acuérdate.

—Sí, bueno. No me rayes, ¿vale? ¿Trato, entonces?

Le tendió la mano. Helena se la estrechó algo confusa y suspirando.

—Me voy. No quiero dejarla mucho rato sola —dijo Rodrigo, guiñando un ojo mientras se alejaba casi trotando.

Helena continuó los pocos pasos que le quedaban hasta la puerta del almacén, que era donde la esperaba Claudia.

—¿Ese no era tu hermano? —inquirió.

Iba ataviada con el pijama y encima de este, su bata esponjosa con zapatillas a juego de perritos adorables. Tenía el pelo revuelto y las gafas puestas, se agarraba la bata con ímpetu alrededor del cuello.

—Sí, nos ha acompañado hoy a mi hermana y a mí.

—¿Qué quería?

—Nada, las mismas tonterías de siempre... —esquivó Helena.

—Tienes un aspecto horrible —dijo Claudia sonriendo y dándole un abrazo.

—Me complace decir lo mismo de ti —contestó Helena mirándola de arriba abajo.

—Es que hace un día feo y no me apetece salir de la cama, ni de la bata. Pero Ángela me ha avisado de que estabas aquí y he bajado a verte —dijo con una sonrisa amistosa. Ángela y Claudia vivían justo encima de la Bolera en un elegante y espacioso dúplex—. ¿Cómo fue todo ayer?

—Fatal —contestó Helena sentándose en una oquedad de la parte trasera del escenario.

Estaba cada vez más mareada. Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared.

—¿Cómo de fatal? —preguntó Claudia acompañándola en el improvisado asiento y cogiéndole la mano.

—Fatal de horrible y estrepitoso .

Se rio nerviosamente mientras abría un ojo para mirar a su amiga. Cogió aire y comenzó a relatarle todo lo que había pasado desde que Claudia la había dejado en el hospital para que hablara con Tomás.

—Entonces, ¿ha admitido que es culpable, no? —inquirió Claudia, confusa.

—Él solo me dijo que no tenía nada con ella, que era su amiga, pero estaba muy interesado en saber cómo lo había averiguado. Así que no sé qué pensar... —Helena se llevó las manos a la cabeza.

—Pero si lo oímos claramente. ¡Será cerdo asqueroso! —le recordó Claudia, tajante, mientras le daba unas palmaditas en la espalda.

Helena la miró intensamente, con lágrimas en los ojos. ¿Tan segura estaba ella de que aquella conversación que habían escuchado era sobre Cloe? Aquellas palabras tan confusas...

—¿Qué ocurre aquí?

Ángela llegó como un rayo con los patines que usaba siempre, al igual que el resto de sus empleados, para moverse por la Bolera Clan y ahorrar tiempo en el transporte de comida u otras actividades.

—¡Muy fuerte! —dijo Claudia agarrándose la bata alrededor del cuello de nuevo—. ¡Pues que le ha mentido el muy imbécil!

—¿Cómo? ¿En serio? No me lo creo... —Ángela se sentó en el suelo enfrente de Helena y le puso una mano en la pierna—. Cuéntamelo a mí una vez más...

Acompañada por Claudia, Helena relató de nuevo la escena de la noche anterior con los ojos llenos de desesperación. La miró expectante a saber su opinión.

—Es que no está nada claro... —opinó Ángela, pensativa, mirando a otro lado en la penumbra.

—¡Pues si no está claro es que algo ocurre! —protestó Claudia.

—Pero él quería arreglar las cosas. Yo estaba tan ciega por la ira que me marché de allí habiendo liado un follón sin tener al final una solución clara... —dijo Helena, arrepentida.

—Es que... a mí desde el principio me pareció que nada tenía mucho sentido —reconoció Ángela.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Helena, con un deje de esperanza.

—Bueno, a ver. En la conversación de ayer había mucho ruido, y la parte final, no sé exactamente a qué se refiere... Es posible que cambiaran de tema.

—¡Anda, anda, vida! —reprochó Claudia soltando al fin el nudo de su bata—. Me parece increíble que seáis tan ingenuas. Se la ha pegado y punto. Helena, lo siento, es lo que opino. Ojalá no fuera así.

—Pues perdona que te diga, pero Tomás lleva viniendo aquí mucho tiempo y, tanto él como Lucas y Diego son tres tíos muy legales y muy simpáticos. Si bajaras a ayudarme de vez en cuando, lo sabrías. No creo que Tomás sea capaz de mentirle así a Helena —contradijo Ángela a su mujer—. Además, te dijo que era su amiga, ¿no?

Helena asintió, limpiándose las silenciosas lágrimas. Se moría por estar con él pero había algo dentro de ella que le ardía de rabia. Nunca se había dado la oportunidad de que alguien le hiciera daño de esa forma, ni siquiera con su anterior pareja.

—¿Y eso qué cambia las cosas? Los hombres son todos iguales, unos mentirosos y unos engreídos —gritó Claudia.

Ángela suspiró pacientemente.

—¿Por qué tienes que dudar de su palabra? ¿Te ha llamado, Helena? —preguntó.

—No —contestó esta con la voz ronca—. Había pensado yo en llamarle y hablar las cosas bien.

—¡Ni se te ocurra! ¡No te arrastres por nadie! —gritó Claudia.

—Espera a que te llame él... —le aconsejó Ángela—. Si de verdad te quiere, te llamará. Será la prueba de fuego.

—¡Pero si sabéis que llevo razón! —insistió Claudia.

Helena se levantó.

—Creo que voy a irme a casa pronto. ¿Cuántas copas lleva mi hermana? —preguntó Helena, un poco asustada.

—Cuando yo me fui, cuatro —contestó Ángela, que también se había levantado.

—¿Crees que podrás ponerme un par de esas botellas tan bonitas de vino para llevar?

—¡Por supuesto! Pero hoy no bebas más, que vas a acabar peor que tu hermana —le aconsejó Ángela.

—No importa. Es Navidad —suspiró—. ¡Mejor ponme tres!

CAPÍTULO 15

—¡Hola, mamá!

—¡Mi niño! —dijo Lidia abrazando a su hijo y dándole besos—. ¡Qué cara me traes! ¿No has dormido bien?

—Deja de controlarme, mamá.

Tomás cerró la puerta de casa con paciencia y le sonrió forzosamente a su madre.

—Lo sé, hijo, lo sé. Pero hay tanto malo por ahí, las personas no somos lo más santo del mundo, precisamente —dijo metiéndole un par de rizos por detrás de la oreja.

—¿Se ha despertado Patricio ya? —la cortó Tomás redirigiendo a su madre hacia la cocina para que se callara—. ¡Hola, papá! —saludó al cruzar por el salón.

—¡Eh! —respondió Andrés sin levantar la vista del periódico en un alarde de sus habituales acogidas llenas de amor y efusión.

—Creo que lo he visto pasar al baño, ¿quieres que lo llame? El desayuno está casi listo...

—No, déjalo. Creo que me ha escuchado, ya vendrá —dijo Tomás, sabiendo lo poco que toleraba Patricio a sus padres.

Tomás entró en la espaciosa cocina rústica y coqueta que su madre cuidaba con tanto esmero. Se sentó en una de las incómodas sillas de madera adornada y apaciguada con cojines de estampados pasados de moda, mientras su madre le ponía un café por delante.

—¿Quieres leche, cielo? —preguntó.

—Por favor —pidió Tomás mirando hacia la ventana de fuera, donde las nubes se tornaban más negras cada vez.

—Antes te lo tomabas solo —dejó caer su madre mientras le servía un chorro de leche hirviendo.

—¿Te has unido al cuerpo de policía de Villanueva, mamá? —preguntó Tomás, mirándola crispado. Rápidamente, se dio cuenta de que se había pasado y enmendó su rudeza—. Me he tomado ya uno antes de venir, no quiero envenenarme de cafeína... —mintió de nuevo.

—Me preocupo por ti, Tomás. Sé que trabajas mucho, te explotan, hijo.

—Oh, mamá, ya hemos hablando de eso —contestó con pesadez.

—¡Vaya, vaya! No te has levantado de buen humor esta mañana —observó su madre. Se sentó junto a él en la mesa, confidente.

—Lo siento, mamá. Hoy he dormido peor que de costumbre —confesó con media sonrisa forzada.

—Mi pequeño, sabes que puedes contarme lo que sea, siempre lo has hecho.

—No ocurre nada, mamá. Es solo que llevo una vida dura de residencia, ya lo sabes.

—¿Sabes lo que necesitas? Una chica.

—¡Oh, mamá! ¿Otra vez? —Tomás se rio, como cientos de veces antes—. Si tuviera novia, me habría mandado ya a tomar vientos. No tengo tiempo. —Tragó saliva al acordarse de Helena, mientras removía su café hirviendo con la mirada clavada en él.

—¡No digas estupideces, Tomás! Estás en la flor de la vida —le regañó—. Hace unos días estuve hablando con Estela, ¿recuerdas quién es?

—Sí, la madre de Helena de Angulo.

Le dolió pronunciar su nombre.

—¿Te acuerdas de ella? ¿Os seguís viendo? —preguntó su madre, emocionada.

Tomás la miró de nuevo, cavilando la respuesta antes de negar instintivamente con la cabeza, para luego volver a mirar su café humeante.

—Era una de sus hijas, ¿no? —preguntó, intentando disimular.

—¡Sí! La del medio. Está soltera, sé que te pareció guapa —dijo su madre, guiñándole un ojo.

—Sí, la recuerdo. Pero a ella puede que no le guste yo —dijo Tomás con un nudo en la garganta.

—¿Qué me estás contando! Con lo guapo que eres, cariño —dijo su madre sonriendo y acariciándole la cara.

—¡Mamá! —protestó.

—Y si no le gustas, te la ganas... —dijo bajando la voz—. Aunque creo que tienes ya algo por ahí. Tienes la sombra del amor en tus ojos.

—Pues dile que se largue —pidió Tomás con unas ganas tremendas de que llegara su hermano.

—Mi precioso. Espero que sea buena chica, aunque sea Cloe. Siempre ha sido un poco ligerita de faldas, pero algún día tendrá que sentar la cabeza...

—¡Mamá! Vaya mañanita que me estás dando —rugió Tomás—. No estoy con ella, te lo he dicho un millón de veces.

—Hijo, ¡yo que sé! Os veo siempre tan unidos cuando viene —argumentó su madre, muy seria.

—¡Buenos días, *family*! —gritó Patricio nada más llegar a la cocina—. ¿Ya estás acosándolo, mamá?

—¡Mi grandullón! —dijo Lidia, levantándose para abrazar al menor de sus hijos.

—¿Por qué soy yo el grandullón si soy el pequeño? —protestó Patricio, abriendo la nevera para coger agua mientras su madre lo abrazaba.

—Porque eres más grande, cielo. Tu hermano tiene un cuerpecín a tu lado... —explicó ella, sonriéndole.

—¿Mi hermano? —dijo mirando a Tomás—. Mi hermano tiene un cuerpazo, yo soy un gordo... —dijo con pesadez.

—¿Pero qué dices? Tú por lo menos haces ejercicio. Yo no tengo tiempo —le dijo Tomás mordiéndose una tostada.

—Desde que he venido aquí he sacado unas lorzcas... —dijo mirándose en el reflejo de la ventana—. Mirad. Mirad qué foca.

—Anda cielo, siéntate a desayunar y déjate de tonterías que no estás tan mal —le reprochó su madre, dándole una palmada en el trasero.

—¡Y encima habrás hecho tortitas! —inquirió dándose la vuelta—. ¡Mira, ahí están! Mamá, ¿sabes cuánto me va a costar bajar esto cuando llegue a Madrid?

—¡A comer y a callar! —gritó ella, sentándolo en la silla y poniéndole por delante el sirope de chocolate—. Me voy con vuestro padre, que si no protesta.

Le pasó una mano por el pelo a sus dos hijos, despeinándolos, y desapareció por la puerta de la cocina.

—Sí, anda. Hazle compañía al calvo —susurró por lo bajini, metiéndose una tortita entera en la boca—. ¿Sabes si tiene la menopausia o algo?

—Cierra la boca, gorda.

—¡Púdrete, imbécil! —rebató Patricio, haciendo un gesto descortés con la mano después de recobrar del *shock* producido por lo que acababa de oír. Algo tan obsceno y, encima, en femenino.

—¡Bah, en serio! He venido a contarte algo, tío —dijo Tomás una vez hubo tragado la tostada con dificultad por su nudo en la garganta.

—Típico. Me llamas solo por conveniencia. Soy aquí la putita de las confidencias —dijo Patricio sin mirarle mientras engullía otra tortita con avidez.

—El que tiene la menopausia eres tú, ¿qué te pasa? —preguntó Tomás, divertido.

—¡Que es broma, tonto! Ya sé que me adoras y veneras —dijo Patricio, propinándole un tortazo amistoso en la cabeza—. A ver, ¿qué te pasa, *latin lover*? ¿Tiene que ver otra vez con la Capitana Guarrilla?

—Más o menos —admitió Tomás, con cara de preocupación.

—Bueno, bueno. Déjate de cursiladas y cuéntame qué pasa con ella— instó.

—En realidad, ella no es la protagonista de esta historia —confesó Tomás con un sonrisa triste. Patricio dejó de masticar y miró a su hermano con los ojos fuera de órbitas.

—¿Tienes novia? ¿Y esa zorra se ha metido, verdad? ¡Valiente putón! Desgraciada, malnacida.

—No, espera. Deja de insultarla así, por favor —suplicó pacientemente—. Déjame que te cuente, ¿te acuerdas de Helena de Angulo? —preguntó Tomás, bajando la voz.

Patricio comenzó a masticar más despacio mientras intentaba respirar hondo. Cambió de golpe el gesto de confidencia que había puesto y se retiró varios centímetros de su hermano. Se acordó de todos los ejercicios de relajación que había hecho con la propia Helena. Tragó despacio y tomó un sorbo de café. Carraspeó fuerte.

—No —contestó tajante.

Al segundo, se arrepintió de haberlo hecho. Se le daba fatal mentir. Tomás se rio. Sabía perfectamente que su hermano la conocía.

—¡Sí, hombre! La chica de la casa esa tan grande de Nochebuena. Donde nos llevó papá. Llevaba un vestido azul, cortito...

Tomás recordó aquellas escenas y le entró calor.

—¡Ah! ¡Sí, sí! Monísima ella, muy guapa —reconoció Patricio, conservando la calma.

—Bueno, pues le pedí salir antes de Nochebuena.

—¿Qué me dices? —Patricio cogió por el brazo a su hermano y lo zarandeó con fuerza—. ¿La conocías antes de cenar allí?

—¡Sí! Fue como si el destino nos uniera en una de esas películas americanas donde todo es casualidad —explicó alzando las manos burlonamente.

—¡Qué fuerte! Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte... —repetía Patricio lleno de emoción—. ¡Pero cuéntame más, por Dios!

—¡Chss! Baja la voz, que mamá se huele algo —le advirtió Tomás.

Dedicó los siguientes minutos a relatarle la historia de principio a fin a su hermano, que era un público magnífico, se sobresaltaba con cualquier detalle y no lo interrumpió ni una sola vez. Cuando llegó a la parte de la pelea de la noche anterior, Patricio no podía dar crédito a lo que estaba oyendo y, por lo bajo, no paraba de insultar a Cloe y de decir lo increíble y fortísimo que le parecía todo.

—¡Es una zorra engreída! No sé por qué te sigues juntando con ella —le reprochó su hermano susurrando violentamente—. ¡Mira lo que os ha hecho, solo te trae problemas!

—Ella no es el problema, deja de obsesionarte. Es mi amiga, ya lo sabes —respondió, cansinamente, Tomás.

—Sí, ¿y desde cuándo? Desde que ha aparecido Helena, Dios la bendiga, y te ha abierto los ojos, hermanito —dijo Patricio golpeando su dedo índice en la frente de Tomás.

—No digas estupideces, dejé de quererla así hace muchísimo —confesó.

—Mírame a los ojos y dime que ya no estás colado por ella —demandó Patricio, mirándolo.

Tomás obedeció.

—No estoy yo tan seguro —dijo Patricio tomando un largo sorbo de café—. ¿Cuándo te acostaste con ella la última vez?

—Hace dos semanas, cuando volvió —titubeó Tomás—. Justo cuando me dijiste que me la tirara por última vez. Así fue. Además hablé con ella y le dije que esto tenía que terminar.

—¡Toma ya! —dijo Patricio orgulloso—. Mejor tarde que nunca.

Hubo un silencio entre ambos. Patricio se había quedado mirando a un punto fijo, asimilando toda la información.

—¿Crees que yo tengo la culpa? —preguntó Tomás, preocupado.

—No, imbécil. La culpa de todo la tiene *Yoko Ono* —contestó cabreado—. Tú eres idiota, pero por otras cosas —le guiñó un ojo con cariño.

—Creo que la llamaré y le explicaré todo en condiciones.

—Deja que pasen unos días, anda. Ahora mismo tendrá ganas de matarte —le aconsejó—. Y deshazte de Cloe si no quieres que te traiga más problemas, hermanito.

—¿Cómo crees que se habrá enterado? Sólo lo sabes tú, bueno, y hace unos días se lo conté a Diego y Lucas, aunque no del todo —aclaró.

—Solo necesita tener ojos en la cara y un poco de inteligencia. Si os ha visto paseando felices y aparentando, seguro que la pobre se habrá llevado un mal rato... —conjeturó Patricio—. Deberías alejarte de la vecina. Ya sé que te lo he dicho un millón de veces, pero joder, escúchame, soy tu hermano —Patricio se acercó a él y miró para atrás, asegurándose de que su madre no estaba husmeando. Tomás puso la oreja atento—. Llevo años viéndote con ella y sé que probablemente me arrepienta de lo que diga ahora mismo, pero el único que ha dado bola a esa situación has sido tú. Tú has dejado que ella te hiciera daño y te mantuviera enganchado...

—Lo sé —dijo Tomás serio—. He tardado en darme cuenta, pero yo he elegido poner los límites en esta relación y ahora ella los está respetando. La quiero, Patricio. Soy su amigo.

—Vale —asintió Patricio muy por lo bajo, mirando hacia la puerta de nuevo—. Pero ¿ella es tu amiga? Quiero decir; ¿una amiga hace esas cosas?

Tomás se quedó helado y bajó la mirada. No, una amiga no hacía esas cosas. Una amistad férrea tiene ciertos límites. Cloe no había estado cuidándolo. Se habían usado mal. Se habían querido mal.

—Bueno, creo que ahora que somos adultos podemos llevar esto de otra forma —se convenció Tomás.

—Hermanito, habrás cambiado, sí, pero eres el mismo ingenuo de siempre —concluyó Patricio levantándose—. Sabes que tengo razón.

Tomás asintió en silencio y se quedó pensativo mirando el interior de su taza vacía. Quería llamar a Helena y explicarle todo de una vez. Desde el principio de los principios: que había estado enamorado de Cloe, hasta que había pasado a tener sexo casual con ella cada vez que los visitaba, que ella había cambiado y que él ahora tenía las cosas claras. Suspiró desesperado, y se levantó de la mesa.

—Tienes razón, soy un imbécil. Tampoco he tenido la ocasión de hablar demasiado con ella, nuestros horarios no coinciden —explicó Tomás, preocupado.

—¡Oh, vamos! Solo yo te puedo llamar esas cosas feas —bromeó Patricio yendo a abrazar a su hermano—. Estoy seguro de que sabrá entenderte. Es una chica adorable y buena, además es muy responsable y trabajadora. Por una vez, has tenido buen ojo, Tomás —finalizó Patricio con una amplia sonrisa.

—Vaya, parece que la conoces mejor que yo... —dijo él, sonriendo astutamente.

—¡Claro! Hablé con ella en la fiesta. Quiero decir en la cena esa, hablamos un rato y me estuvo

explicando a qué se dedicaba y eso... ¡no me atosigues, coño! —Patricio perdió los nervios y comenzó a sudar—. ¡Me voy, que he quedado!

—¡Voy contigo! No tengo nada que hacer esta mañana —dijo Tomás cogiendo su chaqueta.

—¡No! —respondió Patricio, tajante, mientras salía corriendo por la puerta de la cocina.

* * *

—Toma —dijo Ángela entregándole a Helena las botellas de vino en una bolsa—. Ten cuidado de que no se te caigan.

—¿Con quién está mi hermana? —preguntó Helena mientras cogía las botellas y se asomaba a la otra barra para ver mejor.

—Creo que con un chico, parece la voz de un hombre —dijo Ángela, asomándose también.

—¿Laura, con quién...? ¡Oh!

Helena se detuvo a mitad de camino al ver que su hermana estaba partiéndose de risa con Lucas.

—¡Venga ya! ¿Es esta tu hermana? ¿Helena, es tu hermana? ¡Qué mundo tan pequeño! —dijo Lucas señalándola mientras su hermana reía como una boba.

—¡Ah!, ¿os conocéis? —preguntó Helena, incrédula, mientras pasaba la mirada de uno a otro, anonadada.

—En realidad nos acabamos de conocer ahora —confesó Laura, sin poder contener la risa. Estaba muy borracha—. Dice que es criminólogo... —añadió con dificultad.

—¡Anda, pues qué bien! —contestó Helena con cara de horror, mientras veía cómo ambos se partían de risa.

—Venga Laura, te invito a otra —dijo Lucas con una mirada seductora.

—¡No, no! Ya has bebido suficiente —ordenó Helena, cogiendo a su hermana del brazo y arrastrándola.

—¡Eh, eh! Tranquila, doctora, ¿dónde te has dejado al otro doctor? —preguntó Lucas alzando las cejas.

—¡Eres una aguafiestas! —gritó Laura—. ¡Un momento! ¿Él es amigo de tu novio?

—¡Anda! ¿Ya es oficial? —preguntó Lucas, sorprendido de no haberse enterado de la buena nueva.

—No le hagas caso, está muy borracha —aconsejó Helena, muerta de vergüenza y con la sonrisa más falsa de todo el año—. Cogeremos un taxi.

—¡Puedo ir andando! ¡Me encanta que llueva! —puntualizó Laura con la lengua trabada—. ¡Lluvia, lluvia, lluvia...!

—No, espera. Es mejor que os acerque yo en mi coche... —se ofreció Lucas muy serio mientras le pagaba a Ángela y la saludaba con un gesto.

A Helena se le cayó el mundo encima, quería salir ya de aquella situación, no que se alargase más.

—No. No te molestes, en serio, no vivo lejos...

—¿Pero qué dices? Si vives a tomar por culo, en ese caserón gigante a las afueras... —dijo Lucas, acompañándolas hacia la puerta.

Laura se agarró al brazo de Lucas con todas las confianzas, este sonrió, satisfecho.

—No seas modesta, Helena. A fin de cuentas, ya somos una especie de cuñados o algo así. Tomás es como mi hermano —dijo guiñándole un ojo.

Helena lo miró con una sonrisa patética mientras se le revolvían las entrañas en puro fuego. No

solo se había tenido que encontrar con uno de los mejores amigos de Tomás, sino que, encima, a partir de una serie de catastróficas desdichas, este pensaba que estaban juntos.

—¿Y Rodrigo? —preguntó de repente Laura.

Aun estando borracha, con los índices de alcohol en sangre por las nubes, era más responsable que ella.

—¡Mierda! —gritó cabreada Helena—. ¡Rodrigo! ¡Ven aquí ahora mismo!

Rodrigo se giró confuso y le pidió a la chica que esperase un minuto. Se acercó corriendo.

—¿Qué bicho te ha picado? —le preguntó violentamente.

—Nos vamos, venga... —anunció Helena, apurándolo.

—¿Cómo? Aún no he terminado. ¿Quién es este tío? —dijo mirando a Lucas con extrañeza—. Laura, ¿estás borracha?

Su hermana negó violentamente mientras reía, agarrándose fuerte al brazo de Lucas para no caer.

—Despídete de tu amiguita y vámonos, no tardes —le dijo Helena, muy seria.

—Vale —obedeció Rodrigo con gesto taciturno y sin rechistar. Era la primera vez que le hacía caso a la mediana.

* * *

—¿Tomás?

Diego abrió la puerta, dejándolo pasar.

—Estoy jodido, tío —dijo él, quitándose su chaqueta.

—No, lo que estás es empapado. Acércate a la estufa y procura no morir electrocutado mientras te doy una toalla —le aconsejó su amigo soltando su amasijo de papeles y quitándose las gafas.

—¿Estabas trabajando? —gritó Tomás desde el salón, temblando frente a la estufa.

—Siempre estoy trabajando, Tomás —contestó Diego—. ¿Por qué no has venido en coche?

—He salido a dar un paseo y me ha caído la tormenta encima.

—¿Un paseo? ¿Y eso? —preguntó Diego, arrojándole la toalla y dejándose caer en el sofá.

—Necesitaba pensar. Me he peleado con Helena —confesó Tomás mientras se secaba.

—¿Por qué? —Diego estaba desconcertado.

—¿No está Lucas aquí? Es para no tener que contarle dos veces —contestó Tomás, abatido.

—No está. Volverá pronto del servicio, imagino —dijo Diego, viendo la cara de horror de su amigo—. No te preocupes, se lo contaré yo cuando vuelva, ¡desembucha!

Tomás tomó aire y contó por segunda vez ese día la historia de la noche anterior. Por más veces que la contaba y por más vueltas que le daba, no terminaban de encajarle algunos detalles, por no decir que le había parecido una pelea absurda. Era eso quizás lo que más confuso y cabreado lo tenía.

—Y ahora no sé si llamarla y pedirle que me lo explique todo de nuevo sin un ataque de histeria, o simplemente pasar, aceptando que es una loca y que me he equivocado con ella —concluyó Tomás, entristecido.

—¡Touché, amigo! —exclamó Diego con un gesto de conformidad—. Parece que tenemos un problema de comunicación. Y en cuanto a lo de que esté loca o no, todos los terapeutas lo están, Tomás. Bienvenido al mundo.

—¿Pero te parece que yo haya metido la pata? —preguntó Tomás, expectante.

—No lo sé. No sé lo que le habrán contado, o lo que ella habrá visto. Cada uno tenemos un punto de vista —opinó Diego, también preocupado—. Deberías llamarla y aclararle las cosas.

Aunque poniéndome en su lugar —titubeó—, quizás esté un poco cabreada. Piensa que ella cree que esto es cierto. Deja pasar unos días, habla con ella después de Año Nuevo.

Tomás asintió lentamente sonriéndole a su amigo. Sin duda, Diego era la persona más empática y racional que conocía.

—Gracias, necesitaba algo de cordura —dijo—. Le llevo dando vueltas a la cabeza todo el día.

—Lo mejor en estos casos es no menear la bola. Piensa que estos malentendidos ocurren con las minucias más grandes, y por la falta de confianza en uno mismo.

Hubo un gran silencio entre los dos, donde la lluvia caía de forma torrencial fuera, acompañada de relámpagos y granizo.

—Entonces, ¿no es cierto eso de que te sigues viendo con Cloe, no? —preguntó Diego, transcurrido un rato.

—Claro que no —respondió Tomás, extrañado por la pregunta—. ¿Por qué lo...?

Tomás se quedó atrancado hacia la mitad de la pregunta al oír su móvil berrear en el bolsillo de la chaqueta. Se levantó expectante y casi resbala en el recibidor. Abrió el bolsillo y sacó el celular. Era Lucas. Suspiró fuertemente.

—¿No sabes que llamar con tormenta es peligroso? —le reprochó Tomás divertido nada más descolgar. Este miró a Diego y sonrió ante su cara de «caso perdido».

—¡No te vas a creer donde estoy! —le gritó Lucas.

—En tu piso, no. Así que puedes estar en cualquier otro sitio sobre la faz de la Tierra.

—¡Acabo de llevar a tu novia a casa! —respondió el otro, ilusionado—. ¡Já! ¡Diez puntos para mí!

Tomás tragó saliva angustiado mientras veía cómo Diego, que lo había oído, se llevaba la mano a la cara mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué dices?

—Que he llevado a Helena a su casa. Estaba lloviendo un montón y la hermana iba pedo. Muy guapa, por cierto. Su hermana, no Helena, no te rayes. Bueno, Helena también es muy guapa, pero para ti, tío. ¡Eh! ¡Y el hermano también es un crack! Creo que le he convencido para que se haga poli, fijate...

Tomás se llevó la mano a los ojos llenos de confusión. No entendía nada de lo que le estaba diciendo su amigo. Aunque, pensándolo bien, quizás sí que había captado algo de aquel revuelo. Helena, por lo visto, estaba bien, saliendo con sus hermanos. No como él, que llevaba todo el día de un sitio a otro intentando hacer las cosas lo mejor posible. Algo muy dentro de él se trastocó mientras se levantaba del sofá.

—Entonces, Helena está bien, ¿no? —preguntó Tomás para asegurarse.

—¡Claro! Bueno, un poco preocupada por su hermana. Creo que ella también había bebido, pero apenas se le notaba. Vaya familia de borrachos con la que te juntas, ¡mola! —exclamó Lucas con su habitual tono de ilusión—. ¿Por qué? ¿Le pasaba algo a tu chorba?

—No, que yo sepa —mintió.

Y sin ni siquiera decir adiós, le cortó la llamada.

—No la tomes con él. Sabes que es un iluso de la vida, no se ha enterado de nada, todavía —razonó Diego.

—No es eso. Es que... —Bufó—. Pensé que ella también estaría preocupada.

Diego se quedó en silencio. Él, que siempre tenía respuesta para todo, esta vez solo miró a Tomás con cara de confidente. Tomás se rio, ¿en serio era tan imbécil?

—Voy a hacer té, ¿quieres? —le ofreció su amigo.

—¿No tienes nada más fuerte?

—Creo que en el cuarto de Lucas podemos encontrar hasta absenta, si quieres —sugirió su amigo, levantándose inmediatamente y abriendo la habitación del susodicho.

—¿Y si le echamos absenta al té? —sugirió Tomás, acompañando a su amigo al interior de la guarida galáctica de Lucas.

El cuarto de Lucas estaba pintado con un tono azul oscuro muy lúgubre. Además, Lucas le había pedido a Diego, que dibujaba muy bien, que le pintara un gran cohete espacial bastante infantil en una de las paredes. El resto del cuarto lo tenía adornado con diferentes estrellas de colores y otras tantas fosforescentes. Su mesa era gigante. Ocupaba toda una pared y estaba llena hasta arriba de informes policiales y películas. Las estanterías las tenía llenas de libros y figuras de *Star Wars* y Super Mario, entre otras.

—Tú eres el médico. Si eso es sano y legal, adelante —dijo Diego, sonriéndole mientras sacaba dos vasos de la NASA y abría uno de los muebles donde Lucas guardaba su arsenal.

—Ese ron tiene buena pinta —dijo Tomás estudiando el mueble bar.

—Creo que es lo mejor que tiene aquí —añadió Diego—. ¿Crees que le molestará si la cogemos?

—¡A la mierda! Le compraré otra —dijo él, cogiéndola y echando dos vasos generosos.

—¡Por las relaciones sanas! —Brindó Diego, sentándose en la cama, cuya colcha también tenía motivos espaciales.

Tomás aceptó el brindis y se lo bebieron casi de un trago.

—¡Joder! Cómo entra de bien con este frío... —gritó su amigo.

Tomás se sentó junto a él en la cama y se quedó mirando su vaso casi vacío durante un rato.

—No le des más vueltas, Tomás. No vas a poder hacer nada ahora. Por lo que sabemos, los dos habéis bebido, así que ya hasta mañana no podrás arreglar las cosas debidamente.

—No me entran ganas de hacer nada. No tengo ganas de esforzarme —le confesó Tomás—. ¿Sabes? Llevo una semana intentando que todo fluya con ella y apenas confía en mí —dijo bebiéndose lo que le quedaba en el vaso.

—Bueno, Tomás, eso de fluir... —dijo Diego con tacto—. No es que se te haya dado muy bien. Cada persona tiene sus barreras y sus tiempos, ¿no?

Diego le sonrió dulcemente mientras bebía un poco de ron y se estremecía, Tomás le devolvió la sonrisa asintiendo. Su amigo tenía razón, su perfeccionismo, impulsividad e impaciencia a veces le jugaban malas pasadas.

—Ojalá pronto te llegue esa chica que estás buscando... —le dijo Tomás.

—Con que me llegue me conformo, sí —contestó Diego con aire taciturno.

—¿No hay nadie aún a la vista, marinero? —preguntó Tomás con una sonrisa.

Diego lo miró y bebió lo que le quedaba en el vaso también. Respiró hondo y cerró los ojos.

—Sabes que no —dijo apesadumbrado.

—Pero, ¿tú lo intentas, tío? Intentarlo en serio, digo ¿eh? —preguntó Tomás mientras notaba cómo se le subía el alcohol a la cabeza.

—No demasiado, ya lo sabes. Soy muy torpe. No soy ese tipo de chico que es un supermachote. No soy como vosotros —dijo mirando a Tomás de soslayo—. Me gustaría conocer a una chica increíble, interesante, culta, graciosa, elegante... y si me cae del cielo como te ha pasado a ti, mejor que mejor —dijo, escrutando a su amigo con la mirada.

—Helena no ha caído del cielo —rebatió. Aunque en parte, tenía razón.

—Pues yo creo que todas las mujeres caen del cielo —opinó Diego, mirando el gran cohete.

—Pues entonces, amigo, llevas las de perder. —Tomás también miró el cohete—. La verdad está ahí fuera, hermano.

Este se levantó y echó más ron en los vasos. Diego hizo un amago de pedirle que no se lo llenara, pero finalmente aceptó con tristeza.

—¿Y si eliges la que no es mejor para ti? La que sabes que no te conviene... —preguntó Diego casi retóricamente.

—Nunca podrás saber si alguien te conviene o no si no te lanzas —respondió Tomás a modo de consejo—. Quien no arriesga, no gana, *bro*. Ya lo sabes...

—¿Qué es ese ruido? —dijo, de repente, Diego—. Es el ordenador, ¿no?

—Suena a *Facebook* —reconoció Tomás, levantándose y dirigiéndose hacia el PC de Lucas.

—¡Para, para! ¿En serio vas a husmear? —preguntó, preocupado.

—¿Te imaginas que no lo hago? —dijo Tomás, divertido, sentándose en el escritorio de su amigo.

Al desbloquear la pantalla le salieron miles de pestañas abiertas, entre ellas, *Facebook*. Lucas se lo había dejado abierto.

—Hay que ser tonto para dejarse tal fuente de información a disposición de los demás. Si yo fuera tú, estaría todo el día amenazándolo con esto —le dijo Tomás, con una sonrisa maléfica.

—Siempre sale de bullas. Se lo deja todo encendido, pago más de luz por su culpa —confesó cabreado—. ¿Quién le ha hablado?

—Carolina... —leyó Tomás—. Dice «hola guapo», y pone una cara vergonzosa. Esta siempre ha querido trincárselo...

—¿Pero cómo puedes saberlo?, ¿quién es Carolina? —preguntó Diego, cogiendo una silla y sentándose a su lado.

—Porque es esta tía. ¿La recuerdas? —preguntó Tomás, abriendo el perfil de Carolina Benavente. Era la chica bajita y rubia que cantaba en una banda de *metal*.

—¡Ah! Carolina —dijo Diego, poniendo cierta mueca de repulsión—. Nunca me ha caído bien, me parece un poco oscura... es como si su energía estuviese estancada.

Tomás miró a su amigo con extrañeza ya que no conocía esa parte tan espiritual suya. Seguidamente le lanzó una mirada juguetona.

—¿Le vas a hablar como si fueras Lucas, verdad? —preguntó Diego, sin dar crédito, con la sombra del niño travieso que llevaba dentro, asomándole por la cara.

—Divirtámonos un poco, por los viejos tiempos —lo animó Tomás.

Escribió un «hola encanto» muy típico de Lucas. La chica no tardó en contestar «oye, necesito verte otra vez».

—Qué fuerte, ¿ha estado viéndose con esa? —preguntó Diego, indignado.

Mientras, Tomás escribía de nuevo «¿qué te ocurre, preciosa?». Carolina pasó a escribir y borrar, como si no supiera qué poner exactamente

—¿Cómo puedes hacerte pasar por Lucas tan jodidamente bien?

—Mi hermano es actor, algo se me tiene que haber pegado —le informó Tomás, sonriendo, mientras leía la nueva contestación de la chica.

—Estoy algo asustada por lo que me contaste, necesito tenerte cerca para sentirme segura, ya sabes que lo conocía... —Leyó Diego, despacio—. ¿A qué se refiere?

—Me da igual —dijo Tomás contestando «ya sabes que me encanta hacerte sentir segura...».

—¡Eres un liante! —dijo Diego llevándose las manos a la cabeza.

—Esta va por todas esas veces que nos ha troleado él a nosotros —dijo Tomás brindando de nuevo con su amigo mientras leían la nueva respuesta de Carolina: «Muchas gracias por comprenderme, eres un cielo, sabes que te aprecio muchísimo...».

—Y sigue escribiendo... —observó Diego, sorprendido—. Tío, Lucas se va a cabrear, será

mejor que lo dejemos...

—¿Quién sigue escribiendo? —preguntó Lucas desde el umbral de la puerta—. ¿Se puede saber qué coño hacéis en mi ordenador? ¿Y bebiéndoos mi ron?

—Conseguirte una cita —le informó Tomás, tranquilamente, mientras a Diego le daba un ataque al corazón.

* * *

—¿Diga? —contestó Helena mientras se levantaba trabajosamente de la cama y dejaba la botella de vino en la mesita de noche—. Ni se te ocurra beber más. No es bueno que mezcles, ya estás bastante borracha... —le dijo a su hermana, tapando el auricular.

Esta estaba en la habitación de Helena metida en la cama, soltando insultos sobre su exmarido. Helena también estaba muy mareada, pero aparentó no estarlo.

—¿Helena? ¿Con quién hablas? —preguntó Jayin, preocupado.

—Con mi hermana —respondió metiéndose en su baño dorado, para que no la oyera nadie—. Está algo borracha.

—¿Tu hermana? Ah... —comprendió.

—¿Qué querías? —preguntó ella.

—Saber si habías mejorado tu estado de depresión de ayer... —dijo Jayin con tono burlesco—. ¿Sabes algo de Tomás?

—¡No! —gritó Helena—. ¡Y espero no saberlo nunca!

—Has estado bebiendo...

—Un poco... —confesó Helena—. Ven y hablemos un rato. Cada vez estoy más confusa, no puedo dejar de pensar. Y encima mi hermana... en fin, ya te contaré en persona.

—No puedo ir, Helena. Ahora tengo otras cosas que hacer —esquivó Jayin—. Me ha costado encontrar un hueco para llamarte. Llama a Abril, ella sabrá consolarte, ¿aún no se lo has contado?

—No... —dijo Helena aguantándose las lágrimas. Estaba cada vez más enfadada.

—Te llamaré más tarde, entonces. Y deja de beber —le aconsejó—. Ahora no puedo hablar, pero estate pendiente. Te llamo luego, ¿me has oído?

—Sí, sí. Hasta luego.

Helena colgó y se derrumbó en el suelo del baño a llorar a lágrima viva. No quería llamar a Abril, sabía que ella ya tenía bastantes problemas y sabía que aquello lo tenía que superar ella sola. Solo necesitaba más vino para dormir a pierna suelta y no acordarse de nada a la mañana siguiente.

—¡Helena!, ¿qué ocurre?

Laura se había levantado de la cama y había ido hasta el baño. Se sentó junto a ella en el suelo, limpiándole trabajosamente las lágrimas.

—¿Por qué esta sociedad ha creado un tipo de hombre tan horrible? —aulló.

—Lo sé, cielo, lo sé... —dijo Laura abrazándola.

Helena notó cómo de repente su hermana se ponía rígida y se llevaba la mano a la boca. Abrió rápidamente la tapadera del váter y vomitó todo el *gin-tonic* que su estómago no había digerido, mientras Helena la observaba sollozando desde su rincón.

CAPÍTULO 16

Sonaba *Dancing Queen* de fondo. El velo negro, como un manto de tristeza, desaparecía dando paso a muchas luces de colores: azules, amarillas y rosas. Al final, se podía distinguir una barra de *striptease* con un montón de globos brillantes que adornaban la estancia. Salía gente de todas partes. Todo relucía cada vez más.

Helena, por alguna extraña razón, se sentía feliz mientras la canción tronaba en sus oídos. De repente, Patricio y Jayin salieron de la nada, la cogieron por los brazos al ritmo de la música y la posaron en una especie de trono dorado. La gente bailaba siguiendo una coreografía un poco extraña y, como si no pudiera pasar algo más loco, Abril llegó con una corona, se la puso y la sacó a la pista de baile. Todo el mundo bailaba a su alrededor, coreándole la canción. Rodrigo y Lucas, vestidos de policías, le colocaron una boa de plumas y se unieron a la fiesta...

Tan pronto como había llegado, todo empezó a disminuir y la música se tornó lenta, la gente ya no era tan numerosa y Tomás, al fondo, desaparecía por una puerta más negra que el asfalto...

—¡No!

Helena carraspeó mientras abría los ojos. Estaba sonando el móvil. Tosió y se levantó. Tenía la boca seca. Tuvo que tumbarse de nuevo, la cabeza le pesaba demasiado y tenía ganas de vomitar.

—¿Diga? —contestó, con los ojos cerrados, sin ni siquiera mirar quién era. Le sabía la boca a neumático.

—¿Helena? —titubeó la voz de Abril, despacio—. ¿Te he despertado?

—Sí... —afirmó Helena, ronca, mientras se frotaba los ojos.

—Pero si son ya las dos, ¿qué haces en la cama? ¿Estás enferma? —preguntó asustada.

—No, es que...

Helena hizo un esfuerzo para levantarse y encendió la luz de su mesilla de noche. El cuarto estaba patas arriba. La botella de vino, vacía y rota, formaba una constelación de estrellas y cristales sobre la alfombra que le regaló Jayin. Su hermana, por otro lado, se encontraba a los pies de la cama, donde dormía plácidamente semidesnuda. Helena terminó de despertarse del todo.

—¡Tía! ¿Te fuiste anoche de fiesta sin mí? —intuyó Abril, con cierto retintín.

—¿Qué va! Estuve bebiendo un poco con mi hermana... nos dieron las tantas. Noche de chicas —comentó Helena con una risita final. Le dolía cada hueco de su cabeza y tenía muchísima sed.

—¡Hábedme llamado!

—¡Fue un rollo, tía! No te hubiera gustado, es que Laura tiene problemas con su marido... —confesó Helena, bajando la voz—. Ya te contaré, ¿estás tú bien?

—Pues la verdad es que no mucho. Estoy hasta el mismísimo de Edgar y quiero salir esta noche... —dijo Abril con un tono violento.

—¿Esta noche? ¿A dónde quieres ir? —preguntó Helena.

—No sé, ¿quieres que saque entradas en la Bolera Clan? Seguro que Ángela hace *fiestaca*...

—¡Anda, pero si hoy es Nochevieja! —recordó Helena llevándose la mano a la frente.

—¡Pues claro, Helena! ¿Dónde tienes la cabeza?

—Tía, no sé si salir... me duele todo...

—Para la noche estás bien, seguro. No me dejes sola, tengo ganas de desfasar.

La idea le resultó lejana en el estado en que se encontraba y se le vino el mundo encima. Su mejor amiga la necesitaba y ella no se veía capaz de ofrecerle su apoyo.

—¿Y Jayin? —preguntó Helena, a modo de salvación.

—Tía, Jayin está rarísimo. Bueno, y tú también, ¿qué os pasa hoy? —preguntó Abril, preocupada.

—Bueno, yo ya te contaré, no te preocupes. —Helena vio por el rabillo del ojo que su hermana empezaba a desmerecerse—. Abril, no sé si saldré esta noche. ¿Cuándo piensas comprar las entradas?

—Pues, después de comer, iré a sacar a Slash y me pasaré por la Bolera.

—Vale, te llamo y te confirmo.

—Como no salgas, te dejo de hablar. ¡Es Nochevieja! Deja de ser una tía mustia por un día. Por favor, te necesito —susurró.

A Helena se le partió el trozo de corazón que le quedaba vivo. Ella también la necesitaba.

—Te llamaré, ¿vale? Te quiero. —Y colgó.

Suspiró profundamente, y una lágrima se le escapó por su mejilla.

—Buenos días... —susurró Laura, levantándose y acostándose junto a su hermana en la cama—. Anoche prometiste que no llorarías más, loca.

—No recuerdo nada de lo que pasó anoche —confesó Helena.

—Para tu tranquilidad, te diré que no salimos de este cuarto —le susurró Laura, limpiándole la lágrima y dándole un beso en la mejilla.

—Gracias, Lau —dijo Helena dejando escapar otra lágrima.

—Gracias a ti, cielo. Necesitaba una noche como esta —dijo Laura—. ¡Necesitaba volver a ser joven!

—¿No tienes resaca? —preguntó Helena sonriendo con dificultad.

—¡Uuuff! —dijo Laura echando la cabeza hacia atrás en la almohada—. Debería bajar y ocuparme de mis hijos. El turno del desfase de mamá ya ha pasado. Y ha sido más que suficiente —confesó haciendo un gran esfuerzo por levantarse de la cama.

—Espera, te acompaño —se ofreció Helena abrochándose la bata—. Creo que ya va siendo hora de abandonar esta jaula —dijo refiriéndose a su cuarto mientras le abría la puerta a su hermana.

Ambas salieron de la habitación sonriendo con complicidad cuando, de pronto, la presencia de Estela, con su rostro sombrío y taciturno las hizo olvidar esa pequeña brisa de felicidad.

* * *

—¡Mamá! ¿Cuánta comida piensas comprar? —preguntó Tomás, emergiendo del interior de su bufanda solo para cuestionar la cordura de su madre.

Aquella noche la había pasado en casa de sus padres. No tenía fuerzas para volver a la soledad de su piso.

—Cariño, ya sabes que tu hermano y tu padre son de comer, y Cloe también vendrá —contestó su madre bajando varias botellas de vino de la estantería más próxima.

—¿Cómo? —preguntó Tomás, pasmado, aunque en realidad no le sorprendía en absoluto.

Su madre lo miró con ojos de reproche. Tomás se había levantado aquella mañana con un ánimo depresivo bastante importante. Hacía dos días de la escenita con Helena y aún no lo había superado. Si a esto le sumamos que sus dos mejores amigos estaban hasta arriba de trabajo, entonces la vida para él se ponía más difícil. Cloe estaba desaparecida en combate desde hacía un par de días. Y por si fuera poco, Patricio parecía evitarle, o mejor dicho; Patricio parecía evitar a todo el mundo. Tomás se sentía perdido. Su hermano era su pilar y su apoyo y si este no estaba, Tomás no tenía otra salida que sentarse en el sofá a no hacer nada, mirando la televisión con su

padre, cosa que no había hecho ni una vez en toda su vida.

—¡Tomás!, ¿me escuchas? —su madre lo llamaba desde la carnicería del supermercado.

—No... —dijo distraído, acercándose.

—Decía... que a qué era alérgica Cloe, ¿al cordero?

—No mamá, a las aves, no compres pato.

—¡Chss! ¡Oye, tú!

—Joder, Patricio, ¡qué susto!

—¡Eres patético! —le soltó Patricio con un gesto de indignación.

—¡Oye, cielo! Deja de insultar a tu hermano y ayudadme con esto... —dijo su madre tendiéndoles sendas bolsas de carne.

Patricio las cogió con el gesto crispado y en cuanto su madre desapareció por la esquina, las soltó violentamente en el suelo.

—¡Tú y yo! ¡Esta noche! ¡Bolera Clan! —gritó estampándole en el pecho dos entradas impolutas y recién compradas.

—¡Ah! ¡Idiota! —se quejó Tomás cogiendo los tickets—. ¿Qué es esto? ¡Tengo que trabajar, no puedo ir!

—¡Me importa una mierda! ¡Tú vienes conmigo! —replicó Patricio con mirada amenazante—. ¡Me ha dicho mamá que te has quedado en casa esta noche! ¿No será eso verdad?

Tomás asintió lentamente con la mirada clavada en las entradas para la fiesta de Ángela, que todos los años era legendaria.

—No puedo ir contigo, Patri.

—Que sea la última vez que te quedas en casa de tus progenitores, ¡amargado de mierda! Tú y yo hoy lo vamos a partir. ¿A qué hora sales?

—A las cuatro o a las cinco, depende.

—¿A qué hora entras? —preguntó con súplica.

—A las doce y media.

Patricio se dio la vuelta indignado.

—No me lo puedo creer...

—¿Por qué cuentas conmigo? Sabes que trabajo. Ve con tu novia —susurró Tomás mientras recogía las bolsas del suelo y continuaba su camino.

A Patricio le entraron todos los demonios por el cuerpo.

—¿Qué sabes de eso? —preguntó, nervioso.

Empezó a sudar. Cogió a su hermano violentamente por el brazo. A Tomás se le cayó la bolsa de carne, pero no tembló ni un ápice. La gente de alrededor se paró a mirarlos.

—Llevas evitándonos desde que llegaste. Algo tienes que ocultar por ahí... —inquirió Tomás, acercándose con gesto amenazante—. Vale que no quieras que se enteren papá y mamá, pero me parece indignante que no confíes ni en tu propio hermano.

Y dicho esto, con un gesto ágil y mañoso se deshizo de la fuerte atadura de Patricio, continuando su camino hacia la puerta.

—¡SI TENGO ALGO SUCIO POR AHÍ ES MI PROBLEMA, IDIOTA PEDANTE! ¡QUE TE CREES QUE LO SABES TODO! —gritó su hermano, en medio del supermercado, mientras retorció con el puño las impecables entradas para la fiesta de esa noche.

* * *

—¡Otra vez, tita! ¡Otra vez, otra vez, otra vez!

Evelyn saltaba a su lado en el sofá mientras pasaban los créditos de *Enredados*.

—¡Evelyn! ¡Deja de saltar! —gritó su madre mirando a Helena, que había estado limpiándose lágrimas silenciosas durante la dichosa película romántica para niños.

—¡Mamá! ¡Otra vez, otra vez, otra vez!

—¡Pero bueno! ¿Es que no has tenido suficiente con dos horas de amor, pelo y...?

—¡Caballo! ¡Quiero volver a ver al caballo! ¡Se llama *Maximus* como el hermanito! —gritó la niña.

Laura se cogió la cabeza con ambas manos mientras el auténtico Max comenzaba a dar berridos molestos porque lo habían despertado de su siesta. Evelyn se llevó las manos a la boca con un gesto de inocencia.

—Lo siento... —dijo bajito, con cara de culpable.

—Siéntate y cállate —ordenó su madre mientras se levantaba a mecer al menor de sus hijos.

—No sé por qué quieres verla otra vez, a mí me ha parecido una porquería... —confesó Roberto, encogiéndose hombros—. Los príncipes azules no existen.

Helena casi se partió el cuello para mirar a su sobrino de ocho años, que ponía cara de indiferencia ante semejante película. Sin embargo, a ella, con veintisiete tacos, la había hecho estremecerse y llorar. Ojalá tuviera tan claro como él que los príncipes en la vida real, simplemente, no existían.

—¡Qué sabrás tú! ¿Acaso piensas encontrar una princesa? —preguntó Evelyn con gesto amenazante—. ¡Ponla otra vez!

Y Roberto, sin rechistar, se levantó del sofá a poner de nuevo el *film* de dos horas y media. Sabía que si no lo hacía, su hermana le zurraría y si le replicaba, la bronca sería de su madre y mucho peor. Ante tal acto de tiranía, Helena no pudo resistirlo más y se levantó del sofá para ayudar a su hermana con el pequeño.

—¿No habrá puesto otra vez la película? —preguntó Laura con gesto de terror, viendo cómo se reproducía de nuevo en la televisión.

—Sí —contestó Helena, abatida—. Ha sido Roberto bajo las órdenes de tu mediana.

—Lo que pasa es que Roberto es un buenazo y su hermana hace con él lo que quiere —contestó Laura, aupando a Max, que se reía y balbuceaba feliz, ajeno a todo.

Su madre sonrió al verle y lo abrazó. Ya parecía habersele pasado la bronca monumental que les había echado su madre hacía tan solo unas horas.

Conforme habían salido del cuarto, Estela las había casi empujado de nuevo hacia dentro, descubriendo la botella de vino rota en la alfombra india. Había cogido con cuidado el cuello, que era el trozo más grande y, acto seguido, había puesto el grito en el cielo: «OS PARECERÁ BONITO», «TENGO TRES ADOLESCENTES EN CASA», «ME HABÉIS DECEPCIONADO». Esas tan solo habían sido algunas de las frases que había gruñido su madre, superando los decibelios establecidos por la normativa de Salud mientras Helena y Laura habían escuchado sentadas en la cama y con la cabeza gacha. Había insinuado que ambas eran unas borrachas, que esperaba que Helena no usara la casa para hacer fiestas de gente enferma en vez de para curarles y que no se imaginaba que Laura fuera una madre amargada y borracha que no cuidara de sus hijos. En resumen, se había pasado un montón.

Tras echarles semejante bulla, había dado un gran portazo y había abandonado la casa, arrastrando a su marido con ella, a pesar de que este no tuviera ni voz ni voto, y había dejado a las dos hermanas solas junto con los niños.

—Helena... —comenzó su hermana con tono de reproche mientras el pequeño Max dormitaba ya sobre su hombro—. ¿En qué piensas?

—En la bronca del siglo que nos ha echado encima mamá —contestó con una sonrisa triste.

—¡Bah! Ya sabes cómo es. —La tranquilizó su hermana, acariciando a su hijo—. Ya sabes que le encanta pasarse y decir cosas que no son. ¿No te habrás tomado en serio lo que ha dicho mamá a estas alturas, verdad?

—No, no. Para nada —mintió Helena. Decidió cambiar de tema—. Estaba pensando qué vamos a cenar hoy. No tengo uvas ni nada para esta noche.

—¿Qué te apuestas a que viene para hacernos la cena? —dijo su hermana guiñándole un ojo y acostando a Max de nuevo—. ¿Qué hora es?

—Van a dar las siete.

—Dale media hora más.

Dicho y hecho. Su madre apareció cerca de las siete y media por la puerta con gesto desafiante, sin ni siquiera mirar a sus hijas al pasar. Nicolás iba detrás de ella lleno de bolsas de comida haciéndoles gestos a sus niñas para que se apartaran del camino de su consternada madre. Ambas sonrieron con picardía y se fueron de nuevo al salón.

—Helena, ¿no ibas a salir esta noche? —preguntó Laura mientras preparaban la mesa para la cena.

Helena se quedó mirándola con cara de locura mientras echaba un vistazo a su reloj. Se le había olvidado llamar a Abril...

—He olvidado llamar a... —consiguió articular.

—¡Mierda! —blasfemó su hermana. Los niños miraron a su madre con cara de sorpresa—. ¡Vamos, llámala y sal! —la apremió Laura, acercándole el teléfono y mirando a los niños con gesto divertido.

Helena sonrió y marcó de cabeza el número de la casa de Abril. Comenzó a dar paseítos nerviosos mientras oía cómo la llamada daba señal, pero nadie al otro lado cogía el teléfono. No dejó que diera su tono final y marcó el número del móvil de Abril, era normal que no lo cogiera a la primera...

—¡Helena! —contestó esta apurada—. ¡Te iba a llamar ahora!

—¿Cómo no has cogido el fijo? ¿No estás en casa?

—Sí, pero estoy acostumbrada a que lo coja Edgar, ahora estoy sola y se me ha pasado...

—¿A dónde ha ido Edgar una Nochevieja a la hora de la cena? —preguntó Helena extrañada.

—¡Ah! Pues le he dicho que me iba contigo de fiesta, se ha cabreado y se ha largado —contestó Abril, la mar de tranquila—. Te he comprado una entrada a ti también para que tengas menos posibilidades de decirme que no.

—Voy a ir... —dijo Helena entre la retahíla de su amiga.

—...y te sentirás fatal porque tu amiga no lo está pasando bien y te arrepentirás de... ¡Un momento!, ¿has dicho que vienes?

—Sí, voy contigo —repitió Helena, sonriendo—. ¿Nos encontramos allí a las doce y media?

—¡Yuhuuuuuuuu! —gritó Abril.

Helena tuvo que apartarse el teléfono de la oreja para que no le perforara el tímpano.

—¿Abril?

—Que sepas que me daba igual que vinieses o no, que yo me lo paso bien sola. Yo me busco la vida, me da igual —contestó su amiga sin poder aguantar su tono de felicidad.

—Me tomaré eso como un «ponte guapa».

—¡Hombre! ¡Más te vale! ¡Tía, no sé qué voy a ponerme! —dijo de pronto Abril, entrando en una crisis existencial—. ¿Qué te vas a poner tú?

En ese momento, entró la madre de Helena por la puerta trasera del salón que conectaba con la

cocina, de donde salía un espeso vapor que olía que alimentaba. Se detuvo a mitad de camino al ver que la mesa estaba a medio quitar y simplemente dijo:

—Poned la mesa, vamos.

Y tras una mirada asesina volvió a su trabajo en los fogones. Laura puso cara de circunstancias cuando esta no la veía.

—¿Qué mal rollo tenéis por ahí? —preguntó Abril por teléfono.

—Ya te contaré después. Te veo a las doce y media.

* * *

—¡Cambia esa mierda o dame el mando! —dijo indignado Andrés mirando a su hijo de soslayo, que estaba en el sofá tapado con una manta hasta la barbilla.

Tomás sacó la mano de debajo de la manta y cambió el canal. Andrés se volvió a acurrucar en el sillón poniendo las manos sobre su gran tripa, pero no estaba en absoluto tranquilo. No le gustaba ver a su primogénito en ese estado tan lamentable.

—¡Chicos! Ya mismo cenamos —anunció Lidia saliendo de la cocina para poner más platos en la mesa. Eran casi las diez—. ¡Patricio, ayúdame con el lomo de cerdo! Tomás, ¿puedes avisar a Cloe para que vaya viniendo?

Tomás apenas se inmutó. Tan solo cerró los ojos y volvió a abrirlos para seguir mirando la televisión. Estaban a punto de emitir el especial de José Mota de todos los años. Su padre carraspeó ruidosamente, aclarándose la garganta mientras apoyaba los codos sobre las rodillas. Si iba a hablarle a su hijo, tendría que hacerlo antes de que saliera su humorista favorito.

—¿Prefieres ayudar a tu madre a cortar el cerdo?

No sabía otra forma de iniciar la conversación. No se le daba bien hablar de otra cosa que no fueran aviones, o motores de aviones, o controles de aviones.

Tomás lo miró huraño y confuso y negó con la cabeza.

—Quítate la dichosa manta de la boca y háblame. ¿Qué te pasa, muchacho? —preguntó poniéndole la mano en la rodilla a su hijo y apretando con fuerza.

Tomás, aún sin mirarle, se sintió arropado y aliviado al recibir este gesto por parte de su padre, que siempre solía mantenerse al margen. Se le hizo un nudo en la garganta.

—No quiero hablar de eso, papá —contestó secamente.

Tragó saliva trabajosamente, con la mirada clavada en la pantalla de la televisión.

—Pues si no hablas tú, hablo yo —contestó bruscamente—. No te he visto nunca así, y un hombre hecho y derecho como tú, no se pone de estas formas así como así, solo pueden ser líos de faldas...

—Papá, agradezco todo lo que me tengas que decir, pero...

—¡Calla y escúchame! Los hombres nos merecemos sufrir por ellas todo y más después de cómo se han jactado y aprovechado de las mujeres nuestros antepasados. Pero no es de honor tampoco esconderse y no luchar, y eso, hijo, es lo que creo que estás haciendo tú.

Tomás se quedó mirando a su padre, pasmado. Jamás lo había oído hablarle de chicas. Todo lo había hablado siempre con su hermano. Su padre no era un hombre familiar ni, por lo general, amigable o simpático, pero sin duda ese afán de espartano y rudeza que estaba presenciando Tomás en esos instantes, podría ser el secreto del encanto oculto de su padre.

—¿Es así como enamoraste a mamá? —preguntó Tomás, con curiosidad.

—¡Así que sí que es un asunto de mujeres, eh! —dijo su padre, riéndose y regocijándose en su acierto—. No lo tenía claro, pero por algo tenía que empezar... —confesó Andrés.

A Tomás se le escapó un risita y su padre le pasó un brazo por encima.

—No hace falta que me digas nada, papá. Ya somos mayorcitos.

—Para el amor nunca se es mayorcito, hijo —sentenció—. No creo que sea sobre la vecina. Esa es menos romántica que una muñeca de trapo.

—¿Me desheredarías si me casase con ella? —preguntó Tomás, más animado.

—Hijo, con el dinero que tienen ella y toda su familia podrías empapelar la casa con billetes. No creo que te hiciera falta mi herencia. No es ella, ¿verdad? —añadió, más serio.

—No —contestó, taciturno.

De nuevo, apartó la vista hacia la televisión para ver la nueva cabecera de ese año.

—Me lo imaginaba. ¿Y por quién luchas?

—Papá, esta no es la guerra de los Cien Años.

—No, pero tú estás agachado en el sofá como un cobarde. ¡Levanta, coño! —ordenó Andrés, levantándose del sofá.

Tomás tomó impulso y se puso enfrente de él. Quería largarse de allí, que su padre quisiera ayudarlo era inusual, y él se sentía demasiado vulnerable como para confiar en que su consejo fuera a serle útil y no a desestabilizarle más.

—Voy a ponerme el uniforme del hospital.

—Por eso mismo no la tienes. ¿Así es como se arreglan las cosas? ¿Huyendo? ¡Lucha por ella, niño! —gritó, mientras Tomás se alejaba casi al trote por el salón.

Mientras, Patricio salía de su cueva, y se quedaba atónito con la escena.

—¿Qué le has dicho al calvo? —susurró.

Tomás pasó de largo sin contestar y se metió en su cuarto, no sin antes oír un: «¡Te he escuchado, insolente!» de su padre, y cómo se desataba la guerra entre ellos mientras sonaba el teléfono de fondo. Se quitó con violencia el jersey y lo arrojó a la otra punta de su habitación, un escalofrío le recorrió la espalda desnuda. Abrió el armario. ¿Realmente estaba huyendo o le estaba dando espacio a ella? ¿Y si su padre tenía razón y estaba tirando la toalla?

—¿Qué ha pasado con papá? —preguntó Patricio, entrando sin llamar, con la boca llena de mantecado y una coca cola.

—Vete, tío. No quiero estar acompañado ahora.

Patricio se sentó en la cama de su hermano, perfectamente hecha por su madre, destrozándola. Miró el torso desnudo de su hermano y asintió lentamente con la cabeza.

—Estás buenísimo, hermanito. ¡Uuuuh! —dijo tomando un sorbo de su lata.

—¿Qué? —preguntó Tomás, sin comprender.

—Que estás muy fuerte. Se te ve así cuadrado, tío —Patricio dejó la lata sobre la mesilla y se levantó—. Oye mira, no quería que pasara lo de esta mañana.

Tomás lo miró con hosquedad mientras se ponía la camisa de urgencias y se quitaba los pantalones. Patricio se distrajo mirándole de nuevo.

—¿Estás bien, Patricio?

—Madre mía, no me extraña que Helena se fijara en ti. ¿De dónde has sacado esos pectorales? ¡No los tenías antes! Dime cómo lo has hecho.

—¡Fuera de aquí! —gritó Tomás, aún en calzoncillos.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! No quería mencionarla, de verdad, se me ha escapado, ¿me perdonas? ¿Me perdonas todo?

A pesar de su desesperación, Patricio intentó no fijarse en lo sexy que estaba su hermano en ropa interior. En realidad, lo que sentía era envidia sana de no haber sacado el mismo cuerpo que él.

—Claro que te perdono —cedió Tomás, suspirando—. Pero estás muy raro, tío. ¿Estás metido en alguna movida extraña? —preguntó, preocupado.

—¡Que no, joder! Ponte ya los pantalones, me está entrando frío de verte.

—¡Venga, Patricio! ¿Qué pasa? Siempre nos lo hemos contado todo —dijo Tomás, sentándose junto a él en la cama mientras se enfundaba los pantalones del uniforme.

—No sé si debemos hablar de eso ahora.

—Sea lo que sea, en el momento que sea —dijo Tomás cogiéndole la rodilla con fuerza, tal y como había hecho su padre minutos antes.

—¡Ah, que duele!

Patricio le soltó una colleja en el hombro. Tomás se rio.

—¡Chicos, la cena! —anunció su madre abriendo la puerta sin llamar—. Por cierto, Cloe acaba de llamar y dice que no puede acompañarnos porque está en otro sitio cenando, así que venga, que nos dan las uvas.

—¡Nunca mejor dicho! —añadió Patricio, con efusividad. Se levantó y abandonó de nuevo a su hermano en la penumbra de la habitación.

* * *

—Estás preciosa —dijo Laura, arreglándole el pelo a su hermana.

—¡Se me va a caer todo el peinado en cuanto salga a la calle! —se quejó Helena.

Tenía el estómago hasta los topes de comida deliciosa de su madre. Se sentía pesada, había comido demasiado.

—¡Pero si solo están cayendo cuatro gotas, mujer! —dijo Laura, estilizándole aún más el peinado mientras un fuerte trueno sonaba a lo lejos.

—Deberías venirte, Laura —le aconsejó Helena dándose la vuelta y mirando a su hermana con reproche—. Ángela es mi amiga y te colará...

—No, Helena, es Nochevieja y mi sitio está aquí con mis hijos —dijo con una cara de lo más maternal—. Ya te dije que el turno de mamá loca había acabado. Solo necesité un día para darme cuenta de que mis días de juventud han pasado, ahora tengo responsabilidades. Mamá tiene razón.

—¡Eh, *sisters*! Son las once y media. Mamá dice que bajéis, no la hagáis gritar más, por favor —suplicó Rodrigo desde el quicio de la puerta, enfundando en un esmoquin impecable y con un kilo de cera en el pelo para que no se le moviera. Se había peinado como Lucas.

—Venga, vamos —apremió Laura.

Antes de salir se miró en el espejo de cuerpo entero y se inspeccionó. Se había puesto su vestidito negro con un escote pronunciado en forma de V. Tenía una caída en *evasé* que le estilizaba la figura e iba resaltado por un cinturón dorado de lentejuelas, de tallaje alto, que le daba el toque fiestero. Su hermana le había hecho tirabuzones. Parecía una persona diferente.

—Gracias —dijo Helena saliendo del baño y apagando la luz.

—Creo que nos debemos dar las gracias ambas —añadió cogiendo a su hermana del brazo y entrando en el salón con una sonrisa amplia.

—¡Mamá, mamá! ¡No me gustan las uvas! —protestó Evelyn—. Además, yo solo tengo ocho, ellos tienen doce —dijo la niña, triste.

—Tienes ocho porque eres pequeña, cuando seas de alta como mamá, comerás doce.

—Pero saben raro —insistió Evelyn.

—¡Venga, va! Mamá se las come contigo, ya lo hemos ensayado antes.

Por el rabillo del ojo vio cómo Estela sonreía orgullosa, y Helena por dentro sintió el apoyo y

amor de su madre hacia las dos, sin que tuviera que decir nada más. Al observar esa imagen tan tierna se le formó otro nudo en la garganta, pero se había prometido no llorar más, esa noche no era para las lágrimas.

* * *

—...es muy importante para muchos de vosotros, los deseos y propósitos para el año nuevo... —decía un anciano Ramón García, con su habitual capa, en la televisión de la casa de los Expósito. Faltaban solo cinco minutos.

—¡Deseos! ¿Qué deseos van a pedir este año mis niños? —preguntó Lidia con la copa de vino en alto.

—Mamá, los deseos no se dicen —susurró Patricio, con cara de bueno, aplastando sus uvas de los nervios.

—Pues yo si lo digo —replicó Andrés con autoridad—. Ojalá pase muchos años más junto a tu madre —dijo besándola en la mejilla.

—¡Por favor, qué vergüenza! —protestó Patricio, poniendo cara de asco.

—¡Oh, mi rey! —exclamó ella besando a su marido también.

Andrés se puso rojo como un tomate y le guiñó un ojo a Tomás.

—¡Chss! ¡Los cuartos! —apremió Patricio.

* * *

En la casa de los De Angulo estaban en mitad de las campanadas. Un silencio colosal se rendía en todo el país acunado por las enormes campanadas del reloj de la Puerta del Sol, por los *masticones* acelerados de todos y los quejidos de la pequeña Evelyn que, a última hora, había decidido comer ocho patatas en vez de ocho uvas.

—¡FELIZ AÑO 2018! —gritaron los presentadores, alzando sus copas de champán.

—¡Feliz año! —gritó Nicolás mientras pulsaba el botón de la cadena de música que accionó el *Highway To Hell* de AC/DC a todo volumen. Rodrigo hizo saltar el corcho de la botella de champán y comenzó a servir las copas. Laura y Helena se abrazaron, aún esta última con las uvas en la boca y chorreando jugo. Nunca se le había dado bien zampárselas todas a tiempo. Estela besó a su marido al ritmo del estribillo de la autopista del diablo. Los niños se daban pequeños abrazos entre ellos. Ante tal jolgorio, Helena no veía el momento de empezar su noche de desmadre.

* * *

—¡FELIZ AÑO 2018! —gritaron los presentadores alzando sus copas de champán.

—¡Yuhuuuuuuuuuuuuuuuuuu! —gritó Patricio descorchando el champán, lo agitó un poco y salió disparado un chorro hacia adelante, llenado toda la mesa.

—¡Eso es alegría! —gritó su madre, contenta, abrazando y besando a su marido.

Tomás se tocó el estómago, que estaba hasta arriba de comida y sonrió a sus padres, abrazándoles junto a su hermano.

—Vaya panda de burros, ¡dejadme que os eche champán, hombre! —protestó Andrés, que no cabía en sí de gozo.

—Mucho no, papá —imploró Tomás, con una sonrisa triste.

Mientras veía cómo se derramaba de nuevo el líquido dorado y espumoso de su copa y cómo se reían sus padres y su hermano; Tomás, por dentro, solo deseaba que se cumpliera el deseo que acababa de pedir.

* * *

—¡Tía, qué bien!

Abril daba saltitos en la cola de la Bolera Clan, cuya entrada estaba cubierta por un gran toldo que las protegía de la lluvia y, en gran medida, del frío. Gracias a la gran pantalla que se había instalado en la puerta giratoria de la Bolera podían ver imágenes del interior del establecimiento, que estaba hasta los topes de gente que bailaba y reía. También habían contratado a un cámara para ofrecer en directo imágenes del *photocall*, que era la novedad de ese año. Los que quisieran podían adquirir sus fotos de recuerdo por unos cuantos euros. Desde luego, Ángela no reparaba en gastos en las fiestas de Nochevieja.

—Abril, me estás poniendo nerviosa —confesó Helena, intentando contener su emoción.

—¡Ya! —dijo Abril abriendo mucho los ojos y mordiéndose el labio inferior antes de soltar una sonora carcajada ante la cara de incredulidad y fatiga de su amiga.

—¡Qué vergüenza, Abril! ¡Por favor!

—¡Oye, oye! Me lo debes. No quiero hablar de chicos esta noche, ¿vale? —dijo Abril poniéndose un poco más seria—. Y sé que has venido porque probablemente tu hombre se pase después.

—Abril, en realidad...

A Helena le desapareció la sonrisa de la cara.

—¡No, no y no! ¡No quiero oír hablar de Tomás, ni de Edgar, ni de pollas en vinagre! Y eso que tengo muchísimas cosas que contarte. Esta noche es para nosotras, para recordar viejos tiempos, ¿trato? —concluyó Abril tendiéndole la mano que, Helena, con una gran sonrisa, estrechó a gusto.

Ya hablarían de chicos más tarde, o quizá mañana. O en alguna churrería cercana unas cuantas horas más tarde, ambas borrachas y contando penurias.

—¿Entradas, por favor?

Un señor, cuatro por cuatro, con pinganillo y gafas de sol les miraba desde su puesto fijo con una mano extendida. Abril se las tendió llena de alegría.

—Sois Puerta y De Angulo, ¿verdad? —preguntó el señor—. Tenéis un pase especial para la zona VIP y una consumición gratis —concluyó poniéndoles el sello de la Bolera en la mano y dándoles las tarjetas VIP para el primer trago.

Helena y Abril no cabían en sí de emoción y, sin más, entraron a disfrutar del jolgorio.

—¡Mira, mira! ¿No es ese el amigo de Tomás? —preguntó Abril, señalando descaradamente el *photocall*.

Helena giró la cabeza y, efectivamente, vio a Lucas dentro de un traje negro azulado con una corbata de estrellas doradas. Estaba agarrando con fervor a Carolina Benavente, que lucía un vestido gótico con múltiples encajes y cadenas. Hacían una pareja horrible y desequilibrada.

—Pero ¿no estaba con el bajista feo ese? —gritó Abril, enfadada.

—¿Qué hace con Lucas? —se preguntó Helena sin poder apartar la vista de la horripilante pareja, que aparentaba tener el porte de un par de famosos actores de Hollywood en un estreno de alfombra roja.

Carolina posó la mano sobre el pecho de Lucas, le sonrió y puso cara de tristeza dulce para la

foto de recuerdo. Muy emo y trágico todo. Para sorpresa de ambas, el hermano de Helena entró en el *photocall* y saludó a Lucas como si fuera su amigo de toda la vida. Este le siguió el rollo. Eran dos gotas de agua, y nunca mejor dicho: iban casi a la par con el peinado. Lucas pidió al fotógrafo que hiciera una foto de grupo. Rodrigo llamó a Melisa que, muy tímida, se acercó, saludó rápidamente, y posó para la foto. Melisa llevaba un ajustado vestidito rosa, su melena rubia cayéndole sobre el hombro y un bolsito de lentes. Carolina le echó una mirada de muerte súbita.

—¡Vamos a bailar antes de que vomite las uvas! —imploró Helena.

Nada más entrar a la pista de baile, un chorro de purpurina dorada sacudió al público, y comenzó a sonar unas de las canciones favoritas de Helena y Abril: *Not On The Guest-List*, de Marco Dos Santos, un tema digno de una fiesta de Nochevieja. La Bolera Clan siempre era fiel a los clásicos de calidad. Helena y Abril comenzaron a bailotear mientras el cámara que habían contratado, para ofrecer imágenes a la calle en directo, las filmaba en primera plana. Ambas chicas saludaron con efusividad.

—¡Esto es genial! —gritó Abril contoneándose al ritmo del estribillo de la canción.

Helena soltó una risita nerviosa. Era la primera vez que se reía de verdad en dos días. Al fin podía desconectar.

Después de *Not On The Guest-List*, continuaron sonando temas, a cual másailable. Las chicas estaban exhaustas antes de lo previsto.

—¡Voy a pedir a la barra! ¿Quieres algo? —le preguntó Helena, gritando.

Abril sacudía la cabeza asintiendo, pero Helena dudaba que la hubiera oído. Le hizo unas cuantas señas para que supiera que volvía en breve y se separó de su amiga para abrirse camino entre una multitud alocada, que bailaba en su burbuja personal, sin importar a quien rozara o tocara. Helena odiaba eso. Odiaba las fiestas, las discotecas, odiaba que la gente solo se mirase y se insinuase sin ni siquiera haber cruzado dos palabras. No sabía qué le veía de especial la gente. Pero al margen de su opinión, esa noche, era la noche. Y ella lo necesitaba.

—¡Feliz Año, Ángela! —saludó Helena, apoyándose encima de la barra llena de gente y besando a su amiga.

—¡Tengo que llevar esto arriba! ¡Sube! Eres VIP. —La invitó Ángela, sujetando una gran bandeja llena de bebida.

Iba muy graciosa con una diadema de purpurina verde y roja en la que ponía *Happy New Year*. Además, había dejado que su mujer la peinara y le hiciera ondas en el pelo, que siempre llevaba liso. Estaba guapísima.

—¡Estoy con Abril en la pista! ¡Nos apetecía bailar un poco, luego subiremos! —gritó Helena—. ¡Te esperaré aquí!

—¡Perfecto! Voy a subir y te pongo la bebida especial. Es un ron añejo, te gustará.

Helena se dio la vuelta en su taburete para observar a la gigantesca aglomeración que bailaba y bailaba al ritmo de Madonna y su *Isla bonita*. Observó los cuerpos sudorosos de la gente y cómo en la penumbra discotequera, acunada por los reflejos de las baldosas brillantes, algunas parejas se rozaban y se besaban. Apartó la vista, dolida, y dirigió sus ojos hacia otro punto más cercano a ella. Allí estaba Patricio, dándolo todo al son de Madonna con un chico bastante guapo, moreno y alto. Helena sonrió para sí y pensó en llamar su atención pero recordó su código deontológico y que era hermano de quien era, así que se dio la vuelta para comprobar con toda la sorpresa que Ángela había vuelto ya.

—¡Nunca entenderé cómo te desplazas tan rápido por este sitio tan enorme! —le gritó Helena.

Ángela le guiñó un ojo y sacó una buena copa, que rellenó con un seductor líquido de color

ambarino.

—¡Te aconsejo que no lo mezcles, bébelo despacio! —dijo Ángela—. ¡Abril! ¡Feliz año!
Abril se había acercado también a la barra para recibir su copazo de año nuevo.

—¡Tía, a mi lado estaban bailando Lucas y Carolina! ¡No me gusta la pareja que hacen! Y encima Carol me ha saludado, pero ni siquiera se ha acercado a desearme buen año... ¡Gracias, Angi! —le dijo Abril, tirándole un besito a Ángela y probando un sorbo.

—Aquí también hay un paciente mío —comentó Helena, apoyándose en la barra y probando el líquido ámbar que estaba delicioso. Néctar de los dioses.

—¿Quién? —preguntó su amiga escrutando con la mirada el perímetro.

Helena titubeó un instante, pero terminó señalando discretamente a Patricio.

—Es el hermano de Tomás.

—¿Qué me dices? —preguntó Abril, alarmada—. ¿Tomás sabe que tratas a su hermano? ¿No deberías derivarlo?

—Sí, quizás debería pasártelo a ti. Aunque es muy nervioso, no sé si haríais buena alianza.

—¿Qué sintomatología tiene? —preguntó Abril, apoyándose en la barra, igual que su amiga.

—No creo que sea momento de hablar de pacientes ahora. ¿Nos acabamos esto y volvemos al ataque? —sugirió Helena.

—¡Sí, tía! Espero no encontrarme con estos dos otra vez... —dijo poniendo cara de asco.

—¡Hey!

Helena saltó hacia atrás en su taburete y se dio la vuelta para encontrarse con la sonrisa de Patricio.

—¡Patricio! ¡Feliz año! —saludó Helena, fingiendo un falso entusiasmo.

No quería encontrarse con nadie que le recordara a Tomás, y ya llevaba dos. Patricio abrazó a su terapeuta y le dio dos besos mientras se deseaban buenos augurios para el nuevo año.

—Estás preciosa, nena —la halagó Patricio, cogiéndola de la mano para que Helena diera una vuelta sobre sí misma.

—Y tú muy bien acompañado, por lo que veo —insinuó Helena, desviando la mirada hacia el guapo acompañante de Patricio, que ahora bailaba solo..

—¡Uuuf! Lo conocí hace un par de días, ya te contaré —dijo Patricio desviando la mirada hacia Abril que escuchaba atenta—. ¿Y este bellezón? ¿Quién es?

—¡Ah, disculpa! Es mi amiga, Abril Puerta. —Los presentó Helena mientras ambos se besaban.

—¿Puerta? ¿Tú qué eres, la otra parte del gabinete *Puerta & De Angulo*? —preguntó Patricio, sorprendido.

—¡Así es! —dijo Abril sacando unas de sus mejores sonrisas—. ¡Culpable!

—Me encanta ese vestido, es tan... ¡Oh! —dijo Patricio repasando el vestido de Abril una y otra vez.

Esta iba guapísima con su palabra de honor azul azafata adornado arriba con encaje. Donde por debajo del pecho, hacia la mitad, comenzaba a llover una cascada de lentejuelas que brillaban como el cristal de todos los tonos de azul y negro. Vestía cortito y terminaba ajustado en las pantorrillas. Llevaba medias de encaje y una felpa y pendientes a juego—. ¡Vaya par de pibones!

—¡Pero qué halagos más gratuitos! Tú lo que quieres son consultas gratis —sugirió Abril, riéndose.

—¡Oye! Pues ya que estamos... —dijo, guiñándole un ojo a Helena.

—¡Oye, tú! ¿Ha venido Laura?

Rodrigo se había acercado con su habitual mala educación.

—No, tu hermana no ha venido. ¿Por qué? —contestó Helena.

—Es que me han preguntado por ella —dijo Rodrigo, distraído, desviando la mirada a Abril, que hablaba alegremente con Patricio.

—¡Oye, incordio! Estoy aquí, ¿quién te ha preguntado por Laura? ¿No habrá sido Esteban? —preguntó Helena cogiéndole la cabeza a su hermano y obligándole a mirarla a la cara. La sola idea de que Esteban estuviera en esa fiesta le repugnaba.

—¿Pero qué dices? ¡Si estuviera ese aquí ya le habría partido los piños! —gritó Rodrigo, con furia.

—Sí, mucho vas a hacer tú... —respondió Helena, volviendo a tomar un sorbo de su ron añejo.

—¡Que te den! Me abro —concluyó Rodrigo perdiéndose entre la multitud.

Por el rabillo del ojo pudo ver cómo este le echaba un último vistazo de arriba a abajo a Abril. Helena negó con la cabeza mientras sonreía.

—Conozco tu secreto... —le susurró al oído Patricio.

Helena se dio la vuelta lentamente.

—¿Cómo? —preguntó, a pesar de que le había oído perfectamente.

Patricio se alejó bailando al ritmo de David Guetta, no sin antes darse la vuelta y guiñarle un ojo, un gesto lleno de complicidad sana. Helena se le quedó mirando preocupada, ¿qué había querido decir con eso?

—¡Pedazo de hermano tiene Tomás! Me ha caído genial, derívalo y salimos un día con él —sugirió Abril. Helena le lanzó una mirada de reproche—. ¡Pues que sepas que me cae mejor él que Tomás!

—¡Anda, vamos a bailar! —dijo Helena, distraída y aguantándose un «no conoces a Tomás y dudo que lo hagas»—. ¡Te sigo por la pista!

Se puso detrás de ella, agarrándola por la cintura, para no perderse entre el desmadre de gente. Comenzaron de nuevo a bailar, esta vez al ritmo de *Gimme Gimme Gimme!*, de ABBA, pero Helena ya no se encontraba tan animada. ¿Era su impresión o todo el mundo pronunciaba el nombre de Tomás aquella noche? ¿Qué quería decir Patricio con algo de un secreto? El único que parecía tener secretos era él...

—*Gimme gimme gimme a men after midnight...* —canturreaba Abril.

Helena le sonrió sin ganas, muy a su pesar. Miró a su alrededor, una pareja se había arrancado a subirse al escenario y un par de bailarines los acompañaban. Continuó bailando en el puente de la canción, su parte favorita, pero las piernas comenzaron a temblarle. Quería salir de allí.

—¡Voy a salir un rato! —le gritó a Abril.

—¿Estás bien? —preguntó su amiga sin dejar de bailar.

—Sí. Es que se me ha subido el ron a la cabeza, me estoy agobiando.

Apenas había terminado la frase cuando ya estaba casi corriendo hacia la puerta de salida, empujando a la gente que destrozaba su burbuja personal...

La temperatura en la calle era demasiado baja, llovía despacio. Se refugió debajo del toldo y respiró hondo para calmarse. Su vestido era de manga corta, así que se estremeció violentamente en cuanto se adaptó a la temperatura del exterior. Casi dissociada entre la multitud de sentimientos que llevaba tapando con alcohol desde ayer, fijó su mirada en la pandilla de chicos que había al otro lado de la carretera y distinguió una melena rubia rizada. Entrecerró los ojos para enfocar mejor. ¿Tomás?

—Está trabajando, Helena... —se dijo.

No estaría mal que aquel fuera él. Al fin y al cabo, tenían una conversación pendiente. ¿Y si era él? ¿Qué trabajo le costaba averiguarlo? Así hablarían al fin, y se lo sacaría de la dichosa cabeza. Puso un pie en la carretera, miró hacia ambos lados, aunque sabía que aquella calle era de un solo

sentido. Cruzó el asfalto con la vista fija en el rubio de enfrente, que ahora se había apoyado en un coche justo al lado del café *Post Mortem*.

—Tomás... —llamó, no muy alto.

Tragó saliva y se detuvo casi a mitad de camino, ¿qué coño estaba haciendo? Pero la respuesta no llegó a plantársela porque, de la nada, un coche que había tomado la curva más cercana demasiado rápido, la alumbraba con sus faros cada vez más cerca. Helena no pudo ver qué coche era, y mucho menos quién lo conducía. De hecho, apenas le dio tiempo a apartarse para que no se la llevara por delante. Aun así, se llevó un fuerte golpe en el tobillo izquierdo. Su tacón salió disparado y ella cayó de espaldas al suelo, con tan mala suerte de golpearse la cabeza, fuertemente, con un coche aparcado.

—Aah...

Un pequeño grito salió de su boca. Un punzante dolor en la cabeza hacía que se le cerraran los ojos, oía barullo a su alrededor y cada vez tenía más frío. Oyó su nombre antes de cerrar los ojos.

—¡Helena! ¡No, no, no, no! Por Dios, Helena, no te vayas...

Reconoció esa voz y abrió los ojos.

—Jayin... —dijo lentamente, sonriendo con dificultad.

—Helena, te has dado un golpe fuerte, te vamos a llevar al hospital —informó Jayin, atacado de los nervios.

Helena ató cabos despacio mientras su amigo le pedía abrigo para cubrirla a alguien ajeno a su campo visual.

—¡No! No me lleves al hospital, por favor. No lo hagas, él estará allí...

—¡Helena! ¡Vas a ir al hospital ahora mismo! —sentenció Jayin violentamente, echándole una manta por encima—. ¡Vamos! ¡No te quedes mirando! ¡Ayúdame! —instó a la persona que iba con él.

Helena notó cómo la levantaban entre los dos chicos. El segundo le agarraba la cabeza, que cada vez le dolía más, notaba que todo se oscurecía a pasos agigantados. Sacó sus últimas fuerzas para mirar al acompañante de Jayin. Era Esteban.

Tras el esfuerzo visual, se quedó sin energía y cayó rendida en una espiral de oscuridad. Se había desmayado.

* * *

Helena abrió los ojos, despacio. Notaba que su dolor de cabeza había remitido considerablemente, pero aún sentía un fuerte pinchazo en el sitio donde se había golpeado. Un susurro violento le llegaba desde algún lado. Muy lentamente, los sonidos comenzaron a llegarle más nítidos.

—¡No montes un espectáculo aquí, Edgar! ¡Por favor!

Abril le estaba gritando a su novio, pero Helena no podía ver exactamente dónde. Estaba en la sala de urgencias del hospital de Villanueva de la Rosa, tal y como rezaban, en azul, sus sábanas blancas. Alguien le había vendado el tobillo izquierdo y le había colocado la pierna perfectamente recta. La habitación estaba casi en penumbra, y su cama rodeada por dos cortinillas azules, que no le dejaban ver nada más que la puerta abierta enfrente.

—¡No! No te necesito, vete —susurraba Abril.

—¡No pienso largarme de aquí sin ti! —decía Edgar.

—¡Edgar! ¡Me parece muy mal cómo te estás comportando! No voy a dejar a mi amiga sola, ¿me estoy explicando correctamente? O tengo que traducírtelo en tu lengua nativa de gilipollas...

Helena carraspeó y perdió el hilo de la conversación. Parecía que una tercera voz se había unido al dúo de combatientes, pero esta había bajado considerablemente el tono y no se oía absolutamente nada. Helena suspiró. Ojalá estuviera bien y pudiera ir pronto a casa. Quería que acabase ya esa noche de locura fallida. Echó la cabeza hacia atrás, intentando oír algo. Unos pasos se alejaban.

—¿Estarás contento ya, no? —le soltó Abril de nuevo, violentamente—. No me pienso largar hasta que se despierte. Ahí te pudras...

Y sin más, Abril salió de detrás de una de las cortinillas y abrió mucho los ojos al ver a su amiga despierta.

—¡Helena! —dijo abalanzándose sobre ella y abrazándola—. ¿Te duele algo? ¿Estás bien?

—Estoy bien, sí —contestó esta, con la voz seca—. ¿Sabes qué ha pasado?

—Bueno, es un poco cómico. Te ha atropellado Jayin —confesó Abril, poniéndose muy seria.

—¿Y dónde está?

—Pues hace un momento estaba fuera, pero decía algo de que tenía que irse pronto... —continuó—. Estoy muy harta de todo el mundo esta noche. Pero no te equivoques, Jayin te ha atropellado sin querer, evidentemente. No lo he visto tan preocupado en mi vida. Ahora mismo estará rezando todas esas cosas indias que se sabe por ti. Se sentía muy culpable.

Helena guardó silencio mirando hacia la pared. Abril le cogió la mano y la apretó.

—Oye...

Helena abrió la boca para preguntarle si Tomás la había visto, pero entonces entró él junto con otra enfermera.

—¡Ah, Tomás, al fin! —exclamó Abril, aliviada. Se levantó.

—¡Ya he llegado! —anunció, mirando fugazmente a Helena.

—¿Sigue el idiota de mi novio fuera?

—Sí. Y creo que te ha oído... —añadió Tomás con una sonrisa, mirando el informe de su paciente—. Helena, intenta dejar la pierna recta, por favor. Tienes un esguince.

Helena no daba crédito. ¿Eso era la primero que le iba a decir?

—No te preocupes. Por suerte, no ha sido nada, en dos días te quitas la venda. Tomás dice que es leve —le dijo Abril, besándole la frente al ver la cara de incredulidad de Helena—. Oye, escucha... tengo que ocuparme de un asuntillo —dijo señalando con la cabeza hacia la puerta de la habitación—. Ya he hablado con Tomás para que se haga responsable de ti esta noche.

—No, no, no, no, no, no, no, no, no... —articuló Helena casi susurrando para que Tomás no la oyera, pero su intento fue en vano.

—Lo sé, lo sé. Ódiame, no mereces que ninguno de tus amigos te acompañe esta noche, pero es que... —A Abril se le llenaron los ojos de lágrimas—. En serio, tengo que ocuparme de esto...

A Helena se le quedó un «Abril, no lo entiendes, Tomás me odia» atravesado en la garganta al ver la cara de tristeza de su amiga. Lo estaba pasando realmente mal. Abril le dio un beso en la mejilla y la abrazó de nuevo.

—Te dejo en buenas manos —dijo mirando a Tomás mientras se limpiaba una lágrima.

—Ánimo —le susurró Tomás, antes de que esta saliera de la sala.

Helena se quedó pasmada e impotente observando la puerta de salida mientras Tomás y la enfermera daban vueltas a su alrededor.

—Helena —dijo Tomás cogiéndola de los hombros mientras la enfermera bajaba la camilla—. Necesito que te tumbes, te vamos a abrir una vía.

—¿Qué me vais a hacer? —preguntó, asustada.

—No es nada. Te vamos a inyectar benzodicepinas de acción corta. No te producirán

demasiada sedación. Has bebido, y si los tomas por vía oral te pueden sentar mal.

—Pero tengo que volver a mi casa, no puedo dormirme —le dijo Helena desesperanzada. No se había sentido tan incómoda en su vida.

—Deja que yo me ocupe, ¿de acuerdo? Túmbate...

Helena vio un brillo especial en los ojos de Tomás, algo parecido a la vergüenza. No le sostenía mucho la mirada y ella tampoco tenía fuerzas para analizar su conducta. Hizo lo que le pedía y se tumbó en la camilla, apenas se inmutó cuando le instalaron la vía y le inyectaron la droga.

—Tomás... —comenzó Helena mientras notaba casi instantáneamente los efectos.

—¡Chss! Descansa —dijo este mientras le cogía suavemente la cara para examinarle las pupilas con la linterna. Lo último que vio Helena antes de quedarse dormida fue ese destello de luz.

* * *

Tomás abrió la puerta de su piso trabajosamente e hizo pasar a través de ella la silla de ruedas, intentando hacer el menor ruido posible. Helena dormitaba plácidamente con la cabeza volcada hacia un lado. Al salir del hospital, Tomás la había tapado con una manta pues no había ni rastro de su bolso ni de su abrigo. Suponía que Abril se lo habría llevado en algún descuido.

Dirigió la silla hacia su dormitorio, encendió la luz y deshizo la cama. Le quitó la manta de encima con cuidado y la ordenó a lo largo de su colchón de matrimonio. Ahuecó el cojín, y puso la calefacción al máximo. La casa estaba helada. Observó el vestidito de Helena y dudó de que pudiera dormir cómoda y calentita con aquella cosa tan pequeña. En la sala de urgencias, nada más llegar, las enfermeras habían tenido que quitarle las medias para poder vendarle el tobillo. Tomás pensó en ponerle unos pantalones suyos al ver sus piernas desnudas, pero le pareció algo violento y supuso que con la calefacción y la manta sería suficiente.

Cogió a Helena con habilidad, pasándole un brazo por su cuello y agarrándole las rodillas como si fuera un bebé grande. La posó sobre la cama. La observó dormir plácidamente bajo los efectos del sedante. Tenía la boca un poco abierta y los brazos en posiciones extrañas. Le cogió las manos y las examinó para comprobar que no tenía lesiones en las muñecas. Las colocó sobre su tripa.

Una vez más se fijó en su tobillo lastimado. Era un esguince de grado uno, muy leve. Solo llevaría la venda unos días, pero tendría que guardar reposo. Le colocó la pierna recta en una posición cómoda y la tapó hasta arriba con la sábana, la manta y el edredón. No podía dejar de mirarla. Llevarla a su casa le había parecido muy violento pero no le quedaba otra opción.

Se sentó junto a ella en la cama y le apartó el pelo de la cara. Estaba absolutamente preciosa así, durmiendo tranquila. Nada que ver con la Helena de hacía cuarenta y ocho horas antes. Abril había hablado expresamente con él para que pudiera quedarse con ella aquella noche. O no le había contado nada de lo que había pasado entre ellos a su mejor amiga, o Helena no estaba tan enfadada con él. Tal y como fuere, el poder llevarla a su casa era la excusa perfecta para que pudieran hablar las cosas tranquilamente en algún momento cuando ella se recuperara. Tomás estaba preparado para contarle la relación que había tenido con Cloe. Una vez supiera la verdad, ella ya decidiría qué camino coger. Ya no podía hacer nada más.

Eran las tres y media de la madrugada de Año Nuevo cuando unos golpecitos tímidos en la puerta de entrada estremecieron el silencio. Tomás se extrañó y, tras un último vistazo a Helena, salió disparado a abrirle al nocturno visitante. Miró por la mirilla. Suspiró y abrió la puerta.

—Buenas noches —saludó Cloe, fríamente.

* * *

Helena abrió los ojos muy lento. Aún era de noche. Notaba su mente pesada y confusa. Se removió en el lugar en el que estaba y notó una punzada de dolor muy lejano al final de la pierna izquierda. Se sentó en la cama y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Lo primero que pudo ver, era la rajilla de luz que entraba por la puerta de enfrente. Después de tener la vista adaptada, hizo un rápido escaneo y se dio cuenta de que no reconocía aquel lugar. La ventana no tenía las persianas bajadas. Se podía ver el hospital desde allí. Había un reloj brillante en la mesita de noche. Eran las cuatro de la mañana.

Se incorporó y se sentó, frotándose los ojos. Revisó de nuevo el cuarto mientras salía de la cama. Un escalofrío la recorrió, aún llevaba puesto el vestido de Nochevieja. ¿Dónde diablos estaba? La habitación no le daba muchas pistas. Era un dormitorio no muy grande, con una gran cama de matrimonio con sábanas y colcha azul. Había una cómoda junto a la puerta de un color oscuro, un sillón junto a la ventana con ropa acumulada, la cual no podía ver, y un gran espejo que ocupaba media pared. Helena se levantó y posó su pie sano en el suelo de moqueta. Vio que, junto a una silla de ruedas, había apoyadas dos muletas. Cogió una y fue dando saltitos pequeños y silenciosos hasta la puerta. Se asomó por la rejilla con la pierna del esguince en alto.

Podía oír como una voz de mujer hablaba muy despacio, no podía llegar a entender ni una palabra. Abrió más la puerta. Distinguió la castaña cabellera de Cloe, abrió más y ya lo vio todo perfectamente. Cloe y Tomás estaban sentados en un sofá color melocotón. Ella estaba relatándole algo a Tomás, que estaba de espaldas a Helena. Cloe paró de contar y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero el llanto no llegó. Tomás se levantó de su asiento y se puso las manos sobre la cabeza.

—¿Quién es...? —preguntó Tomás, alzando un poco más la voz. Aun así, Helena no escuchó el resto de la frase.

Giró rápidamente la cabeza para poder leer la respuesta en los labios de Cloe. Esta negó, sin mirarle si quiera, tenía la mirada perdida más allá de la ventana. Se cruzó de brazos y, finalmente, Helena pudo leer en su labios un «no lo sé», que a Tomás lo dejó pasmado. Helena no se estaba enterando de nada y, encima, le estaba empezando a doler su pierna buena.

La pareja comenzó un intercambio de preguntas que no parecía acabar. Cloe escuchaba atenta mirando a su amigo. Finalmente, se levantó y fue hacia la ventana. Tomás fue tras ella y la abrazó. Helena, desde su escondite, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. La muleta se estrelló contra la cómoda que había junto a la puerta, lo que provocó un ruido sordo que, sin duda, podría haber despertado a todo el bloque. Esta se quedó tumbada maldiciendo a todos los dioses del Olimpo. Intento alcanzar la muleta pero quedaba fuera de su alcance. Trató de apoyarse sobre su pie bueno, pero había abusado tanto de su utilidad que ahora también lo tenía dolorido. Ahora no se podía levantar. Genial.

* * *

—¿Crees que te puedes presentar tan pancha a estas horas? —preguntó Tomás en un susurro.

—He pasado noches enteras en tu casa, no me jodas —contestó Cloe—. Tengo que contarte algo.

—Baja la voz. Helena está durmiendo en el cuarto. —Tomás señaló la habitación.

Cloe puso una exagerada expresión de sorpresa y miró hacia el cuarto con la puerta entornada.

—¿Y qué, cómo ha estado el polvo? —interrogó esta, sentándose en el sofá con una expresión lasciva.

—¿Por qué vas en vaqueros una Nochevieja? ¿Has estado en una fiesta *hippie*? —preguntó él, obviando la pregunta de su amiga.

—¡Ah, no! Yo he preguntado primero, ¿folla bien, o no?

—No está aquí por eso —contestó Tomás, ofreciéndole a su amiga un poco de *whisky*.

—No. No me apetece —rechazó Cloe, apartando el vaso con un gesto de desprecio ante un atónito Tomás—. ¿Y se puede saber qué hace tu chica durmiendo en tu cama si no os habéis liado?

—Ha tenido un accidente. La trajeron al hospital y la he traído conmigo a casa —contestó Tomás, bebiéndose el *whisky* que su amiga había rechazado. Cloe se quedó callada mirando al suelo, estaba rara. Demasiado rara.

—¿Está bien? —preguntó, al fin.

—Solo es un esguince leve —contestó él, terminándose la copa. Se sentó junto a su amiga en el sofá—. ¿Qué te pasa?

—Será mejor que venga en otro momento, entonces —anunció Cloe cogiendo su bolso y levantándose—. No quiero que ella escuche nada de esto.

—Te aseguro que en el tono que estamos usando ella no nos escucha —dijo Tomás, cogiéndola del brazo y obligándola a sentarse de nuevo—. ¿Dónde has estado esta noche? ¿Te has metido en otro lío?

—He estado en el baño de casa —contestó casi a la defensiva.

—¿Y se puede saber qué hacías allí? —inquirió Tomás, un poco perdido.

Cloe tomó aire y sin temblar ni un ápice, con la voz firme dijo:

—He estado haciéndome un test de embarazo.

—¿Tienes alguna falta? —preguntó Tomás tragando saliva y mirando a su amiga a los ojos, asustado.

—Debería de haberme venido la regla hace tres días. Ya sabes que la tengo como un reloj.

Tomás asintió lentamente acordándose de ese detalle íntimo.

—Los test de embarazo de las farmacias a veces fallan, y más si el tiempo de gestación es corto...

—Me he hecho cinco test, Tomás. Todos con doble raya rosa... —A Cloe se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no soltó ni una. Tomás se levantó y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Quién es el padre?

Cloe negó con la cabeza y perdió la vista en la ventana.

—No lo sé.

—¿Con cuántos hombres has estado estos días? —preguntó, sentándose de nuevo.

—Pues con Lucas, que es con quien lo he hecho más veces, con ese indio gay que te conté y contigo.

Cloe no podía ni mirar a su amigo a la cara.

—Nosotros usamos protección —contestó Tomás, seguro.

—¿Y si se rompió, Tomás? —preguntó ella.

—¿Has tenido cuidado con los demás?

—¡Pues claro que sí! Sabes que siempre he tenido especial cuidado con estas cosas, sabes que nunca me ha pasado esto...

«Alguna vez tenía que pasar», pensó Tomás, irremediabilmente. Una fina capa de miedo e incertidumbre le pasó por encima. ¿Y si era suyo? Cloe se levantó y fue hacia la ventana.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tomás, abrazándola.

—Sabes que nunca he estado a favor del aborto. Ha sido un error mío... —contestó Cloe mirando a su amigo—. Haré las pruebas de paternidad y el niño sabrá quién es su padre, pero no es necesario que este se haga cargo de él. Tengo suficiente dinero como para mantenerlo.

Los dos amigos se dirigieron una mirada cargada de miedo y confianza. Un ruido sordo retumbó dentro del dormitorio de Tomás. Ambos se sobresaltaron.

—Cloe, tienes que irte —le pidió Tomás, nervioso.

Cloe, sin dirigir ni una palabra, tomó su camino hacia la puerta.

—No tendría que haber venido, lo siento.

—Habla mañana de esto, ¿de acuerdo? —le dijo Tomás abriéndole la puerta de casa—. Buenas noches —cerró y, rápidamente, se dirigió hacia la fuente del ruido.

* * *

Tomás abrió la puerta y encendió la luz. Helena estaba tirada en el suelo.

—¿No te ha gustado la cama? —preguntó agachándose para recoger la muleta.

—Muy gracioso... —apuntó ella, intentando levantarse.

Tomás la cogió de nuevo, haciendo que esta pasara un brazo por su cuello y alzándola hacia arriba con la rodillas. La posó y tumbó sobre la cama con cuidado, otra vez.

—¿Querías ir al baño? ¿Qué necesitas? —preguntó Tomás, dejando la muleta en su sitio.

—Quiero irme a mi casa —contestó, tajante, Helena.

—No voy a llevarte a tu casa ahora —le respondió él, tranquilamente, cruzándose de brazos.

—Pues déjame al menos llamar a alguien para que me recoja.

—No tienes ni tu móvil ni tu abrigo. Abril se los llevó sin querer.

Helena se quedó mirándolo, atónita, y se puso las manos sobre la cara, desesperada.

—Mierda —susurró Helena.

Tomás sintió una punzada dentro de sí, no quería que ella se sintiera incómoda, así que retractó su oferta.

—Tranquila, puedo dejarte mi móvil si lo necesitas, no sé si habrá alguien despierto que pueda ayudarte.

Helena estaba paralizada. Pedir favores no era algo que le gustara demasiado y menos en aquella situación. Se mordió el labio, no sabía qué hacer.

—No recuerdo el número de nadie cercano y estoy demasiado cansada... —empezó a decir ella, no muy segura, mirándolo.

—Puedes quedarte aquí. Estarás bien, lo prometo. Mañana te llevaré a casa, será lo mejor para ti. Necesitas descansar —le dijo Tomás con una sonrisa vergonzosa.

Realmente ansiaba que se quedara y a la mañana siguiente al menos poder hablar cuando ambos hubiesen descansado.

—Supongo que, bueno... tenemos que hablar en algún momento —continuó Helena.

Tomás sonrió y respiró hondo, se sentía muy aliviado. Ella no parecía enfadada y estaba abierta a hablar las cosas. Se acercó con cuidado y le colocó la pierna recta de nuevo.

—Habla mañana —dijo.

—¿No prefieres hablar ahora? —lo retó Helena con los brazos cruzados.

Tenía frío. No sabía si quería oír lo que tenía que oír, pero cuanto antes lo supiera, mejor. Tomás tenía razón.

—¿Quieres? —preguntó Tomás con un gesto de sorpresa en su cara de cansancio. Helena

asintió apretando los labios. Tomás cogió aire—. Me estaba acostando con Cloe hasta hace dos semanas, justo antes de conocerte a ti. De hecho, llevo haciéndolo muchos años...

Helena cerró los ojos para asimilar la información, tenía miedo de que le doliese tanto que no pudiera gestionarla.

—Continúa —dijo ella aún sin abrir los ojos y asintiendo.

—Quiero que sepas —continuó Tomás, obediente—, que no le he tocado un pelo desde que te conocí. Ella y yo tenemos mucha complicidad, no somos amigos normales. —Al fin lo había reconocido—. Estuve enamorado de ella hasta que me di cuenta de que Cloe no estaba preparada para mantener la idea que por entonces yo tenía de relación. Sufrí mucho y nunca le dije nada. — Los ojos de Tomás expresaban verdadero dolor, aunque Helena, con los ojos cerrados, ya lo notaba—. En el momento en el que te conocí, todo cambió. Ya sé que fue hace una semana, ¿vale? Ha pasado todo muy rápido y ni yo lo comprendo, pero lo mío con Cloe fue un proceso muy largo por mi parte, que culminó incluso antes de conocerte. El hecho de haberte conocido no ha cambiado mi determinación ante el fin de mi relación con ella de esa forma.

»Ella sigue siendo mi amiga, pero nada más. No volvería a acostarme con ella aun si tú decides seguir para adelante con nuestra relación, como si no. Me he hecho mucho daño con todo este asunto y simplemente he decidido ponerle fin cuando he estado realmente preparado. Que tú llegaras a esta ecuación fue totalmente fortuito y, sinceramente, ha pasado todo de una forma muy precipitada. Se me ha escapado de las manos, no sé cómo te enteraste, pero te aseguro que llevaba pensado en contártelo desde que... bueno, desde que empecé a sentir cosas muy fuertes por ti — expresó con dificultad. Sentía que lo estaba dando todo, se estaba quedando desnudo ante ella—. Es por eso que solo puedo pedirte que confíes en mí. No te puedo ofrecer más que eso. Comprendo tu enfado, pero ahora ya decides tú, Helena.

Después de un silencio breve, él se levantó y le besó la frente. Si se había sentido libre cuando le había expresado a Cloe todo lo que llevaba guardado desde hacía años, ahora se sentía flotando por el espacio exterior. Le sonrió con la mirada y se quedó un rato navegando en sus ojos e intentando ver más allá. Ella le sostuvo la mirada.

—Necesitas descansar —dijo al fin él, dirigiéndose hacia la puerta.

—Espera... —lo llamó la tímida voz de Helena. Tomás se dio la vuelta—. ¿Dónde vas a dormir tú?

—En el sofá, claro —dijo él rápidamente.

—¿Por qué no duermes aquí? —preguntó ella—. Quiero decir, es tu cama. Podemos dormir los dos, yo no puedo moverme mucho —dijo señalando su tobillo con media sonrisa.

Tomás la miró, sopesando la situación. Tragó saliva.

—¿De verdad quieres que...? —articuló—. Bueno, yo...

Estaba nervioso. Helena se rio dulcemente.

—Sí, me gustaría mucho que durmiéramos juntos.

Tomás cerró la puerta tras de sí y paseó confuso por su cuarto hasta llegar a la cómoda.

—Creo que te voy a dejar un pijama, ¿no? —dijo distraído buscándolo en el interior de su cajón—. Puede que te quede algo grande, pero...

—Tomás, no importa —dijo ella mientras él se acercaba con la ropa.

—¿Quieres que me salga...? —comenzó él.

Helena lo cogió del brazo que él le tendía, lo atrajo hacia sí y lo besó dulcemente. Tomás se había quedado congelado, pero le respondió al instante, dejó el pijama a un lado. Helena se volvió a recostar de nuevo y lo atrajo aún más hasta ella. Él, sorprendido, se vio echado sobre su cuerpo que, a pesar de tener poca ropa, estaba caliente. Él sonrió.

—No quiero que te vayas —le susurró Tomás antes de comerle el cuello.

—No puedo irme muy lejos —le dijo Helena acariciándole la parte baja de la espalda.

Siguieron besándose. Las manos de él comenzaron a entrar en sitios más profundos.

—¿Todavía quieres que me quede? —preguntó Tomás, besándola de nuevo—. ¿Estás cómoda?

Helena, que le estaba quitando el uniforme del hospital, bajó su mano hasta su pubis y continuó bajando.

—¿Y tú? ¿Estás cómodo? —preguntó ella sonriendo y acariciándole la nariz con la suya.

Tomás gimió como respuesta y comenzó a quitarle el vestido torpemente.

El deseo de año nuevo se estaba cumpliendo a una velocidad estelar. Apenas estaban ya desnudos cuando sus miradas se encontraron en la penumbra, sus corazones latían casi a mil por hora. Helena lo atrajo más hacia ella mientras él le sujetaba la pierna para no hacerle daño en el tobillo.

—No pensaba que esto fuese a ir tan rápido —confesó Helena en un susurro, sonriéndole, mientras se agarraba con un brazo a su espalda y con la otra mano le acariciaba la cara.

Tomás llevaba observándola como dos minutos enteros mientras ella lo acariciaba y lo miraba dándole tímidos besos, aún sin entrar en ella. Comenzó a besarla de nuevo, acostumbrándose a sus ritmos y a su cuerpo mientras sus partes se rozaban incesantemente. Finalmente, ella le empujó la espalda hacia abajo a pulso. Él entendió la indirecta y, al fin, consiguió introducirse. Ella soltó un pequeño gemido de placer. Él le sonrió dulcemente mientras la miraba a los ojos. Quería hacérselo lentísimo, casi como un baile. Quería registrar todo aquello que a ella le gustara.

Los minutos pasaban y Tomás comenzó a acelerar un poco el ritmo, compasándolo con partes lentas también, donde podía seguir recreándose en el resto de su cuerpo. Helena había cerrado los ojos. Llevaba un rato queriendo colocarse encima de él, pero sabía que su pierna se lo impedía, así que Tomás se la había cogido para no dañarla con el movimiento de sus embestidas, mientras ella se agarraba a su espalda con toda la fuerza que podía. Él se aseguraba a cada segundo de que no le estaba haciendo daño y, con sumo deleite, comprobaba que estaban ambos disfrutando mucho. El poder cuidarla así y tratarla con tanta delicadeza en su primer encuentro estaba gustándole muchísimo. Y sabía que a ella también.

El primer orgasmo llegó y fue continuado de al menos tres más. Helena no gritaba, solo emitía pequeños suspiros y echaba hacia atrás la cabeza, disfrutándolos. En el quinto punto álgido de Helena, Tomás se relajó sobre ella, embistiéndola por última vez. Helena disfrutó viendo cómo, silenciosamente, al igual que ella, disfrutaba de su clímax. Ella se incorporó y lo besó.

—¿Qué me estabas diciendo de prestarme un pijama? —dijo ella, riendo.

Él rio también y le besó la mejilla. Estaban empapados de sudor. Tomás la ayudó a tumbarse de lado y se puso detrás de ella mientras los cubría a ambos con el edredón. Le apartó el pelo y la abrazó por la cintura. Hubo un momento de silencio mágico donde sus corazones volvían a su ritmo normal.

—Ya ha dejado de llover —comentó ella.

Tomás, que tenía los ojos cerrados disfrutando del momento, los abrió para observar el cielo estrellado.

—¿Sabes qué es aquello que brilla tanto? —preguntó Tomás, señalándole el lucero más grande de todo el firmamento—. Es Saturno. No sé si lo sabes, pero realmente esta época del año se llama Saturnalia. Es una festividad romana que da inicio al ritual de Navidad. Significa algo así como «el más feliz de los días». Los romanos celebraban la llegada de la luz.

—¿Cómo sabes esas cosas? —preguntó Helena, sonriendo fascinada.

—Recuerdo que, de pequeño, siempre le preguntaba a mi madre por qué brillaba esa estrella

tanto —le contó, acariciándole el pelo—. Me relataba la historia de las fiestas romanas, y desde entonces, todas las noches de Navidad nos solíamos quedar hasta tarde mirando el cielo. Los llamábamos los destellos de Saturnalia y confiábamos en que nos traerían buena suerte...

—Los destellos de Saturnalia... —repitió Helena, casi dormida.

CAPÍTULO 17

Tomás abrió lentamente los ojos acunado por los primeros helados rayos del alba. Eran los primeros que despuntaban ese año.

Apenas se movió al percibir el caliente y tranquilo cuerpo de Helena que, en estado de sopor, dormía plácidamente sobre su propio pecho. Estaba tan tranquila y tan bella entre la penumbra de la mañana...

Intentando no despertarla, se deslizó entre las sábanas y la cubrió con el edredón para, a continuación, cerrar la cortina y alargar las horas de sueño que necesitaban.

—¿Ya es de día? —preguntó Helena dándose la vuelta mientras se arropaba con la colcha.

Bostezó y se acurrucó mirando a Tomás. Observó su cuerpo desnudo dibujado tímidamente entre las sombras.

—Aún son las ocho de la mañana... —contestó este abriendo su cómoda y rebuscando en ella, Helena salió de la cama con dificultad.

—¿Esta es tu sudadera de la universidad? —preguntó Helena, abrazándole por detrás mientras observaba su cajón lleno de camisas viejas y demás trapos.

—Sí, ya tiene unos cuantos años... —contestó Tomás, besándole la frente—. ¿Por qué te has levantado? ¿Tienes frío?

—No... —mintió Helena con la piel de gallina, acurrucándose en el pecho de él.

—Toma, pónstela —dijo Tomás cogiendo su sudadera de la Universidad Complutense de Madrid—. Tiene un agujero por algún lado, pero por lo menos estarás más calentita...

Helena se introdujo dentro de la prenda color rojo oscuro mientras Tomás se ponía unos pantalones de pijama a rayas azules.

—¿En serio? —preguntó Helena sacando del cajón lo que parecían ser unos calzoncillos de los Guns and Roses.

—¿No te gustaba el *heavy metal* también? —preguntó Tomás con una sonrisa triste. Esos calzoncillos se los había regalado Cloe.

—¡Pues claro! Pero nunca había visto unos así...

—¡Mentirosa! Tu eres de Chopin y Bach... ¡Pónstelos! —dijo Tomás, retándola.

—¿Cómo me los voy a poner? ¡No me estarán bien!

—¡Te los pongo yo!

—¡No, no! ¡Tomás! —gritó Helena.

Él la había vuelto a coger y la había tirado en la cama. Helena estaba muerta de risa.

—¡Chss... que nos echan del bloque! —dijo Tomás, colocándose encima de ella, le puso una mano sobre la boca—. ¿No te duele el tobillo?

—No —susurró Helena, sin apenas pensarlo en la penumbra del cuarto, acariciándole de nuevo la espalda.

Tomás sonrió y le besó el cuello, Helena dejó escapar un leve suspiro y tan rápido como se habían puesto la ropa, se quedaron sin ella de nuevo.

—Eh...

Alguien estaba susurrándole muy bajito mientras la zarandeaba suavemente. Helena abrió los ojos y lo primero que le llamó la atención fue la claridad de la mañana.

—¿Qué hora es? Otra vez... —dijo incorporándose lentamente mientras se frotaba los ojos.

—Las cuatro de la tarde —dijo Tomás sin poder contener una sonrisa.

—¿Qué? ¡Ah!

Helena intentó salir de la cama, pero no reparó en su dolencia de la noche anterior y plantó todo su pie dolorido en el suelo.

—¡Es hora de la medicina! —dijo Tomás, cogiéndola en brazos de nuevo, y llevándola al salón.

—¡No estoy inválida! —protestó Helena cuando la dejó suavemente sobre el sofá.

Tomás la besó para que se callara y, sin mediar palabra, se refugió en la cocina, de donde salía un olor peculiar. Helena se acurrucó en el sofá agarrándose el tobillo que, ahora que había despertado, le dolía horrores.

El salón de Tomás era pequeñito, pero confortable. Las paredes tenían un tono naranja parecido al color melocotón del sofá y de las sillas de la mesa redonda que había más atrás. Una lámpara pequeña de cristales colgaba del techo, y los grandes ventanales, que ofrecían vistas al hospital, daban a la vivienda un cierto aire de exclusividad y elegancia. No había cortinas en el salón.

—¿Por qué no tienes cortinas? —preguntó Helena al ver que Tomás salía de la cocina.

Le dio un vaso de agua con polvitos blancos y pasó al dormitorio de nuevo sin contestarle.

—Toma, a ver si encima, te vas a resfriar... —dijo lanzándole una manta enorme—. No me gustan las cortinas. —Y, sonriéndole, se metió de nuevo en la cocina.

—¡Pues tú estás sin camiseta! —gritó ella con una sonrisa traviesa antes de tomar un buche de medicina. Sabía a vómito de gato. Hizo una mueca y se le pusieron los pelos de punta. Se tapó con la manta, ahora sí que le había entrado frío de verdad.

—Pero yo soy médico —dijo Tomás, sentándose a su lado con una gran bandeja de comida.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿No eres humano como todos o qué?

—Claro, pero me insufla cortisol y ya está.

—A vosotros os gustan mucho las drogas —replicó Helena.

—Bueno, al menos no estamos locos —dijo tirando un poco de la manta.

—¡Pero cómo te atreves!

Helena sonrió dulcemente.

—¿Y esta guerra psico-médica? ¿Se queja la paciente de mis tratamientos? —preguntó Tomás atrayéndola hacía sí y besándole la mejilla.

—No son muy deontológicos —confesó ella, devolviéndole el beso.

—Se nos queda fría la comida —dijo Tomás acercando la bandeja—. No puedes tomarte la medicina sin nada en el estómago. ¡Toma! —Le ofreció una tostada con mermelada.

—¿Qué has preparado? —preguntó Helena dándole un bocado a la tostada con mermelada de fresa. Odiaba la mermelada de fresa, no quería recordar el incidente del donut. Intentó no poner cara de asco y se la comió lo más rápido que pudo.

—Es el almuerzo más raro que me han hecho nunca —dijo Helena, tocándose la tripa y recostándose en el sofá. Le pasó una pierna por encima a Tomás, que aún estaba terminándose un yogur.

—Espero que te haya gustado —dijo Tomás, acariciándola un poco avergonzado—. No tengo mucho en casa.

Helena lo miró con amor y respiró hondo.

—Gracias por cuidarme tanto —le dijo dándole un beso—. Pero no me gusta la mermelada de fresa.

Helena puso cara de circunstancias y Tomás la miró incrédulo antes de desternillarse.

—No sé por qué, pero tienes cara de que te encanta la mermelada de fresa... ¿Por qué no me lo has dicho antes? —dijo él riéndose y besándola.

Helena se encogió de hombros y continuaron besándose.

—Pronto tendré que irme, mi familia no sabe nada de mí desde ayer... —dijo ella.

—Te llevaré a casa —dijo Tomás, incorporándose—. Pero ahora, no. Ahora te voy a llevar a otro sitio —le susurró mientras la cogía y la ponía sobre la mesa redonda, entre la claridad de la tarde que entraba por los ventanales sin cortinas.

* * *

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Helena, observando su casa desde el coche de Tomás.

—Te llevo en silla de ruedas, saludo y me voy —recitó él de nuevo, obedientemente.

—Tomás, si mi madre se entera de que he pasado la noche en tu casa... —comenzó Helena.

—Lo sé, va a ser la muerte —dijo suspirando, y cogiéndole la mano—. Pero tarde o temprano tendrán que enterarse, Helena.

Helena comenzó a agobiarse y Tomás la besó a modo tranquilizador.

—Esto también depende de ti y de mí... —le recordó él—. Recuerda que no estamos haciendo nada malo. Si te juzga, tú ya eres adulta, tienes opciones y eliges. Podemos con esto.

Tomás se bajó del coche, desplegó la silla de ruedas y Helena se sentó en ella. Ella había insistido en que podía ir andando, pero Tomás le aconsejó que cuanto antes guardara reposo, antes se curaría, y no habían pasado una noche tranquila precisamente.

Atravesaron la verja de la entrada y llamó a la puerta principal. Abrió Laura con cara de cansancio pero, al ver a su hermana, profirió un gran grito.

—¡Helena! ¡No sabíamos dónde estabas! —dijo abrazándola en la silla de ruedas. Helena intentó levantarse antes de que su madre viniera, pero fue en vano.

—¡Mi niña! ¿Qué ha pasado? ¿Qué te has hecho? ¿Por qué no nos han llamado? —Su madre, a lágrima viva, la abrazaba y la miraba sin dar crédito. No quedaba ni rastro de la regañina del día anterior.

—Es solo un esguince, mamá —contestó Helena, pesadamente.

—¡No, no! Ni se te ocurra levantarte —le advirtió su madre, quitándole de las manos la silla de ruedas a Tomás e invitándolo a pasar con una sonrisita nerviosa—. Estábamos a punto de llamar a la policía, hasta que ha llegado Abril...

—¿Abril está aquí? —preguntó Helena, extrañada.

—Sí, me dijo que te habías torcido el tobillo anoche y que habías estado en el hospital. ¿Cómo no se te ocurre llamarnos, hija?

—En realidad, no podría haberlo hecho... —intervino Tomás con la boca seca de los nervios. Estela y Laura lo miraron con intensidad—. Quiero decir, que le dimos un sedante en urgencias para calmar el dolor y se quedó dormida inmediatamente. Así que la llevé a mi casa cuando terminó el turno.

Tomás miró de soslayo a Helena, que disimuló fatal una mirada de reproche. Ella le retiró la mirada y la posó sobre la sudadera de la universidad y el pantalón de chándal viejo que Tomás le había prestado, intentando no pensar que eran demasiado sospechosos.

—¡Ah! ¿Ha estado contigo todo el tiempo? —inquirió Laura, mirando a su hermana con extrañeza. Helena bajó la mirada de nuevo, no quería mirar a su hermana.

—Sí, siento no poder haberles dado noticias antes, pero se ha despertado hace muy poco y no tenía ningún teléfono de contacto.

—¿Habéis dormido en la misma cama? —preguntó Estela, mirando a su hija y a Tomás como si de un partido de tenis se tratase.

—¡Mamá! ¿Estás loca? ¿Cómo haces esas preguntas?

—¡Helena! No hace falta que te pongas así, hija, era broma... —contestó su madre, riéndose tontamente, mientras cogía a Tomás de un brazo—. Pasa, hijo, y tómate algo con nosotros. Tenemos que agradecerte que hayas cuidado de Helena.

—No, no se preocupe, Estela. Lo he hecho encantado... —dijo Tomás, sonriendo. La mirada de Helena le cortó todo el rollo y se puso algo colorado—. Es decir, me tengo que ir, tengo que trabajar ya mismo.

—¡Pues mañana te pasas por aquí para cenar!

—Recuerda tomarte el ibuprofeno —le dijo a Helena mientras salía por la puerta plegando la silla—, y si tienes más molestias de las que te he comentado, me llamas y me acerco.

—¿Pero no le hará falta la silla? —preguntó su hermana.

—No, es solo un esguince de grado uno, con las muletas será suficiente. Eso sí, intenta subir a tu habitación por el ascensor —dijo sonriéndole.

Helena volvió a ponerse colorada y se le cayó el mundo encima al sentir que quería irse de nuevo con él.

—Pásate mañana por la noche, guapo —insistió su madre, abriéndole la puerta—, que no se te olvide.

Tomás asintió. Se acercó a Helena y le dio dos besos, uno en cada mejilla, despidiéndose. Ella miró afligida cómo se alejaba entre la tarde soleada que, al levantarse el viento del norte, estaba dejando paso a las nubes esponjosas de nuevo. Su madre cerró la puerta.

—Estábamos preocupadas, hasta que vino Abril y nos dijo que estabas en casa de Tomás...

Su hermana la abrazó, aunque la miraba con ciertos ojos de misterio, sospechando. Helena tragó saliva.

—¿Cómo sabe que tienes un ascensor? ¿Ha estado aquí antes? Me refiero a después de Navidad, claro —preguntó su madre.

Helena suspiró e intentó cambiar de tema.

—¿Dónde está Abril? ¿Cómo es que está aquí?

—Ha venido a verte, aunque ahora que lo dices, traía una especie de maleta. Le hemos dicho que pasara al salón, pero ha preferido esperarte en tu cuarto...

—¡Helena! —Abril estaba bajando las escaleras, apresurada—. Estaba preocupada. —Y, con los ojos algo llorosos, se abalanzó sobre su amiga procurando que esta no cayera.

—Bueno, Abril, te dejo con ella. Confío en que la subas a la habitación por el ascensor como ha dicho Tomás —dijo su madre, guiñándole un ojo—. Luego subiré a llevaros algo.

—¡Venga ya! ¿Tomás ha estado aquí? —preguntó Abril, dándole un codazo amistoso—. ¿Qué más me he perdido?

—Solo ha venido a traerme, ya se ha ido.

Helena miró hacia abajo y sonrió. Ya había pasado el mal trago de su madre, ahora solo le quedaba el regusto de la noche anterior.

—¡Oh! Esta noche ha pasado algo... —intuyó Abril, sorprendida, mientras esbozaba una sonrisa pícaro. Helena asintió.

—Te lo cuento arriba.

—Tranquila, solo están tu madre y tu hermana. Llevan toda la tarde hablando. Oye, por cierto, me he traído a Slash. ¿Te importa que pase?

—¿Cómo? ¿Está fuera? —preguntó Helena mientras andaba a la pata coja hacia la puerta de la calle y la abría de nuevo.

—No quería parecer maleducada —dijo Abril saliendo a por el perro. Segundos después, Slash

se abalanzó encima de Helena, tirándola al suelo.

—¡No! ¡Slash!

Helena se dejó caer al suelo suavemente mientras el perro le ponía las patas sobre el pecho y la lamía efusivamente. Helena estaba muerta de risa. No sabía cuántas veces se había caído ya ese día.

—¡Slash! ¡Quita! Deja a la tita Helena, ¿no ves que está malita?

Y, a tirones, le quitó al robusto labrador de encima a Helena.

—Llevabas mucho tiempo sin verme, ¿verdad? —dijo Helena acariciando al perro desde el suelo. Se apoyó en Abril y se levantó.

—Si quieres que lo deje fuera, no me importa.

—Hace demasiado frío fuera. Vamos todos a mi cuarto, me está empezando a doler el tobillo sano —se quejó Helena, apoyándose sobre la muleta.

Ambas se dirigieron hacia el ascensor y subieron con Slash a la tercera planta, hasta llegar a la habitación de Helena. Slash ya se había calmado y había vuelto a ser el perro caballeroso de siempre.

—¿Te ha llamado Jayin? —preguntó Abril.

—No —contestó, secamente, Helena—, no sé nada de él.

—Yo tampoco —confesó Abril, algo decaída, mientras ayudaba a su amiga a caminar—. Me dejó pasmada anoche...

Helena la miró de reojo y calló, no quería hablar de eso. Ya pensaría qué hacer más tarde con su mejor amigo.

—¿Cómo es que te has traído a Slash? —preguntó, desviando el tema.

—No sé, hacía tiempo que no lo sacaba yo —dijo Abril encogiéndose de hombros, sin mirar a su amiga.

—¿Qué es esto? —preguntó Helena, señalando un bulto oscuro que sobresalía por debajo de su cama.

—Es mi mochila —contestó Abril sin darle mucha importancia.

—¿Mochila? Abril, esto es tu bolsa de viaje —dijo Helena incorporándose sin comprender—. ¿Qué ha pasado?

—Me he ido de casa. Edgar y yo hemos roto.

* * *

Tomás abrió la puerta del coche corriendo y se refugió del vendaval que se acababa de levantar. Puso la calefacción y miró de nuevo la casa de Helena. Ojalá hubieran podido pasar juntos el resto del día. Había estado a punto de sugerirle que se quedara con él, pero sabía que le diría que no. De una forma radical e insana, ella no quería que nadie lo supiera. Se recostó en su asiento, feliz. Se quedó unos cuantos minutos embelesado mirando la fachada de su casa, con esa sonrisa idiota de satisfacción plena tras haber pasado la noche con ella, hasta que, por el rabillo del ojo, vio que alguien se acercaba. Era Rodrigo. Este se percató rápidamente de la presencia de Tomás y sonrió. Se le quedó mirando sin ningún pudor y al abrir, le dirigió una mirada de lo más seria acompañada del gesto de «te estoy observando». Hasta que se refugió dentro de la casa de su hermana. Tomás sonrió. Se suponía que nadie debía saberlo, pero le dio la sensación de que todo el mundo lo sabía ya, o al menos algo se olían. Arrancó el coche y, de repente, recordó todo el sinfín de cosas que le quedaban aún por hacer antes de comenzar su turno en el hospital. Sacó su móvil y marcó el número de Cloe.

—¿Sí?

—¿Estabas dormida? —preguntó Tomás, titubeante.

—Sí... —contestó Cloe suavemente.

Tomás se conmovió, pero aquella situación también era un gran palo para él, así que no pudo consolarla.

—Oye, necesito que estés en el hospital hoy a las doce. ¿Podrás?

—¿Para qué? —respondió, desafiante.

—Te voy a hacer una dichosa ecografía. Y necesito que la zona de ginecología esté libre y que coincida con mi descanso.

—Está bien, está bien —susurró Cloe—. Allí estaré, ¿tardarás mucho?

—No lo sé —contestó él, secamente—. ¿Estás preparada?

—Parece mentira que no me conozcas...

—Entonces te veo a las doce —concluyó Tomás, suspirando.

En realidad, estaba nervioso. No quería que Cloe estuviera embarazada, no ahora. ¿Por qué se complicaban tanto las cosas?

—Tomás, espera... —imploró Cloe—. ¿Qué vamos a hacer si... bueno, si estoy embarazada?

Tomás cerró los ojos y pensó. Si Cloe daba positivo, lo más probable es que tuviera al niño, aun sin saber el padre, eso Tomás lo tenía más que claro. Lo que realmente le daba miedo es que el crío fuera suyo, no se había hecho aún a la idea de tener hijos, y menos de esa forma.

—Podríamos saber quién es el padre a partir de aproximadamente doce semanas. Hay técnicas bastante recientes de paternidad prenatal, conozco a un amigo...

—Vale, está bien. Solo quería que me apoyaras. Sabes que no me importa saber quién es el padre, puedo mantenerlo yo sola.

—Cloe, si es mi hijo, me gustaría saberlo. Espero que entiendas al menos eso.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, seguido de un leve quejido.

—Tomás... si el niño fuera tuyo, jamás me lo perdonaría, eres como un hermano para mí.

Cloe siguió sollozando silenciosamente, esperando una respuesta. Tomás se llevó la mano a la frente y cerró los ojos, notaba cómo toda la felicidad que sentía se salpicaba de una lluvia de tristeza.

—Oye, Cloe, tengo cosas que hacer. Nos vemos a las doce. Intenta no llegar tarde, ¿de acuerdo?

—Y sin esperar una despedida colgó, y marcó rápidamente otro número diferente.

—¿Dónde estás? —preguntó Tomás al oír cómo se descolgaba el teléfono.

—En la comisaría y hasta el prepucio de trabajo, ¿qué necesitas, machote? —Lucas desvió su atención—. ¡María! ¿Dónde mierda está el informe de esta mañana?

Estaba bastante alterado.

—Es importante, ¿puedo pasarme a verte un segundo? —le rogó Tomás.

—¡Joder, que está aquí! Perdona, encanto... —contestó Lucas, cambiando enseguida su tono de voz—. ¡Uf, tío! Me pillas fatal de verdad, ¿no podría ser en otro...?

Al otro lado, se escuchó una puerta cerrarse y de repente el bullicio pasó a un segundo plano.

—¡Ven ya y sálvame! Te lo suplico, estoy en mi despacho, intenta que no te vean entrar.

—¿Y ese cambio? —preguntó Tomás, algo confuso, y esbozando una sonrisa.

—Tengo que esperar a que se vayan todos, así parece que estoy trabajando mucho. Además, esa soplapollas se lo cuenta todo al comisario, ¿sabes?

—¿Entonces voy para allá ya?

—Deprisa y volando, y si le traes donuts a tu agente favorito, mejor.

* * *

Helena recibió la noticia casi con el mismo ímpetu de una bala atravesando su pecho. No podía concebir a una Abril sin un Edgar, por mucho que se pelearan, por mucho que no se aguantaran, por todo lo que habían vivido juntos. La ruptura era algo imposible, una inexistencia, un paradigma aún sin explicar... se quedó con cara de boba un rato, mirando a su amiga y buscando algún tipo de palabra que saliera de sus labios, pero solo balbuceaba. Abril hizo una mueca y, al fin, una lágrima, que había estado demasiado tiempo guardando el llanto, salió al exterior casi escondida entre sus grandes ojos. Ella reclamó un abrazo y Helena se lo dio.

—Llora... —susurró Helena, al fin.

—No, no. Cuéntame lo tuyo con Tomás. Necesito despejarme, sabes que eso me alivia —dijo Abril, limpiándose las lágrimas.

—Sabes que no puedo...

Abril refugió su cara entre las manos y emitió un grito de desesperanza. Jamás la había visto llorar así. Se le estaba partiendo el corazón, no sabía qué hacer. Así que, sin pensarlo demasiado, el corazón habló por ella.

—Grita —le ordenó Helena abrazándola fuerte contra su pecho. Abril se retorció y siguió abrazada a su amiga mientras lloraba y gritaba todo lo que sus pulmones le permitían.

Estela, alarmada por el griterío que se había oído hasta en el salón, subió asustada en un pispás y, sin llamar, como de costumbre, abrió la puerta despacio. Helena negó con la cabeza mientras sujetaba protegiendo a su amiga. Su madre asintió lentamente y se marchó.

—¡Edgar era mío! —gritó tras un rato entre lágrimas.

—Respira...

—¡Era mío! ¡Joder!

Helena tiró de su amiga para que se recostara y pudiera respirar mejor. Abril tosió. Al oír esa declaración, Helena supo que las cosas entre ella y su novio no estaban bien desde hacía demasiado, y Abril lo había guardado en su corazón meses y meses.

—No se puede ser tan fuerte, eres un ser humano, Abril.

—Arráncame el corazón —susurró Abril entre su tos, parecía que se había calmado, al menos ya se le entendía al gesticular—. Era mío, Helena... —reiteró, dejando que las lágrimas silenciosas murieran en sus oídos mientras ella perdía la mirada en el techo.

Helena acarició la cara de su amiga, limpiándole las lágrimas y separándole el pelo. Sabía que solo tenía que dejarla hablar, solo tenía que guardar silencio.

—Abril, cariño, te he preparado una habitación aquí al lado, ¿queréis que os suba un té?

—¡Mamá! —dijo Helena con el rostro sombrío—. Gracias —le susurró con una mirada que la invitaba a irse.

—Vale —obedeció sin rechistar, cerrando la puerta y guiñándole un ojo a su hija para darle a entender que no molestaría más.

Helena y Abril se miraron y ambas dibujaron una pequeña sonrisa que terminó convirtiéndose en carcajada.

—Qué mona tu madre preparándome una habitación —dijo Abril entre risas.

—Tiene una necesidad imperiosa de que todo el mundo esté estable, aunque no sepa qué es lo que ocurre —explicó Helena.

—Creo que ha sido lo mejor... —dijo Abril despacio.

—No te creas. Emocionalmente es un coñazo, ya sabes.

—No, me refiero a Edgar.

—¡Ah, mierda! —dijo Helena jactándose de su torpeza.

—La relación no podía dar más de sí. No se puede sacar de donde no hay —relató—. Pero me da pena haber malgastado siete años de mi vida.

—¿No has sido feliz?

—¡Pues claro que sí!

—Entonces cualquier tiempo feliz no es perdido, ya lo sabes.

—Anoche tuvimos una bronca enorme, tía —comenzó a contar Abril—. Ya sabes que te dije que él no quería salir porque no tenía dinero para pagarse la entrada de la Bolera Clan, y no quería que se la pagara yo. —Helena asintió en silencio. Su amiga aún no la miraba—. Pues al final, justo antes de que te atropellara Jayin, él entró a la Bolera y pagó su entrada, no sé cómo no os cruzasteis... —Helena guardó silencio, avergonzada de su escenita andando por la carretera—. El asunto es que cuando lo vi dentro, no me lo podía creer. Me había hecho pasar tres días de mierda diciéndome que no iba a salir en Nochevieja para que al final, apareciera allí tan pancho. Así que nos salimos fuera, solo me dio tiempo a pegarle un par de gritos antes de que pasara lo tuyo. Imagínate cómo se tomó Edgar que no volviéramos a ir a la fiesta. Ya había pagado la entrada y ahora yo no iba a estar. Te prometo que quería quedarme contigo, Helena, pero justo después de que despertaras en el hospital, Edgar me dijo que no quería seguir conmigo. —Abril se incorporó y lloró de nuevo—. Me dijo que no podía aguantar mi ritmo ahora, y que no tenía nada más que ofrecerme, que llevábamos tiempo haciéndonos daño... y es verdad. Lo peor es que es verdad. Ya no somos ni la sombra de lo que éramos, ya no somos nada. Cuando llegamos a casa, continuamos discutiendo. No sé cómo los vecinos no nos han echado, le dije que me iría de casa a la mañana siguiente, así que a eso de las cuatro de la tarde, cuando él se despertó, comencé a hacer las maletas... —Abril tomó aire y se tomó su tiempo para continuar—. Lo último que le he dicho es que le dejo el piso hasta que encuentre un sitio a donde mudarse... y que me llevaba a Slash —añadió mirando al perro con ternura—. Es lo único que nos queda —concluyó acariciando al animal, que parecía estar enterándose de todo al emitir un quejido lastimero—. ¿Te importa que pase contigo aquí una temporada? Ya sé que tienes la casa algo llena y si me dices que me vaya, lo entenderé.

—Ya has escuchado a mi madre —dijo Helena, sonriendo.

* * *

A Tomás le costó encontrar aparcamiento en la abarrotada comisaría de Villanueva de la Rosa. Tan solo estaba una calle por debajo de la casa de Helena, y a pesar de ser Año Nuevo, la actividad y el bullicio parecían ser los de un día normal. Gente con papeles y cara de cansancio salía y entraba del edificio. Tomás, ajeno a todo, solo se fijaba en que todas las caras parecían tener algo en común: la desesperación.

—Señor, ¿busca algo?

Un vigilante menudo, que custodiaba una pequeña cabina, se había interpuesto en su camino. Tomás lo maldijo para sí.

—Emm, estaba buscando a De la Rosa, Lucas de la Rosa, no sé si sabe...

—Claro, señor, pero siento decirle que De la Rosa está muy ocupado, probablemente reunido.

—Lo dudo, me ha llamado hace cinco minutos y me ha dicho que viniera.

El pequeño vigilante pareció quedarse sin argumentos, e inspeccionó a Tomás de arriba abajo con sus ojos menudos.

—Debe saber que la brigada del inspector De la Rosa está muy ocupada estos días.

—Ya lo veo.

—Así que le rogaría que no se extienda en su visita. —El pequeño oficial hizo un gesto con la cabeza semejante a un tic, que le indicaba a Tomás que siguiera su camino.

—¡Feliz Navidad! —le dijo Tomás con una sonrisa irónica mientras se abría camino de nuevo entre personas con cafés y sin vida.

El recado que le había dado su amigo de que pasara desapercibido no había podido cumplirlo, pero aún tenía la oportunidad de llegar hasta su despacho sin que le viera nadie más. Si al menos pudiera recordar dónde estaba...

A su alrededor, la gente parecía operar en paralelo, todos jugando al mismo juego, pero cada uno de ellos parecía ir su ritmo. Tomás pudo ver cómo un señor gordo, con un bombín que parecía quedarle pequeño en su gran cabeza, le gritaba a un oficial que rebuscaba apurado en las mesas, entre el papeleo. Con alivio, descubrió que había llegado al final de la comisaría llena de despachos. Casi todos estaban cerrados y con la luz encendida dentro. Comenzó a leer los nombres: «Inspector Sánchez», «Inspectora Martínez»...

—¡Hola! ¿Puedo ayudarte en algo? Se te ve perdido.

Una chica pelirroja con gafas y aspecto pretencioso se había acercado sonriendo con un deje de tranquilidad entre todo aquel caos. Tomás abrió la boca para contestar y, de repente, como si fuera un canto celestial, oyó la voz de su amigo en el despacho contiguo. «Inspector De la Rosa», pudo leer casi corriendo antes de abrir la puerta sin llamar.

—Oye tía, no quiero ser cruel contigo, ¿vale? Pero tienes que dejar de llamarme. ¡Coño! —Lucas bajó las piernas, que tenía cómodamente cruzadas sobre la mesa y, al ver a Tomás, puso una expresión de alivio mezclada con ira insostenible. Se pasó una mano impaciente por la cara—. Luego te llamo. ¡No! Te llamo yo. —Y colgó—. Pasa, tío.

Tomás pasó en silencio y se sentó en una de las maltrechas y castigadas sillas acolchadas frente al escritorio de su amigo, que igual que el de sus compañeros, estaba sumido en el más intenso caos.

—Lucas, me acaba de avisar tu jefe de que la próxima vez no seré yo quien te pida el informe.

—Vale, vale, vale, vale. María, te lo doy en media hora, ¿okey? Dejadme respirar, por favor —pidió Lucas, agobiado y levantándose para cerrarle la puerta. Iba sin su habitual traje de trabajo y con una sudadera de *Regreso al futuro*.

—No te olvides de la reunión de las nueve —le recordó la chica, atusándose uno de sus rizos, mientras ponía una cara un tanto sugerente.

—No me olvidaré, encanto —dijo Lucas apoyándose en el quicio de la puerta mientras la cerraba lentamente. Tomás podía adivinar la expresión que tenía su amigo—. Ahora hazme un favor e intenta no molestarme. Tengo un asunto importante que tratar con mi colega. Haz como que no estoy por unos minutos. —Lucas le guiñó un ojo, apagó la luz y cerró la puerta.

—¿Qué coño haces? —preguntó Tomás, incrédulo.

—Hazme caso, tío. Si no cierro, no me dejan vivir —dijo Lucas, dándole un buen tortazo en la espalda a su amigo a modo de saludo antes de volver a su sitio—. Bueno, tío, como sabes, estoy bastante liado. Tengo una reunión a las nueve para que me destinen a no sé dónde, así que, ¿qué te aflige? —preguntó Lucas aumentando el brillo de la pantalla del ordenador y poniéndola entre su amigo y él para que se vieran las caras.

—No es algo que te vaya a agradar... —anunció.

—Vale, es una movida chungueta. Voy a gestionarlo, dispara —dijo él, respirando hondo.

Tomás pensó en la cara que pondría Cloe cuando se enterara de que Lucas lo sabía, pero le dio igual. Era un asunto que él también debía saber.

—Helena y tú ya os habéis estrenado —dijo Lucas, levantándose y escrutando la cara de su amigo con una sonrisa—. Pero ¿no estabais peleados o algo así?

—Eres bueno, hermano —admitió Tomás, sonriendo. Le iba a costar contarle aquello a su mejor amigo.

—Ya ves, debería dedicarme a ver espíritus de gente muerta, en cambio, estoy aquí en una oficina de mierda en Año Nuevo —dijo bajando la voz y pasándose la mano por el pelo, despeinándose—. ¡Cuéntamelo! Suéltalo rápido, así, *iflash!*

—Vale, pero relájate e intenta no ponerte histérico.

—Hecho —dijo Lucas con determinación, sentándose en la silla y cruzando las manos delante de su cara como si tuviera el porte de un poderoso hechicero.

—Cloe está embarazada.

Lucas no se inmutó y siguió mirando a su amigo. Como Tomás no tenía muy claro si se había enterado o no, continuó hablando:

—Bueno, aún no lo sabemos con seguridad, pero dice que se ha hecho cinco test de embarazo y le han dado todos positivo.

—Vale, tío. ¿Qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Lucas, sin inmutarse aún.

—No sabe quién es el padre —dijo Tomás, mirándolo con incompreensión.

—¡Tío, tío, tío! ¡Movida, movida, movida! —Lucas se levantó y comenzó a dar vueltas en la oscuridad. Chocó con algo que Tomás no alcanzó a ver, y un fajo de papeles cayó al suelo—. ¿Desde cuándo sabemos esto? —preguntó obviando los papeles desparramados por el suelo.

—Desde anoche.

—Pero puede haber sido en el último mes. ¿Con quién...? —preguntó Lucas, aún perdido en la oscuridad.

—Contigo, con un tío que no conocemos, y que encima es gay, y conmigo —confesó Tomás como si estuviera recitando una lección que se sabía muy bien.

Lucas dejó de caminar y miró a su amigo con un gesto de confusión.

—Pero, tío, nosotros usamos protección.

—Y yo también —dijo Tomás con gesto taciturno, apoyándose en la mesa.

—¡Pero ha podido romperse! Tío, no lo sé... —gritó Lucas.

Se sentó al fin junto a su amigo. Tomás se asustó al verlo emerger de la oscuridad. Tenía la cara de preocupación más grande que jamás le hubiese visto.

—¿Cómo se sabe eso?

—No se me ha roto ninguno nunca, no lo sé —contestó Tomás, mirándolo.

—Tío, o tú, o yo...

—O ese gay al que no conocemos.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Lucas estaba fuera de sus cabales.

—Oye, Lucas, yo también estoy jodido, ¿vale? Tranquilízate —dijo Tomás, poniéndole una mano en el hombro a su amigo.

—Vale, ¿qué hay que hacer ahora? —preguntó intentando mantener la calma.

—Por lo pronto, le he dicho a Cloe que se venga al hospital esta noche, sobre las doce, que es la hora de mi descanso. Le voy a hacer una ecografía. Estaría bien que vinieras.

—*Okey.*

—Ella no sabe que te estoy diciendo esto y probablemente me despelleje, así que intenta mantener la calma si ella se pone a montar un numerito de voces y eso. Me parecía que tenías tanto derecho a saberlo como yo. Aunque si por ella fuera, no nos lo hubiera dicho a ninguno de los dos,

se hubiera ido a otro país y ni nos hubiéramos enterado. De hecho, no sé por qué me lo ha dicho... —dijo Tomás, cayendo en la cuenta en ese mismo instante.

—Allí estaré —dijo Lucas envalentonándose y levantándose de la silla—. Si ese niño es mío, apechugaré.

A Lucas le tambaleó la voz. Tomás se levantó también y lo abrazó. Estaban temblando.

* * *

Helena removía lentamente un vasito diminuto de leche con su mano derecha mientras que, con la izquierda, acariciaba la mano de su amiga. Abril se había empeñado en no cenar absolutamente nada, pero como Helena la conocía muy bien, había optado por prepararle medio sándwich y un vasito de leche. Al ver tan poca cantidad sabía que Abril, al menos, le daría un bocado. Tampoco había dormido la noche anterior, así que con un poco de leche caliente, caería redonda. Slash miraba la escena con un silencio enternecedor junto a su dueña.

—¿No te parece increíble? —preguntó Abril, de repente. Tenía los ojos rojos.

—¿El qué? Abre la boca —dijo Helena concentrada en que la leche no se derramara. Abril dio un pequeño sorbo y miró con disgusto lastimero a Helena. Esta apartó el vaso con paciencia. Abril tragó con dificultad.

—Me da la sensación de que se está enterando de todo, ¿estará sufriendo? —se preguntó, señalando a su perro con amor, mientras este, a modo de respuesta, le lamía la mano. Abril miró a Helena con su gesto habitual de ternura extrema y lo abrazó—. ¡No, Slash! ¡No te puedes subir en la cama! ¡Esta es la casa de la tita Helena!

El perro dejó de intentar llegar hasta su dueña mientras la miraba con la cabeza ladeada, pegó un ladrido. Bordeó la cama de su dueña y por el lado contrario se subió y se acurrucó junto a ella.

—¡Chico listo! —dijo Helena, riéndose—. Déjalo, quiere darte mimitos...

—Lo que está es celoso, tía, te estás pasando un montón con la comida y eso. No estoy tan mal, de verdad —dijo Abril con tono lastimero.

—¡Cállate! —ordenó Helena, sin alterarse y sentándose de nuevo junto a su amiga. Slash puso la cabeza sobre la barriguita de su dueña.

—No sé qué haría sin vosotros... —dijo Abril, respirando tranquila y con una sonrisa—. Falta Jayin.

Helena se entristeció levemente y se acurrucó junto a su amiga en la cama. Quedó como resultado una entrañable estampa navideña con perro incluido. Abril la abrazó.

—Háblame de ayer. Sé que hiciste algo con él, guarrilla —dijo Abril, sonriendo picaronamente.

—¿Algo?

Helena se incorporó y se metió el pelo tras la oreja, se había puesto algo colorada.

—Traías su ropa puesta —observó Abril, enarcando las cejas.

—Eso no significa nada —dijo Helena, poniéndose a la defensiva—. Bueno, en realidad, sí.

—¡Ah! ¡Lo sabía! —dijo Abril zarandeándola—. ¿La tiene grande?

—¡Abril! —dijo Helena, más roja que un tomate.

—Bueno, dime al menos cuántos.

—¿Cuántos qué?

—Pues que cuántas veces lo hicisteis —dijo Abril, intentando no explotar de emoción.

—¡Ah! Creo que tres... o cuatro. No, espera... —dijo Helena, intentando recordar.

—¡JAAAAA! —Abril rodó por la cama, asustando al pobre Slash—. No me puedes dejar así, ya

sabes que me gustan los detalles.

Helena tragó saliva y comenzó a relatarle todo desde la pelea que habían tenido hacía dos días, y que ella, en el hospital, había intentado decirle de todas las formas que no la dejara sola con él. Abril, en ese punto, se llevó las manos a la cabeza. «No tenía ni idea». «Deberías habérmelo dicho». Continuó su relato, pasando por la borrachera con su hermana y su desliz en la carretera justo antes de que Jayin la atropellara accidentalmente. Después la escena del hospital, y cuando se había despertado en mitad de la noche en casa de Tomás sin saber dónde estaba, relatando la conversación que no había llegado a oír con Cloe y el discurso de Tomás dándole explicaciones de lo que significaba para él la relación que tenía con su amiga y lo que sentía por Helena. También le contó con pelos y señales todo lo que Abril quería saber sobre detalles sexuales ante su mirada enorme y sorprendida.

—Eres una depravada, tía —dijo Helena riéndose, aún colorada.

—¿En serio te hizo eso? —preguntaba Abril, con los ojos como platos—. Pero ¿cómo te puede sujetar así? O sea, te sujetaba él todo el rato...

—Creo que era para que no me hiciera daño en el tobillo —razonó Helena, pensándolo bien.

—Eso es asquerosamente tierno —dijo Abril, abrazándola de la emoción.

—Creo que lo he estropeado un poco al final —dijo Helena, arrojando a su amiga.

—¿Por qué? —preguntó Abril, bostezando.

—Bueno, estaba un poco nerviosa. Ya sabes que mi madre se pone superpesada con que encuentre un novio, y él se había empeñado en traerme hasta casa. Así que me he puesto un poco nerviosa, ya me conoces —dijo Helena, preocupada.

—Cariño, te ha follado muchas veces. Tienes derecho a ponerte todo lo nerviosa que quieras —dijo Abril cerrando los ojos lentamente.

Helena la observó un rato más mientras estaba en estado de sopor y hasta que se aseguró de que estaba completamente dormida, no se levantó de su lado.

—Slash, cuidala mientras no estoy —le ordenó al perro que, como respuesta, le acarició la mano con la cabeza y el morro. Acto seguido, Helena cogió las muletas, ya solo le quedaba salir de casa sin que nadie la viera. Había un taxi esperando abajo.

* * *

—¡Ah! ¡Tomás! —protestó Cloe, con la camisa subida—. Esto está helado.

—Aguántate un poco —contestó este, con paciencia, comprobando el monitor de ecografías. Puso el mango en la tripa de su amiga.

—¡No aprietes!

—¡Cloe! Si sigues protestando no voy a ver nada —le recriminó Tomás—. Estoy tan nervioso como tú.

—Yo no estoy nerviosa —replicó Cloe, recostándose en la camilla y mirando la pantalla sin comprender—. ¿Qué se supone que tiene que salir ahí?

—No estoy seguro. Hace mucho que no uso uno de estos y menos para detectar un embarazo.

De repente, sin previo aviso y ocasionando un gran susto a ambos, se abrió la puerta de la sala. Tomás se apresuró a descorrer la cortina.

—¿He llegado tarde? Es que la reunión se ha alargado —se excusó Lucas pasando sin muchos miramientos—. Hola.

—No, no te preocupes. Ella ha llegado antes de tiempo —informó Tomás, volviendo a empuñar el mando despreocupadamente.

—¿Qué coño hace él aquí? —consiguió articular Cloe, intentando medir sus palabras para que no sonaran demasiado violentas. Aunque la expresión crispada de su rostro y el tic en el ojo no ayudaran demasiado.

—Se lo he dicho —dijo Tomás sosegadamente, mientras aguzaba la vista en la pantalla.

—¿Y con qué propósito? —preguntó Cloe, manteniendo la calma.

—¡Con el propósito de que ese hijo también puede ser mío y tengo derecho a saberlo! —vociferó Lucas.

Se quedó pasmado de su propia conducta, cogió la silla más cercana, la acercó a la camilla y se sentó en ella. Cloe se quedó callada ante la reacción de él y cerró los ojos frunciendo los labios, se estaba callando muchas cosas.

—Estamos los tres metidos en el ajo Cloe, es justo... —comenzó Tomás.

—¿Para quién es justo, Tomás? No quería que nadie se enterase. Te lo conté porque estaba asustada. —Cloe dejó caer una lágrima e hizo el ademán de levantarse. Tomás y Lucas se levantaron con ella y la detuvieron.

—Cloe, todos estamos asustados, pero no podemos escondernos. Vamos a intentar saber primero si estas en estado de gestación o no —explicó Tomás.

—Lo siento, por ponerme así. Es que me han leído la cartilla en la oficina y vengo un poco harto —confesó Lucas, y le cogió la mano a Cloe—. Tenemos que ser fuertes.

Cloe emitió un quejido. No se había sentido tan pequeña en toda su vida, ni tan derrotada, ni tan... vulnerable. Notaba cómo se ponía colorada de vergüenza y giró la cabeza para no verlos.

—Creía que me ibas a examinar por dentro, ningún ginecólogo a los que he ido me ha puesto la plasta esta —comentó, intentando salir de la situación embarazosa.

—No soy ginecólogo —le dijo Tomás, con una mirada irónica.

—Oye, y el asunto de la paternidad —comentó Lucas, con un carraspeo—, conmigo no tendrás ningún problema.

—Es pronto para saber de quién es el niño —interrumpió Tomás para que su amigo se callara.

—Mirad, lo único que necesito ahora mismo es que os calléis y que esto no salga de aquí, por favor. —Cloe se había puesto todo lo colorada que su cara podía—. No se lo digáis a nadie.

—Descuida —dijo Lucas adoptando una especie de pose honorífica.

—¡No! —Cloe se incorporó un poco—. ¡Juradlo! Tomás ya sé que acabas de tener un sexo increíble con la mujer de tu vida y que probablemente, se lo cuentes...

Tomás dejó de mirar a la pantalla y observó a su amiga con una expresión de dureza, más blanco de lo habitual. Aún no había pensado cómo, pero sabía que en cuanto viera a Helena, se lo contaría. No quería que, aparte de la mala situación que se le había presentado, hubiera encima otro malentendido.

—¿Qué te hace pensar que se lo voy a decir? —preguntó Tomás, a la defensiva.

—¡Já! Te conozco —dijo Cloe, con su faceta más cruel.

—No entiendo qué tiene que ver Helena en esto. Tarde o temprano tendrá que saberlo.

—Deja al menos que decida yo cuándo, ¿de acuerdo?

A Cloe se le escapó un mechón de la coleta de caballo que tan fuertemente se apretaba, dándole un aspecto de desequilibrada. Esta clavó entonces su mirada en Lucas.

—No tengo novia ni apego con nadie, ni nada —confesó rápidamente.

—Se lo vas a contar a Diego —dijo Cloe, cerrando los ojos de nuevo.

—No, claro que no.

—Vives con él —continuó ella, sin mirarlo. No era capaz de sostenerle la mirada.

—Te prometo que no se lo diré.

—Más te vale, porque si lo haces... —Cloe había comenzado a alterarse de nuevo.

—¡Para! ¿Lo veis? ¡Aquí! —dijo Tomás, señalando a un punto de la pantalla.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó Cloe, aún enfadada.

—Tu hijo —dijo Tomás, sin apartar los ojos de la pantalla.

Cloe se incorporó del todo y se llevó la mano a la boca con sorpresa, de sus ojos brotaron gruesas lágrimas. Miró a Tomás con vergüenza y enseguida se giró hacia Lucas que, aún con el rostro blanquecino, miraba la pantalla.

—Lucas —dijo Cloe cogiéndole la mano con desesperación y llevándosela a la cara—, lo siento, no quería gritarte. —Se llevó la mano de Lucas a los labios y, sin besarlos, se quedó llorando silenciosamente, hasta que él no pudo aguantarlo más y salió de la sala en silencio. Tomás se alejó y, con el estómago revuelto, intentó no vomitar.

* * *

—Espere aquí... —le dijo Helena al taxista.

Había poco espacio entre el taxi y el portal de Jayin, pero era tal el vendaval que corría, que a Helena le costó la propia vida manejar sus muletas. Abrió la puerta trabajosamente, y apoyó sin querer el tobillo enfermo. Aulló de dolor, pero siguió adelante sin pensárselo. Subió en el ascensor decidida y aporreó la puerta de su mejor amigo.

—Helena...

Era Esteban el que había abierto la puerta.

—Hola, Esteban. Tenía ganas de verte —le contestó Helena. Nunca se había sentido tan valiente—. ¿Puedo pasar?

Jayin salió de la cocina y, de la impresión, se le resbaló la gran fuente que llevaba entre las manos. Cayó sobre la alfombra naranja del recibidor, rodó sobre sí misma y quedó intacta.

CAPÍTULO 18

Helena apoyó las muletas en la pared de la cocina de Jayin y cerró la puerta tras de sí. Saltó con una pierna hasta la fuente que se le había caído a su amigo, la recogió y se la entregó, estampándola sin ningún reparo en su musculado pecho. Sin ni siquiera mediar palabra y con la mirada de ambos chicos sobre ella, Helena se dirigió hasta el sofá de su amigo y se dejó caer sobre él con el dolorido tobillo palpitando de dolor.

Esteban y Jayin la siguieron un poco asustados por el recibidor y se sentaron frente a ella en los elegantes pufs de cristales de la India. Los separaba una mesita de cristal, aunque para Helena la distancia era sin duda más grande.

—¿Estás bien? —preguntó Jayin, tragando saliva—. Pensábamos ir a verte.

—¿Quiénes? ¿Los dos? —preguntó Helena, irónicamente y frunciendo el ceño

—Bueno, no... —respondió Jayin.

Miró al suelo avergonzado, y con una risa nerviosa que estaba fuera de lugar. La tensión se les atragantaba a todos en la garganta.

—¿Y tú? ¿No vas a decir nada? —le preguntó, asqueada, Helena a su cuñado.

—¿Cómo están mis hijos?

Helena tomó aire y se le quedó mirando con una expresión dura, pero sin poder ocultar el deje de pena en sus ojos. Jayin le puso la mano en la rodilla a Esteban y la apretó a modo de apoyo.

—Tus hijos están preguntando por su padre —susurró Helena—. Y tu mujer también —añadió.

Desvió la mirada hacia la mano de Jayin, que seguía aferrada a la rodilla del otro. Helena le dirigió una mirada de dureza a su amigo.

—Laura y yo nos hemos separado. Nos divorciaremos después de estas fiestas —dijo Esteban, con los ojos brillantes.

—¿Y por qué no vas y les dices eso a tus hijos? —preguntó Helena, cruelmente.

No era su intención que aquello se le fuera de las manos, pero Esteban se había portado tan mal...

—Necesito tiempo, Helena. Esto ha sido duro para Laura y para mí. Es Navidad... los niños no se merecen esto. Creo que nuestros hijos merecen unos padres felices y Laura y yo no podíamos basar nuestra unión en la... mentira. No era sano para nadie.

Esteban se quitó las gafas y se apretó el entrecejo. Daba la sensación que no era capaz de mirar a nadie a los ojos. A Jayin se le cambió completamente la cara y fue a abrazarlo rápidamente. Los dos se acurrucaron y Esteban respondió con un quejido.

Helena los miró con rostro neutral, aunque por dentro se estaba ahogando en sensaciones. Sentía un pequeño trazo de ternura que hacía que se le pusieran los pelos de punta. Su mejor amigo al fin había encontrado aquello que estaba buscando, sentía angustia por su cuñado al verse envuelto en esa situación personal tan complicada para todo el que hasta ahora había sido su hogar. Helena se sentía culpable por estar presente en ese momento pero, sobre todo, lo que más sentía era ira. El hecho de haber visto a sus sobrinos solos durante la cena de Nochevieja, todos con las sonrisas dibujadas en el rostro, aprendiendo por norma social que en Año Nuevo se es feliz, cuando más allá de eso se preguntaban por qué su padre no estaba compartiendo ese momento con su madre y con ellos.

—Esto no estaba planeado... —continuó Jayin separándose de Esteban—. Ya sabes, estas cosas no sabes cuándo van a pasar. Mírate tú con Tomás...

—No me compares contigo. Yo no me he liado con un tío que está casado y tiene una familia —soltó Helena con un deje de crueldad, intentando aparentar calmarse. No quería herirlos, pero sí que supieran que estaba enfadada. No obstante, sabía que ese comentario había herido profundamente a su mejor amigo. Helena ahora solo podía pensar en su hermana y sus sobrinos.

—Helena, no te pases con él, por favor —razonó Esteban—. No lo pongas más difícil.

—Mi hermana no se merecía esto, Esteban. —Helena paró porque sabía que si seguía se pondría a llorar, y no quería hacerlo—. ¿Con cuántos más has engañado a Laura?

—No he engañado a Laura. Ella y yo tuvimos la conversación que deberíamos haber tenido hace años, cuando nació Máximo. Las cosas no funcionaban, Helena. Amo a Laura, es la madre de mis hijos, pero no puedo seguir negándome a mí mismo... —dijo Esteban, muy serio—. No puedo ofrecerles a mis hijos un padre que no es de verdad.

Helena inspiró y espiró varias veces mirando a Jayin, que ya había empezado a derramar silenciosas lágrimas con los ojos clavados en el suelo, y a Esteban, que aún mantenía la mirada firme en la de Helena. Estuvieron así durante varios segundos.

—Creo que deberías ver a los niños y explicarles qué está pasando. Quizás podríais hacerlo los dos, Laura y tú —dijo Helena, levantándose—. Os asombraríais de lo comprensivos que pueden llegar a ser. Si vais a partir el hogar, qué menos que hacer las cosas bien.

Un dolor agudo le atravesó el final de su pierna y se tambaleó levemente. Esteban la agarró y Helena lo miró con una complicidad lejana, a través de su enfado. Necesitaba decirle a Esteban que hablara con los niños. Había pensado en hacerlo ella misma, pero no era lo mismo que su tía se lo explicara a que fuese su propio padre el que lo hiciera. Sabía que su hermana no podía encargarse en ese momento de la situación. El único que podía conectar con sus hijos en ese momento era él. Esperaba que Laura lo aceptara.

—Helena, no te vayas así —pidió Jayin, con la voz rota—. Yo no quería que esto pasara. Lo siento.

Helena ya se había desplazado a la pata coja hacia sus muletas, cuando se dio la vuelta para mirar con expresión determinante a su mejor amigo.

—¿Para quién es ese perdón, Jayin? ¿Para mí? —dijo Helena con un último vistazo. Estaba sintiendo tantas cosas que apenas podía identificarlas. Ya había hecho lo que tenía que hacer. Se colocó bien las muletas y abrió la puerta de casa para irse—. Supongo que tenías pensado contármelo. Quiero creer que sí...

Y sin más, Helena salió de la casa del que suponía que era su amigo.

* * *

El sonido de las teclas resonaba en la consulta y también dentro de su cabeza. Era el eco que le devolvía a la rutina, al cansancio y a la nueva sensación de malestar con la que había pasado la anterior noche. El efecto del ibuprofeno apenas se notaba en su tobillo, que intentaba mantener en alto cada vez que podía, pero su castigada espalda y su nerviosismo constante no eran buenos factores para que esa misión se completara con éxito. El cómodo sillón de diseño parecía ser en esos momentos la piedra más molesta y picuda del planeta. La luz débil que se colaba entre las nubes, le llegaba a la reluciente mesa de madera de una forma casi molesta. Por eso había bajado la persiana hasta la mitad. Era uno de esos días en los que se arrepentía profundamente de trabajar en vacaciones. Se maldijo a sí misma, a su dolor de tobillo, a sus ojeras y a las escasas horas que había dormido la noche anterior.

—¡Helena! —Una molesta Claudia con cara de enfado asomó la cabeza por la puerta de la

consulta—. Te estoy llamando por teléfono, ¿no lo has oído? Ya está aquí Alejandro Rivas. — Claudia abrió mucho los ojos y puso cara de horror—. ¿Le digo que pase? Por favor —susurró—, me da miedo.

— Dile que pase —contestó Helena, indiferente, imprimiendo los trámites que estaba completando sin apenas mirar a su amiga.

—Tienes mala cara —le dijo Claudia—. Peor que la que traías esta mañana, incluso ¿Te duele...?

—Bastante. Me duele todo, pero mira...

Helena cogió un ibuprofeno, se lo metió entero en la boca y tragó fuerte. A continuación, hizo un gesto con la mano, indicándole a Claudia que pasara su próximo paciente. Esta, impasible y sin respuesta, dejó entornada la puerta de la consulta mientras Helena suspiraba. Cogió los documentos que acababa de imprimir y los ojeó por encima antes de guardarlos bajo llave en el último cajón de su escritorio.

—Buenos días, doctora, ¿podemos pasar?

—Por supuesto —dijo Helena sonriendo, mientras se levantaba y estrechaba la mano de ambos.

La del paciente estaba sudorosa y temblorosa. La de su hermano, que le acompañaba como siempre, débil. Genial.

—Bueno, contadme.

—Pues la verdad es que nos ha costado mucho no venir a verla antes de urgencia, Helena — confesó el hermano—. Hace un par de días, Alejandro se escapó de casa y no apareció hasta la mañana siguiente. No sabemos qué ha hecho porque no nos lo quiere decir y tampoco he querido sonsacarle mucho porque se pone violento.

Alejandro no parecía escuchar nada, ya que tenía la mirada completamente perdida entre los agujeros de la persiana y la boca semiabierta.

—¿Has notado algún cambio de conducta? ¿Come menos? ¿Duerme menos? —preguntó Helena, anotando cosas en su informe.

—Hace menos de todo y se altera demasiado. La medicación se la estamos dando igual, pero parece que está empeorando...

El hermano calló y miró con cara de profunda preocupación a Helena, que observó que las ojeras que este llevaba eran más grandes que las suyas.

—Siento mucho la situación —dijo Helena observando a su paciente—. Ahora le voy a pedir que espere fuera unos minutos. Me gustaría hablar a solas con Alejandro. Si es tan amable...

Helena se incorporó y volvió a estrecharle la mano al acompañante que, con cara de desesperación, abandonó la consulta. Alejandro continuaba con la mirada perdida en la ventana. Helena se inclinó hacia adelante y lo observó un buen rato mientras apuntaba cosas en su informe.

—¿No te parecen curiosas esas formas? —dijo él, de repente, mientras intentaba tocar algo con los dedos.

Ella se sobresaltó levemente. Parecía que el tono de voz de Alejandro había cambiado de una semana a otra, ahora era más grave y más violenta. Estaba claro que había entrado en fase activa y que su mente no estaba allí, en aquel plano de la realidad.

—¿Qué formas, Alejandro? —preguntó Helena mirando hacia la ventana, que era tan normal que casi dolía.

—Son números —dijo moviendo los dedos en el aire, haciendo como que pulsaba algo—. Cero, uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece...

Alejandro dejó de contar, sonrió y clavó su mirada en Helena.

«Mierda», pensó ella. Nunca se acostumbraría a la mirada penetrante de los psicóticos, pero

tenía que mantener la postura y el temple.

—¿Y qué te dicen esos números, Alejandro?

—¡Oh! No te gustaría saberlo, psicóloga del tres al cuarto. No sabes nada... ¡Nada! —dijo Alejandro sin apenas alterarse, sonriendo de nuevo con la mirada clavada en la de Helena. No pestañeaba.

—Quizás si me lo cuentas pueda ayudarte —sugirió.

—Ya me ayudan ellos. Los números me muestran el camino a cada minuto, a cada segundo. Ellos me dicen lo que tengo que hacer, solo hay que saber hacer bien los cálculos, ¿sabes? Es muy fácil, en realidad, solo tienes que prestar atención...

Helena no pudo evitar tragar saliva. Estaba demasiado débil mentalmente y tenía muchísimas cosas en la cabeza, además de un esquizofrénico en plena paranoia delante con el que no podía trabajar. Sentía cómo se le oprimía el pecho a cada minuto que pasaba dentro de aquella horrorosa consulta.

Continuó haciendo preguntas, recibiendo respuestas inconexas y algunos insultos. Intentó no alargar demasiado la entrevista.

—Bueno, Alejandro, tenemos que dejar aquí nuestra charla de hoy.

—Me parece bien. Es usted bastante pesada, a decir verdad, pero volveré pronto, a decir verdad, volveré dentro de nada, ya me lo dicen los números a decir verdad... es muy fácil...

Helena se levantó con pesadez y abrió la puerta de la consulta. Al hacerlo, el panorama que se encontró en su sala de espera parecía tener también algún tipo de esquizofrenia. El hermano de Alejandro estaba agazapado en su silla con las lágrimas saltadas, mientras en la silla de al lado, Claudia le cogía la mano con fuerza y le daba ánimos. Claudia solía hacer eso con todos los pacientes que encontraba mal o venían llorando, era muy empática y servicial. Por otro lado, en la silla más pegada a la escalera se encontraba Patricio, haciendo una especie de danza mientras entretenía a los pequeños Roberto y Evelyn, que reían a carcajadas. Patricio parecía estar contando una especie de cuento en un tono excesivamente alto.

—Oiga —comenzó Helena acercándose al hermano de Alejandro, que no lloraba porque ya no le quedaban lágrimas—, por su tranquilidad le aconsejo que vaya directamente a la unidad psiquiátrica del hospital, tienen un servicio de urgencias. No tiene ahora mismo muy buen diagnóstico y podría hacerse daño.

«Igual que yo», pensó Helena

—No se preocupe, allí le tratarán muy bien y vosotros estaréis más tranquilos —concluyó.

El hombre asintió lentamente, y le dio un abrazo a su hermano enfermo. Este no se lo devolvió y lo miró con asco.

—Vamos, Alejandro, venga —dijo tirando de él. Ambos desaparecieron por el ascensor.

—¿Me puedes explicar esto? —preguntó Helena.

Intentó no reírse al ver a Patricio, un chico grande y corpulento, hacer la grulla con su cuerpo. La barriga se le salía por debajo del jersey. Esto no combinaba con su cara de concentración. Los niños lo miraban con interés, los tenía anonadados y atentos, pero sobre todo, los tenía quietos.

—Ya ves lo entretenidos que están con él —dijo Claudia mirando a los niños con cara de madre—. Cuando llegaron al principio les dije con cariño que se fueran, pero no hicieron caso, obviamente. Hasta que llegó Patricio y los calmó un poco. Solo necesitan atención y amor —dijo con cara de pena—. Por cierto... —Helena dejó de mirar a los niños para mirar a su secretaria, que tenía cara de confidencia—. Me ha dicho Ángela que este es el hermano de Tomás y es tu paciente. ¿No se supone que eso no se podía hacer o algo así?

—No, no se puede —corroboró Helena—. Por eso voy a derivarle hoy mismo.

—Pero tú y Tomás no estáis... quiero decir, no sois nada todavía, ¿no? Después de la conversación que oímos, Helena, ¿no estarás con él? —preguntó Claudia, alarmada, abriendo mucho sus grandes ojos.

—Creo que se puede decir que estamos juntos —dijo Helena con media sonrisa, un tanto avergonzada—. En Nochevieja me llevó del hospital a su casa y estuvimos hablando. No es lo que pensáis, os lo aseguro.

Claudia se llevó la mano a la boca por la sorpresa y agarró a Helena con fuerza del brazo.

—¡Qué fuerte! Ya verás cuando se lo cuente a Ángela, va a flipar. Aunque yo sigo diciendo que no ha sido claro contigo. ¡Ya te podía haber dejado las cosas claras desde el principio!

—Yo tampoco es que fuera muy clara con él —reconoció Helena, apoyándose solo en una pierna—. Voy a derivar a Patricio a un buen psicólogo de la unidad de salud mental del hospital.

—Muy correcta eres tú y muy sano parece él, ¿qué le pasa? —preguntó Claudia, con una sonrisa picarona.

—Sabes que no puedo decírtelo —dijo Helena, riéndose. Era la primera risa del día. Se lo agradeció a Claudia en el alma—. ¡Patricio!, ¿vamos?

—¡Vamos! Lo siento, chicos, tengo que pausar la función —explicó a su mini público, que le aplaudía eufórico.

Los niños eran como los pequeños príncipes de la Corte Real, siempre disfrutaban con el espectáculo de los bufones, ya fueran su abuelo, su madre, su tío o un chico que no conocían de nada, como era el caso de Patricio.

—¡Queremos saber qué pasa con la princesita de la China *Taitailaitalaitdina*! —pidió Evelyn, dando un gran chillido.

—¡Imagínatelo! —le respondió Patricio, poniendo un dedo en su cabeza llena de traviesos ricitos rubios—. Siempre es más divertido así.

—Pero si yo ya estoy todo el día imaginándome cosas malas para hacerle a otros —confesó la niña.

—¡Eso! Queremos entrar contigo —dijo Roberto, levantándose del suelo mientras se sacudía los pantalones.

—Venga, niños, que vuestra madre acaba de llamar diciendo que os viene a buscar, ¿no querréis que os encuentre aquí, verdad? —dijo Claudia con el teléfono en la mano, fingiendo la llamada imaginaria de Laura.

Los niños se miraron aterrados, pues su madre les había especificado muy bien que no debían molestar a su tía mientras estaba trabajando. Así que si los pillaba allí, les esperaba una gran bronca. Corrieron escaleras abajo como alma que lleva el diablo, y Patricio y Helena se refugiaron en la oscura consulta.

—¿Qué es esto? ¿El *festival emo*? —preguntó Patricio al sentarse y observar la oscuridad de la estancia.

Helena se sentó junto a él en las sillas de pacientes, como ella las llamaba, y ambos miraban los últimos rayos de sol que se colaban por las rendijas de la persiana, donde tan solo un rato antes, la secuencia de *Fibonacci* había bailado por ese juego de luces, según Alejandro.

—¿Cómo estás? —preguntó Helena, quitándose el zapato del pie dolorido.

—Como una rosa, divino. He follado. ¿Y tú?

—¿Que si he follado yo? —preguntó Helena, sorprendida, mientras se tocaba el tobillo.

—Bueno, me refería a cómo estabas, pero cualquiera diría que tú también has mojado con la cara de terror que has puesto... —Patricio bajó la voz conforme iba acabando la frase—. ¿Te has acostado ya con mi hermano?

— ¡Yo no he dicho nada de eso! —protestó Helena con una sonrisa vergonzosa.

— ¡Pues si no te lo has tirado todavía, ya estás tardando! Le gustas un montón, creo que está enamorado de ti —le confesó Patricio, cogiéndole el pie y haciéndole un poco de presión en el tobillo.

Helena se alarmó. Por muy cuñado suyo que fuera, aquello no dejaba de ser una consulta psicológica. Aun así, Helena se dejó llevar, de todas formas, esa relación terapeuta paciente ya estaba acabada.

—Quería hablarte de una cosa, Patricio... —comenzó Helena.

—Ya. Yo también creo que es demasiado pronto para que tengáis sexo, puede que os canséis rápido el uno del otro. A mí me pasa.

—Bueno, no me refería a eso exactamente —dijo Helena, tocándose la frente de los nervios—. ¿Estás haciendo los ejercicios de relajación que te mandé?

—Bueno, no mucho—dijo Patricio, con mirada culpable—. Pero me estoy portando superbien. Ya apenas me pongo nervioso, el otro día fui con mi ligue por el paseo de la Libertad, cogidos de la mano. Ya no me da miedo que la gente me vea.

—¡Oh! Es un gran avance. Pero es muy importante que hagas los ejercicios, Patricio.

—Lo sé, mami. Lo siento —se disculpó Patricio.

Helena decidió que ya era hora de ponerse seria de verdad. Tenía que decírselo, así que le cogió las manos.

—Patricio, creo que te voy a tener que derivar...

—¿Qué mierda es esa? ¿Qué es, un experimento? —inquirió este, asustado.

—No, es simplemente que vamos a tener que dejar de vernos. No puedo seguir siendo tu terapeuta —dijo Helena, delicadamente.

—¡Un momento! ¿Eso no se hacía cuando la psicóloga se enamora del paciente? —preguntó Patricio, asustado, llevándose la mano al pecho de forma teatral.

—También. Pero no es nuestro caso —dijo Helena, riéndose—. También se da cuando no se puede llevar el caso, o cuando el paciente no acepta bien el tratamiento, o cuando el hermano del paciente y la terapeuta comienzan una relación.

—¡Ay! Qué susto me has dado, pájara —dijo Patricio con una sonrisa confidente.

—La cuestión es que he decidido derivarte a un especialista que está en el equipo de salud mental del hospital de Villanueva de la Rosa —dijo, tendiéndole una carta que contenía una recomendación con su firma más el informe de Patricio—. Espero que te dé un trato especial y que te vea al menos una vez en semana.

—Pero ¿en serio tenemos que dejar de vernos porque te estés tirando a mi hermano? Qué duro, ¿no? Si he mejorado mucho contigo, esto no es justo.

Patricio se levantó y, a tientas, buscó un interruptor en la pared. La habitación se llenó de una molesta luz blanca, que hizo a Helena cerrar automáticamente los ojos para no recibir una fuerte cefalea.

—A ver, mírame a los ojos —dijo él, levantándole el mentón—. Tienes una cara horrible.

Helena se sonrojó, pero siguió contemplando el interior de los ojos de Patricio, tenían tanta bondad...

—No ha sido mi mejor día —confesó Helena, con una sonrisa triste.

—Bueno, pero tus ojos me dicen que dentro de ti hay una gran felicidad. Se nota que mi hermano no ha dejado de ser un buen amante bandido.

Helena se rio mucho.

—¿Cuñado? —preguntó alzando los brazos para darle un achuchón.

—Sí, quiero —dijo Patricio muy feliz recibiendo el abrazo.

* * *

Helena se dejó caer en su cama redonda, derrotada. Cerró los ojos en la oscuridad de su cuarto y dos espesos lagrimones le cayeron por las mejillas. Suspiró. Se incorporó de nuevo y guardó todos sus papeles más importantes en el último cajón de su mesita de noche. Comenzó a quitarse la ropa con cuidado de no herirse el tobillo, aunque después del masaje de Patricio, apenas le molestaba. Dejó su ropa en la silla y se colocó su bata de satén rojo, que había recuperado del armario esa misma mañana tras volver de casa de Tomás. Se sentía sexy después de mucho tiempo. Se tumbó de nuevo en ropa interior y puso la calefacción al máximo. Las parpadeantes, silenciosas y lejanas luces de Navidad, se colaban por su ventanal como una brisa de destellos. Comenzó a respirar con los ojos cerrados mientras su pecho subía y bajaba al ritmo de las punzadas de dolor de su cabeza. Cogió su móvil y miró por si había rastro alguno de Tomás.

El sol ya se había ocultado por completo y su casa estaba sorprendentemente en silencio. Suponía que a los niños los habrían castigado por aparecen en su consulta y que sus padres estarían plácidamente callados en algún lugar del salón, probablemente con su hermana.

¿Cómo andaría Laura? Un resoplido salió por su boca en la oscuridad titilante de su cuarto. Se dio la vuelta y cerró los ojos de nuevo. ¿Seguiría Abril en la casa? Ese pensamiento le atestó como un mal despertar. Abrió los ojos de nuevo, el asunto era no descansar.

Se levantó de sus aposentos circulares y, abrochándose la fina bata de satén, salió al penumbroso pasillo. Por primera vez en aquella Navidad, parecía que no había nadie en casa. Ese pensamiento le hizo esbozar una tierna sonrisa, aunque fuera nostálgica. Tocó suavemente con los nudillos en la habitación en la que se había instalado Abril el día anterior y pegó el oído a la puerta. Silencio.

—¿Abril?, ¿estás? —El susurro de Helena se perdió en el pasillo—. ¿Slash?

Llamó al perro, pero tampoco obtuvo respuesta, así que abrió la puerta lentamente. La cama estaba sin hacer y la alfombra revuelta. El pijama estaba hecho un revoltijo entre las sábanas. Estaba claro que Abril había salido y se había llevado a Slash con ella. Esta volvió a su habitación, cabizbaja, y con el dolor de cabeza en remisión. Cerró la puerta tras de sí y se abalanzó sobre su cama buscando el móvil cuando, de pronto, un ruido fuera la despistó. Era como si una piedra hubiera rebotado en el cristal. Helena frunció el ceño y continuó buscando el número de Abril. De nuevo y ante sus ojos, vio cómo algo chocaba en su ventana y producía aquel sonido tan característico. Tragó saliva y fue lentamente hacia la ventana.

—Dichosos niños...

Susurró a la nada de su habitación mientras retiraba el visillo de la cortina hacia un lado. El bosque oscuro y ostentoso se tendía al otro lado de su casa. Miró hacia abajo, pero no pudo ver nada, pues un balcón de proporciones importantes acompañaba su vista. El móvil comenzó a sonar. Era Tomás. Helena esbozó una sonrisa temblorosa y contestó.

—Qué navideña tu bata. No te la había visto puesta... —dijo él, divertido.

—¿Qué dices? ¿Dónde estás? —preguntó Helena, asomándose nerviosa.

Abrió la puerta de cristal y salió al helado balcón. Los grados bajo cero rápidamente se hundieron en su delicada piel. Se agarró a la dorada y gélida barandilla y allí estaba él. En el jardín, jugueteando con una piedrecita y mochila al hombro mientras la miraba con una sonrisa.

—¿Qué haces ahí? —gritó Helena, con una sonrisa acunada por el vaho de su aliento.

—Revisión médica —contestó Tomás, riéndose—. Te vas a congelar, ¿me abres?

Helena le sonrió como una quinceañera mientras se escondía un mechón de pelo tras la oreja. Sin decir nada, se apartó de la congelada barandilla y, con un último vistazo, se refugió de nuevo en su dormitorio, cerró la pesada puerta de cristal del balcón y echó el pestillo. Acto seguido, lo más ligero que pudo, salió de su habitáculo como una exhalación, olvidándose por completo del tobillo dolorido. La casa estaba totalmente a oscuras. Bajó las escaleras y echó un rápido vistazo al salón: la televisión estaba apagada y las últimas brasas de la chimenea estaban consumiéndose por completo. En un segundo de duda, se preguntó dónde andaba todo el mundo. Al segundo siguiente, se dio cuenta de que no le importaba en absoluto. Su atención plena estaba concentrada en lo que había tras la puerta de entrada.

Tomás, enfundado en su plumón azul oscuro, entró en la casa, la cogió por la cintura y cerró la puerta de un portazo. Helena se abalanzó sobre él, besándole, mientras lo arrastraba con fuerza hacia sí de las solapas de su abrigo. A Tomás se le cayó la mochila del hombro, y a ella se le resbaló la fina bata de satén, dejando entrever un hombro adornado por un tirante de sujetador negro de encaje. Tomás cogió a pulso a Helena, que soltó un gemido, y la dejó caer contra la puerta de entrada.

—Hola... —dijo este, con la respiración entrecortada.

La miró a los ojos y, apartándole el pelo, la besó de nuevo mientras aún sostenía su pelvis contra la puerta. Ella, sin contestar, le acarició el pelo. Él aprovechó para meter la mano en el interior de sus bragas.

—¿No hay nadie en casa? —preguntó él, mientras soltaba la presión en su nalga derecha.

—No lo sé —confesó Helena, con una risita, mientras se bajaba despacio.

El tobillo se le torció levemente, ella lo miró y Tomás la cogió de nuevo en brazos.

—Vamos a tu cuarto, guíame.

A través de los oscuros pasillos y al son de las luces parpadeantes de las Pascuas, recorrieron lo que parecía ser una casa absolutamente vacía. Ni una luz y ningún sonido estaba fuera de lugar. Todo parecía estar donde tenía que estar. Él abrió la puerta de su dormitorio y la dejó, dulcemente, sobre la cama. Encendió la luz.

—Vaya casita que tienes —comentó Tomás admirando la amplia habitación de ella.

Helena, en cambio, se había vuelto a levantar lentamente para comenzar a quitarle el abrigo. Lo tiró a una esquina.

—Hasta hace un momento estaba tirada en la cama con un dolor de cabeza impresionante... —comentó, como quien no quería la cosa, arrastrándolo hacia una de las paredes.

Él la cogió por la cintura y se la puso en su cadera, no sin antes haberle desabrochado el cinturón negro de la bata roja, que iba a juego con su ropa interior y sus calcetines de lana negros y altos. Tomás comenzó a quitárselos mientras daba vueltas sobre sí mismo para mantener el equilibrio. Se dejó caer en la cama con ella encima, a la vez que admiraba su hermoso cuerpo casi desnudo envuelto en tela roja. Helena le quitó el jersey y lo tumbó sobre su cama redonda. Comenzó a besarle el cuello. Apagó la luz.

—No, no —dijo Tomás—. Tú pones la casa y yo pongo las reglas.

Y, acto seguido, encendió la luz tenue de la lamparilla de cristal tintado y plomo de la mesita de noche. Helena dudó un instante y en ese par de segundos, Tomás la colocó con rapidez debajo de él. Ella rio y, para su sorpresa, no se inquietó porque hubiese luz. Tomás la siguió besando mientras se quitaba con la mano libre el cinturón de sus vaqueros. Ella tenía la piel muy suave, no podía ver el momento de acariciarle todo el cuerpo. Helena, por su parte, se había encaramado a su cuello y lo besaba con premura. Uno de los tirantes de su sujetador se le había resbalado por el hombro, a la vez que la mano de ella descendía por su pecho, rozándole. Tomás jadeó cuando

rebasó los límites del ombligo, cerró los ojos, disfrutando de la suave caricia por debajo de sus pantalones.

Helena sonrió ante su cara de placer y volvió a ponerlo debajo de ella. Le besó el cuello, el pecho, la tripa y sacó su pene. Lo masajeó de arriba abajo y se lo llevó a la boca. Tomás se agarró a las sábanas unos segundos, pero rápidamente agarró a Helena por la cintura, la tumbó sobre el esponjoso colchón y le arrancó las bragas de un tirón. Él se deshizo de los pantalones y ella de lo que le quedaba de ropa, que cayó sobre el suelo formando ángulos variados. Tomás la agarró de las nalgas y le mordió la tripa, la pelvis y, por último, terminó en su vagina. Helena gritó y casi se partió por la mitad mientras se agarraba con fuerza a la almohada, chillando de placer. Miró hacia su izquierda y estiró la mano con ánimos de apagar la luz de nuevo, había comenzado a temblar, sonreía. Tomás ascendió de las profundidades y la agarró por la muñeca.

— Ni se te ocurra —le dijo mientras la penetraba con sus dedos.

Helena volvió a gritar, notaba el aliento jadeante de Tomás en su cuello erizado. Ella le agarró la espalda.

— Hazlo ya —le suplicó Helena, con los ojos llorosos, besándole suavemente en los labios.

Tomás estaba haciendo grandes esfuerzos por no correrse allí mismo. En vez de hacer lo que le decía, le acarició el cuello con su nariz mientras se embriagaba de su olor dulce. Su largo pelo le hacía deliciosas cosquillas en la cara, le besó los pechos. Helena le acarició los pezones y le lamió la oreja. Tomás jadeó de nuevo mientras ella se sumergía otra vez en su entrepierna. Él se dio la vuelta y la acunó suavemente entre sus brazos, Helena lo rodeó con su pierna, estaba notando su glande más duro que nunca contra la cadera. Se mordió el labio y puso los ojos en blanco al notar de nuevo su dedo en el clítoris, rozándola despacio.

— No esperaba verte hoy —le dijo ella casi en éxtasis.

— Y yo no esperaba, verte tan... —Tomás se calló y sonrió.

La penetró lentamente con su dedo índice y corazón mientras ella cerraba los ojos.

Ya era suficiente. Tomás la colocó debajo con un rápido movimiento de caderas, una risa traviesa salió de entre los dientes de Helena.

— ¿Cómo quieres que te lo haga? —le preguntó él al oído a la vez que la acariciaba allá abajo.

— Despacio... yo te llevo —dijo Helena llevando las manos a sus nalgas y apretando con fuerza.

Ya había disfrutado lo suficiente, alargando el momento. La embistió y ella cerró los ojos, una lágrima recorrió su mejilla ruborizada y Tomás se la apartó con un beso. Ambos comenzaron a jadear, sumidos entre las tinieblas de la madrugada incipiente, ensimismados en los ojos felices del otro. Acompañados por la luz tenue que dibujaba sombras a todos los niveles de la amplia habitación y probablemente, de todo el bosque de Villanueva de la Rosa.

* * *

Helena comenzó a desperezarse, estaba helada. Había olvidado activar la calefacción de su cuarto la pasada madrugada y había caído absolutamente rendida en los brazos de Tomás, que estaba acurrucado. No se había movido un ápice en toda la noche. Abrió y cerró los ojos repetidas veces. También había olvidado echar las persianas, así que el gran fulgor que rayaba la mañana comenzaba a entrar en la habitación, iluminando las bragas rotas de Helena, colocadas sin decoro en uno de los cabezales de la cama. Esta sonrió y dirigió su mirada a Tomás, que yacía totalmente dormido bocarriba con la cabeza ladeada hacia ella. Con pocos ánimos de levantarse, Helena lo besó dulcemente en la barbilla y volvió a acurrucarse en su caliente cuerpo hasta que la claridad

de la mañana los despertase. Ya sonaría su maldito despertador...

Tomás se movió, y la atrajo más hacia sí. Helena continuó sonriendo y justo cuando se volvía a quedar dormida de nuevo, escuchó un ronquido particular. Levantó la cabeza para ver a un Tomás que había conseguido entrar en las fauces del sueño más rápido que ella. De nuevo el ronquido, esta vez había sido más pronunciado. Helena se incorporó, buscando por la habitación la fuente del sonido. Entonces, se dio cuenta de que estaba la puerta abierta. Se puso roja como un tomate y tapó su desnudez con la sábana. Otro ronquido. Helena miró de nuevo a Tomás con cara de confusión, hasta que lo vio...

—¡Slash! —dejó escapar Helena con sorpresa.

Durante el transcurso de las últimas horas, se había olvidado de todo el mundo, incluida Abril. Ahora por lo menos sabía que estaba en casa. Ante la rotura del silencio, tanto Tomás como Slash abrieron los ojos. El primero, miró sin comprender a Helena y el segundo; feliz ante el despertar de un ser querido, se irguió sobre la alfombra y sacudió su gran cuerpo.

—¡No! ¡No! ¡Quieto, Slash! —le susurró Helena, anteponiendo las intenciones del animal.

Slash saltó a la cama y veinticinco kilos de perro cayeron sobre ella, que esquivaba suertudamente los lametones y colazos de alegría del labrador.

—¿Tienes perro? —preguntó Tomás, incorporándose también para saludar al recién llegado.

—Es de Abril —le informó Helena—. ¡Slash! ¡Basta! Venga, vamos al suelo.

Ella se levantó de la cama, agarrando el collar del perro con una mano mientras le rascaba las orejas con la otra. A duras penas, consiguió encontrar su bata roja, que asomaba tímidamente por debajo de la cama y se la puso.

—¿Qué hace Abril en tu casa? —preguntó Tomás, extrañado—. ¿No vivía con su novio?

—Es una larga historia... —confesó Helena, subiéndose a la cama de nuevo y dándole un beso de buenos días—. No tardo. Voy a llevar el perro a su dueña. Duérmete de nuevo, si quieres —le susurró.

Tomás siguió sus pasos hasta que desapareció por la puerta. Se tumbó sobre la cama y suspiró fuertemente; no recordaba haber sido tan feliz en su vida. No obstante, a pesar de tener miles de mariposas revoloteándole en el estómago y de tener la sensación de que había vuelto a la adolescencia, había dos cosas que no paraban de atormentarlo a cada segundo que Helena no lo miraba a los ojos. Para empezar, seguía preocupándole el hecho de que ella no parecía estar del todo convencida; él podía notar su inseguridad. Y lo peor de ello es que no sabía qué más hacer para dejar caer ese duro caparazón. Y por otro lado, Cloe. Ella y su embarazo, ¿cómo podría reaccionar Helena ante tal noticia? Había jurado no decir nada, pero Tomás sabía que no sería capaz de mantener ese juramento mucho tiempo. Cloe también lo sabía, lo conocía demasiado. El dilema estaba ahora en cuándo contarle, no tenía ninguna gana de romper esa magia, pero para nada quería dar lugar a otra pelea. Se tapó hasta arriba con los arrugadas sábanas y cerró los ojos, luchando contra sus pensamientos.

—¿Abril?

Helena abrió la puerta del cuarto, lentamente, entre la oscuridad del pasillo. Abril estaba profundamente dormida, con la boca abierta y roncando, igual que su perro hacía unos minutos; tal para cual. Slash meneó la cola jubiloso, pero no ladró, sabía que no debía hacerlo.

—Escucha, pequeño —le susurró despacio.

Este se sentó atento y bajó las orejas mientras la miraba con la elegancia de un caballero a la espera de oír su próxima misión

—Te vas a quedar aquí y vas a portarte bien hasta que tu mamá se despierte.

Slash lanzó una especie de sonido lastimero. Parecía entender la cantidad de tiempo que eso

suponía, ya que Abril solía levantarse a horarios tardíos, o lo que viene siendo convertir el desayuno en almuerzo.

—Te voy a dejar la puerta abierta, para que salgas al jardín cuando quieras, pero ahora, a dormir.

El perro emitió una especie de ladrido sordo, indicando que había entendido perfectamente las órdenes y que estaba dispuesto a cumplirlas. Se dio la vuelta y empezó a escrutar la alfombra hasta por fin tumbarse y acomodarse para dormir. Le lanzó una mirada de pena, pero Helena le guiñó un ojo y, con un último vistazo, entornó la puerta tal y como le había prometido. Volvió a atravesar el pasillo, ahora más iluminado, producto de un sol espléndido. Rápidamente, entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí con una expresión algo traviesa. Tomás se había acurrucado entre las sábanas, pero tenía los ojos abiertos. Al ver entrar a Helena se reincorporó sonriendo.

—Tengo que trabajar dentro de una hora —dijo Helena, gateando sobre la cama, sin preocuparse por abrocharse la bata.

Llegó hasta Tomás y le besó los labios dulcemente. El despertador sonó, Helena lo apagó de un manotazo.

—Se me ha ocurrido que podríamos ducharnos —le dijo Tomás, acariciándole la mejilla.

—Yo había pensado mejor en hacer guarrerías en la ducha, que no es lo mismo —contestó astutamente Helena, pasando sus ojos por todo su cuerpo, que aún permanecía desnudo.

Tomás seguía contrariado con la iniciativa sexual de Helena, pero no sería él quien abriera la boca para quejarse. Se cogieron de la mano y ambos se chocaron con la puerta del baño privado de la habitación, besándose donde podían. Irrumpieron abruptamente en el aseo y se metieron en la ducha.

—¡Mierda! —exclamó Tomás al recibir el primer chorro helado de la mañana.

Tiró con fuerza de Helena, que había sido más lista, y se había quedado fuera para ver como el agua llegaba a su temperatura ideal.

—¡Ah!

—¡Chss! Que nos oyen —le susurró Tomás, poniéndola debajo del grifo, del que comenzaba a emanar agua agradablemente templada.

—¡Idiota! ¡Nos vamos a resfri...!

Helena se calló y cerró los ojos. Se había dado un golpe en el tobillo.

—¡Vaya! —exclamó Tomás, con apuro—. ¿Desde cuándo no te pones la venda que te di?

—Desde ayer por la tarde. ¿Qué? ¡Me la he puesto estos días, lo prometo! Apenas me molesta, de verdad... —contestó Helena, que ya tenía todo su largo pelo empapado.

Él observó cómo el agua los empapaba lentamente. Sonrió con una mezcla de ternura y lujuria.

—Estás preciosa... —le dijo, cogiéndola de la barbilla y mirándola directamente a los ojos.

—¡Pero qué dices! —contestó Helena, riéndose.

Cuando se ponía tan romántico, la asustaba. No quería que lo hiciese, pero lo hacía. Tragó saliva. Notaba cómo empezaban a despertarse de nuevo cosas allí abajo, bajó las manos sonriendo y Tomás cerró los ojos. Poco a poco le iría perdiendo el miedo a conectar con él, lo sabía...

—¡Tita!

La estridente voz de Evelyn irrumpió en todo el baño. Ambos se llevaron la mano a la boca a la vez que sus niveles de adrenalina y su libido se despedían de ellos bruscamente.

—¡Estás ahí, puedo verte!

La niña tenía la cara prácticamente pegada a la mampara translúcida de la ducha. Helena dio

las gracias eternamente a Jayin por haberle ayudado a escoger en su día entre la mampara y la cortina. Habían entrado en una discusión muy esnob sobre si quedaba mejor una cosa u otra. Al final Jayin se salió con la suya y escogió la mampara por ser sexy y elegante. Gracias a Dios, ya la había amortizado. Un sentimiento parecido a una ira lejana apreció de repente dentro de la mente de Helena al acordarse de su mejor amigo. Genial.

—¡Evelyn!, ¿qué haces aquí? ¡Me estoy duchando! —gritó Helena. No pensaba abrir.

—Me ha dicho mamá que te diga que hay un señor abajo que quiere verte. No te preocupes, no es tu novio.

Helena suspiró con alivio. Tomás aguantó la risa mientras le acariciaba el brazo a modo de apoyo.

—¡Ya voy, cielo! Dile a mamá que ya bajo. Ahora deja que la tita tenga su intimidad y se termine de duchar, ¿vale?

—Vale —contestó la pequeña dudando un poco. No paraba de mirar por la mampara.

—¡Evelyn! ¡Obedece! —ordenó Helena.

La niña se alejó corriendo. Cerró la puerta del baño de un portazo mientras de su boca salía una risa de lo más maléfica.

—Es Satán —dijo Helena con pesadez volviéndose hacia Tomás de nuevo. Ambos se habían quedado como un polo de nieve tras cerrar el grifo—. ¿Quién será tan temprano? ¿Y cómo vas a salir de aquí?

—Chss, ve y arregla tus asuntos, ya me las ingeniaré para salir.— Tomás la besó de nuevo y le azuzó para que saliera de la ducha.

—Hay toallas en el armario...

Le dijo Helena con frustración en su rostro. Si su casa estuviera vacía como había ocurrido siempre, aquello no hubiera pasado.

—¡Eh! No te enfades, ya tendremos tiempo —le dijo Tomás, guiñándole un ojo mientras salía de la ducha, todavía mojado. Helena no quiso mirar hacia abajo, se mordió el labio mientras se envolvía en una toalla.

Bajó las escaleras, apresurada. Apenas le había dado tiempo a secarse el pelo, se había puesto la ropa lo más rápido que había podido. Cuando llegó al final del último tramo, se detuvo. La gran puerta de la calle ya estaba abierta y su hermana, ataviada con la bata del pijama, apoyada en el quicio. Estaba hablando con alguien. El vestíbulo parecía el polo norte.

—¿Laura? —susurró Helena al llegar junto a ella, intentando ponerse de puntillas para ver al interlocutor misterioso.

Laura estaba enfrascada en un interesantísimo debate matutino con una taza de café en la mano, se dio la vuelta y Helena pudo ver al fin de quien se trataba: era Lucas, que también llevaba una humeante taza de café solo.

—¡Helena! ¡Por fin! Nos estamos congelando. Le he dicho que pase, pero dice que no puede porque sería una especie de allanamiento... —dijo Laura, con una risa tonta. Tenía ojeras, pero su expresión era de absoluta dedicación—. Tiene gracia, me he pasado media vida en un bufete de abogados y nunca he oído nada parecido —aclaró toqueteándose el pelo.

Lucas, por su parte, estaba entretenido buscando algo en su chaqueta, a la vez que intentaba no derramar el café y mirar al mismo tiempo a su hermana con una sonrisa. Helena seguía con la misma cara de perplejidad. No sabía cuánto tiempo llevaba ya con la boca suspendiéndose en el aire.

—Helena, perdona, soy Lucas de la Rosa, agente oficial... —dijo Lucas, mirándola por primera vez. Tenía la cara colorada del frío, se notaba que estaba algo incómodo—. No encuentro

mi... dichosa placa. ¡Aquí!

Lucas le mostró su placa con su nombre y número de oficial. Le pasó el café a Laura, que lo cogió amablemente. Helena se fijó en las miradas de complicidad.

—Ya sé quién eres, evidentemente —le dijo Helena, intentando ser amable.

—¿Es usted Helena de Angulo Rando, propietaria de la única casa instaurada en la Villa de Oro? —preguntó Lucas de carretilla, leyendo apresuradamente una orden oficial—. Oye, mira, vamos a dejarnos de cordialidades, ¿puedo pasar? El asunto es chungo.

Helena tragó saliva y le indicó que pasara con un gesto de cabeza. Estaba blanca. Laura le puso una mano en el hombro.

—¿Qué ocurre, cariño?

Estela estaba bajando las escaleras lentamente mientras se apretaba la pechera de la bata, cual maruja de pueblo.

—Mamá, es mejor que vuelvas...

En ese momento un ladrido ensordecedor seguido de una carrera perruna frenética, interrumpieron el diálogo. Slash bajaba las escaleras endemoniado y ladrando.

—¡Slash! ¡Slash, vuelve! ¿Qué te pasa?

Abril, engalanada con el camión más fino y corto que tenía, salió a la carrera de su perro escaleras abajo. No le dio tiempo suficiente a analizar la situación que se cocía en el vestíbulo. Slash se paró justo delante de Lucas y continuó ladrándole violentamente. Abril lo cogió por el collar.

—Slash, para. Es un amigo, es amigo de mamá... ¡Basta!

El perro pareció calmarse y aunque siguió mirando con cara de pocos amigos, le ofreció a su dueña un gran lametón en la cara a modo de respuesta. Abril sonrió y fue entonces cuando vio el vestíbulo lleno de gente mirándola.

—¡Oh, buenos días! Espero que no os haya despertado, perdón —se excusó avergonzada y llevándose las manos disimuladamente a los pechos.

—No te preocupes, seguro que ha sido porque ha olido el tufo de los perros de la comisaría. ¿Qué tal, chico? —preguntó Lucas al perro mientras le acercaba la mano.

Slash, que había empezado a olerlo, volvió a rugirle y a ladrarle con fuerza.

—Perdona, de verdad. Normalmente es muy educado y muy cuqui...

Abril estaba roja como un tomate. Volvió a agarrar a su perro, aunque a Lucas, en esos momentos, parecía importarle más la dueña. Abril volvió a disculparse esta vez con Estela y Laura, que la miraban anonadadas desde el pie de la escalera.

—¡MAMÁ!

La voz chillona de su sobrina llenó con algarabía toda la casa. Helena se estremeció, no era un grito de miedo, si no de alegría y diversión, y eso viniendo de Evelyn era como el olor a azufre del mismísimo diablo. Todos miraron a tiempo hacia la boca de la escalera, para ver a Evelyn, con un pijama de angorina blanco angelito, corriendo delante de un Tomás con un jersey a medio poner. Helena se llevó la mano a la cara para no verlo. «Al menos lleva puestos los pantalones», pensó para sí.

Al igual que Abril, Tomás no se dio cuenta de todo el percal hasta que hubo llegado abajo del todo. Terminó de ponerse el jersey, con toda la buena porte que pudo.

—Buenos días —dijo con la cabeza alta.

—¡Te pillé, bicho!

Lucas había puesto de barrera su brazo para impedir que Evelyn siguiera correteando por todo el hall. Evelyn forcejeó con sus pequeños puñitos, pero Lucas, en un ataque de diversión, comenzó

a hacerle cosquillas. Evelyn se reía como una condenada y se calmó.

—Mamá, este es el novio de la tita Helena, lo he encontrado en su ducha —informó con una risita maléfica.

—¿Lucas? —dijo Tomás mirando a su amigo sin comprender e intentando obviar el argumento de la pequeña, aunque fue en vano.

—¡Hey, *bro*! —dijo Lucas saludando a su amigo con normalidad aparente mientras seguía aupando a la pequeña.

—¡EVELYN!

El grito de Laura llenó la estancia. Estaba tan alterada que se había echado parte de los dos cafés encima. Se los cedió a su madre —que no perdía puntada, observando el pelo mojado de su hija y el de Tomás mientras sonreía— y se fue directa a su niña.

—¡Las personas no se encuentran! ¡No son objetos! —dijo cogiendo a la pequeña, a la vez que se ruborizaba mirando a Helena y a Tomás de soslayo.

A Helena le hubiera gustado que en vez de Lucas, hubieran entrado por esa puerta un millar de oficiales nazis que los hubieran confundido con judíos extremistas y los hubieran cosido a balazos a todos antes que estar en medio de aquella situación horripilantemente aleatoria. Le dirigió una mirada fugaz a todos e hinchó los agujeros de la nariz. Todos esperaban que ella dijera algo.

—¿Quién quiere desayunar? ¡Hay galletas!

Estela habló por ella y con una sonrisa inició el camino hacia la cocina. Evelyn saltó de los brazos de su madre y con un grito de emoción siguió a su abuela. Ya había cometido ella solita la maldad del año, ahora solo tenía que desayunar galletas para celebrarlo.

—Vaya casita más entretenida... —le susurró Lucas a su amigo.

CAPÍTULO 19

—A ver si me he enterado bien. Discúlpame si estoy un poco «ida» —dijo Helena, dibujando unas grandes comillas en el aire.

—Me parece normal y razonable —contestó Lucas, muy serio, mirándola a los ojos con las manos entrelazadas bajo la barbilla.

Estaban en el gigantesco e iluminado salón, sentados uno frente al otro. Delante de ellos, dos cafés ya vacíos, un plato de pastitas navideñas de las formas más amorfas posibles, hechas por sus sobrinos, y un conjunto de planos e informes policiales arrugados y cubiertos de migas. Helena dirigió una mirada furtiva al vestíbulo. En la entrada del salón había un Slash muy tieso e inquieto, vigilando cada movimiento del nuevo visitante. En un segundo plano, Evelyn y Roberto, que ya se había despertado también, corrían mientras engullían galletas, organizando un gran alboroto. Evelyn asomaba el hocico de vez en cuando a ver de lo que podía enterarse, hasta que su madre ponía el grito en el cielo y la niña volvía a su posición de juego rutinario. Laura y Tomás estaban hablando el uno con el otro, ambos descaradamente pendientes de lo que pasaba dentro. Y por último, en un plano más alejado, pero dentro de la visión de Helena, se encontraba su madre charlando animadamente con Abril. Ambas susurraban y se reían por lo bajini. Abril al fin había encontrado una bata y se había tapado. Las insufribles y psicodélicas lucecitas del dichoso árbol de Navidad no dejaban de parpadear. No pintaban nada encendidas por la mañana. Ella volvió la vista hacia Lucas, que esperaba ansioso su resumen.

—Hay un asesino loco suelto que ya se ha cargado a dos personas en una semana, y según vuestros estudios de zonas calientes... —Helena señaló uno de los informes—. Y según vuestras pistas de riguroso secreto que no podéis contarme, estáis seguros de que mi familia y yo estamos en... peligro inminente.

—¡Correcto! —exclamó Lucas con decisión.

Golpeó el bolígrafo contra los planos perfectos de la casa de Helena y lo dejó caer sobre ellos mientras se relajaba en el respaldo de la silla, poniendo ambas manos detrás de la cabeza, en un gesto muy poco profesional. Se había quitado la chaqueta y dejaba al descubierto una camisa blanca de rayas verticales azules a juego con una corbata de galaxias y estrellas. Al escuchar el clamor de Lucas, el vestíbulo se había quedado prácticamente en silencio, a excepción de los niños que seguían jugando. Todos esperaban ávidos alguna novedad. Helena abrió la boca para continuar hablando, pero notó la presión en el ambiente y perdió los papeles:

—¿¡Alguien me hace el puto favor de apagar las jodidas luces de Navidad!?

Lucas casi se cae de la silla, los niños dejaron de jugar y miraron a su tía con expresión de terror. Abril reaccionó dos segundos más tarde y, con un paseo propio de una bailarina, en puntillas, entró al salón. Helena vio cómo dejaba caer adrede un lado de su bata para que se luciera su hombro desnudo. Abril se agachó para suspender el botón de las luces y se levantó con una amplia sonrisa. Luego volvió a irse por donde había venido. Slash ladró, inquieto.

—¡Abril!

Esta se dio la vuelta con una pomposidad extravagante, Laura le dirigió una mirada sospechosa.

—¿Te importa subir para recibir al paciente de la primera hora? Dile que me ha surgido un problema y que le atenderé más tarde. Si no quiere esperar, infórmale de que ya lo llamaré...

—¿Quieres que lo reciba en bata? —preguntó Abril, perpleja, apoyándose en el quicio de la puerta y metiéndose un mechón de su negro y lacio pelo tras la oreja mientras pestañeaba.

Helena estaba alucinando. No sabía qué le pasaba a todo el mundo en esa casa aquella mañana, pero ya lo averiguaría más tarde. Ahora tenía sus pensamientos en aquel asesino loco y en cómo iba a aguantar las avasallantes preguntas de su madre después.

—Sube a mi cuarto y ponte lo primero que encuentres —dijo Helena con desgana.

Se volvió hacia Lucas, que tenía la mirada perdida en el recibidor con la boca abierta. Helena chascó los dedos delante de su cara, y Lucas volvió a poner su pose de oficial de la ley de forma automática, debía de estar acostumbrado. Se aclaró la garganta.

—Ayer tuvimos una reunión, y si he de serte sincero... —Lucas bajó el tono considerablemente, Helena tuvo que acercarse para poder entenderle—. No he trabajado con un caso tan peliagudo nunca. Si por mí fuera tendría un equipo día y noche custodiando las zonas de la entrada al bosque y a un agente en la puerta. También te instalaríamos un par de cámaras —dijo Lucas señalando las zonas correspondientes en el mapa—. Incluso, he barajado la posibilidad de instalarme aquí, aunque no lo he dicho en el cuerpo todavía...

—¿Instalarte? ¿Aquí, en mi casa? —repitió Helena, incrédula.

—Obviamente, todo con tu permiso, si tú no quieres no se hace nada. Tengo al cuerpo inmovilizado esperando a que decidamos tú y yo qué hacer. Iba a venir el inspector jefe en persona, pero yo me he hecho cargo de este caso desde el principio.

Lucas la volvió a mirar intensamente a los ojos antes de guiñarle un ojo.

—O sea, que desde el principio sabéis que el asesino tiene algo que ver con... esta casa, o con mi familia —intuyó Helena.

Lucas se quedó mirándola, callado.

—No puedo decirte nada, Helena, al menos hasta ahora. Si dejas que me quede, podré aportaros una buena protección, si no, tendremos que actuar desde fuera. ¿Me entiendes, no?

—Está bien. —Helena se llevó las manos a la frente, no entendía nada—. ¿Estás seguro de que no me puedes decir nada más?

—Si te lo digo, me echan. Nos están grabando ahora mismo... —dijo Lucas con naturalidad, abriéndose un botón de la camisa mostrando un austero micro negro—. Hola chicos, un beso para vuestros culos —saludó Lucas mientras se abrochaba de nuevo el botón—. Luego me caerá la bronca.

—¿Cuánto tengo para decidir? —preguntó Helena.

—Tienes que hacerlo ahora, el hijo de puta actúa demasiado rápido.

Helena suspiró y cerró los ojos. «¿Por qué?», pensó fugazmente. Unos pasos pausados se acercaban. Abrió un ojo. Era Tomás. Se sentó en una silla al lado de Helena y la miró preocupado. Luego se dirigió a su amigo.

—¿Qué mierda pasa? —preguntó, ofuscado.

Helena se enredó en su brazo y resopló.

—Solo dime sí sí o si no, Helena —le pidió Lucas, ignorando a su amigo.

A continuación, se llevó un dedo a los labios mirando a Tomás fijamente. Tomás asintió a modo de respuesta haciéndole entender que lo había entendido, le acarició la mano a Helena y esta le besó la mejilla, se quedaron mirando un largo rato en silencio. A Lucas le comenzó a vibrar la pierna, ansioso.

—Sí —dijo al fin Helena—. Supongo que sí.

—Buena elección —dijo Lucas, levantándose de inmediato.

Sacó un móvil de la nada y se alejó unos metros. Comenzó una acalorada discusión por teléfono dando órdenes y cambiando de línea. Tomás y Helena esperaron en silencio observándolo, aunque no entendieran la mitad de las cosas, bien por no oírlas o bien, por falta de datos.

—Viene para acá una patrulla. Los gorilas organizarán turnos de seis horas dentro del recinto y fuera, en el bosque. Yo estaré dentro de casa. Vamos a instalar un equipo de vigilancia. No te preocupes, es portátil. No hay que hacer obras, somos muy discretos —añadió al ver la cara de incompreensión de Helena—. Y quiero esta habitación —dijo señalando el último cuarto del ala oeste.

—Es un baño —contestó Helena, examinando los planos.

—¡Mierda! —blasfemó Lucas, con indignación—. ¿Y esta? —preguntó, saltándose una habitación.

—Es la habitación de mi hermana.

—Bueno, me quedo la contigua —dijo Lucas, guiñándole un ojo y sonriendo con descaro.

Tomás se rio por lo bajini ante la estupidez de su amigo. Lucas hizo un círculo grande en el plano en la habitación entre el baño y la de Laura.

—Todo listo, pues. ¿Cuándo me mudo?

El resto de la mañana fue un auténtico caos.

Lucas advirtió a Helena que sería mejor que cancelara todas sus citas de esa mañana. Así podría rellenar algunos documentos policiales y ayudar a los chicos a conocer el terreno. A su vez, mientras se preparaban para recibir a la patrulla, Lucas reunió a la familia en el salón y les narró la situación de forma pausada y con la mayor tranquilidad posible.

—Pero, entonces... —interrumpió Estela, que aún llevaba puesta su bata de casa. Estaba sentada entre su hija mayor y su hijo menor, que miraba a Lucas con admiración—. ¿No sería mejor que desalojarais la casa? ¿O por lo menos sacar a los niños de aquí? —añadió, refiriéndose a sus nietos, aunque miró también de soslayo a su hijo.

—¡Mamá! Yo no soy un niño, ¿qué te pasa? —protestó Rodrigo, indignado porque su madre lo tratara así delante de su héroe.

—Verá, Estela, la situación es más complicada de lo que parece. No podemos sacaros de aquí a todos de repente, os aseguro que vais a estar aquí mejor que en cualquier otro sitio. Yo estaré casi las veinticuatro horas del día de vigilancia y mis compañeros establecerán turnos abajo.

—Pero si ese monstruo quiere entrar, lo hará.

—Lo tendrá muy difícil, créame. El lugar más seguro de Villanueva de la Rosa es, sin duda, esta casa —contestó Lucas con mucha seguridad, agachándose caballerosamente y cogiéndole a Estela la mano con firmeza.

Tras varias protestas y negociaciones, sus padres accedieron a permanecer en la casa ante las insistentes afirmaciones de Lucas de que capturarían pronto a aquel criminal. Después de eso, cada uno había tomado un camino diferente. Helena tenía la sensación de que todo el mundo estaba intentado asimilar la situación y de que ahora todos estaban en estado de *shock*, como ella misma.

Abril se había puesto las gafas de sol y había salido a pasear a su perro sin apenas dirigirle la palabra. A Nicolás le habían encargado que sacara a sus nietos hasta la hora de comer. Estela estaba arreglando la habitación que ocuparía Lucas mientras Laura no paraba de ir de arriba para abajo acarreando sábanas. Rodrigo, por su parte, había decidido que aquella situación era demasiado buena para ser cierta y que aprendería todo lo que pudiera y más: por ello, no se retiraba del culo de Lucas, hablando todo el tiempo sobre el caso. Lo peor de todo era que Lucas también estaba emocionado por el hecho de que alguien se interesara tanto por su trabajo, así que ambos paseaban por el vestíbulo charlando animadamente, rompiendo con el ambiente de preocupación de toda la casa. Helena no se había movido del sofá en toda la mañana, tenía la sensación de que si lo hacía, podría.

—Oye, te voy a traer algo. Tienes mala cara. —Tomás no se había separado de ella.

—No te preocupes, estoy bien —contestó Helena automáticamente, con cara de imparcialidad.

—Voy a ir un momento a la cocina, ¿vale? —aclaró Tomás, soltándole la mano suavemente.

Helena asintió. Tomás se abrió camino por el vestíbulo suspirando con amargura. Se metió en la cocina vacía, abrió el frigorífico y se alarmó. Nunca había pensado ver una nevera tan llena como la de su madre, desde luego ambas madres eran gotas de agua. Cogió un frasco de lo que parecía limonada.

—*¡Bro!* —dijo Lucas animadamente.

Le dio un buen golpe a su amigo en pleno hombro seguido de un abrazo fugaz. Tomás le devolvió el saludo varonil y lo cogió del cuello de su camisa.

—Tío, esto no es tan grave como parece, ¿verdad? —le preguntó, preocupado.

—Suelta, cabronazo, que me arrugas la pechera —protestó Lucas, propinándole un buen manotazo. Se sentó en un taburete de madera cercano y suspiró lánguidamente.

—Bueno, es complicado y peliagudo. Pero lo tenemos todo bajo control, tío.

—¿Es peligroso?

—Tomás, si fuera peligroso habría sacado a esta familia de aquí, hay niños —le recordó Lucas, muy seriamente—. Tranquilo, tío, lo tenemos todo controlado. Estamos enfrentándonos a un psicótico, y ya te estoy diciendo mucho. Caerá en nuestra trampa tarde o temprano. Déjanos trabajar a los profesionales.

Tomás escrutó a su amigo. Sabía que decía la verdad, pero tampoco se fiaba mucho. Lucas no era lo que se dice un gran profesional, pero sí confiaba en la seguridad con la casa llena de policías.

—Helena está un poco conmocionada, aunque creo que se le pasará —confesó Tomás.

—Es una tía fuerte, estas cosas no las predice nadie. Es normal que esté así, déjale tiempo para asimilarlo. Por cierto, ¿cuándo me vas a contar cómo fue el polvo? —preguntó Lucas, sirviéndose limonada.

—Ahora, obviamente, no —manifestó Tomás, arrebatándole la botella de limonada—. ¿Qué tal te va a ti con la gótica?

Lucas puso cara de resignación y se llevó las manos a la cabeza, despeinándose aposta por enésima vez.

—Putá pesada —resumió—. No recordaba que una persona pudiera ser tan victimista, virulenta, tóxica...

—Me alegro de que te vaya genial —dijo Tomás, riéndose, mientras esquivaba un puñetazo de su amigo.

—Ya parece que ha dejado de hablarme, pero no sin antes decirme que conmigo se siente más segura que nunca, e incluso me ha amenazado con suicidarse.

—¿Qué? —preguntó Tomás, perplejo—. Pero, ¿por qué te juntas con gente enferma?

—¿Perdona? No soy yo el que está saliendo con una loquera —rebató Lucas, haciendo caso omiso del gesto obsceno que le hacía Tomás con su dedo. Parecían dos niños en el jardín de infancia—. No, en serio, ya no le hablo más.

—Déjala tranquila, es muy inestable, ya lo sabes.

—Todo empezó porque me encontré con ella en la Clan y empezamos a hablar. Nos emborrachamos y me la tiré, solo una noche... de verdad.

Tomás suspiró y negó con la cabeza para mostrar su desaprobación.

—Pero si nunca te ha gustado —le dijo.

—¡Eh! Tío, estaba borracho, ¿vale? Además, es una tía dulce... —Lucas se calló de repente—.

Ya sabes que soy imbécil y le hablé un poco del caso, metí la pata.

El timbre de la puerta retumbó en todo el vestíbulo. Lucas salió de su ensimismamiento y dio un salto, listo para abrir. Tras el gran portón, se hallaban tres hombres vestidos de paisano, que acarreaban dos maletas que parecían importantes. Helena, que se había asomado al vestíbulo, los miró con atención. Tomás, por su parte, se acercó a Helena.

—Me he entretenido un poco hablando con Lucas a ver si soltaba prenda, solo hay que insistirle un poco —dijo Tomás, también distraído con la escena reciente. Le tendió un vaso de limonada a Helena, que cogió abstraída todavía.

—¡De la Rosa!

Un grito amenazador se oyó desde el exterior. Lucas se encogió de terror.

—Señor Sánchez. Pase, está usted en su casa.

Lucas estaba haciendo grandes esfuerzos por mantener la compostura, pero el deje de miedo en su voz se notaba a kilómetros.

—¡Si de mí dependiera, pondría tu sucio culo de fresco en la puta calle!

Un señor cuarentón con gabardina, castaño, de espaldas anchas y de barba sexy al más puro estilo de policía americano, irrumpió por la puerta y puso su dedo amenazador en la cara de Lucas, que se había hecho pequeño en cuestión de segundos. A pesar de la presión de su superior, no se apartó y lo miró con aparente tranquilidad, tragándose su propio orgullo y miedo.

—Señor, no sé a qué se refiere...

—Tu estancia aquí no había sido aprobada por el consejo. ¡Deja de hacer lo que te sale de los huevos, De la Rosa! ¡Así no duras ni dos días!

—Señor, llevo en el cuerpo seis años... tan mal no lo haré.

—¡No me hinchas más las pelotas, De la Rosa! ¡Las broncas del comisario son para mí, estás a mi cargo, en mi unidad! ¡Una más y seré yo el que presente tu dimisión, capullo!

El inspector jefe Sánchez terminó su discurso muy dignamente y sin apenas alzar la voz. Fue entonces cuando se percató de que tenía público.

—Buenas tardes, familia. —Le tendió la mano a la pareja, con una sonrisa seductora—. Señorita De Angulo, espero que mi agente le haya explicado de forma rutinaria el procedimiento, al menos.

—Sí, señor. Ella, como titular de la casa, ha firmado todos los permisos.

—¡Cállate, De la Rosa! —bramó el inspector Sánchez—. Señorita De Angulo...

—Ya he firmado todo los permisos y creo que Lucas nos ha explicado todos los detalles que podía darnos.

Aclaró Helena, lo mejor que pudo. También le hubiera gustado añadir que estaba cagada de miedo, pero el ambiente ya estaba lo suficientemente calentito.

—¡Perfecto! —añadió el inspector, mirando de reojo a su agente.

—Señor Sánchez... —Helena dudó—. ¿Estamos a salvo quedándonos aquí?

—Sí, Helena —dijo mirándola fijamente a los ojos—. Debo decirle que el hecho de que el agente De la Rosa se aloje en su casa no había sido aprobado por el consejo de ayer, pero aquí nuestro amigo ha decidido que sabe más que sus superiores...

—Señor, si me lo permite... —intentó añadir Lucas.

—¡No, De la Rosa, no te lo permito! —contestó el inspector Sánchez, tajante, sin dirigirle la mirada—. Helena, a pesar de la cabezonería del agente a mi cargo, le puedo asegurar que están totalmente a salvo. Tener al agente de la Rosa bajo su techo, aunque no sea lo más profesional, es un plus de seguridad. Él se encargará de todo.

Acto seguido, se dirigió a Lucas, mirándolo unos segundos a los ojos. Le estampó a su agente en

el pecho una carpeta con el caso.

—Te encargas de todo, amigo. Tienes una semana para pillar a ese cerdo con las manos en la masa. Si no lo haces, vas a estar sirviendo cafés un año. Buenas tardes y buena suerte, familia. Estamos a su servicio. —Y desapareció por la puerta a la soleada y fría mañana de enero.

—Pero... ¡Señor! —gritó Lucas inútilmente, agarrando la gruesa carpeta con fuerza. Se volvió hacia sus amigos y se llevó las manos a la cabeza.

* * *

—Helena, tengo que irme a trabajar ya —le dijo Tomás al oído, entrando en la cocina.

—¿No te quedas a comer? —preguntó Helena, mirando nerviosa a todos lados, buscando a su madre con la mirada—. Mi madre te va a odiar.

—Lo sé, voy a intentar irme sin que me vea.

—Pero me va a acosar a preguntas —dijo ella, con tono lastimero, mientras lo miraba con ojos de cordero degollado.

—Helena, cariño, invéntate algo. Confío en ti, ya sabes que no me importa que se lo digas. —Tomás le besó la frente y la abrazó con dulzura.

—Hay un señor en la puerta que registra a la gente cuando entra y sale —le informó ella, acurrucada en su pecho mientras sostenía un paño húmedo de secar los platos—. Así que, la próxima vez no seas Romeo y entra por la puerta si no quieres ser sospechoso de asesinato.

—Te llamaré cuando salga. —Tomás la miró fijamente—. Y no te preocupes demasiado. Lucas no es el mejor del cuerpo de policía, pero siempre se sale con la suya. Estamos en buenas manos. —Le metió un mechón rizado tras la oreja y le besó rápidamente los labios.

Se despidieron en silencio. Tomás desapareció por la puerta en la tarde helada, mientras Helena, con el corazón bombeándole fuertemente en el pecho, suspiraba nerviosa; «Ha dicho estamos», pensó, refiriéndose a ellos dos como pareja de hecho en aquella familia de caos.

* * *

El resto de la tarde fue rara. Lucas no paraba de salir y entrar de la casa con diferentes personas que se paseaban por sus habitaciones y por las diferentes estancias midiendo el perímetro y sondeando toda la gigantesca vivienda. Laura hacía y rehacía todo lo que veía necesario para que Lucas y sus chicos trabajaran en paz. Mientras tanto, Rodrigo hacía las veces de ayudante insufrible. Estela y Nicolás habían salido con los nietos y aún no habían aparecido, al igual que Abril y Slash. Helena había encendido la chimenea y no se había movido del sofá en toda la tarde cuando la puerta de entrada se abrió por enésima vez. Las patas de un perro la sacaron de su sopor. Slash, con la cabeza baja de frío, se apuró a ir junto a la hoguera y espatarrar su gran cuerpo ante ella para entrar en calor.

—Hay un tío en la puerta que me ha preguntado quién soy.

Abril apareció tras su perro, con cara de malas pulgas, y la nariz roja de frío. Se sentó junto a Helena en el sofá. No se molestó en quitarse el abrigo ni el gorro. Helena la miró, su amiga tenía la vista clavada al frente en silencio, respiraba con dificultad. Entonces Abril se acurrucó junto a su amiga.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Helena, acariciándola.

—He ido a ver a Jayin —contestó Abril, mirándola desde abajo con sus grandes ojos llenos de pena, sin soltar su brazo. Helena suspiró y cerró los ojos—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Abril, acababas de cortar con el que fue tu novio durante siete años, estabas destrozada. Ayer no te vi en todo el día, no era el momento.

—Lo sé —dijo Abril, abrazándola—. No sé cómo no te estalla la cabeza —añadió con una risa nerviosa.

Helena la miró, escrutándola. Había algo que tenía que decirle a su mejor amiga, pero era todo tan complicado que no sabía ni por dónde empezar. Era algo que todavía no le había dicho a nadie, no pensaba hacerlo, pero dadas las circunstancias, Helena no se veía objetiva en ninguno de los ámbitos de su vida.

—Ya me estallará, no creo que se demore mucho —contestó Helena, con una risa—. Siempre puede todo enrevesarse más, ¿no?

La casa se había quedado en un silencio sepulcral. El viento aullaba fuera de forma distante, solo el chisporroteo de la chimenea llenaba el salón.

—Jayin quiere hablar contigo. Está muy dolido, Helena. Creo que deberías escucharlo, aunque también te entiendo a ti, claro. No te quiero obligar a nada, pero... ¡Joder! Es tu amigo, dale una oportunidad para explicarse, seguro que merece la pena.

Abril se aturulló y tomó aire de nuevo. Helena la miró sin decirle nada. Es cierto que tenía que hablar con él pero, una vez descubierta la evidente relación de su mejor amigo y su excuñado y al ver que su hermana no había reaccionado tan mal, no era esa su principal preocupación.

—Lo haré. Hablaré con Jayin pronto, os necesito. —A Helena se le partió la voz y una silenciosa lágrima rodó por su mejilla.

—¡Helena! ¿Qué pasa? —Abril, lastimera, le cogió las manos—. No te preocupes, Jayin no está enfadado por...

—¡No es por Jayin! —dijo Helena, hipando.

—¿Es por Tomás? —aventuró Abril, preocupada—. Pero no lo entiendo, os va todo genial ahora. Excepto por el bochorno de esta mañana, claro —puntualizó, con una sonrisa.

—No tiene que ver con Tomás. No directamente, al menos... —Helena miró a su amiga, que la observaba con expresión de terror—. Voy a cerrar la puerta del salón, en esta casa las paredes oyen, y más ahora...

* * *

—¿Eres un policía malo?

Evelyn estaba dando saltos en la cama mientras veía a Lucas montar un telescopio. Ya había oscurecido hacía un par de horas y Evelyn se había escabullido de los brazos de su madre para evitar irse a la cama, como siempre hacía; y más en una casa tan grande, que le ofrecía tantas posibilidades de ocultarse.

—Puede parecer que soy poli, pero no es verdad, preciosidad —dijo Lucas sin mirar a la niña, pero manteniendo un aura de misterio. Estaba montando un tornillo especialmente complicado de la sujeción del trípode.

—¿Eres un señor del cielo? —Intentó Evelyn, cada vez más curiosa—. Ya sabes, de esos que dicen el tiempo por la tele...

—No, cariño. No soy meteorólogo —contestó Lucas descansando sobre su rodilla mientras se limpiaba el sudor de la frente. La calefacción estaba muy alta.

—¿Entonces qué eres? ¡Va! —exigió la niña, parando de saltar y mirándolo atentamente.

Lucas la miró, divertido.

—Soy un inspector espacial.

—¿Qué es eso? —preguntó Evelyn, alzando sus ojitos hacia el techo, intentando buscar ese concepto en algún lugar de su joven mente.

—Eso es un señor que captura gente mala, pero en el espacio —dijo Lucas sonriéndole y sentándose junto a ella en la cama destrozada por los saltos.

Su móvil vibró intensamente en el bolsillo. Era Carolina, lo estaba llamando. Lucas puso cara de indiferencia y no lo cogió.

—¿Por eso tienes una pistola? —preguntó la niña, poniendo cara de diablillo.

—¿Cómo sabes tú eso?

Lucas se había quedado a cuadros. Recordaba perfectamente que esa mañana había guardado su arma en la caja fuerte que le habían traído los agentes de comisaría, y no la había vuelto a sacar. La niña se rio mientras miraba su cara de panoli.

—¡Evelyn! ¿Por qué nunca haces caso de lo que te digo?

Laura entró en el cuarto, muy alterada. La niña dejó de reírse de inmediato y salió disparada por la puerta antes de que su madre pudiera detenerla.

—¡Rodrigo! ¡Píllala! —gritó.

El fuerte correteo de la niña, escaleras abajo, ya les hacía intuir que la habían vuelto a perder.

—Laura, no te preocupes que no me molesta. Prefiero que estén cerca donde pueda verlos.

—Créeme, no quieres. No sé qué he hecho mal para que sean tan traviesos. Mira cómo te ha dejado la cama —dijo Laura a punto de echarse a llorar y extendiendo su mano para arreglar las sábanas.

—¡Eh, eh! —dijo Lucas, asiéndola dulcemente de la muñeca—. Siéntate un rato, llevas todo el día trabajando. Me da igual cómo esté la cama.

—Tú también llevas todo el día atareado —comentó Laura, sentándose a su lado.

Se metió un mechón de pelo negro tras la oreja, aún Lucas no le había soltado la muñeca, quizás esperando a que se sentaran más juntos uno del otro. Laura se puso ligeramente colorada y Lucas le soltó la mano, con una caricia suave.

—No he trabajado tanto como tú, insisto. Gracias por todo, de verdad —le agradeció Lucas mientras se aflojaba, acalorado, el nudo de su corbata de estrellas.

Laura lo miró atentamente. Él se dio cuenta y ella, rápidamente, con un reflejo antinatural se volvió hacia lo que estaba haciendo.

—¿Y esto? ¿Es para visualizar el bosque a lo lejos? No hay mucha luz, ¿no? —preguntó, disimulando ella.

—No. Eso es para las estrellas —dijo Lucas señalando hacia arriba—. Soy un astronauta frustrado —añadió, cogiendo su corbata.

—¿Y por qué te hiciste cazador de maleantes? —preguntó Laura con una risita muy parecida a la de su hija.

—¿Quieres la versión real o la ficticia? —preguntó Lucas cruzando las piernas encima de la cama, como un niño que está a punto de contar una historia muy entretenida.

—Mmm... ¡La ficticia! —decidió Laura sin pensarlo demasiado.

—Me metí a cazador de maleantes para ver si podía cazar estrellas como tú.

Lucas sonrió. Estaba acostumbrado al flirteo con las chicas que le gustaban. Pero aquella no era una chica cualquiera, era una mujer que casi le doblaba la edad y que, sin saber por qué, le había parecido muy atractiva desde el primer momento. Se arrepintió nada más soltarlo por la boca, su sonrisa se torció.

—¿Perdona? —dijo Laura, riéndose del comentario. Ambos intercambiaron una risa nerviosa—. Soy mucho mayor que tú, niñato —contestó ella sin poder ocultar su rubor. Se levantó.

—Oye, Laura, perdona. Sé que eres una mujer casada y lo respeto —dijo Lucas buscando el rastro del anillo de boda que había visto la última vez en su mano, pero ya no estaba.

—Eres un criminólogo pésimo —bufó Laura tras darse cuenta de su rastreo.

Se dirigió hacia la puerta, colorada como un tomate. Tenía que huir de allí antes de que la viera.

—Espera, por favor. Déjame excusarme debidamente, yo no soy así —mintió—. Bueno, quizás un poco, pero no era mi intención asustarte, ya sabes...

A Lucas se le trabó la lengua y se puso colorado de verdad por primera vez en muchos años. Laura se paró en seco a escucharlo, pero como este se había callado, continuó su camino hacia el oscuro pasillo. Lucas la atrapó por el brazo. Era bastante más pequeñita que él. Él la soltó de repente, como si le pareciera que era demasiado roce táctil por una noche, entonces ella lo detuvo con premura poniéndole una mano en el pecho. No fue demasiado fuerte, pero asustó a ambos.

—Lo siento —dijo Laura, despacio, midiendo sus palabras y los toques de su corazón dentro de su pecho.

Entonces, de un salto totalmente impulsivo, se puso de puntillas, lo agarró de la corbata estelar desabrochada y lo besó con efusividad. Con el brazo derecho agarraba su corbata, mientras que con la izquierda cerraba de un portazo la puerta del dormitorio.

* * *

—Helena, ¿no es mejor que lo dejes para mañana? —sugirió Abril, apoyada en el quicio de la puerta de su baño.

La habitación estaba igual de revuelta que el día anterior.

—Mañana es día de Reyes. Ya sabes lo que a Jayin le gusta ese día, quiero dejarlo arreglado. Es pronto, aún son las nueve —se excusó Helena, peinándose ante el ostentoso espejo de su baño.

Le había mentido a Abril, pero era una causa mayor. Jamás le diría que Edgar la acababa de llamar para hablar con ella. Él se lo había pedido expresamente, parecía dolido pero decidido. Seguro que quería arreglar las cosas con Abril y buscaba consejo de su mejor amiga. Muy inteligente por su parte, aunque Abril seguía bastante afectada. O Edgar cambiaba su visión de las cosas y avanzaba en la relación, o ya no habría nada que hacer. También había pensado en ir a ver a Jayin, si le quedaba tiempo. Si no, ya buscaría la forma de escaquearse. Al fin y al cabo, el tobillo ya no se le resentía.

—¿En serio, tía?

Abril le tendió las bragas rotas de la noche anterior mientras Helena salía del cuarto de baño con una sonrisa pícaro. Un atisbo de tristeza recorrió su rostro. Abril la abrazó aún con las bragas en la mano.

—¿Me estoy equivocando, Abril? —preguntó Helena en medio de su abrazo.

—Sí. Pero es tu decisión y no la mía. Así que da igual lo que decidas, te apoyaré —contestó Abril con una sonrisa triste—. Eso sí, si se lo cuentas a Jayin, te matará.

—Gracias, es difícil... —reconoció Helena, poniéndose el abrigo en silencio.

—Oye, ¿te importa sacar a Slash? Creo que se está aguantando la caca el pobre —confesó Abril, mirando al perro de refilón, que estaba triste tumbado en la alfombra india de Helena. Este emitió un gruñido de reproche al oír su nombre.

—Para nada. ¡Slash! ¡Vamos a la calle! —Se ofreció Helena un poco más animada, deseando que el perro también viera a su dueño.

Slash ladró con alegría mientras barría el suelo con su cola.

* * *

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó extrañado Tomás a una Cloe que estaba abriendo la puerta del piso de Diego y Lucas.

—Vómitar. ¿No es eso lo que hacen las preñadas? —dijo Cloe irónicamente.

Su cara estaba demacrada, apenas se había maquillado e iba con sudadera y zapatillas como en sus tiempos más adolescentes. Con un gesto de cabeza le dijo a su amigo que pasara.

—No tiene gracia —dijo Tomás, clavándole la mirada—. ¿Dónde está Diego?

—Ha bajado a por comida —dijo ella, tumbándose en el sofá a cambiar de canal.

Tomás puso cara de confusión y pasó directamente al cuarto de Lucas. Su amigo le había llamado para decirle que si podía llevarle el pijama y el cepillo de dientes a casa de Helena cuando saliera de trabajar. El muy gilipollas le había dicho que se había acordado de llevarse el trasto del telescopio, pero no de coger las cosas básicas. No recordaba haber estado tan confuso emocionalmente antes. Se sentía liviano, producto de la felicidad de su nueva relación, pero también, un vasto mar de lodo con una posible paternidad, que Helena aún no sabía, se lo tragaba día a día. Tomás tragó saliva por enésima vez al pensar en el tema, mientras metía en una bolsa las cosas que le había pedido su amigo.

—¿Con qué potestad te crees para entrar aquí? —preguntó Cloe desde la puerta. Tomás se asustó y Cloe profirió una carcajada.

—Lo mismo podría decir de ti —contestó él secamente.

Cloe se sentó en la cama a observarlo.

—He pensado en llamarlo Aitor. Sé que es un niño —dijo entonces mirando a Tomás, con una expresión neutra—. Ya sabes que siempre me han gustado los vascos.

—No quiero oír hablar de eso hoy, por favor —contestó Tomás, sin mirarla—. Se lo voy a contar a Helena la próxima vez que la vea.

—No serás capaz... —dijo Cloe, levantándose de la cama.

—¡Es mi relación, y puede que sea mi hijo! Ella tiene tanto derecho a saberlo como yo. — Tomás alzó la voz sin querer. A lo lejos sonó la puerta de la calle, Diego había llegado.

Ambos se quedaron en silencio, mirándose. A Cloe se le pusieron los ojos brillantes como luceros de pena. Diego se acercó a la habitación, siguiendo el juego de luces encendidas del pasillo.

—¡Hey, Tomás! ¿Qué haces aquí? —preguntó Diego irrumpiendo en la habitación, asustado.

—¡Hey, *Bro!* A Lucas se le han olvidado el pijama y... —contestó Tomás señalando una bolsa. Diego y Cloe lo miraron sin comprender—. No te ha dicho nada, ¿verdad?

Ambos negaron con la cabeza, con cara de miedo, y Tomás se vio obligado a contar todo lo que había pasado aquella mañana en la casa de Helena, obviando los detalles de que había bajado casi desnudo por las escaleras y lo había visto todo el mundo, no estaba de humor.

—Bueno, Cloe, Lucas no va a venir ni más tarde ni más temprano, visto lo visto —comentó Diego, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones y respirando fuerte.

—No te preocupes, cenaré contigo —dijo Cloe yendo derecha hasta la mesa del salón a preparar la cena para dos.

—En ese caso, ¿quieres quedarte a cenar, tío? —preguntó Diego.

—¡Qué va! Estoy muy cansado, mañana si quieres me paso —contestó Tomás sin parar de mirar a Cloe, que lo obviaba totalmente.

—Bueno, al menos tómate una cerveza, voy a por ella, no te largues —dijo Diego metiéndose

rápidamente en la cocina. Tomás se dirigió violentamente hacia su amiga.

—¿A qué has venido?, ¿a ver a Lucas? —preguntó, susurrándole.

Cloe se apartó de él bruscamente.

—No es de tu puta incumbencia —contestó, mirándolo fríamente.

Tomás se sintió herido, solo estaba intentando cuidarla y todo eran malos ratos desde que había llegado.

—Cloe, Lucas está saliendo con otras chicas —dijo Tomás, intentando tener tacto a pesar del cansancio y del enfado incipiente.

Cloe lo miró con cara de asco.

—¿Y por qué debería importarme esa información? —preguntó.

Tomás la miró sin comprender.

—¿Y ese discurso de que estás conociendo a alguien?, ¿qué haces aquí si no? —dijo guardándolo todo en su mochila.

—No pienso decirte nada —dijo Cloe yendo hacia la puerta del cuarto—. Si vas a contar intimidades por ahí, prefiero que dejemos de ser amigos, Tomás.

Y, muy ofendida, abandonó el cuarto dejando a Tomás muy confuso y dolido.

* * *

Edgar y Helena caminaban por el paseo de la Libertad, ambos con las narices rojas, entre los grandes bloques de nieve congelada que se tendían a ambos lados del ancho paseo. Slash iba dando tumbos de alegría por ver a su dueño después de un par de días separados.

—¿Qué hago si me lo tira a la cara, Helena? —preguntó Edgar toqueteándose nervioso el pendiente de una guitarra eléctrica que le colgaba de la dilatación de su oreja.

Helena recordaba que le había conocido con él puesto y que, después de siete largos años de historias, todavía lo conservaba.

—Huyes del país —dijo Helena, intentado reírse y quitarle hierro al asunto—. No sé lo que va a hacer, sinceramente, Edgar. Estos días he estado ocupada en otras cosas. Ya sabes lo que tienes que sacrificar si quieres volver con ella...

—Estoy dispuesto, este estilo de vida me está matando. Voy a trabajar en otra cosa, aunque sea en un *Telepizza*, ¿sabes? Voy a ahorrar y me voy a comprar una guitarra de seis cuerdas de segunda mano, y volveré a tocar con el grupo. No es justo que porque yo me haya estancado en mi vida, Abril también lo haga y con ello arrastre mi relación, ¿no crees?

—Muy bien dicho. Ahora solo tienes que convencerla a ella —dijo Helena dándole una palmada de apoyo a su amigo. Él seguía triste.

—Le dije cosas muy feas, Helena. Espero que puedas echarme un cable.

De repente, cortando el silencio de la noche, un grito se oyó en algún punto del paseo. Slash se puso sobre sus dos patas con las orejas levantadas, intentando hallar la fuente del sonido. Otro grito. Este más desgarrador y más urgente. Slash no lo dudó y salió despedido hacia la fuente del alarido. Helena y Edgar, aún sorprendidos por el incidente, siguieron al perro, que corría a la velocidad de la luz a través del paseo. A la derecha, el paseo se abría a un modesto parque por el que pasaba el río de la Rosa, un pequeño riachuelo que apenas llevaba un chorrito de agua congelada en esa época del año. Hacía algunos años que el alcalde había dado accesibilidad a la garganta del río montando un puente de estilo neogótico, embelleciendo con ello el parque y el turismo.

Otro grito desgarrador, esta vez de un hombre, rompió el silencio, seguido de un gruñido de

perro y el sollozo ahogado de una chica. Helena y Edgar terminaron de cruzar el parque para ver la escena más insólita que nadie se esperaba encontrar; Carolina Benavente, sentada en la débil barandilla del puente con las piernas colgando hacia el vacío. Lloraba desconsoladamente mirando a un Slash que tenía la boca manchada de sangre y ladraba, como si tuviera la rabia, a un rastro de color escarlata que se perdía en los matorrales más profundos del parque.

CAPÍTULO 20

Helena no recordaba cómo se había llenado el pequeño parque de tanta gente ni de tantas sirenas de policía. Solo recordaba que Edgar había llamado rápidamente por teléfono y que, acto seguido, habían intentado entre los dos bajar de la fina cornisa del puente a Carolina, que aún balbuceaba entre llantos. Esta se había dejado caer en el suelo de piedra del parque, acurrucada como un gato con frío, a llorar lágrimas silenciosas. Estaba en estado de *shock*, no contestaba a las preguntas y tenía la mirada perdida en algún punto que solo ella veía.

Lucas había llegado bastante estresado, a toda prisa, con la corbata mal puesta y dirigiendo a los equipos de rastreo y a la policía científica. Acto seguido, se había acercado a Carolina. Ella, al verlo, tardó en reaccionar, pero lo abrazó dulcemente sin dejar su discreto llanto. Tenía el abundante maquillaje de ojos negros corrido por toda la cara. Era muy desconsolador verla en aquel estado. El equipo de emergencias había intentado apartarla del lugar o al menos levantarla del suelo, pero ella se había resistido y solo consiguió que le pusieran una manta por encima. Solo accedió a hablar con Lucas allí mismo. Él, sin reparos, mandó a todo el mundo fuera de la zona e hizo lo que la chica le había pedido, mientras todos sus agentes trabajaban a su alrededor tomando fotos, despejando el terreno de curiosos y recogiendo muestras de sangre y huellas.

Helena y Edgar estaban sentados en bancos separados mientras los entrevistaban diferentes agentes sobre qué era lo que habían visto y qué habían hecho ellos al respecto. Helena, que estaba empezando a acostumbrarse a que cada día le pasara algo completamente distinto e inusual, apenas estaba impresionada y contestaba a las preguntas de una agente pelirroja bastante altiva y con un sentido del humor especial, que miraba de reojo a Lucas con ojos inquisitorios.

—Es suficiente, María. Ya me encargo yo. Ocúpate del equipo del laboratorio y diles que hay que recoger el chiringuito ya.

Lucas llegó con cara de cansancio hasta donde se encontraban las dos chicas. La pelirroja recogió sus apuntes y sin mediar palabra con su superior, se largó. Lucas puso cara de asco al verla marcharse.

—¿A dónde se llevan a Carolina? —preguntó Helena, observando desde la distancia cómo la metían en el furgón policial.

—Va a pasar la noche en observación en el hospital. Voy a intentar que mañana mismo la trasladen a una clínica especializada. Ha intentado suicidarse tirándose por el puente. Aunque haya sido un intento de llamar la atención, mi deber es proteger la vida de todos —dijo Lucas con el semblante serio y la mirada clavada en la furgoneta que se alejaba.

—Pero ¿de quién es esa sangre entonces? —preguntó Helena, anonadada.

Lucas la miró de nuevo y le tocó el hombro.

—Del hombre que buscamos. La verdad es que tu desafortunado paseo y la actuación de Slash nos ha dejado las cosas bastante fáciles. Te debo una —contestó este, guiñándole un ojo.

Era la primera vez que Helena veía a Lucas con la edad que realmente aparentaba. Parecía mucho mayor. Sus ojeras pedían a gritos un descanso urgente.

—¡Helena!

Una figura delgada y musculada se acercaba a trote ligero a través del parque, entre las cintas policiales y los focos. Era Jayin.

—¡Dejadlo pasar! —ordenó Lucas al equipo que acordonaba la zona—. Helena, pronto podrás irte a casa. Ahora regreso.

Ella dejó que Lucas se marchara y abrazó a su amigo. Lo había echado tanto de menos...

—¿Estás bien? —preguntó Jayin, asustado.

Helena lo miró y, con un gran puchero, se vino abajo y comenzó a llorar. Jayin la abrazó.

—Necesito vacaciones —dijo Helena, acurrucándose en su amigo.

—¿Ahora te das cuenta? —contestó Jayin con una sonrisa.

—Jayin. Yo... yo siento haberos hablado así. Necesitaba que Esteban supiera que sus hijos lo necesitan, que no podía irse así en Navidad... —comenzó a decir Helena, mirando a lo lejos cómo su excuñado los observaba atentamente desde detrás del cordón policial—. Pensé primero en mi hermana, en mi familia...

Helena rompió a llorar más fuerte. Hacía mucho que había dejado de ser la heroína de su casa, por ella y por su salud mental, no era sano para nadie. Era por eso por lo que había abandonado el hogar. Era el rol que tuvo que adoptar dada la situación en su familia, esa herida abierta sabía que le dolería siempre y no podía dejar de pensar en que quizás su hermana no habría podido hacer lo mismo por ella. Ni su hermana ni ninguno de ellos.

—¡Chss! No es momento para pedir disculpas. Nosotros entendemos tu postura, más Esteban que yo, sorprendentemente... —Jayin la abrazó—. Sabes que no me puedo pelear con vosotras, ni contigo ni con Abril. —Ambos se rieron—. Como dice mi abuela: «Antes de juzgar a una persona, camina tres lunas con sus zapatos», y tú y yo hemos intercambiado muchos zapatos y hemos visto juntos muchas lunas. Me conoces.

—¡Dichosa sabiduría hindú! —dijo Helena, sonriendo—. Me tienes que contar cómo ha ocurrido todo, aún estoy flipando —le susurró Helena, mirando de nuevo a Esteban.

—Es una de esas historias que creíamos que nunca nos pasarían. Casi como un cuento de *Disney* —dijo Jayin, sonriendo.

—«El bien que hicimos por la noche es el que nos trae la felicidad por la mañana», o algo así me dijiste una vez. Siempre hemos sido dos almas solitarias buscando comprensión y paciencia en este mar de la vida, y ahora que es de día podemos ver el fruto de nuestros actos. —A Helena se le empañaron los ojos de lágrimas—. Tú has encontrado al tuyo en las circunstancias más extrañas, y yo he encontrado a Tomás...

Helena dejó escapar una lágrima entre la risa. Jayin se la limpió, aunque él también parecía a punto de romper a llorar.

—Ahora ya sabes que esta larga caminata comienza con el primer paso, que ya lo hemos dado. Nos queda un largo camino por delante y seguir trabajando en nosotros, pero ahora junto a ellos...

—No lo entiendes... —consiguió articular Helena, entre lágrimas.

—¡Helena!

Un apurado Tomás se abrió paso entre el cordón policial. Un agente se interpuso y le cortó el paso. Helena se levantó del banco y le dio un fuerte abrazo.

—Lucas me ha llamado ahora mismo, ¿estás bien?

Le dio un beso en la frente mientras ella asentía débilmente.

—Perdone, pero no puedo dejarle hablar con la testigo hasta que se nos levante la orden —añadió el agente, interponiéndose entre ambos.

—¡García! ¿No ves que se quieren? ¡Déjalos en paz! —gritó Lucas, corriendo hacia ellos—. Ya puedes retirarte. Echa una mano a los chicos de homicidios que se van ya.

—¿Cuándo podré irme, Lucas? —preguntó Helena, cansada.

—Nos vamos los tres ya. Vamos, antes de que nos vean...

Lucas se coló a través del cordón policial y le hizo también una seña a Edgar. Tomás se rio por lo bajo de nuevo, por la poca profesionalidad de su amigo. Helena se despidió de Jayin con un

rápido movimiento de mano, indicándole que le llamaría pronto y le dio un fuerte abrazo a Edgar.

—Aún no entiendo por qué me pasa todo a mí esta Navidad. Mi vida ha dado un vuelco en dos días —dijo Helena quitándose las botas. Al fin estaba en casa.

—En dos semanas —aclaró Tomás, acariciándole la cara.

Helena lo miró. Él también tenía cara de cansado, aún no se había quitado el abrigo.

—Desde que apareciste tú — corrigió ella con una sonrisa—. ¿Te quedas a dormir?

—Si me dejas... —dijo Tomás, quitándose el abrigo al fin—. Es lo único que me apetece hoy.

—Dilo ya. Te acojonó esta mañana mi sobrina, ¿verdad? —le dijo Helena, riéndose.

Tomás la besó y ambos se quedaron abrazados en la cama, bajo la tenue luz de la lamparilla de noche.

—No pareces tan pasional desde fuera, ¿sabes? —le confesó Tomás con los ojos cerrados mientras la acariciaba.

Helena notaba el aliento de él en su frente y no pudo evitar que le diera un vuelco el corazón. Con el rabillo del ojo, le echó un vistazo fugaz al último cajón de su mesita de noche y la piel se le puso de gallina debajo de su ropa. Sabía que tenía que hablar con él antes de que fuese demasiado tarde. Volvió a mirarlo, pero Tomás ya se había quedado profundamente dormido abrazado a ella con la respiración tranquila y pausada. Helena le besó la frente tímidamente y también ella se dejó caer poco a poco en los apetecibles brazos de Morfeo.

* * *

—Yo que tú, no haría eso —dijo Abril, casi deslizándose a lo largo del corredor.

Lucas dio un respingo y se detuvo a medio camino de abrir la puerta de uno de los cuartos de la zona oeste de la casa.

—¿Abril? —dijo este, pasmado—. ¿Qué haces tú aquí?

—Te estaba buscando. ¿Vas a venir a la Bolera Clan?

Abril iba enfundada en un pequeño vestido negro de palabra de honor que se ajustaba mucho por debajo del pecho, y después caía en gruesas telas de gasa asimétricas hasta casi las rodillas.

Casi todos los integrantes de la casa se estaban preparando para la exitosa fiesta de la Noche de Reyes de la Bolera Clan, donde la pareja de dueñas, Claudia y Ángela, repartían regalos desde los más pequeños hasta los más grandes. Era la noche en la que el karaoke y la pista de baile estaban abiertos a la vez. Era esa noche en la que te podías sentir, si tenías el suficiente coraje, como una auténtica estrella del pop. Estaba catalogada como una de las mejores reuniones festivas a nivel familiar de toda Villanueva de la Rosa. Muchas personas optaban por irse por la tarde a pillar sitio dentro, ya que la entrada era libre, y de paso, ver desde allí las famosas carrozas de los Reyes Magos pasar, para no perder el lugar ni los caramelos.

—No puedo, Abril, estoy trabajando —contestó Lucas, recuperándose del susto. Apoyó su mano en el picaporte de la puerta.

—Esa es la habitación de Laura —dijo Abril, mirándolo un poco confundida.

—¿Ah, sí? ¡Maldición, no me he dado cuenta! —dijo Lucas alzando la voz.

Mentir se le daba tan bien como trabajar. Comenzó a sudar, se aflojó el nudo de la corbata y como si el picaporte hubiera comenzado a arder, retiró la mano.

Abril se acercó un poco más a él y lo cogió por la corbata, aquel día amarilla y llena de marcianitos verdes.

—Me gustaría bastante que vinieras —le dijo despacio.

Lucas, sin cambiar la expresión de su rostro, retrocedió dos pasos, pero Abril no lo soltó. Él

tragó saliva. No podía negar que Abril le atrajera, pero no quería que se acercase más. Seguía sin saber por qué se sentía tan unido a Laura y, evidentemente, no se había parado a pensarlo. Lo único que no quería era meter la pata.

—¿Tú no tenías novio, tía? —comentó Lucas al fin, con un tono bastante más desagradable del que le hubiera gustado.

Abril reaccionó como si alguien le hubiera atestado una bofetada invisible, dejó de ejercer presión en la corbata de Lucas y, con la mirada perdida en un punto fijo, una lágrima se le resbaló por su cara de perplejidad.

—Abril, tenemos que irnos ya. Jayin me acaba de llamar, ya están allí —dijo Helena, justo detrás de ella.

Abril se limpió la lágrima solitaria y sin volver a mirar a Lucas, se alejó hacia su amiga con la cabeza gacha.

—Buenas noches, chicas. Dadle recuerdos a mis dos amigos del alma, que no me echen tanto de menos —gritó Lucas, recuperándose de la situación.

Y con un gesto de despedida, desapareció por el oscuro pasillo casi al trote.

* * *

—¡Evelyn! ¡Deja de correr!

La niña estaba corriendo alrededor de la cama de su tía Helena sin parar de reírse. Laura la agarró por el cuello de su pijama blanco de una pieza y tiró de su cuerpecito hasta la redonda cama, donde comenzó a hacerle cosquillas. La niña gritaba de risa y su madre también.

—¡Basta, mami! —dijo la niña en un chillido apenas inteligible.

Ambas se quedaron sobre la cama de Helena con una sonrisa, pero agotadas de la carrera.

—Mami...

—¿Qué, cariño?

—Me duele la tripa.

—Si no hubieras comido tantos caramelos...

—Mamá...

—¿Qué? —contestó Laura pesadamente.

—¿Los Reyes Magos pueden saber lo que estás pensando? —preguntó, volviéndose hacia su madre.

—Claro que sí, mi vida. Son magos —le respondió, atusándole los despeinados rizos rubios—. ¿Por qué lo dices, cielo?

—Porque les he pedido que papá vuelva. Lo echo de menos —dijo mirando hacia la ventana, intentando atisbar una carroza llena de regalos. Laura se incorporó y abrazó a su hija.

—Cariño... —comenzó.

—... es que no pude escribirlo en la carta porque papá se fue después de que la mandáramos —contestó, muy triste.

—Nena, ya sabes que papá ha estado trabajando mucho en Madrid —le dijo su madre, acariciándola.

Tanto ella como Esteban habían decidido que era mejor mentir a los niños. Al menos hasta después de las fiestas. Cuando se hubieran calmado los ánimos, ya encontrarían la manera más óptima de decírselo. Esteban llamaba todos los días a los pequeños para decirles que les quería y que los echaba mucho de menos. También habló con Laura para explicarle que necesitaba recuperarse lo suficiente para poder explicarles a los niños lo que ocurría y que quería que lo

hicieran juntos.

—Quiero volver a casa y que todo sea como antes, mamá —contestó Evelyn, con pucheros.

—No puedes ser tan caprichosa, nena. Tranquila que ya vamos a ver a papá en dos días —dijo Laura con un atisbo de pena en su rostro, estaba rota por dentro y sabía que su hijos lo notaban, pero no podía destrozarles la Navidad de esa forma—. Y ahora, a la cama, esta es la habitación de la tita y no debemos estar aquí.

La niña no parecía muy conforme con la decisión de su madre, pero asintió pesadamente con la cabeza y saltó de la cama.

—Pero no es la primera vez que estoy aquí —dijo, astutamente, Evelyn—. ¡Mira lo que he aprendido a hacer!

La niña se dirigió hacia el último cajón de la mesita de noche de su tía, cerrado con un pequeño candado numérico. Comenzó a darle vueltas ante los atónitos ojos de su madre. Abrió el cajón y sacó un par de documentos.

—¡Evelyn, ya basta! Eso son cosas de la tita —dijo su madre retirando a la niña para que dejara de sacar cosas.

Los papeles que había cogido se cayeron al suelo, y una montaña de cartas y fotos de cuadros se precipitaron sobre la alfombra. Laura los cogió y les echó un vistazo.

—Mamá, esos son cuadros que la tita Helena pinta... —informó Evelyn, sentándose junto a su madre en la cama mientras ambas miraban las fotos de los lienzos.

—¿Qué dices, niña? —preguntó su madre, sorprendida con la noticia—. ¿Cómo lo sabes? ¿Ya has trasteado antes aquí?

La niña asintió con ánimo.

—Me gustan mucho, son bonitos. Mira lo que encontré ayer —declaró la niña, tendiéndole a su madre un sobre marrón.

Laura miró a su hija con ojos de confidente, cogió con decisión el sobre y lo abrió.

* * *

—¿Qué estabas haciendo, Abril? —preguntó Helena en el oscuro vestíbulo, agarrando a su amiga por los hombros y procurando que nadie las oyera.

—No lo sé —contestó Abril, aturdida—. ¿Qué he hecho?

—Estabas tonteando con Lucas —afirmó Helena, mirándola con ojos acusadores.

—¿Y qué? He roto con Edgar —dijo Abril, crispando el rostro—. Yo no estaba tonteando con ese, si ni siquiera me gusta... —rebatió su amiga, mirando de reojo las escaleras por donde habían perdido a Lucas de vista por última vez.

—¿No crees que es demasiado pronto? —le preguntó Helena, aún con un nudo en la garganta.

No le había dicho nada de que había quedado con Edgar. También había avisado a Lucas y a Tomás de que no comentaran el incidente del parque de la noche anterior, por lo menos delante de Abril. Era importante.

—Vámonos ya, me estás agobiando —contestó Abril de forma autoritaria, iniciando el camino hacia la puerta.

* * *

—¿Dónde estabais? —preguntó Lucas al ver a Laura y Evelyn correr por el pasillo—. Os he estado buscando. Has dejado a Max y Roberto solos... —le reprochó.

—Estaba buscando a esta —dijo Laura, un tanto agobiada—. Entra en tu cuarto y duérmete, Evelyn.

—Pero mamá... —protestó la niña.

—¡A la cama!

La niña la miró con ojos tristes y cerró su puerta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lucas, cogiendo a Laura por la cintura y besándola cariñosamente en la mejilla—. Te noto alterada.

—Tú también estás alterado —le dijo Laura, mirándolo con cara de boba—. ¿Desde cuándo vigilas a mis hijos?

—Desde que hay un asesino suelto, querida. Es mi trabajo —dijo Lucas, posando serio.

—¿Qué pasaría si atrapas al asesino? —preguntó Laura, rodeándole el cuello con los brazos.

—Vacaciones eternas, *baby* —contestó Lucas antes de besarla.

Laura se le quedó mirando, extrañada.

—Perdona, sé que alguien nos puede ver... —se justificó él—. Soy un pasional.

—No hay nadie en casa. ¿Te importaría quedarte con los niños? —preguntó Laura, de repente.

—Claro que no, ¿vas a salir? —preguntó Lucas, extrañado ante el cambio de rumbo de la conversación.

—Necesito ir a la Bolera Clan. Tengo que impedir algún que otro desastre —confesó Laura, separándose de él lentamente.

—Te dije esta tarde que fueras, yo me quedaré con ellos. ¡Diviértete! —la animó Lucas, besándola en los labios y guiñándole un ojo.

—No voy precisamente a divertirme, querido —confesó Laura, suspirando lánguidamente—. Te llamaré más tarde.

* * *

—¡Jayin!

Al fin habían conseguido entrar en la Bolera Clan. El sitio estaba como todos los años, atestado de gente de todas las edades que disfrutaba de la increíble decoración temática, la música, los regalos y el ambiente.

—¡Os he pedido cerveza! —dijo este levantando dos grandes jarras de líquido ambarino espumoso. Besó a las dos chicas.

—No sabéis cuanto me alegro de que hayáis hecho las paces al fin —dijo Abril abrazando a sus dos mejores amigos en medio del gentío. Helena y Jayin se dirigieron una mirada confidente.

—¿No ha venido Esteban? —preguntó Helena para su propia sorpresa.

No sabía si estaba preparada para ver a su excuñado como el novio de su mejor amigo, pero por lo menos, preguntar por él ya era un comienzo.

—Dijo que se acercaría más tarde. Aunque yo creo que se quedará en casa, sigue muy triste y le estoy dando su espacio para estar solo también, creo que lo necesita...

—Bueno, al menos ya no te quieres mudar a la India, ¿no? —comentó Helena, sonriéndole mientras recordaba aquella conversación en Zara.

—Por ahora tan lejos no, pero ya llegará el día —contestó Jayin, con ojos soñadores—. A todo esto, ¿sabes algo nuevo de Carolina?

Helena abrió mucho los ojos en señal de alarma. Jayin se quedó un tanto extrañado.

—¿Qué Carolina? —preguntó Abril.

—Carolina Benavente, ya sabes, tu paciente que se intentó suicidar ayer —dijo Jayin con

naturalidad.

—¿Qué? —preguntó Abril, anonadada, paseando su mirada entre ambos.

—Vamos, Helena, no le has contado lo que pasó... —Jayin se calló de repente. Acababa de meter la pata hasta el fondo.

—¿Hola? ¿Alguien me cuenta qué está pasando? —preguntó Abril, algo mosca.

—Bueno, cuéntalo tú —animó Jayin a Helena, con una sonrisa tensa.

Helena tragó saliva. Mentía fatal.

—Hola...

Un tímido Tomás apareció justo en ese momento. Diego, que iba detrás, saludó bochornosamente con la mano.

—Buenas —dijo Jayin, estrechándoles la mano, contento por salir de esa incómoda situación. Abril le dio dos besos en la mejilla a cada uno.

—¿Lleváis mucho rato por aquí? —preguntó Helena más roja que un tomate, mirando a su novio.

Estaba intentado acostumbrarse a la presencia de Tomás en la intimidad, y el paso de mostrarlo en público y con sus amigos la turbaba.

—No, acabamos de llegar —contestó Tomás, sonriéndole y besándole en la comisura de los labios. Pudo oír un grito de emoción de Abril de fondo. Helena le agradeció que no se lo hubiera dado en la boca—. Vamos a buscar algo de beber, ahora volvemos. ¡Vamos, Diego!

—Sois más tiernos que el pan de leche, pero... —comentó Abril, viendo cómo se alejaban, y echándole una mirada de arriba abajo a Diego—. ¿Todavía no has hablado con él, verdad?

—¿Hablar de qué? —preguntó Jayin, confuso.

—Creo que hay muchas cosas que tenemos que hablar, los tres —dijo Helena suspirando, muy a su pesar.

—¿Sabes si el amigo de Tomás tiene novia? —preguntó Abril, de repente, buscando a Diego entre la multitud.

—¡Abril! —la reprimió Helena.

—No me entero de nada —apuntó Jayin.

—Oye, ¿no es ese el hermano de Tomás? —preguntó Abril, mirando sorprendida al escenario.

Una pareja acababa de terminar de cantar un tema empalagosamente amoroso, cuando, efectivamente, había subido Patricio al escenario junto al chico guapo que le acompañaba en Nochevieja. Iban de la mano. Helena sonrió.

* * *

—Laura, ¿qué haces aquí? —Esteban se había parado en la entrada de la Bolera Clan.

Laura, que iba bastante concentrada en su objetivo, se paró en seco y se le heló la sangre de las venas. Se dio la vuelta hacia él.

—¿Con quién has dejado a los niños? —preguntó Esteban, un tanto avergonzado.

—Creía que te habías marchado a Madrid... —pudo al fin articular Laura, no muy convencida.

—Han surgido una serie de... imprevistos.

—¿Te has quedado en casa de tu nueva...? —Laura se calló y frunció los labios para no soltar una palabrota—. ¿Es de aquí, de Villanueva?

Esteban asintió en silencio. Laura soltó un sonoro bufido.

—No quiero mentirte, Laura. Sabes que no te he engañado en todos estos años, por eso quiero que sepas toda la verdad. Hay una cosa que me callé el otro día, cuando discutimos acerca del

divorcio —comenzó Esteban, parecía que tenía la necesidad urgente de soltarlo a como diera lugar—. Te lo debo, eres la madre de mis hijos y aún te quiero, yo os quiero...

—No sigas. No quiero saber nada más, por favor, Esteban. —Laura soltó una lágrima silenciosa mientras acunaba las palabras entre sollozos.

—No te he abandonado por ella, te he abandonado por él. Y estoy enorgullecido de que haya aparecido en mi vida. No he querido darme cuenta de quién era realmente, hasta que él me ha abierto los ojos. Siempre lo he negado...

Laura contuvo un grito y caminó hacia atrás mientras los ojos se le anegaban en lágrimas. Tuvo el impulso de abofetearlo, pero se contuvo. Se dio la vuelta, adentrándose en la animada y jolgoriosa fiesta. Siempre lo había sospechado. Siempre lo había sabido y aun así, se había obligado a mirar hacia otro lado.

* * *

—¿Qué tal, Villanueva? —vociferó Patricio por el micrófono con aires de diva. Se notaban su naturalidad y sus tablas encima de un escenario.

La numerosa multitud lo aclamó, y un griterío de aceptación y alegría recorrió todo el gigantesco local. Patricio aprovechó ese momento de gloria para buscar a sus padres entre la multitud. Finalmente, los encontró muy acomodados en una de las mesas redondas cerca de la barra, los saludó y ambos le devolvieron el saludo entusiastas y sonrientes. Les encantaba ver a su hijo cantar y bailar.

—La Noche de Reyes... —comenzó Patricio.

Helena, desde la distancia, notó un leve rubor y algo de nerviosismo en su voz. Tomás y Diego habían llegado de nuevo hasta el trío de amigos, provistos de sendos vasos de bebida. Tomás miraba atentamente a su hermano, sonriente.

—... esa noche mágica, donde todos nuestros sueños se hacen realidad. Donde los más pequeños se llenan de ilusión, al saber que a la mañana siguiente se encontrarán los regalos de los Reyes bajo sus árboles. Espero que no haya ningún niño por aquí, porque ya es bastante tarde, padres irresponsables. —Un murmullo divertido recorrió la sala—. Y para los adultos, es otra noche llena de sueños. Donde muchos de nosotros nos marcamos ciertas metas y objetivos que, aunque no nos los van a traer envueltos en lazos de colores, ni papel de regalo, siempre podemos luchar y apostar por ellos. Por eso, amigos, esta noche, mi... amigo Antonio y yo, os dedicamos esta canción.

Una bulla de algarabía volvió a llenar la estancia acompañada de un largo aplauso general hacia Patricio, que volvió a coger a Antonio de la mano. Helena miró de reojo a Tomás con cierta curiosidad, este estaba aún sonriendo, pero no con la misma intensidad de antes. Se podría decir que estaba atento y expectante. Helena sí ensanchó su sonrisa, a Antonio se le veía la pluma desde muy lejos.

Patricio comenzó a gorgoritear las primeras notas de un clásico como es *Somebody To Love*, de Queen. La gente, al reconocer la canción, aulló en *vivas* y aplausos que apenas dejaban escuchar la letra. Patricio cantaba con mucho júbilo con su atolondrada voz de tenor, acompañando cada estrofa con algunos sencillos pasos de baile. Por su parte, Antonio hacía el coro agudo de la canción y sucedía los pasos de su acompañante, pero de una forma mucho más grácil y coqueta. En el público comenzaron a aflorar las risas cariñosas mientras que otros cantaban con ellos. La canción fue todo un éxito. Se notaba una absoluta complicidad entre la pareja de cantantes. Helena sentía un pequeño pellizco en la tripa, intuía que algo grande estaba a punto de pasar.

—¡Feliz Noche de Reyes! —gritó Patricio cuando sonaban las últimas notas instrumentales de la canción.

Ambos chicos hicieron una profunda reverencia, agarrados de la mano y sonrientes, disfrutando la ovación del público. De repente, como si Patricio lo hubiera planeado desde hacía días, cogió por la pechera de la camisa a su acompañante, y le dio un ostentoso beso en la boca.

El público estalló en vítores de nuevo al ritmo de «otra, otra». La pareja bajó del escenario más feliz que una perdiz y sin soltarse de la mano. Helena vio cómo Jayin y Abril no paraban de aplaudir encantados. Miró hacia su derecha. Tomás aplaudía con media sonrisa y no tan efusivamente como el resto del salón. Oyó cómo Diego, con una sonrisa, susurraba un «Te lo dijimos», al oído de su amigo.

—¿Tú lo sabías? —preguntó este a Helena.

Helena asintió y le acarició la cara. Tomás sonrió.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Un poco... sorprendido —contestó Tomás, algo consternado—. Tengo que ir a darle un abrazo.

Tomás besó a Helena en la mejilla y se perdió entre el público. Todo el público se calló de repente, pues Claudia acababa de subir al escenario. Quizás nadie lo sabía, pero Helena conocía perfectamente a su secretaria, y sabía que no iba a cantar ninguna canción delante de tantísima gente, era la mar de extraño.

—¡Buenas noches! Espero que lo estéis pasando bien... —dijo una sonriente y guapa Claudia, que se había arreglado para la ocasión—. Quisiera llamar al escenario a Ángela, dueña del establecimiento. Un aplauso, por favor.

De nuevo, el público estalló en aplausos esperando de nuevo un espectáculo como el anterior. Helena se fijó en que esta llevaba una serie de papeles en la mano y comenzó a preocuparse, ya que Ángela era la mar de tímida y apenas se dejaba ver en público. Dudó de que subiera.

—Ángela, por favor, ¿puedes subir? —insistió Claudia por el micrófono.

La gente comenzó a animar y al grito de «Ángela, Ángela» o «Vamos, Ángela, sal a bailar...», una asustadiza y colorada Ángela, a la que no le había dado tiempo ni a quitarse su delantal especial de trabajo, subió al escenario.

—Ángela... —comenzó Claudia un tanto nerviosa por la tensión del momento. Todo el mundo estaba en silencio—. Hay cierta cosa que me pediste hace tiempo, y que hemos estado deseando hacer juntas desde que nos mudamos a esta ciudad tan bonita... —El público de Villanueva apreció el comentario con unos cuantos gritos de euforia—. Es por ello que me he roto la cabeza y la espalda estos últimos meses, para que a día de hoy estemos esperando un pequeño paquete que viene desde China... ¡Y que trae una cigüeña!

Acto seguido, pudo verse cómo Ángela, con los ojos empañados en lágrimas de felicidad, abrazaba a su novia y esta le entregaba los papeles que tenía en la mano. A Helena casi se le cae su vaso de la efusión. Comenzó a aplaudir con energía, aunque se dio cuenta de que era unas de las pocas en toda la sala que había entendido que ese pequeño regalo de China, era un bebé adoptivo.

Poco a poco, se unió toda la sala a la celebración y unas cuantas camareras y camareros de la Bolera Clan subieron al escenario a entonar una canción para el momento con Claudia. A los ojos de Helena, no sabía decir cuál de las dos estaba más nerviosa, hasta que de repente sonó la conocida melodía de *Baby Love*, de The Supremes. Una canción muy dulce, apta para el momento. Ángela la miraba aún flipando por la noticia y por el espectáculo que se estaba cocinando en el escenario. Era bien sabido por Helena que Claudia sabía bailar muy bien, aunque no la hubiera

visto demasiadas veces en acción. Lo que no sabía era cómo se las había arreglado para montar una estupenda coreografía con los camareros, y como todos ellos habían ensayado con efusión sus notas para acompañarla en el estribillo. Sin duda, estaba resultando una de las actuaciones más sorprendentes e inesperadas de la noche.

El grupo de amigos compuesto por Jayin, Abril, Helena, Tomás y Diego se habían hecho hueco entre la multitud y ya estaban a medio camino hacia el escenario, podían verlo todo mucho más cerca. La actuación terminó con la misma fuerza con la que había empezado, y con Claudia posando como si fuera una auténtica estrella. Se bajó del escenario abrazando a su esposa con una enorme ovación de todos.

Tras estas confesiones acompañadas de canciones dedicadas, más gente se animó a hacer lo mismo, y ofreció espectáculos llenos de carga emocional y personal, cosa que antes nunca se había visto en la Bolera Clan. Ya se podía decir que la noche se enmarcaba como memorable y épica en la historia de Villanueva de la Rosa. Era conmovedor ver la gigantesca cola que se había formado alrededor del escenario para cantar. La gente estaba eufórica, todos se sentían parte del espectáculo, como partes de una gran fiesta privada.

Helena, por su parte, había decidido ir a felicitar a la feliz pareja de chicas y sin mediar palabra con nadie se separó de su grupo para acercarse a la barra.

—¡Enhorabuena! —dijo Helena, que se acercó y abrazó a las dos nuevas mamás.

—Gracias, Helena. En parte ha sido por tu culpa —confesó Claudia, con una enorme sonrisa.

—Comencé cuando fui al psicólogo que me recomendaste, y desde entonces. retomé la búsqueda de adopción que meses antes había comenzado a espaldas de Ángela —explicó Claudia.

Ángela no paraba de mirar a su mujer, aún colorada de la emoción.

—¡En ese caso, me alegro aún más! —vitreó Helena—. Espero que enseñéis a vuestra chinita a bailar como su madre, porque vaya estrella oculta —dijo riéndose con sus amigas al unísono.

—Helena, ¿podemos hablar un momentito?

Laura, que parecía haber salido de la nada, la había cogido por la cintura. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué haces aquí? Dijiste que no ibas a venir... ¿Ha pasado algo? —preguntó Helena, despidiéndose con un gesto de la pareja de chicas y centrándose en su hermana.

—Vamos a un sitio más retirado. Acabo de esquivar a papá y a mamá, que están con los padres de tu nuevo novio.

—Pero ¿qué ocurre? —insistió Helena forcejeando con su hermana, que la había cogido de la muñeca y la retiraba del gentío.

—Esto ocurre —dijo Laura sacando de su bolso un abultado sobre marrón.

A Helena se le cayó el mundo encima.

* * *

—Jayin, quiero irme —dijo Abril, un poco agobiada.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué te pasa? —respondió Jayin, sin comprender.

—Creo que he visto a Edgar... —dijo Abril, con angustia—. No quiero verlo, no estoy preparada.

—¿Qué dices? Pero si Edgar no tiene dinero para venir aquí. Ni ánimos, creo.

—Pues yo creo que Helena y tú sabéis algo que yo no sé —dijo Abril, sin ningún reparo y mirando a Jayin duramente.

—No sé de qué me hablas... —mintió Jayin, tragando saliva. Buscó a Helena entre la multitud.

—¡Dime ahora mismo qué pasa con Edgar! ¡Tengo derecho a saberlo! —amenazó Abril—. Si no me lo decís, cojo ahora mismo y... —Se calló de repente y miró para atrás con vehemencia. Rodrigo, que estaba bailando de una forma estúpida detrás de ella, le guiñó un ojo picaronamente.

* * *

—¡Helena, tienes que decírselo ahora! —bramó Laura.

—¿Qué te crees, que no lo sé? —contestó Helena, alterada.

—He venido a esta fiesta solo para que hables con él. No puedes hacer las cosas así, él ha sido sincero contigo.

—Me cuesta, ¿vale? Él es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

A Helena se le quebró la voz, pero no lloró, aún no podía llorar.

—Entonces, ¿por qué no cancelas esto? —preguntó su hermana, sacudiendo el gran sobre marrón delante de sus narices.

—No puedo. Me hice una promesa a mí misma.

—Te vas a arrepentir en cuanto pises...

—¡Helena!

Esta se dio la vuelta rápidamente. Jayin y Abril se acercaban con energía. Esta última llevaba a su hermano menor cogido del brazo como si fuera un delincuente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Helena, confusa.

—¡Tu simpático hermanito me ha metido mano! —dijo Abril, poniendo el grito en el cielo.

—¿Cómo? —preguntó Laura, interviniendo.

—¡No te he metido mano! ¡Solo te he tocado el culo! —se defendió Rodrigo.

—Reconoce que lo has hecho aposta —le espetó Abril, soltándole violentamente.

—¡Pero si ya te he dicho que sí! ¿Qué más quieres? ¡Estás muy buena!

De repente, como si hubiera surgido de las sombras, la acompañante de Rodrigo, la chica rubia *pijita* llamada Melisa, con la que se había visto varias veces, se acercó y le atestó una sonora bofetada.

—¡Infiel! —chilló la chica, muy afectada.

La exuberante melena rubia de ella se agitó dignamente en su huida.

—¡Melisa! —gritó Rodrigo, que corrió tras ella tocándose el lado por el que había recibido la guantada.

—Le está bien empleado —dijo Laura con una sonrisa.

—Helena, la siguiente eres tú —le dijo Ángela desde la barra guiñándole un ojo.

—¿La siguiente? ¿Vas a cantar? —le preguntó Abril, anonadada.

—Sí... —dijo Helena, decidida, suspirando de los nervios—. Y después hablaré con Tomás.

Abril y Laura asintieron lentamente con un gesto serio.

—Vale, a ver si con la canción me entero de algo —comentó Jayin, cansado de tanto misterio.

Helena se atusó el vestido verde oscuro y se dirigió al escenario, donde un grupo de amigos estaba interpretando una no muy resuelta versión de *All I Want For Christmas Is You*, de Mariah Carey.

Había estado pensando en dedicarle una canción a Tomás desde hacía unos días. Era una buena manera de empezar a insinuarle algo, se le hacía tan difícil tener que hacerlo...

El grupo de amigos terminó su espectáculo y uno de ellos le dejó el micro a Helena, que subió al escenario temblando de pies a cabeza. Solo había cantado en la Bolera Clan algún día aislado en el que estaban ella y sus amigos solos, y no delante de tantísima gente. No quiso buscar a nadie

con la mirada, sabía que su familia entera estaba en la sala.

Las melodía de *Secret*, de Madonna comenzó a sonar en la abarrotada sala. Todo el mundo se había callado cuando ella comenzó a cantar:

*Things haven't been the same
Since you came into my life
You found a way to touch my soul
And I'm never, ever, ever gonna let it go
Happiness lies in your own hand
It took me much too long to understand
How it could be
Until you shared your secret with me*

Al menos, ya se había calmado. Apenas había pisado el escenario y todos los nervios se habían ido. Acababa de localizar a Tomás en el centro de la sala. No podía ver la expresión de su cara desde tan lejos puesto que los focos la cegaban, pero sabía que era él. Se preguntó qué estaría pasando por su mente.

*Mmm mmm
Something's comin' over,
mmm mmm
Something's comin' over,
mmm mmm
Something's comin' over me
My baby's got a secret*

Entonó el estribillo con cierta gracia, la que le ofrecía su amor por la música y por los ídolos de la década de los ochenta y la época *glam*, sin olvidar su profunda práctica en los cantes de ducha. Se armó de valor, ya que sus previsiones de la actuación no eran quedarse todo el rato en el escenario y comenzó a bajar por la escalera. La gente, sorprendida, se apartó para dejarla pasar entre la multitud.

Un gran foco iluminó la silueta de Helena y el resto de la Bolera Clan quedó en penumbra. Helena, sin distraerse, continuó cantando entre las personas del público con las tablas de una auténtica diva y con un único objetivo en mente.

*You gave me back the paradise
That I thought I lost for good
You helped me find the reasons why
It took me by surprise that you understood
You knew all along
What I never wanted to say
Until I learned to love myself
I was never ever lovin' anybody else*

Parecía cosa de magia, pero cuando estaba llegando justo hacia el final del tema, en el último estribillo, al fin, el pelo rubio de un Tomás sonriente apareció entre la marabunta de gente. Helena se abrazó a él sin parar de cantar. Él la recibió de buena gana, pues la aupó y comenzó a darle vueltas. La gente empezó a aplaudir.

*Mmm mmm
Something's comin' over,
mmm mmm
Something's comin' over,*

mmm mmm
Something's comin' over me
My baby's got a secret

La canción estaba dando sus últimos toques instrumentales cuando comenzó a caer nieve artificial del techo. El público estalló en *vivas* y en el tiempo que la canción terminó, Helena besó a Tomás en la boca, aun sabiendo que había un gran foco sobre ellos y un centenar de personas mirándolos directamente. Sonrieron entre la ovación, mirándose tiernamente a los ojos.

—Tengo algo que contarte —le susurró Helena al oído mientras salían de entre la multitud.

—¿Por eso has cantado esa canción? —preguntó Tomás, algo más aliviado.

En un principio, cuando había visto que Helena se acercaba a él, había pensado que podría haberse enterado de su secreto, el que él tenía que confesarle sobre Cloe.

—Correcto —dijo Helena, nerviosa.

—Yo también tengo algo que decirte —confesó.

Helena lo miró con cierta confusión, pero asintió finalmente, a modo de aprobación.

—Solo déjame empezar a mí —le pidió ella, apoyándose en la barra—. Ángela, por favor puedes darme las llaves...

Helena previamente había hablado con Ángela y le había pedido que después de cantar su canción le dejara las llaves de la sala reservada de arriba. Quería intimidad para contarle a Tomás todo lo que tenía que decirle.

—¿Te ha gustado el efecto de la nieve? —preguntó Ángela, tendiéndole las llaves con una sonrisa.

—Gracias —dijo Helena, abrazándola—. Me he sentido la auténtica protagonista de un musical.

Ángela le guiñó un ojo y los despidió con la mano.

De camino al reservado, el silencio se hizo entre ambos, que iban agarrados de la mano. Helena estaba tan nerviosa que apenas se alteró cuando vio a los padres de Tomás, Patricio y a sus propios progenitores juntos en una mesa, charlando animadamente. Patricio se volvió para verlos y se dispuso a saludarles con la mano, pero al ver la cara de bochorno de Helena prefirió no hacerlo.

La sala VIP estaba vacía con restos de confeti dorado de alguna fiesta previa. Los sillones, aun así, estaban perfectamente colocados. La iluminación era idónea y sutil.

—Gracias —le susurró Tomás, cogiéndola por la cintura.

—¿Por qué? —preguntó Helena, sonriendo y acariciándole el pelo.

—Por dedicarme la canción —contestó Tomás, besándola.

Helena se tensó. Ya había llegado el momento de decírselo, ya no había más excusas ni más retrasos. Era la hora.

—Bueno, señorita, desembuche —dijo Tomás, notando cómo, de repente, la chica se había puesto tan rígida como una barra de hierro—. No tengas miedo, simplemente dilo.

Helena tragó saliva.

—Me voy a ir a Londres. Me han ofrecido hacer una exposición de mis cuadros en una famosa galería de allí —declaró, mirándolo e intentando aparentar fuerza.

—Pero eso es genial... —dijo Tomás con media sonrisa, sin comprender.

—No —contestó Helena aguantándose las ganas de llorar—. Voy a mudarme allí durante un año. Mañana mismo sale mi avión.

Abajo, Edgar estaba bastante nervioso. Había estado evitando a Abril toda la noche. Lo tenía todo preparado.

Cuando el chico que estaba cantando terminara su canción y su dedicatoria, era el turno de Edgar. Este se recogió su pelo largo y rizado y subió uno a uno los escalones del escenario, aún duraba la ovación anterior.

Se colocó en el centro, casi se desmaya al ver a tanta gente junta. Los aplausos fueron aminorando y, lentamente, toda la sala se quedó en silencio, a la espera de un nuevo espectáculo. Fue justo entonces cuando a Edgar le pareció oír un chillido de su novia en algún lugar de la sala. Se aclaró la garganta.

—Abril, no sé dónde estás ahora entre esta marabunta de seres de la noche, pero esta canción es para ti. Es para nosotros.

Y sin más dilación, comenzó a sonar el clásico *Ain't No Mountain High Enough*, de Marvin Gaye. El público aplaudió la iniciativa.

Edgar no cantaba muy bien. Siempre había sido el que hacía los coros en sus grupos de *rock*, y el hecho de que estuviera sudando de los nervios no ayudaba. Algún que otro chulesco entre el público comenzó a abuchearle.

Edgar llegó al estribillo y, sin apenas aire, retomó la primera frase con entusiasmo a la vez que con la mirada buscaba entre el público a su novia, que parecía habérsela tragado la tierra. Edgar se vino abajo y llegó sin aire a la siguiente estrofa. La gente, como siempre, tan poco sensible, se unió a los abucheos y gritos de disgusto.

En ese momento en el que Edgar veía perdida su actuación, apareció ella. Cogió un micro y continuó la canción por donde iba. Abril apareció en el escenario y el público, que antes había sido un tirano, volvió a aplaudir ante la melodiosa voz de Abril. Edgar sonrió nervioso y ambos continuaron cantando. Ella le cogió la mano y, llenos de confianza, pudieron terminar el tema con cierta incomodidad al tocarse después de la fuerte pelea de hacía tan solo unos días.

La canción terminó con el ánimo del público renovado y con la pareja abrazándose en el escenario. Edgar dejó que los aplausos aminoraran para poder continuar su *show*.

—Gracias, gracias... —dijo él agarrando la mano de Abril. Esta le miraba con una sonrisa de oreja a oreja, casi con las lágrimas aflorando desde sus grandes ojos—. Quería añadir unas palabras antes de dejar que esta chica se vaya del escenario, si me lo permiten.

El público animó la moción.

—Abril, ¿sigues enfadada conmigo? —preguntó Edgar, más al público que a ella.

—Sí —contestó, secamente, aunque con una sonrisa en los labios. Algunas risas afloraron de entre la multitud.

—Aun así, ¿volverías conmigo? —preguntó Edgar, envalentonándose. Por medio del público asomaron varios gritos de sorpresa.

—Mmm... —contestó Abril, dudando.

De entre la multitud comenzaron a surgir diferentes gritos de apoyo y ánimo.

—La Navidad, para muchos, es una época para pedir regalos... —comenzó Edgar—. Yo esta Navidad no quiero nada. Aunque si me dais trabajo... —Las risas surgieron entre el gentío, que estaba extremadamente pendiente del chico—. Lo que os quiero decir es que esta Navidad he perdido muchas cosas, pero una que no quiero perder está junto a mí en este escenario —dijo señalando a Abril, que estaba alucinando—. Es por ello, Abril, que me gustaría hacerte una promesa.

Edgar se sacó una pequeña caja del bolsillo y un chillido general de todos los espectadores

recorrió la sala. Abril se llevó la mano a la boca de la sorpresa.

—¡Eh! Tranquilizaos —pidió Edgar—. Abril, este anillo... si lo aceptas, será una promesa. Es una promesa de que todo va a ir bien a partir de ahora y de que si algún día podemos, nos casamos y todas esas cosas que tarde o temprano termina haciendo la gente.

El público estaba sumido en el más estricto silencio, esperando la respuesta de una Abril que apenas parpadeaba, mirando la joya de plata con circonitas azules que le tendía Edgar. Se notaba que no era muy cara y Abril tuvo clara la respuesta.

—No —contestó, tajantemente.

Un grito de espanto salió por la boca de algunos y algunas. Edgar torció el gesto, que denotaba la humillación más absoluta.

—¿Qué te creías? ¿Qué por pedírselo delante de todos te iba a decir que sí? —preguntó alguien de la primera fila, con muy mala pipa.

La pareja se volvió hacia el propietario del desafortunado comentario.

—¡Cállate, capullo! —bufó Abril tan fuerte por el micro, que un chirrido metálico fulminó las orejas de los oyentes—. Lo que quería decir, Edgar, es que no voy a aceptar este anillo como una promesa... —dijo Abril alto y claro para que todo el mundo la oyera, y cerró la caja de la sortija—. Solo voy a aceptar este anillo si nos casamos de una vez sí o sí.

La Bolera Clan parecía venirse debajo de tanto griterío y admiración, dado el giro de la historia. Edgar estaba sobrecogido y sonriente, así que como respuesta, abrazó a su novia y la besó. El público aullaba de alegría mientras Edgar le ponía en la mano la reluciente alianza de compromiso.

—Sí, quiero —dijo Edgar por el micro, sin poder contener su alegría.

La gente no paraba de aplaudir y de vitorear a los nuevos prometidos, a la par que la pareja no paraba de darse carantoñas, olvidándose de donde estaban, y disfrutando ese mágico momento.

* * *

—Creo que a tu amiga le están pidiendo matrimonio —dijo Tomás, desviando su atención hacia el gran balcón acristalado de la zona VIP con vistas privilegiadas al escenario.

Helena se pegó al cristal y vio cómo Edgar le tendía a Abril el lustroso anillo del que habían hablado justo veinticuatro horas antes. Tomás la cogió por la cintura y le acarició el cuello con su mejilla.

—¿La decisión es inamovible? —preguntó él, al fin.

Helena se volvió tras ver a su mejor amiga, recién comprometida y feliz, bajando del escenario.

—Sí —contestó—. Esto lo sé desde antes de conocerte. Mi objetivo era empezar una nueva vida en Londres. Estaba tan harta de esto, Tomás, estaba quemada... —Helena se apartó del cristal—. No creía que esto fuese a llegar tan lejos entre tú y yo.

Tomás la escuchaba callado y serio, de espaldas al escenario. Se desabrochó el primer botón de su camisa de cuadros verdes.

—No quiero que pienses que no me importas, pero me fallaría a mí misma si no fuera a dirigir esa exposición. Tengo dinero suficiente para mantenerme allí un año, más lo que recoja de las subastas. Es una buena oportunidad para dominar al fin el inglés y, sobre todo, para cambiar de aires. Ya sabes, darme a conocer como artista... —Helena reunió fuerzas para mirar su rostro, que se tornaba impenetrablemente sombrío y taciturno.

—Se puede decir que yo no entraba en tus planes —dijo Tomás con media sonrisa—. Entiendo que no quieras cambiar de opinión, pero deberías habérmelo dicho antes...

—He sido una egoísta —reconoció Helena—. No he sabido mirar más allá de mí y de mi miedo al compromiso, y he estado poniéndome a prueba todo este tiempo, aun sabiendo que quizás eres lo mejor que me ha pasado en... —Se le hizo un nudo en la garganta—. Bueno, no quiero ser dramática pero eres lo mejor que me ha pasado en la vida —Helena se pasó los dedos índices por debajo del lagrimal para no dejar caer las lágrimas florecientes—. No soy partidaria ni defensora de las relaciones a distancia. Solo me queda abusar de ti y pedirte que, si dentro de un año sigues ahí, podamos comenzar algo a mi vuelta, aunque no sea tan fácil.

Helena dejó de hablar y se abrazó a él. Tomás la abrazó también con pesar y casi con necesidad, apretando con las manos su espalda y sus brazos como si de esa forma fuese a impedir que ella se fuera o que se revocara su decisión.

—Bueno, ¿qué era lo que tú tenías que decirme? —preguntó Helena, dejando entrever una tímida sonrisa, y limpiándose las lágrimas de nuevo.

—Ya no tiene importancia —contestó él, intentando no parecer demasiado derrotado.

* * *

Cloe atravesó decidida la pista de baile de la Bolera Clan. Ya no quedaba apenas nadie. Eran las cinco de la mañana y las últimas luces del escenario acababan de apagarse. Una música de fiesta sesentera recorría los altavoces en un tono muy bajo. El ruido de vasos lavándose y de los camareros recogiendo era más predominante en el sitio donde la única iluminación influyente eran las brillantes baldosas de colores de la pista.

La chica se paró en mitad de la sala y buscó con la mirada a su objetivo hasta que cayó en que él nunca la esperaría allí. Así que emprendió el camino hacia la sala VIP, donde lo había conocido por primera vez. Por dentro se la comían los nervios, pero como la chica fuerte que era, no pensaba echarse atrás. Sin tan siquiera llamar, abrió la puerta para comprobar que, efectivamente, allí estaba él, mirando al vacío en la penumbra más absoluta, tan solo acompañado por el descompasado ritmo de las losetas brillantes del piso de abajo. Cerró la puerta tras de sí.

—He venido lo más rápido que he podido —dijo ella sin atreverse a acercarse. Le estaban entrando náuseas, aunque por fuera su rostro era insondable y rudo.

Diego se puso bien las gafas y se giró hacia ella.

—No lo parece —dijo él, fríamente, observándola de arriba abajo con su nuevo vestido dorado.

Estaba escandalosamente atractiva, aunque el rostro de Diego parecía un témpano de hielo.

—Espero que no me hayas hecho venir aquí en vano —respondió ella, caminando hacia uno de los sillones, dispuesta a sentarse.

Diego la cogió fuertemente del brazo para detenerla.

—Llevo esperándote aquí desde las tres de la madrugada. Sobrio. Aguantando música popera. Todo el mundo se fue hace ya mucho rato. Me ha dado tiempo a pensar...

—¡Pues habla, joder!, ¡habla! —gritó Cloe, lanzando su pequeño bolso dorado a uno de los sofás—. ¡Yo llevo esperando dos semanas, Diego! No tienes ni idea de lo que se me pasa por la cabeza...

El silencio se hizo entre ambos. Los sonidos del exterior se habían extinguido junto con el ruido de vasos y platos, solo un pequeño zumbido molesto de los altavoces turbaba la escena.

—No voy a estar seguro de esto nunca, Cloe... —comenzó Diego acercándose a la chica.

Cloe, por el contrario, nunca supo si por miedo a lo que él iba a decir o por deseo irrefrenable, lo besó. Lo besó dulcemente, como tantas veces había hecho en la intimidad de su piso, con las

manos acariciándole el rostro, sin ir nunca más allá. Diego no le hacía sentirse sucia, ni sexual, ni todas esas cosas que, por patrón general, los hombres la habían hecho sentir siempre a lo largo de su vida. Diego la hacía sentirse pequeña, le hacía perder el orgullo, la hacía bajar a la tierra y sobre todo la hacía sentir única y especial. Ambos terminaron aquel beso con un roce de narices o el típico beso esquimal, como era costumbre entre ellos, y se miraron. Entonces Cloe comenzó a llorar lágrimas silenciosas.

—¡Eh! No llores, ¿vale? —le dijo Diego, casi regañándola.

—¡No tienes ni puta idea!, ¡no puedes quererme! —chilló Cloe, atestándole un empujón y echándose en el sofá más cercano a berrear.

—¡Chss! ¡Cállate! —le ordenó Diego cogiéndola por la cara y obligándola a mirarlo.

Las gafas se le resbalaron por la punta de la nariz. Cloe, llorando, se las subió a su sitio, le gustaba tantísimo...

—No lo entiendes, Diego. No te convengo, no merezco ser parte de la vida de nadie — consiguió articular Cloe entre sollozos.

—¿Lo dices porque estás embarazada?, ¿qué te creías, que Lucas te iba a guardar el secreto? — preguntó Diego mirándola fijamente.

Cloe casi se resbala del sofá antes de maldecirlo con un chillido.

—¿Lo ves? ¿Ves como no puedo estar con nadie? Te quiero, pero... ¡Oh! —Cloe siguió llorando desconsoladamente—. Creo que eres el único tío al que he querido de verdad. ¡Y no nos hemos acostado! Es como... ¡Increíble! He estado haciéndolo mal toda mi vida, y he tenido que quedarme embarazada y enamorarme para darme cuenta.

—Me encantará cuidar contigo de ese chiquitín —confesó Diego entre los gimoteos de ella.

—... y para colmo, me enamoro de uno de los mejores amigos de mi mejor amigo que... — Cloe paró en seco su monólogo—. ¿Qué acabas de decir?

—Que quiero estar contigo —admitió Diego con una sonrisa—. Me da igual lo que has sido. Yo solo sé a quién he conocido y me interesa únicamente todo lo que tenemos por delante, ¡que no es poco!

—Te quiero —susurró Cloe después de un largo silencio reflexivo, acunado por el bombeo de los dos corazones enamorados, y el repiqueteo del corazoncito que llevaba en su interior.

CAPÍTULO 21

Cloe y Diego bajaron discretamente por las pequeñas escaleras del reservado, ambos cansados por las altas horas que ya eran, pero con una auténtica sonrisa en la cara.

Las pocas personas que antes quedaban ya no estaban. Además, habían apagado las parpadeantes luces de colores de la pista y no había rastro del excéntrico hilo musical ni del ruido de platos y vasos. Había tan solo una persona en la barra y el silencio más tremebundo.

—Espera... —pidió Cloe, a medio camino de la puerta—. ¿No es ese Tomás?

—No puede ser. Tomás se fue hace horas.

Diego se puso las gafas en su sitio y achicó los ojos para comprobar quién era aquel tipo. Una expresión de extrañeza le recorrió el semblante y ambos cambiaron su rumbo hacia el exterior para dirigirse a la barra.

—¿Tomás? ¿Qué haces aquí? Son casi las seis.

Cloe había llegado con su faceta de madre autoritaria. Tomás, sin levantar la mirada, le siguió dando vueltas a su vaso con un líquido ambarino oscuro dentro, tenía la mirada perdida y una expresión de absoluta neutralidad.

—Eh, tío, ¿qué pasa?

Diego se sentó junto a su amigo, bastante preocupado.

—Mi hermano es gay y nunca me lo ha dicho por miedo a que mis padres lo despellejaran vivo. ¿Os hacéis una idea de lo que ha tenido que sufrir? Y yo no he podido hacer nada por él... —dijo Tomás con la voz ronca.

La pareja se miró extrañada, uno a cada lado de Tomás, que parecía ser ajeno a que hubiera alguien con él.

—Helena se muda a Londres mañana... —continuó su solitario discurso—. Es increíble cómo cambia la vida de un día para otro.

—Pero Tomás, cielo... —comenzó Cloe, acariciándole la espalda—. Sabías que tu hermano era una reinona. Lo sabíamos todos, esas cosas se notan.

—Ella también lo sabía —interrumpió Tomás.

—¿Qué ha pasado con Helena? —preguntó Diego, que intuía que eso era lo que realmente estaba turbando a su amigo.

—Quiero estar solo —respondió Tomás, finalmente, tocándose la frente.

—De eso nada. Nos vas a contar ahora mismo que te ha hecho esa... —espetó Cloe, recolocándose en la silla.

—¿Es porque le has dicho que Cloe está embarazada y puede que sea tu hijo? —preguntó Diego, sin reservas.

Tomás levantó por primera vez la vista hacia su amigo, extrañado de que este lo supiera, pero no protestó ni hizo ninguna pregunta al respecto de por qué estaba al corriente de la situación.

—No, no me ha dado tiempo —respondió con pesadez.

—¿A qué se va a Londres? —preguntó Cloe, cayendo en la cuenta de que algo no encajaba.

—A dirigir una exposición de arte.

—¿Suya? ¿Helena pinta? —preguntó Diego, extrañado—. Tío, no me entero de nada.

—Mirad, me da igual —dijo Cloe, con un tono de voz por encima de lo normal—. Son las seis de la mañana y si se va hoy, ya vamos tarde. ¡Andando!

—¿Qué dices? —preguntó Diego.

—Digo que vamos a ir a su casa y vamos a contarle lo que tiene que saber antes de que se vaya.

—Cloe, por favor, no quiero que te metas en esto —rogó Tomás, sin fuerzas.

No estaba borracho, pero sí prisionero de la pena, aunque su rostro neutral intentara mostrar lo contrario sin mucho éxito. Tenía una expresión rara.

—He dicho que vamos. —Y sin más dilación, tiró de su amigo y lo sacó pesadamente fuera del local.

La mañana era tan helada como de costumbre, faltaba poco para el amanecer. Ya no había nadie en las calles, ni si quiera los equipos de limpieza. Tomás había sido metido casi a la fuerza en el coche de su amiga y durante el camino se había dedicado a implorar que, por favor, dieran la vuelta, que no era la hora adecuada para presentarse allí una mañana de Reyes.

—Lucas está dentro de la casa, digámosle que nos abra —había sugerido Diego que, junto con Cloe, ignoraba a su amigo y barajaba opciones para entrar.

—¿Ese capullo estará despierto? —preguntó Cloe.

Ella apretó el acelerador al máximo, triplicando el límite de la velocidad permitida en esa calle cubierta de restos de hielo. El coche derrapó levemente.

—Todo es intentarlo... —añadió Diego, marcando el número de su amigo y llevándose el móvil a la oreja, mientras se agarraba a su asiento para no resbalar en el patinazo.

—¿Por qué estáis haciendo esto? —preguntó Tomás, que casi se golpea la cabeza con el cristal.

—No lo coge —anunció Diego.

—Prueba de nuevo —ordenó la chica, entrando en la bocacalle que daba directamente a su destino.

La casa de Helena se tendía como un castillo apagado donde las luces de Navidad habían dejado de brillar y, en su lugar, la luz del amanecer, que rajaba el horizonte, hacía que se viera aún más siniestra y envejecida de lo que normalmente solía ser. Cloe detuvo el vehículo de un frenazo y echó el freno de mano. Salió del coche como una pantera cabreada.

—¡Sal! —dijo abriendo con violencia la puerta de Tomás.

Cloe se paró frente a la enorme verja de la casa con decisión y se dispuso a tocar el timbre.

—Cloe, por favor —suplicó Tomás, agarrándole la muñeca.

Ella lo miró con odio e intercambió una mirada confidente con Diego.

—Creo que Lucas dijo algo de que había guardias cubriendo todo el perímetro —recordó Diego en un ataque de lucidez.

A Cloe le hubiera encantado besarlo y premiar su elocuencia, pero solo le dedicó una mirada llena de dulzura. Tomás, demasiado alarmado por la situación, no lo captó.

—¡Oiga! —gritó Cloe a través de la verja. Su grito sonó en toda la calle vacía y en el recinto cerrado. Tomás se llevó las manos a la cabeza y Diego emitió una sonrisa de auténtico placer—. ¿Hay alguien ahí?

Esperaron unos segundos y no hubo respuesta. Cloe volvió a gritar al menos cinco veces más hasta que Diego se unió a ella.

—Vámonos, no nos va a abrir nadie —imploró Tomás, muerto de vergüenza.

—¡Tomás! Si no me contesta nadie voy a verme obligada a tocar el timbre, lo siento —decretó Cloe con ímpetu.

Justo cuando Tomás abrió la boca para protestar, una luz apareció de la nada, seguida de unos pasos pesados y acelerados y una respiración agitada. Los tres se quedaron en silencio, mirándose entre las penumbras, ya que, en ese justo momento, las farolas de la calle se apagaron esperando al sol de la mañana.

—¿Quiénes sois? —preguntó un policía entrado en carnes, enfundado en un plumón azul oscuro,

que lo hacía parecer más gordo aún.

Les enfocó la cara directamente con la linterna. Los tres se cegaron ante el gesto.

—Nos ha llamado Lucas de la Rosa, pide vernos ahora mismo —expuso Cloe muy convencida en su discurso e intentando poner cara de autoridad a pesar del resplandor en plena cara.

—¿De la Rosa? —preguntó el agente un poco confundido. Bajó la linterna—. ¿Para qué?

—Obviamente, no te lo vamos a decir. Ábrenos de una vez —ordenó Cloe sin un ápice de cobardía, golpeando la verja.

El agente estaba tan asombrado como los dos chicos, y tardó unos segundos en contestar.

—No me ha llegado ninguna orden de que deba abrirle a nadie la puerta.

—Eso no es mi problema —contestó ella, haciendo como que empezaba a cabrearse.

—Enseñadme vuestras placas —dijo entonces el agente, señalando con la linterna a los chicos.

—¿Qué placas?, ¿de qué está hablando? No somos agentes —explicó Cloe.

—Pero entonces, ¿quiénes sois? —preguntó de nuevo el policía, empezando a alterarse.

—¡Ya le he dicho que eso es información confidencial, y que usted no tiene por qué saberlo! ¿Quiere hacer el favor de llamar a su superior para que nos abra la maldita puerta de una vez? —Cloe se puso roja al chillar mientras miraba el *walkie-talkie* del policía.

El hombre se quedó tan pasmado que, en vez de hacer lo que Cloe le había mandado, les abrió directamente la verja.

—Por favor, dese prisa. Bastante tiempo hemos perdido —mandó Cloe, atravesando con rapidez la verja. Los chicos la siguieron tan callados como habían llegado.

—¿Saben dónde se encuentra el señor De la Rosa? Está en la segunda planta... —informó el agente casi corriendo detrás de la chica.

—Ya sabemos dónde está el señor De la Rosa, gracias —interrumpió Cloe, tajantemente—. Solo ábranos la puerta y vaya a hacer su trabajo.

El hombre, casi asustado, abrió la puerta del domicilio y, sin añadir ninguna palabra más, dejó pasar a los tres amigos al oscuro vestíbulo de la vivienda. Cerró el portón.

—Bueno, Tomás, tú dirás dónde puede estar tu novia —dijo Cloe, bajando la voz y calmándose. Ya había llegado donde quería, ahora solo tenían que buscar a Helena.

—No me puedo creer que hayamos entrado —dijo Tomás, moviéndose en el amplio vestíbulo mientras buscaba entre la poca luz la barandilla de madera de la escalera.

—Perdona, pero aquí puede entrar cualquiera. Vaya guardia más inútil —dijo Cloe, siguiendo a su amigo, que se había sentado en el último peldaño de la gran escalera—. ¿Qué haces? ¡No te sientes! Tenemos que buscarla.

—Estará en su cuarto durmiendo, como el resto de la casa —sugirió Diego.

—Pues vamos. Levanta, que te pesan los huevos, parece mentira —espetó Cloe, tirando de la camisa de su amigo y comenzando a subir las escaleras. Se quitó los tacones para no hacer ruido—. Parece que soy yo la que está enamorada de ella.

Tomás giró la cabeza con fuerza para mirar a su amiga. Tenía toda la razón. Desde que Helena le había dicho aquello, lo había dejado totalmente fuera de juego y no había intentado, ni por un segundo, convencerla de quedarse o de buscar juntos una solución. Se levantó con más energía y condujo a sus amigos a la habitación de Helena.

El pasillo era una mezcla de silencio con algún que otro quejido del sueño de los habitantes. Tomás, Cloe y Diego reptaron por el parqué como fantasmas entre las tinieblas hasta llegar a la última puerta. Los primeros rayos de luz asomaban ya por el horizonte, aunque al sol le faltaba aún por salir. Tomás pegó en la puerta, suavemente. Dos veces.

Cloe, desesperada, apartó a Tomás de un tirón y giró el picaporte de cristal empujando hacia

dentro. La puerta se abrió de par en par. Tomás y Diego se quedaron pasmados mientras Cloe entraba en el cuarto y encendía la luz.

—No está —consiguió articular Diego cuando hubieron entrado los tres.

Tomás se paseó por su cama, sin deshacer, y le hizo recordar algún que otro momento reciente. El corazón comenzó a latirle muy fuerte y un gran vacío se extendió a lo largo de su estómago. Se dirigió hacia el cuarto de baño, tocó dos veces e, inmediatamente, abrió la puerta. No había nadie.

—¡Mierda! —exclamó Cloe, sentándose en la cama, enfadada—. ¿Creéis que se habrá ido ya?

—A lo mejor ha bajado a la cocina —sugirió Diego.

—Deberíamos haberle preguntado al estúpido policía —dijo Cloe, golpeando la cama con violencia—. ¡Joder! ¡Se nos ha escapado!

—¿Y si le preguntamos a Lucas? —intentó Diego, poniéndose en pie.

—Cariño, tu amigo no te ha cogido ni el móvil. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que se esté enterando de algo, al menos?

Cloe estaba muy enfadada. Un silencio se hizo entre los tres tan solo acompañado por un lejano y somnoliento ladrido que Tomás reconoció como el de Slash.

—¡Ya lo tengo! —dijo Tomás, de repente—. Creo que sé dónde puede estar.

—No flipes, si es el aeropuerto no llegamos ni de coña —dijo Cloe.

—No. No creo que se haya ido aún. Puede que esté en el ático —sugirió él.

Ni siquiera sabía cómo se le había ocurrido aquel lugar. Supuso que al relacionarla con sus cuadros, su mente había desembocado en su sitio de trabajo, habitación que pocos conocían.

—Estupendo —dijo Cloe, levantándose de un salto—. Solo te voy a pedir una cosa, Tomás: déjame a mí hablar con ella, te lo debo.

* * *

Helena tomó su último sorbo de café y dejó la taza sobre la diminuta mesilla de mármol donde antes solía poner su paleta de colores. Por última vez, se dio la vuelta y observó la habitación vacía. Tan solo hacía una semana que unos chicos encargados por su empresa de representantes habían venido a llevarse todas sus obras. Todas menos una. La última que había pintado: ese atardecer oscuro y sombrío que se veía en el bosque a través de su ventana. Ese cuadro que le había hecho acercarse más a Tomás. Sabía que si se lo llevaba, demasiados recuerdos y demasiado pesar recorrerían su mente. Y ella no quería eso. Había tomado una decisión y quería cumplirla. Observó el cuadro de nuevo. Era una obra deliciosa donde el arte brillaba por su simpleza, la acuarela negra se fundía con trazos azules y anaranjados del atardecer que se despedía del día para dar paso a una noche completamente solitaria y fría. Era casi performático. Dejó escapar una pequeña risa al recordar cómo Tomás le había dicho que le parecía un cuadro bonito pero triste, como la autora. Ahora que, en esas dos semanas, Helena había sido más feliz que en los últimos años, podía comprender a Tomás. Podía ver la tristeza del lienzo, podía percibir el frío. Respiró hondo e hinchó los agujeros de la nariz.

El cielo cada vez se hacía más claro. Debía de estar amaneciendo al otro lado de la casa, pronto sería hora de partir. Ni si quiera le había dicho a sus padres que se iba. Algo le decía que necesitaba partir sola, sin decírselo a nadie, aunque a esas alturas lo supiera ya casi todo el mundo. Sabía que iba a estar bien. Sabía que le iba a ir muy bien allí, lo presentía. Lo intuía desde el primer momento en el que había aceptado ese trabajo hacía dos meses. Helena se acercó de nuevo al cristal congelado, apoyó la frente en él y sintió —aunque le pareciera místico y naturalista— cómo absorbía toda la buena energía que le había aportado esa casa y esa ciudad

hasta el momento. Estaba preparada para partir.

—Helena...

Esta casi muere del susto al escuchar el susurro. Era una voz que no reconocía, que quizás alguna vez había escuchado, pero no lo suficiente como para almacenarla en su memoria y ponerle una cara, un nombre o un concepto. Se dio la vuelta sobre sí misma y se encontró cara a cara con Cloe.

—Ya sé lo que vas a decir... —comenzó ella—. Sé que me odias y que quizás sea la última persona que te apetezca ver ahora, antes de irte.

—¿Cómo has entrado en mi casa? —preguntó Helena, pasmada.

—Bueno, es una historia larga —confesó Cloe, mirando hacia otro lado, traviesa—, pero como intuyo que tendrás que irte pronto, no tenemos mucho tiempo. Siéntate.

Helena, aún sorprendida, y poco acostumbrada a que le dieran órdenes en su propia casa, se sentó en uno de los sillones.

—¿Dónde está Tomás? —preguntó, mirando hacia la puerta entreabierta.

—Oye, mira, tú y yo no hemos empezado bien. De hecho, es que no hemos ni empezado. —Y Cloe sonrió de forma sincera en mucho tiempo—. Pero como resulta que tenemos a una persona muy importante para las dos en común, tengo que hacer esto. Seré breve: no puedes irte.

Cloe fue tajante. Tras soltar todo aquello de golpe, se mordió el labio y pensó que quizás debería organizar mejor su discurso. No amenizarlo, sino ordenarlo.

—Vale. Como muy bien has dicho, no nos conocemos de nada. No sabes ni por qué me voy... —comenzó Helena, envarándose.

—Tienes razón, cariño, no lo sé. Solo sé la versión de mi mejor amigo, que ha tenido los huevos de venir hasta aquí para convencerte de que no te vayas. No sé las razones que te han llevado a tomar esta decisión, no sé por qué coño lo haces... ¡Joder, no sé ni quién eres! Solo sé que te llamas Helena, que eres psicóloga, que tienes un gusto horrible para la decoración y que mi mejor amigo, al que amo y venero, está superenamorado de ti y esta noche ha recibido un gran palo. —Cloe cogió aire y la miró a los ojos—. Oye, quiero que sepas que Tomás ha sido y es una de las personas más importantes para mí y que hasta ahora no me he enterado de todo el daño que he podido hacerle, solo por no estar pendiente de... bueno, de nadie. Nunca.

»Me he querido muy poco. He tenido que puto aprender a quererme en esta mierda de sociedad machista y retrógrada. He tenido que... —dijo aguantándose las lágrimas—. Salir a la calle a aprender a amar porque a mí no supieron amarme. Yo aprendí a no conectar con nadie. Tuve que defenderme sola ahí fuera en un mundo lleno de hombres a los les han educado para aplastar, y de mujeres que te pisan más que los propios hombres.

—No es necesario... —interrumpió Helena en voz muy baja, alzando las manos.

—Escúchame con atención. No voy a permitir que le hagas daño a mi mejor amigo pero sobre todo, no puedo ver cómo una mujer se hace daño a sí misma.

Cloe se derrumbó y se llevó las manos a los ojos para seguir llorando. Helena no sabía qué hacer, tenía la boca seca. Era lo último que se esperaba como regalo de Reyes, así que, por puro instinto, se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Tenía la piel asombrosamente fina.

—Tranquila.

—¡No! Aún no he acabado —dijo Cloe, observándola atentamente—. Necesitas saber algo. Algo que sé que Tomás no te ha dicho y que voy a hacerlo yo en su nombre.

—Te escucharé.

—Verás, estoy embarazada —soltó—. Y puede que el padre sea Tomás. Bueno, él es un candidato. Luego hay otros dos... que no son él, obviamente. Quiero decir ¡que no sé quién es el

padre, joder! —alzó la voz, nerviosa.

—¿Desde cuándo sabe esto? —preguntó Helena, levantándose del sillón.

Le dio la espalda a Cloe y se tocó el corazón, le latía a mil por hora.

—Lo sabemos todos desde hace menos de una semana. Aunque no estábamos seguros hasta que Tomás me hizo una ecografía en el hospital y lo confirmó. No sé si lo sabes, pero él y yo estuvimos juntos antes de conocerte, antes de saber siquiera que existías. Nadie tiene la culpa de esto. —Cloe tomó aire. Le estaba pareciendo fatal que Helena no la estuviese mirando a la cara—. Supongo que la vida nos hace aprender siempre de un modo u otro.

Helena se dio la vuelta y se sentó con dificultad en el sillón. Estaba hiperventilando.

—No sé cómo gestionar esto —reconoció Helena entre quejidos y agarrándose el pecho—. Pero supongo que ya no debería importarme.

Ambas se miraron, confidentes, a los ojos.

—Una de mis adorables características es que soy muy bruta... ¿Estás bien?

—Se me pasará... —dijo Helena.

Cloe se sentó junto a ella y puso la cabeza de Helena sobre su pecho.

—Mira, han sido unos días movidos para todos. Tú te has enamorado, Tomás se ha enamorado y yo también me he enamorado. El amor es una gran mierda porque nos han enseñado que lo es —concluyó Cloe meciendo a Helena, que la miraba atónita—. Eres buena, tía. Lo sé porque Tomás nunca se fijaría en alguien que le hiciera daño... eso lo aprendió en algún momento de su historia, igual que yo ahora tengo que ponerme las pilas con eso del amor porque voy a ser madre. Y pienso convertir a mi hijo o hija en mi persona favorita de este mundo, a la que intentaré proteger y no dañar demasiado. Estoy aterrorizada, ¿sabes? Voy tardísimo —dijo riéndose. Helena esbozó una sonrisa triste. Cloe olía a lavanda y eso no le pegaba absolutamente nada. La casa de su abuela olía entera a lavanda también. Cloe le cogió la barbilla suavemente para que ambas se miraran—. Me gustaría tener la ayuda de alguien como tú para poder aprender a ser una buena madre. Creo que nos llevaríamos genial... también podría echarte una mano con la decoración, pero eso es otra movida que ya hablaremos —dijo riéndose.

Helena le dio un abrazo. Ambas rieron casi abrazadas. Entre ellas no se veían, pero las dos estaban emocionadas y tímidas lágrimas de emoción recorrían sus rostros.

—Me elegirías como tu dama de honor favorita en tu boda y tú lo serías en la mía, y tendríamos hijos que se pelearan entre ellos y ese tipo de cosas...

—Para, por favor... —rogó Helena. Ya respiraba normal.

—Ahora mismo estarás pensando: «Joder, esta tía es una puta pesada y habla un montón». Pues no, no suelo hablar tanto, fijate. —Ambas rieron de nuevo—. Tomás se va a pensar que nos estamos riendo de su pene o algo así...

Helena soltó una carcajada.

—¿Está Tomás fuera? —preguntó, secándose las lágrimas con una dulce sonrisa.

—Sí, está en tu sala de espera, ¿quieres que lo haga pasar? —preguntó Cloe. Helena asintió con la cabeza—. ¿Me dejas que te diga algo antes?

—Claro.

—Verás, si fueras mi amiga, te diría que te marcharas, que persiguieras tu sueño. A fin de cuentas, yo siempre he sido muy independiente y me fui pronto de casa por razones obvias. Es por ello, que a pesar de la situación, apoyo tu moción y tu derecho a irte y a hacer tu vida. Espero no estar confundándote, Helena. Lo que más me importa en este momento es el bienestar de mi amigo. —Cloe se levantó—. Pero como persona individual y sana ahora la decisión es tuya, Helena. Solo tengo que advertirte que quizás cuando vuelvas, él ya no esté. Voy a llamar al

acusado. —Cloe le guiñó un ojo y, con un andar propio de una modelo, desapareció por la pequeña puerta del ático.

En el fondo de su corazón, Helena agradecía en el alma esa charla que le acababa de dar una desconocida, la mujer de la que su novio había estado enamorado media vida. Ahora entendía por qué. Sonrió, la decisión estaba tomada. Helena se levantó y se atusó la ropa, hinchó los agujeros de la nariz y se preparó para la entrada de su novio.

* * *

Lucas se miró en el espejo. Tenía la cara de un babuino *zombie*. Apenas eran las siete de la mañana y la necesidad de mear lo había despertado. Salió del baño intentando hacer el menor ruido posible y volvió de nuevo a su cuarto.

En su cama de matrimonio reposaban tranquilamente Roberto, que se había desplazado tras abandonar Lucas su hueco en la cama, y Evelyn, que estaba abrazada a su madre, la cual dormía en un sueño muy profundo. La cuna del pequeño Max también estaba en la habitación. Lucas se había encargado de moverlos a todos la noche anterior. No quería que los niños y su madre durmieran separados, tenía un mal presentimiento. Sonrió, era una familia preciosa. Se anudó bien su bata azul de estrellas amarillas y blancas, muy parecida a la pintura de su cuarto, y se dispuso a dormir de nuevo hasta que por lo menos uno de los niños abriera los ojos y recordara el día que era. Había estado con Laura en el salón hasta las tantas de la madrugada colocando regalos de Reyes bajo el gran árbol. Se acomodó en la cama y, como de costumbre desde que estaba en casa de Helena, antes de quedarse dormido fijó la vista en la pantalla del ordenador eternamente encendida con una sucesión de cámaras dispuestas alrededor de toda la casa. Era su pequeño equipo de vigilancia particular. No era necesario, ya que había un agente que se ocupaba de aquello, pero a él le gustaba inspeccionar el terreno por su cuenta. Se estaba quedando dormido. Los párpados le pesaban más que su propio sueño cuando de pronto, su mente, desde un estado de vigilia, captó algo raro y casi despierta al pequeño Roberto del susto. Lucas se levantó. Todo el sueño que había estado cargando se fue de un plumazo, se acercó al escritorio y se sentó apresurado aunque silencioso. Puso con urgencia el menú de cámaras y seleccionó la número ocho. La cámara que daba directamente al jardín de atrás, en la parte de la piscina.

La imagen en directo desde la puerta de atrás llenó toda la pantalla, y a Lucas le faltó poco para maldecir en voz alta y despertarlos a todos. Era un hombre. El hombre que todo el cuerpo había conseguido atinar a partir del ADN y otro tipo de pruebas previas. Estaba sentado justo en mitad de la piscina tapada, mirando a algún punto perdido de lo alto de la casa.

—Ya te tengo, hijo de puta —susurró Lucas tan bajo, que apenas se oyó a sí mismo.

Se acercó rápidamente a la caja fuerte y marcó la clave para sacar su pistola de oficial. Estaba descargada, así que cogió un cartucho de balas. Las repondría cuando fuese necesario, odiaba tener el arma cargada. Cerró la caja fuerte despacio y cogió su *walkie-talkie*. A pesar de la cantidad de cosas que su cerebro estaba procesando a la velocidad de la luz, aún no conseguía entender como aquel tipo había burlado al equipo de hombres que tenía patrullando en el bosque trasero. Salió despacio del cuarto y, de repente, una punzada de nervios lo atacó directamente. Si aquel hombre había sido capaz de burlar a todo un equipo policial, probablemente también podría burlarlo a él o algo peor... No podía dejar a Laura y a los niños solos. Tragó saliva y pensó rápido.

Marcó apresuradamente la clave de uno de los agentes que protegía la puerta principal. El *walkie* daba señal, pero nadie hablaba. El pasillo, adornado con los primeros rayos de un sol

lúcido y congelado que acababa de asomar por el horizonte, se llenó del molesto ruido de las interferencias. Lucas estaba sudando. ¿Por qué cojones nadie le respondía?, ¿qué había hecho ese desgraciado? No tenía tiempo de volver a su cuarto para buscar alguna señal de homicidio, así que se desplazó hasta el final del pasillo y en el quicio de la gran escalera principal, donde se unían las dos plantas de la casa, comenzó a abrir la caja de balas.

Un ladrido ronco y simpático sacó a Lucas de su estado de concentración y casi se le cae el revólver al suelo. Un Slash sonriente, meneando la cola, lo observaba desde el inicio del pasillo del ala este. Desde que Edgar había vuelto la noche anterior con Abril, el perro había dejado de ladrarle, había dejado de verle como una amenaza para su pequeño clan familiar.

—¡Eh, chico! Ven, vamos...

Lucas llamó al tuso que, con la cabeza gacha y llena de desconfianza, se acercó a él. Se paró a observarlo mientras movía la cola, divertido. Lucas le acercó su mano para que la oliera y, de repente, tuvo una idea genial.

—¿Eres un buen chucho policia, eh, pequeño? —le preguntó al enorme labrador, acariciándolo—. El otro día hiciste un gran trabajo mordiéndole la pierna a ese capullo, hoy necesito que me ayudes otra vez, chico. —El perro emitió un fuerte alarido para hacer entender a Lucas que había comprendido la orden y estaba esperando instrucciones. Se sentó y alzó las orejas—. Eso es, muy bien. Tienes que ser silencioso y procurar que no entre nadie desconocido aquí, ¿de acuerdo?

Lucas llevó al perro a través del largo del pasillo hasta la habitación donde estaban Laura y los niños durmiendo plácidamente. Slash se posicionó como un guardia real delante de la puerta, oliendo cada esquina del marco y cada rincón de su estancia. Finalmente, dio un par de vueltas sobre sí mismo y se sentó delante de la entrada mirando a Lucas.

—¡Buen chico! No te muevas de ahí y si ves algo raro; ladra —ordenó Lucas, desapareciendo de nuevo por el corredor.

* * *

Tomás apareció por el resquicio de la puerta. Lo primero que vio Helena fueron sus pronunciadas ojeras, que no evitaron robarle protagonismo a su sonrisa. Una sonrisa triste, pero sonrisa al fin y al cabo. El corazón le dio un vuelco dentro del pecho. Se acercó a ella y la abrazó dulcemente. Helena, que tampoco había dormido, se sentía más débil que nunca. Para ser sinceros, solo tenía ganas de alejarse de España, llegar a Londres y huir de toda esa presión. Acarició a Tomás suavemente, podía notar cómo su corazón se iba a salir de dentro del pecho. Olía como la primera vez que le había visto. Ella intentó guardar ese olor en su memoria para el resto de sus días.

—Antes no te he pedido que te quedes —comenzó Tomás, sin separarse de su abrazo eterno—. No te lo he pedido porque me has pillado tan desprevenido que me has roto todos los esquemas.

Helena no contestó. Sabía que Tomás lo estaba pasando muy mal y que no podía hacer nada más por evitarlo. Se separó de él y lo miró a los ojos.

—Demasiadas emociones por una noche —respondió ella, acariciándole la sutil barba incipiente.

—Demasiadas emociones para toda una vida, diría yo —la corrigió Tomás—. Te quiero, Helena. No te vayas, por favor.

Tomás susurró la frase aún sin creerlo. Jamás podría haber imaginado que de su boca saliesen aquellas palabras. Acercó los labios a la frente de ella y los dejó allí sabiendo que no

iba a encontrar una respuesta que le satisficiera. La respuesta que había estado paseando por su

mente en la oscura sala de espera mientras Cloe charlaba con ella.

—Tomás... —comenzó Helena, acurrucada en su pecho.

Sus manos casi la estaban aprisionando, pero lo entendía. Tomás, quizás más asustado por lo que ella iba a decir que movido por la pasión, la besó y tuvo la sensación de que esa sería la última vez.

—Creo que no quiero escuchar lo que me vas a decir —le dijo él, con una sonrisa.

—Te quiero —le dijo ella—. Pero tengo que irme, Tomás. No puedo abandonar este proyecto. Sería abandonarme a mí misma.

—Se me han ocurrido mil maneras de llevar esto a distancia, o al menos intentarlo... —le confesó Tomás.

Helena negó tristemente mientras lo miraba a los ojos.

—No voy a encadenarte a algo que no quieres hacer. Tienes que terminar tu residencia. Tienes derecho a ser libre —dijo apartando su mirada—. Algo me dice que mi sitio está allí por alguna razón —dictaminó—. Sé que esto es diferente, que tú eres diferente al resto de personas que han pasado por mi vida, pero eso no me quita la posibilidad de escoger, y en esta partida, he elegido irme a Londres. Quizás me vuelva al mes de estar allí, o quizás me quede más de un año. Quizás me esté equivocando, pero quiero sentirme responsable de mi error en todo caso.

Tomás la miró y vio ese haz de luz en sus ojos que le hacía ver que no podía hacerla cambiar de opinión. Tenía que dejarla marchar. Ella era libre de escoger.

—Antes de irme, quiero hacerte un regalo —le explicó Helena, tras mirarlo un rato a los ojos—. No pensaba dártelo, puesto que no sabía si ibas a estar aquí esta noche. Pero al final creo que te hubiera llamado para que lo hubieras recogido por tu cuenta en el caso de que no me odieras —dijo ella con una sonrisa.

Lo cogió de la mano, que estaba helada y tensa, y lo llevó hasta el cuadro del atardecer que había estado analizando con él tan solo unas cuantas noches atrás. Tomás observó el cuadro en silencio, aún sujeto a su mano como un niño de dos años. La acuarela, la técnica, las sombras... no sabía por qué ahora lo veía más bello que la última vez.

—Ya sé que no te gusta mucho porque dices que es demasiado triste, pero me gustaría regalártelo para que al menos tengas un recuerdo de mí. Si todo va bien en Londres, esta pintura se revalorizará y puedes sacarle un buen pico en alguna que otra subasta —dijo riéndose a modo de broma.

—No la vendería jamás —confesó Tomás, abrazándola de nuevo.

—Siento que esto haya salido mal. Lo cierto es que nunca me sale nada derecho, no podía esperar menos esta vez —confesó ella, devolviéndole el abrazo.

Se dieron un beso suave, que fue el último. Tomás aún estaba aguantándose las ganas de decirle :«Ha salido mal porque tú no me has dejado más opciones», cuando de repente, un fuerte sonido de cristales rotos les sacó a ambos de su estado de ensimismamiento. Helena lo miró extrañada y asustada.

—Creo que ha venido de abajo —susurró Tomás.

—Tengo que ir a ver qué es.

—Voy contigo.

* * *

Diego ya había bajado al vestíbulo hacía un buen rato. Estaba viendo cómo poco a poco aumentaba el nivel de luz del ambiente. Se estaba haciendo de día y nadie bajaba aquellas

escaleras. Barajó dos opciones: o se iba, o se cambiaba de sitio. Ya que era muy probable que alguien quisiera ir a la cocina y tuviera un encuentro gratuito con él donde, además del susto, le pedirían una explicación que no tenía ganas de elaborar. Como tenía claro que no quería salir de allí sin Cloe, Diego se dirigió al salón. Al menos allí las probabilidades de que entrara alguien eran más lejanas. El salón estaba asombrosamente oscuro, así que se sentó en uno de los sofás libres en una esquina, justo antes de darse cuenta de que los otros dos sofás estaban ocupados. Diego se llevó la mano a la boca para no gritar de la impresión.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la poca luz que entraba por las cortinas corridas, se percató de que se trataba de Patricio y su supuesto novio. Se quedó quieto en posición de alerta pensando qué hacer, pero justo cuando había decidido que lo mejor era no moverse, Patricio abrió los ojos.

Este se quedó un rato mirando a Diego sin inmutarse. Él llegó a pensar que quizás estaba dormido, había personas que dormían con los ojos abiertos.

—Estoy soñando, ¿verdad? —dijo Patricio, con la voz ronca.

—No... digo sí.

Diego estaba nervioso. Patricio volvió a escrutarlo con la mirada mientras el otro se hacía cada vez más pequeño en su hueco del sofá. Miró de reojo a Antonio, que no parecía haberse despertado. Patricio, no contento con la respuesta de lo que creía su ensoñación, se levantó sin quitarle el ojo de encima a Diego y descorrió las cortinas.

Los rayos de un sol temprano recorrieron toda la estancia. Antonio se revolvió en su lecho y abrió lentamente los ojos. Diego intentó mantener la calma. Por intentar huir de una manada de perros, se había metido en la cueva de los lobos.

—¿Tú no eres el friki número dos? —preguntó Patricio, aún con cara de dormido—. ¿Diego?

—Sí —contestó Diego, obedientemente.

—Vale —aceptó Patricio, que volvió a sentarse en el sofá—. Tienes dos segundos para contarme qué haces aquí antes de que te zurre.

Tanto Antonio como Diego miraron a Patricio con una expresión de extrañeza, e intercambiaron una mirada de incompreensión. Patricio, por su cuenta, no dejaba de mirar a Diego con los ojos hinchados de sueño y el pelo rubio revuelto.

—Es una larga historia —anunció Diego, aunque tras ver la ceja de Patricio levantándose a modo de ofensa, decidió cambiar su versión—. He venido a acompañar a tu hermano. Está arriba con Helena —se retractó.

—¡Ah, vale! Haber empezado por ahí... —dijo Patricio, recostándose de nuevo en el sofá, echando un vistazo al salón de Helena y cerciorándose de donde había despertado.

Miró por primera vez a su pareja y le dedicó una estupenda sonrisa. Se le había cambiado la cara por completo. No se acordaba ni de donde estaba durmiendo.

—Voy al baño —anunció el tal Antonio, acariciando a Patricio en la cara y perdiéndose en las tinieblas del salón.

Se perdió en el corredor de detrás de la cocina, donde había un diminuto baño. Patricio y Diego se quedaron en absoluto silencio. El ladrido de un perro sonó en la planta de arriba.

—Lo que hiciste anoche me pareció muy valiente —le informó Diego, refiriéndose a su salida del armario.

—Gracias —dijo Patricio, escrutando al chico de arriba abajo de nuevo—. Voy a por un vaso de agua.

Y dicho esto, el chico se levantó y desapareció por la puerta trasera de la cocina. Diego se quedó solo y le dio tiempo a reflexionar unos segundos el motivo por el que se había metido en

aquella casa, justo antes de que un estruendo de cristales rotos llenara la sala. En un primer momento, pensó que a Patricio se le había quebrado algún vaso, pero luego se dio cuenta de que el estrépito había resultado demasiado aparatoso para un simple vaso y que había sonado demasiado lejos para ser en la cocina.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —dijo Lucas, que acababa de entrar en el salón.

Tenía la pistola en guardia baja. Diego puso los ojos como platos, las gafas se le resbalaron por la nariz.

—¿Qué coño haces, tío? —gritó este cuando vio a su amigo en bata, con el pelo revuelto y el arma a punto.

A decir verdad, si se veía desde fuera, Lucas no intimidaba lo más mínimo.

—¡Cállate! —le susurró Lucas, sin mirarlo.

Echó un vistazo rápido a todo el salón sin perder de vista la puerta del corredor trasero. Diego pudo ver cómo la frente de su amigo se perlaba de una fina capa brillante de sudor.

—¿Quién más había aquí? Contéstame rápido y simple. No puedo procesar mucha información —le pidió Lucas.

—Patricio y su novio —contestó Diego, obedientemente. Estaba empezando a preocuparse.

—¿Y dónde están ahora?

—Patricio en la cocina. Antonio en el baño.

—¿En el baño que hay en ese corredor? —preguntó Lucas, apuntando con la pistola justo en el sitio por donde había desaparecido Antonio.

—Sí.

—¡Mierda! —masculló Lucas entre dientes.

Un estruendo de interferencias les hizo a los dos tener un pequeño ataque cardíaco.

—¿Lucas? Aquí agente García, ¿cuál es su posición? Cambio. —La voz metálica salió del *walkie-talkie* como una anomalía. Lucas fue rápido y le bajó la voz todo lo posible.

—Aquí De la Rosa. Estoy en el salón. Entrada principal. Necesito refuerzos. Ha entrado y hay una persona en peligro. Hijos de puta, ¿dónde coño estabais? Cambio. —Lucas cortó la conexión. Diego estaba anclado al sofá mirando cómo actuaba su amigo. En todos los años que llevaban de amistad desde el instituto, jamás lo había visto así.

—Disculpe, señor, varios de nosotros nos hemos quedado dormidos. He mandado a Ramírez y Rivero hacia su posición. Cambio.

—Necesito un equipo en el corredor de atrás. Ha roto la cristalera del pasillo trasero. Rápido. Cambio y corto. —Lucas se guardó el aparato en el bolsillo de la bata y se limpió el sudor del bigote con la manga.

Ambos amigos se miraron. El terror se había sembrado en la estancia como una mala hierba. Un estruendo de pasos acelerados les hizo ponerse todavía más en alerta. Se dieron la vuelta y pudieron ver cómo Abril, Edgar, Jayin y Esteban, todos con caras de preocupación y enfundados en sus pijamas, se dirigían hacia el salón. Diego se levantó del sofá.

—No, no. No podéis estar aquí. Tenéis que volver arriba. ¡Vamos! —ordenó Lucas, señalando con la pistola en alce la planta de arriba.

El grupo en su totalidad obvió las palabras del chico y se fijó únicamente en el arma. Abril iba a chillar, pero Lucas la vio venir y le puso la mano libre en la boca.

—Escuchad, tenemos un problema aquí abajo, ¿vale? —intentó explicar, en vano.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Abril señalando a Diego.

Lucas estaba empezando a perder la paciencia. Justo cuando iba a contestar, Tomás, Helena y Cloe bajaron con el semblante serio por la escalera, seguidos de Estela y Nicolás, que bajaban

despacio sin dejar de mirar a Lucas.

—¡No! No, no, no, no. Volved todos arriba, podéis salir heridos.

Lucas no conseguía calmar el ánimo general, es más, lo estaba empeorando.

—¡Diego! —llamó Cloe nada más llegar a la entrada del salón, obviando totalmente al policía.

Atisbó a su chico en el centro de la habitación y corrió hacia él. Lucas puso cara de mala leche mezclada con nerviosísimo. No se veía capaz de evacuar el salón él solo.

Cloe abrazó a Diego y le preguntó que si estaba bien, le dio un dulce beso en la mejilla y le agarró la mano. Animados por la entrada de Cloe en la estancia, y a la vista de que no había ninguna bomba ni nada por el estilo, todo el mundo comenzó a entrar en el amplio salón y a mirar de lado a lado buscando el origen del alboroto, o al menos la causa de tal estruendo.

—¡Helena! Necesito que saques a todo el mundo de aquí —imploró Lucas, desesperado guardando el arma. No quería ningún accidente.

—Pero Lucas, tengo que saber qué ha pasado. Es mi casa —contestó Helena—. ¿De dónde ha salido ese ruido?

Mientras Lucas se llevaba las manos a la cabeza, al otro lado de la sala, Cloe se puso verde. Acababa de atisbar a Jayin, ¿qué hacía el indio gay allí? Le dio un codazo a Diego y le susurró algo al oído. Diego comenzó a mirar a Jayin. El hijo que Cloe llevaba en su interior podría ser suyo.

—¡Esteban!, ¿qué haces aquí? —le preguntó alegremente su suegro, abrazándolo—. Laura nos había dicho que habías vuelto a Madrid por asuntos de trabajo. —Nicolás le guiñó un ojo—. La verdad es que me alegro de que hayas vuelto, me parecía muy mal que no pasaras estos días con tus hijos.

Esteban, abochornado y colorado, le sonrió a su (sin que lo supiera) exsuegro y se dejó llevar entre el mar de confusión general. Estela, por su parte, lo miró de forma extraña, a pesar de que esta tampoco sabía nada del divorcio inminente de su hija.

Abril se abrazó a su novio luciendo su alianza nueva en el dedo, Jayin se alejaba todo lo que podía de Esteban intentando no cruzarse con Cloe mientras le ponía cierta cara de asco, no llegaba a entender por qué el chico que iba con ella lo miraba mal. Por otro lado, Lucas se había subido encima del sofá, daba igual que gritara puesto que ya la familia había hecho tanto ruido que al asesino le habría dado tiempo a darse cuenta del jolgorio matutino que se había montado en el salón y habría huido. O no. Lucas tenía sus dudas, no estaban tratando con un psicópata, sino con un psicótico, una persona sin orden en sus crímenes, una persona movida por algún tipo de enfermedad y que, gracias a su falta de medida y orden, lo habían clasificado dentro de una tipología no organizada, era un tipo movido por su impulso y muy probablemente, a ojos de la ley, atenuante y eximente, pero eso no quería decir que no lo tuviesen que atrapar tan rápido como fuera posible.

—¡BASTA!

Un silencio general se hizo en la sala y todos miraron al nervioso Lucas, que no paraba de mirar hacia las dos puertas, ¿dónde estaban los refuerzos?

—Escuchadme, vamos a salir todos, uno a uno, por esta puerta. ¡En fila! Y no quiero reproches —explicó Lucas, bajando el tono de voz. Helena levantó la mano—. ¿Sí, Helena?

—Solo quería añadir que Patricio y Antonio estaban durmiendo en el salón —informó Helena señalando las mantas esparcidas por dos de los sofás—. Y ahora parece ser que han desaparecido.

—Lo sé. Estoy informado —respondió pesadamente.

—¿Qué hace mi hermano durmiendo aquí con su... novio? —preguntó Tomás, extrañado. De

repente Abril profirió un fino grito. Tenía la mirada perdida en un puto detrás de Lucas. Señaló violentamente con el dedo y todos los presentes dirigieron su atención hacia donde la chica les indicaba.

Un señor alto y bien vestido, pero despeinado y con algún que otro corte en la cara, sujetaba una larga navaja de plata en el cuello de Antonio, que se retorció con fuerza, inútilmente, entre el brazo fornido de aquel tipo que parecía tener el coraje de apenas estar haciendo esfuerzo para sujetarlo. Helena reconoció a ese hombre. Lo reconoció a él y a su mirada psicótica. Era Alejandro Rivas, su paciente. Helena casi se desmaya. Notaba cómo sus piernas se volvían gelatina. Lucas se bajó con los brazos descubiertos del sofá y se puso delante de toda la familia.

—Agáchate, desgraciado —le susurró Alejandro a Antonio. Ni siquiera parecía su voz—. ¡Que te agaches!

Alejandro parecía haberse asustado ya que arremetió un empujón a la espalda de Antonio, que no se lo esperaba y cayó de bruces contra el suelo. Hubo un grito silencioso entre los testigos. Antonio comenzó a reptar para escapar pero entonces Alejandro hundió la navaja con todas sus fuerzas en el gemelo derecho de Antonio. Varias personas chillaron.

Antonio emitió un grito de dolor y dejó de moverse. El suelo pronto comenzó a llenarse de sangre. Alejandro dejó escapar una risa aislada y sacó la navaja manchada y se la mostró a todos los presentes.

—Suelta al chico y deja el arma en el suelo lentamente. Un equipo policial está en camino —dijo Lucas con una voz bastante poderosa, sin gritar.

—¡Tú! ¡Psicóloga! ¡Ven! ¡Es a por ti a por quien vengo! ¡Los números me lo dijeron! —gritó Alejandro mientras obviaba la advertencia de Lucas.

Antonio estaba casi desmayado de la impresión. Abril comenzó a llorar detrás de Helena, que estaba temblando.

—Nadie va a ir a ningún lado. Entrégate y no habrá represalias —intervino Lucas, poniendo un brazo por delante de Helena.

Esta pudo notar como la mano de Tomás, sin querer, le estaba cortando la circulación de una de sus muñecas.

—¿Y tú de dónde sales? —bramó Alejandro—. ¿Quieres que lo raje? ¡Lo puedo rajear delante de ti! ¡Delante de todos! —Alejandro cogió de nuevo su navaja de plata e hizo un repaso entre todas las personas de la sala, apuntándolas con el arma.

De repente, como si hubiera estado esperando su momento, Patricio salió disimuladamente por la puerta trasera de la cocina, mirando al criminal con el entrecejo atravesado. Todo el mundo lo vio desde el otro lado del salón, menos Alejandro y Antonio que estaban de espaldas a él. Patricio se fijó en el charco de sangre que estaba empapando el suelo y en su novio tendido a los pies de ese criminal. Agarró el primer jarrón de diseño que vio en la enorme mesa de madera. La bordeó.

—No tienes ninguna oportunidad. Somos todos contra ti. Tú solo te tienes a ti mismo con ese navaja absurda —espetó Lucas con desprecio, intentando distraer a Alejandro, que había puesto cara de ofensa inminente.

Helena, por dentro, estaba rezando para que ese loco no se cabreara demasiado y terminara de apuñalar a Antonio. Pero no fue así. Ante las palabras de Lucas, Alejandro se había quedado como en *shock*, parecía que le había dolido que se cuestionara su habilidad para atacar gente. A continuación, el esperado jarronazo en la cabeza al fin había hecho acto de presencia. El jarrón azul noche se hizo trizas en la cabeza del loco, que cayó redondo en el suelo sobre el charco de sangre.

—Tengo muy mala leche por las mañanas, hijo de puta —espetó Patricio, arrojando sobre la

espalda del vencido asesino el cuello del jarrón que había sobrevivido en su mano a la catástrofe.

Patricio, sin más dilación, se agachó y le dio la vuelta a su novio que aún estaba consciente. Se quitó la camisa y se la puso en el navajazo de la pierna, para que no perdiera más sangre. Lucas, por su parte, se adelantó y esposó al desfallecido criminal antes de que este se recuperara de su conmoción. Al mismo tiempo, el equipo de refuerzo constituido por dos agentes acababa de llegar y observaba con asombro la escena.

—Pasad parte de la escena porque va a ser lo último que vais a hacer en esta comisaría —les dijo Lucas, cabreado, a los dos agentes por tardar más de diez minutos en llegar tras la llamada de auxilio que él mismo había dado.

* * *

Ya había pasado una hora desde el incidente. Varios agentes, incluido el inspector jefe Sánchez, se acercaron a la casa De Angulo para ultimar los detalles a la hora de cerrar el caso y evaluar los daños. El señor Sánchez dio la enhorabuena a Lucas por su eficacia y rapidez y arremetió contra todo el equipo de refuerzo que había resultado inútil en esta misión. Ya había sustituido a De la Rosa como diana de sus dardos.

Estela, había conseguido limpiarle eficientemente la herida a Antonio con sus nociones de enfermería y, tras ello, hizo el desayuno para todos. Cada uno de los presentes se lo tomaba donde podía: en la mesa, en el sofá o incluso de pie, charlando unos con otros. Tras haber limpiado los rastros de sangre y haberlo dejado todo más o menos limpio y en su sitio, Lucas, personalmente, había bajado acompañado de Laura, Roberto, Evelyn, Max y Slash, como si de una gran familia se tratase.

—¡Papá! —exclamaron los niños al unísono, abalanzándose sobre su padre.

—¡Gracias, Reyes Magos! ¡Gracias, gracias, gracias! —decía Evelyn abrazándose a su padre, al que estaba dejando sin respiración. Esteban estaba intentando no llorar.

—Anoche se quedó solo para ver a los niños esta mañana —explicó Helena a Abril, Edgar y Tomás que estaban a su lado. Jayin asintió—. Así que les preparé un cuarto a ambos para que durmieran aquí.

—¿Y mi hermano? —preguntó con curiosidad Tomás.

—A tu hermano me lo crucé después de hablar contigo en el reservado. Me dijo que tenían que partir hoy pronto él y Antonio hacia Madrid, puesto que mañana comienzan de nuevo sus clases. Le dije que yo también tenía que ir a Madrid, aunque no le dije para qué exactamente, claro...

Helena tenía que coger su vuelo a la una y media de la tarde en la terminal cuatro de Barajas, aunque para ello antes tenía que llegar a Madrid en un tren de cercanías. Lo cogería en el centro comercial de La Libertad. Apenas le quedaba tiempo, tenía que partir ya mismo. La noche anterior, nada más llegar, se había puesto a hacer la maleta y lo había dejado todo impoluto para salir corriendo.

—Me tengo que ir ya —anunció.

Todos los presentes le clavaron la mirada, menos Tomás, este prefería no hacerlo. Aunque no le había soltado la mano en toda la hora que llevaban anclados en el sofá, ni siquiera para comer.

—Helena... —comenzó Jayin.

—Si vas a convencerme para que me quede, ahórratelo, de verdad —dijo Helena, nerviosa.

Se levantó, salió del salón y como una flecha, penetró en su cuarto y cogió la maleta. Echó un último vistazo a su habitación y la cerró con decisión. Una lágrima tímida se le escapó del ojo y antes de que llegara a la mejilla se la arrebató con fuerza. No iba a llorar delante de ellos. No

quería.

Al bajar las escaleras, Abril se le echó encima y la abrazó. Le siguieron Jayin y Edgar.

—Lláname cuando llegues, ¿vale? —le pidió Abril, limpiándose las lágrimas.

Jayin la miraba taciturno, pero aun así estaba bastante apenado. Esteban salió del abarrotado salón, junto con Laura y ambos le dieron un abrazo a Helena.

—No se lo digas a mamá. Ya la llamaré yo, ¿de acuerdo? —le pidió Helena—. A todo esto, ¿dónde está Rodrigo?

—En la casa de su novia Melisa, o lo que sea esa chica —dijo Laura, con una sonrisa—. Le he contado lo que ha pasado y viene de camino. Ha maldecido mil veces por no haber estado aquí para ver el arresto de ese loco.

—Se lo tiene merecido —dijo Helena por lo bajo.

Cloe se acercó y le dio también un abrazo. Diego y Lucas la siguieron y, por último, Tomás. Helena quería hacerlo rápido. Sabía que no aguantaría el semblante delante de él.

—Dile a tu hermano que gracias por todo —le dijo al oído mientras lo abrazaba—. Explícale que me he tenido que ir sin ellos.

Patricio había acompañado a Antonio a urgencias tras la detención de Alejandro y no estaba en su despedida, aunque Helena estaba casi segura de que si hubiera estado, hubiera liado un buen follón para que no se fuera.

—No sé si pedirte que me avises cuando llegues... —le dijo Tomás, sin sonreír y acariciándole la mejilla—. Haz lo que te salga del corazón, supongo.

Helena lo miró por última vez a los ojos y sin contestarle, le dio la espalda y abrió la puerta de su casa. Se giró y se despidió de todos con un gesto de mano. No quería demorarse mucho, vaya que a su madre, u a otra persona, le diera por salir del salón y le preguntara que a dónde iba con esa maleta tan enorme. Echó un último vistazo a todo: sus sobrinos abriendo regalos a tutiplén junto a sus abuelos que les aplaudían, Laura y Esteban entraron de nuevo en el salón uniéndose a la tierna estampa familiar, Abril, Edgar y Jayin observándola con lágrimas en los ojos mientras que Lucas, Diego y Cloe, estaban más pendientes de su amigo. Helena cerró la gran puerta tras de sí. El famoso viento del norte que toda la Navidad había estado azotando su casa, seguía ahí, le golpeó el rostro y ella inició su camino hacia la autonomía y la libertad. Había un taxi esperándola tras la verja.

* * *

—Señorita, ¿está bien?

Helena se fijó en quien le hablaba. Era una azafata muy mona, que la miraba con preocupación al igual que medio avión. Helena estaba llorando a lágrima viva y sin querer había formado un auténtico espectáculo.

—Sí, no se preocupe. Perdón si he ocasionado alguna molestia —dijo Helena entre sollozos y limpiándose las lágrimas. La azafata le tendió unos cuantos pañuelos con una sonrisa—. Disculpe, ¿cuánto falta para llegar a Londres?

—Aterrizaremos en veinte minutos, señorita. Disfrute de lo que queda de viaje, si necesita algo solo tiene que llamarme.

Dicho esto, la chica se fue y Helena comenzó a limpiarse la cara. Estaba hecha un auténtico desastre, no podía presentarse así en su hotel; el *Grange Fitzrovia*, ubicado en el corazón de *Great Portland Street*. Sus representantes no habían reparado en gastos. Ante este pensamiento y

su recuerdo de las tardes mirando fotos de las habitaciones y el precioso hotel con tanto encanto al que iba a ir, se le quitaron las ganas de llorar, al menos durante un rato.

* * *

Helena paseó su enorme maleta por los estrechos y enmoquetados pasillos del hotel hasta llegar a la habitación quinientos sesenta y tres, introdujo la tarjeta y abrió la puerta.

El camino del taxi hasta la puerta del hotel había sido extremadamente corto, pero lo suficiente para haberse empapado su abrigo y su sombrero de espesa lluvia londinense. Apenas eran las cinco de la tarde y ya difícilmente se podía distinguir la luz diurna en las calles. La tormenta acechaba fuera como una catástrofe. Los ánimos de Helena parecían estar en el corazón más profundo de aquella tormenta, muy arriba, en el cielo.

Encendió la luz de su cuarto y dejó la maleta a un lado, se despojó de su abrigo y lo dejó encima de la mesa del escritorio. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué se había ido? La palabra «autosabotaje» apareció en su mente muy clara y concisa pero la apartó de un plumazo. Tragó saliva y, sin querer llorar más después de la bochornosa escena del avión, se dispuso a inspeccionar su precioso cuarto.

Era un hotel de lujo, así que la habitación no podía ser menos. Había cuadros por las paredes representando la estética londinense. La pintura era color crema, a juego con la ropa de cama, que mezclaba tonos rojos y grises muy acordes con su estado de ánimo, muebles color caoba, las cortinas eran sendos clones del lecho... pero había algo allí que no debía estar.

Helena se acercó hasta la ventana, sin dar crédito. Uno de sus cuadros estaba perfectamente colocado en un caballete, que también reconoció como el suyo propio. No era un cuadro cualquiera, era el cuadro que le había regalado a Tomás tan solo unas horas antes. Helena lo tocó con la punta de sus dedos, no podía creer que aquello fuese real.

—Te propongo un trato —dijo una voz familiar a sus espaldas.

Se dio la vuelta con ímpetu. Tomás, apoyado en el quicio de la puerta del baño, la miraba con una sonrisa. Tenía la misma ropa de esa mañana y también tenía la misma cara de cansado, pero su rostro denotaba otro color y otra ilusión.

—Hace un rato me dijiste que podía vender tu cuadro —puntualizó él, acercándose a ella. Helena se había quedado congelada, llegó a pensar en serio que estaba alucinando—. Quiero que me lo compres tú, pero a cambio de que me dejes vivir contigo aquí al menos hasta que termines la exposición. Después, volveremos a Villanueva, o a dónde decidamos, pero juntos.

Helena atravesó la habitación como una exhalación y, tal y como había hecho con el cuadro, tocó la cara de Tomás para asegurarse de que era real sin poder parar de sonreír.

—Pero Tomás... —No podía hablar—. ¿Qué va a pasar con tu residencia?

—Puedo terminar el año que viene. Mientras tanto, puedo trabajar aquí. No creo que sea tan catastrófico —dijo quitándole importancia—. Al fin y al cabo, yo también tengo derecho a elegir lo que quiero, ¿no?

Helena lo miró y se dio cuenta de que la palabra que había surgido en su mente hacía unos minutos era real: autosabotaje. Una a una, las escenas de ella ocultándole desde el principio aquel proyecto se tintaron de un color oscuro. Helena siempre huía, Helena siempre tenía miedo, Helena se autosaboteaba cuando las cosas iban mejor para ella. El miedo había sido más fuerte siempre. Sintió cómo en su interior se fundía el miedo con la felicidad y quiso partirse en dos.

—Pero no lo entiendo. Hace unas horas estabas en Villanueva... quiero decir, ¿cómo has podido llegar antes que yo? —dijo intentando anclarse a la realidad. Le parecía imposible.

—Bueno, verás, es una historia graciosa. En cuanto saliste por la puerta, Jayin comenzó a putearte en indio. Eso, según Abril, es muy mala señal, así que comenzaron ambos a pelearse sobre algo relacionado con los límites del amor y de la libertad. Llegó un momento en el que no sabíamos en qué idioma estaban parlotando. Eso, obviamente, hizo que tus padres se asomaran a intervenir en la disputa.

»Fue difícil explicarles a tus padres que te habías ido. De hecho, fui yo el que lo hizo. Tu madre casi nos mata a todos con la mirada por no haberla avisado. Laura intentó explicárselo más detenidamente. Hasta que tu padre habló al fin y me preguntó que qué hacía yo allí, que por qué no te había acompañado. Fue entonces cuando les expliqué a todos que no entendía exactamente por qué te habías ido. Tu padre, sin dar crédito, me preguntó que si te quería y, a pesar de la vergüenza del momento, expliqué delante de todos nuestra historia y mis sentimientos hacia ti. Entonces tu padre se levantó y me dijo que estaba dispuesto a traerme a Londres, que tenía un avión privado y que si nos dábamos prisa, podría llegar incluso antes que tú, y darte una sorpresa. Él dijo algo así como: «Ya está Helenita haciendo lo que mejor se le da: quitarse de en medio».

»Pero había un problema. Como estás irremediablemente loca, no le habías comentado a nadie en qué hotel te alojabas, ni a qué parte de Londres ibas a exponer tus cuadros. Entonces no podíamos presentarnos aquí y ponernos a buscarte como locos. Así que nos quedamos un buen rato en silencio. Tu madre sugirió que te llamáramos, mientras tu padre reclamaba al aeropuerto para pedir que repostaran el avión de la suficiente gasolina como para sobrevivir a un viaje de ida a Inglaterra. También llamó a mi padre, que ha sido toda la vida el piloto estrella de su compañía. Tendrías que haberlos visto, tal para cual, como niños conduciendo ese bicho de metal enorme. Nunca le voy a estar tan agradecido a nadie como a tu padre por esto.

»La idea de que te llamáramos no le parecía encajar a nadie y como el tiempo volaba, necesitábamos encontrar otra manera de saber dónde te habías alojado. Tu hermana, que había tenido todos los papeles de tu viaje entre las manos (gracias al diablillo de tu sobrina, que confesó que se escondía aposta para ver cómo la gente marcaba el número de las cajas fuertes para abrirlas ella después) no paraba de estrujarse los sesos intentando recordar el nombre del hotel. Solo recordaba cómo era, pero no su nombre. Fue entonces cuando Jayin se levantó de repente, y sin decirle nada a nadie buscó el número de tu representante en su agenda telefónica. Al fin y al cabo, es tu mismo profesor de pintura, que le dio clases también a él. Después del segundo tono, lo cogió y con la excusa de que te habías olvidado ciertas cosas en casa y que necesitábamos mandártelas por correo, nos facilitó toda la información que necesitábamos saber. Y el resto del viaje no hace falta que lo sepas, a no ser que quieras que te aburra con una lista de chistes que nuestros padres se han ido contando a lo largo del vuelo durante casi una hora. Mi madre me ha hecho una pequeña maleta con algunas cosas que tenía por casa, pero la semana que viene, si me dejas que me quede contigo, me mandarán el resto.

—¿Cómo que «si me dejas que me quede contigo»? —preguntó Helena.

Después de haber escuchado todo el relato, sentía electricidad por todo su cuerpo. Estaba temblando.

—Bueno, he de decir que he hecho esto pensando de una manera bastante egoísta, al igual que has hecho tú este viaje. Y con las prisas no me ha dado por barajar la opción de que quizás no te has quedado en Villanueva porque en realidad me odias desde el primer momento en el que me viste y no querías haberme conocido nunca... —apuntó Tomás, con una sonrisa—. Así que quizás tenga que rehacer el camino de vuelta.

Helena y él se desternillaron. Un trueno aulló encima de sus cabezas y la lluvia fuera se acentuó.

—¿Puedes callarte y besarme ya, por favor? —le pidió ella, sin dejar de sonreír.

Tomás la cogió con tanta fuerza que la separó del suelo y, al fin, la besó. Fue como una caricia suave y prometedora que duró minutos. Luego Helena se apoyó en su hombro y, más feliz y tranquila de lo que recordaba en mucho tiempo, miró hacia el exterior de la habitación. La lluvia caía recia y, entre el aguacero, pudo distinguir que había alguien a la misma altura, en el bloque de enfrente. Afinó su vista y empezó a reconocer detalles como el pelo largo y castaño, unas gafas caídas a media nariz y unas caricias similares a las que ella estaba recibiendo en esos momentos.

Cloe y Diego eran la pareja que se encontraba en el edificio de enfrente. Cloe observó la escena de sus vecinos, y las miradas de ambas chicas se encontraron a través del fuerte chaparrón. Cloe levantó una copa de champán. Sabía que Helena la estaba viendo y, a modo de brindis silencioso, bebió a la salud de las dos.

FIN

EPÍLOGO

Unas horas más tarde, Helena pudo enterarse de que Cloe y Diego habían acompañado a Tomás en el avión. La pareja necesitaba bastante intimidad, ya que para ambos una relación larga y duradera era algo que nunca habían tenido, y Cloe, que había comenzado con las primeras náuseas de su embarazo, necesitaba un cambio de aires.

Aun así, su paso por Londres fue bastante breve. La pareja partió con rumbo desconocido a los dos días de estar en la ciudad de las lluvias y los días grises. Meses después, se enteraron de que estaban en Miami, y Cloe mandó fotos de su barriga a tutiplén.

Por Villanueva las cosas iban también de lujo. Los padres de Helena, Estela y Nicolás, habían ido a visitar a la pareja tres meses después de su partida. Tomás y Helena habían conseguido alquilar un bonito apartamento en la misma calle de la galería en la que exponía Helena porque la habitación de hotel y la vida de postureo había terminado por cansarlos demasiado rápido. Estela insistía en que su hija estaba demasiado delgada y en que debían volver ambos a la ciudad urgentemente. Lo cierto era que Helena y Tomás se quedaron tan solo siete meses más. Helena consiguió recaudar el dinero suficiente como para comprar una isla entera. Sus cuadros se habían puesto de moda, y la voz se corrió hasta en las más famosas galerías españolas donde no tardaron en reclamarla, así que volvieron a Villanueva de la Rosa para alegría de Estela.

Laura se mudó con todo su clan a Villanueva, la tierra que la vio nacer. Y Esteban también lo hizo, aunque no se fueron juntos, claro. Laura y sus niños habían conseguido meterse achuchados en el piso de Lucas, que desde que Diego había partido, se había quedado solo. Lo habían remodelado con los honorarios extra que Lucas había ganado en el caso de Alejandro Rivas. El departamento estaba estudiando su inmerecido ascenso a inspector jefe, aunque claro está, no sería él quien se quejara. Ahora Laura trabajaba con él, para no perder la costumbre, de secretaria en la comisaría y, a pesar de la diferencia de edad, no podían compaginarse mejor con los niños. Lucas los adoraba, sacaba su parte más infantil, que no era poca.

Esteban, por su lado, se refugió en el pequeño apartamento de Jayin, al que cada día que pasaba agradecía más y más su existencia. Esteban podía ver a los niños siempre que quisiera, y aunque la pequeña Evelyn no entendiera por qué papá y mamá ya no se querían, le parecía estupendo que ambos hubiesen encontrado a otras personas a las que querer y que fuesen felices. Jayin trabajaba de tarde en su fiel empleo como fisioterapeuta en el centro comercial de La Libertad, y por otro lado, Esteban había conseguido alquilar una oficina, en la que comenzaría de nuevo su rol de fiscal en privado, después de estar años y años trabajando en un bufete compartido.

Claudia y Ángela siguieron viento en popa con su negocio, aunque La Bolera Clan permaneció cerrada durante todo el mes de abril, ya que tuvieron que viajar a China a recoger a la pequeña Lucy, una preciosa niña nativa de tan solo un año y medio. La pareja no podía ser más feliz. Los siguientes meses se pasaron días y noches remodelando y pintando la habitación para la pequeña y, al fin, se dieron las merecidas vacaciones que necesitaban.

Patricio rompió con Antonio. Descubrió las maravillas que le brindaba el Madrid nocturno una vez fuera del armario y disfrutó todo lo que no había disfrutado justo antes de conocer a Cristóbal, un guapo chico moreno, camarero de uno de los bares que frecuentaba. Cristóbal preparaba sus oposiciones para ser bombero. Patricio no se equivocó al saber que era el amor

de su vida y lo que más feliz le hizo fue el poder llamar a sus padres para contárselo.

Abril y Edgar volvieron junto con Slash al pequeño ático en el que vivían desde siempre, solo que también estos remodelaron toda la casa. Abril se cortó su larga melena y Edgar también, a modo de etapa de cambio, estaban irreconocibles. Edgar pareció despertar de verdad y comenzó a trabajar como camarero en La Bolera Clan, empleo que Ángela había estado encantada de darle, y de repente, como si un ángel velara por ellos, Edgar comenzó a recibir pedidos de montajes animados y se alentó a realizar un nuevo máster en diseño gráfico que siempre había querido hacer. No cabe duda de que se compró su ansiada guitarra de seis cuerdas con el primer sueldo, y junto con su nuevo grupo rompió los esquemas de la música metal. La pareja pasó de pelearse por estar demasiado tiempo juntos, a pelearse por no encontrar tiempo para ellos. Aun así, las cosas no podían ir mejor para ambos, que pospusieron la fecha para su boda. Todos esperaban la vuelta de Helena y Tomás y, con suerte, Cloe ya habría dado a luz.

Abril siguió acudiendo a su consulta en La Villa de Oro, a pesar de que la casa estuviese deshabitada. Claudia y ella coincidían en que la casa era demasiado siniestra para mantener la consulta allí y se inventaron unos cuantos fenómenos paranormales para convencer a Helena de que trasladaran la consulta a otro sitio. Tras unas cuantas tardes de llamadas con Claudia, que tenía un interesante poder de convicción, Helena accedió, fruto de su felicidad, y dejó la elección de la nueva consulta en manos de sus amigas. Aquel cambio de aires en su ámbito laboral por parte de sus socias, hizo a Helena replantearse la vuelta a su enorme casa. El inicio de la relación con Tomás le pedía un entorno pequeño, austero, donde los grandes espacios y las ostentidades estaban de sobra. Así que, tras informarle en un par de minutos a Tomás su idea, la pareja decidió mudarse al piso de él, al menos hasta que encontrarán el lugar perfecto para los dos.

La vuelta de los londinenses fue sonada. Nada más llegar todos sus amigos los recibieron en la Bolera Clan, incluidos Diego y Cloe, muy morenos, recién llegados de El Cairo, que era donde habían pasado las dos últimas semanas. La pareja relató que habían viajado por toda América, y pusieron a todos los dientes largos con sus fotos en Nueva York, L.A., Las Vegas, Chicago, Las Malvinas y Puerto Rico.

Cloe estaba especialmente redonda y les contó que estaba siendo un embarazo de lo más llevadero, había asistido como a diez ginecólogos diferentes en cada sitio y tenían mil historias que contar acerca de cada visita. El asunto de la paternidad del niño ya estaba zanjado, Cloe dejaría que su hijo se hiciera las pruebas en cuanto naciera, y tanto Tomás, como Lucas y Jayin estaban al día de los hechos. Los tres bromeaban con la idea de que el niño tuviera cuatro papás, sería el niño más mimado del planeta.

Jayin recibió la noticia de su posible paternidad más tarde que los demás y, muy fiel a sus costumbres y religión, no paraba de repetir que esa diferencia de tiempo y de oportunidad con el resto de los candidatos eran solo predictores del destino para saber que él sería el padre del pequeño. La gente hacía apuestas a su alrededor a pesar de que él, por dentro, estaba bastante dolido. En la India, tener un hijo fuera del matrimonio no era tan tolerante como en los países de Occidente, y el pobre chico se pasaba día y noche ensayando con Esteban discursos elaborados para que su abuela no le desheredase cuando se lo contara. Ni eso, ni que era gay, ya que a pesar de que su madre y su hermana sí que lo sabían, su abuela no, y para él eso era de extrema importancia.

Concluidos los nueve meses de embarazo, Cloe tuvo un parto natural especialmente pedido por ella, donde las cosas no pudieron salir mejor. El parto dejó a Cloe extasiada, y Diego jura

desde entonces que le salió su primera cana debido al estrés. Cuando todos fueron a visitar al pequeño Aitor al nido de maternidad, a ninguno de los presentes le cupo ninguna duda. El niño tendría como primer apellido Paranjay, ya que su tono de piel canela y sus pequeños ojos rasgados lo delataban sin necesidad de tener que hacer ninguna prueba de paternidad. Jayin casi se desmaya al ver por primera vez a su pequeño. A pesar de las dificultades que este le traía, la felicidad de ser padre no se la podía quitar nadie, tenía lo que siempre había deseado tener.

Lucas y Tomás, por su parte, no podían estar más aliviados. Lucas tenía de repente tres niños a su cargo, y Tomás estaba convencido de que si el hijo hubiese sido suyo, hubiera empeorado la relación con Helena. El último mes había sido duro, ya que Helena insistía en que no le importaba, pero Tomás podía notar un rastro de miedo en sus ojos. Ella seguía teniendo miedo y quizás siempre lo tendría, pero Tomás la quería así y no la cambiaría por nada del mundo. Tras la noticia de la paternidad de Jayin, tanto Lucas como Tomás se fueron de copas a celebrarlo hasta bien entrada la madrugada. Obviamente, habían invitado al feliz padre, pero este había respondido que qué clase de ejemplo pretendía dar a su hijo, emborrachándose la noche de su nacimiento. Lucas le rebatió con el argumento de que en realidad era así como lo había concebido y que no había mejor manera de celebrarlo. Jayin se despidió de ellos con cierto aire ofensivo, a pesar de jurarle varias veces que había sido una broma. Al final, a esa fiesta terminó uniéndose todo el mundo. Helena, Abril, y Esteban consiguieron arrastrar a Jayin, que rompió con su estricta cultura india al menos por unas horas.

La boda de Abril fue bastante estresante, aunque el resultado mereció la pena. Se celebró por lo civil, en un precioso bosque de las montañas madrileñas junto a un parador de bastante categoría, sitio que hacía tan solo unos meses la pareja no se podía permitir pagar. Los adornos azules y blancos en una fría mañana de noviembre, sobre los lujosos salones del hotel, quedaban la mar de bien. Lo que siempre había querido Abril. El pequeño gran Slash, al que habían vestido para la ocasión con un bonito esmoquin perruno de color azul, había sido el encargado de llevar los anillos de la pareja, que por poco se traga antes de entregar. Jayin estuvo corriendo detrás del perro como diez minutos antes de poder empezar la ceremonia.

«Y este es el recorrido por tan solo unas de las tantas historias que cada día ocurren a lo largo del ancho mundo, pero esta es especial porque es la historia de mis amigos, de la gente con la que he compartido experiencias buenas y malas, y con los que he podido aprender a vivir cada día más y mejor. Es por ello que estoy orgullosa de decir que a día de hoy soy una de las personas más felices del mundo, gracias a todos. Gracias a ellos».

Tras el discurso de Helena en la ceremonia, la fiesta de la vida continuó para todos ellos, y su existencia siguió dando vueltas, pasando por nuevos e interesantes momentos que relatar, pero eso, amigos, es demasiado para esta novela.

AGRADECIMIENTOS

La idea de *Saturnalia* nace desde el deseo de tener una Navidad que vuelva a los orígenes sin tener que renunciar al costumbrismo comercial al que estamos habituados desde hace tanto tiempo. Escribir una novela caótica, romántica y navideña no estaba en mis planes de vida pero, como suele decirse, me dejé llevar por los últimos coletazos de otra dimensión, bastante oscura, para dejarme centellear por el concepto de *Saturnalia* o lo importante de la Navidad, que parece que se nos olvida a todos una y otra vez cada año. Así que, nada más empezar, quiero agradecerles a todas esas personas que me han hecho amar esta época del año desde que salí de *La otra dimensión*.

Saturnalia es amor y responsabilidad con uno mismo y con los cambios que la vida nos pone por delante. *Saturnalia* es reflexión y avance estando presentes. *Saturnalia* es no olvidar para sanar, aceptar quienes somos con nuestros miedos e inquietudes, abrir el camino a la confianza y a la seguridad, por mucho que nos cueste. Cambiar lo que no funciona por una oportunidad mejor seas quien seas, tengas la edad que tengas: tú tienes el poder de elegir.

Como todas las personas que he querido residen en la navideña Villanueva de la Rosa, y con el permiso del maestro Charles Dickens, usaré su metáfora de los tres fantasmas para agradecerles a todos ellos que *Saturnalia* sea una realidad.

Es por ello que elijo agradecerle infinitamente a mi familia del pasado: Tamara, Eli, Lucia, Jota, Aitor, Cristina, San, Olga Sánchez, Javier Cereto, Diego A. Bartolomé... y demás personas alucinantes llenas de destellos, que hicieron que mi inspiración despegara del vacío y alcanzara los límites que nunca había recorrido. Todos los personajes basados en ellos están llenos de cariño y amor.

A mi familia al completo por ambas partes, por siempre ser una fuente de inspiración para partir del drama y viajar hacia una comedia genuina. Agradecer en especial a mi madre ese primer libro de astronomía que me compró, que aunque no me dejara ser inspectora de policía, sí que me permitió soñar con las estrellas, por mi seguridad. Gracias a ella llegué a *Saturnalia* y más allá.

A todas las personas dedicadas al ámbito de la salud mental que me han formado y enseñado a ser mejor persona y profesional. En concreto, gracias a ITIPA y a Beatriz Huertas por utilizar *Los destellos de Saturnalia* para hacerme aprender lo valioso del interior, transmutar la vergüenza en un sentimiento brillante y apoyarme así para mostrarle al mundo quién soy de verdad.

A mi familia espacial del presente, compuesta por capitanes increíbles como son el hermano primogénito y jefe de tripulación Jonathan Rubio, el hermano con el corazón brillante Franc González, el hermano que es estrella rebelde José Neva, la hermana mágica Mari Carmen Servent, el hermano perfeccionista Daniel Galbeño, el hermano que es mi mentor Daniel Fernández, mi supertita Concha García, el sabio y sensible tito Pablo Roger, el hermano protector y enólogo Alejandro Franconetti, la hermana dulce Celia Ruiz, la hermana ídola Carolina Kelsen, la hermana doctora espacial Paloma de la Vega, el hermano más adorable Fran Vidal, el hermano que es fuego Alfonso Espejo... todos tripulantes de unas naves alucinantes que viajan por el espacio. Son personas que me acompañan a cada paso y que me llenan de experiencias y aventuras. Nos amamos, respetamos y valoramos.

Gracias infinitas a Jonistar S.C. por esta portada basada en el cuadro de Helena, que nos hace de hilo conductor por toda la historia, porque él tiene una sensibilidad extraordinaria para entender lo importante y especial que hay detrás de cada amanecer y atardecer. Gracias por tus

cuidados y tu amor. Y, por supuesto gracias a Nuria Parra, una flor con *flow* cargada de paciencia, sensibilidad y humor, con quien tuve la suerte de cruzarme un día. Ese año llovió mucho, pero las flores solemos necesitar esas lluvias para crecer. Gracias por hacerme llorar de risa conmigo misma, y gracias por enamorarte de Saturnalia conmigo.

Gracias también a las enseñanzas de Covadonga González-Pola en la Escuela Tinta Púrpura para escritoras y escritores luchadores y valientes que no quieren quedarse en un segundo plano en el panorama cultural, tan necesario en nuestro país. Gracias por crear a gente que sueña y vuela. Yo he sido una de ellas.

Por último, y no menos importante, este libro no existiría si no me hubiese sentido la persona más arropada, querida y atendida del mundo allá por la época universitaria, y en parte hoy día, por dos destellos fundamentales en mi cielo: Ana Sola y Adrián Martín. Ambos fueron mi familia, una formación triangular que hoy sigue viva en mi corazón, bebiendo de esa magia y ese amor único, de la bondad y del apoyo. Gracias a mis mejores amigos, por brindarme la oportunidad de sentirme lo suficientemente fuerte como para contarle al mundo quién hay detrás de esta astronauta frustrada que no conoce los límites de nuestro universo.

«Oye, ¿y los fantasmas del futuro? Antes hablabas de Charles Dickens...». Cierto es, a ti, persona que lees esto desde un tiempo y un espacio futuros. Gracias por confiar en esta Navidad tan especial, y por apostar por una literatura llena de emociones e historias de gente normal como tú y yo. Llénate de valor, coge tus sombras y salpica tu vida de destellos.

¡Feliz Saturnalia a todos!